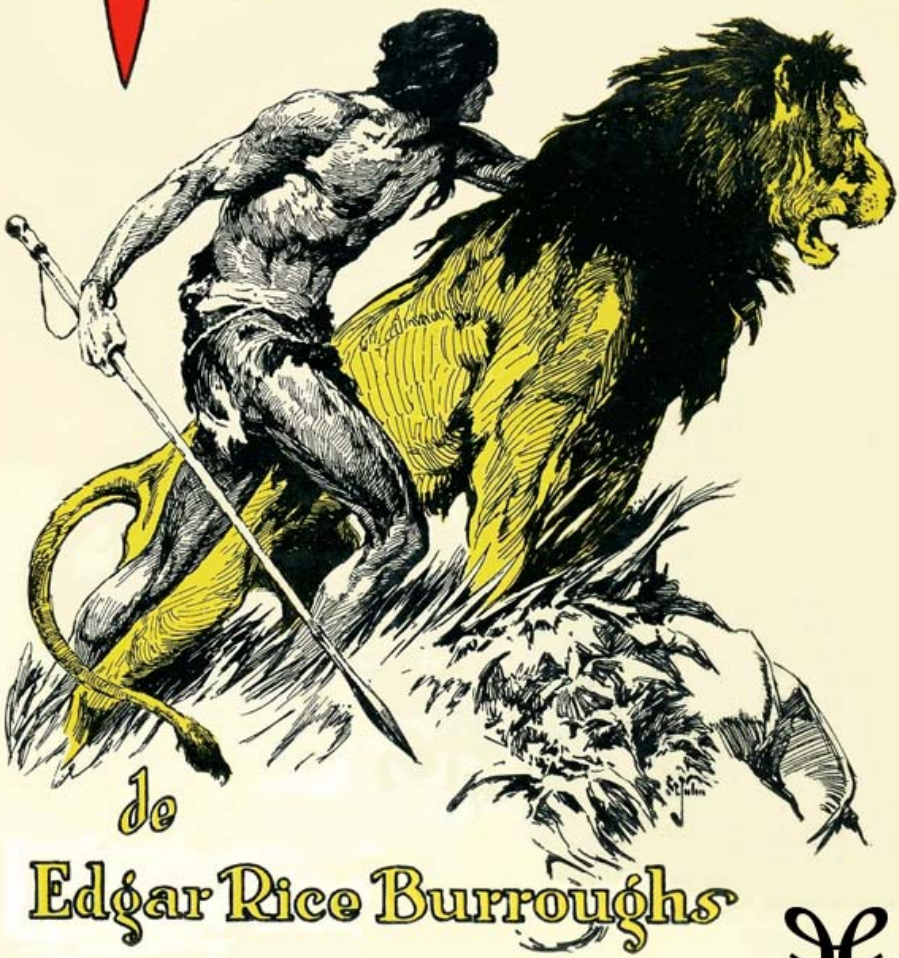
TARZAN

Y EL LEON DE ORO



de

Edgar Rice Burroughs

Tarzán se ha reunido de nuevo junto a Jane y su hijo Korak en el final de la novela anterior, *Tarzán el terrible*. En esta historia, encontrarán y adoptarán un león huérfano llamado Jad-bal-ja ("El león de oro" en el lenguaje de Pal-ul-don) y volverán a su territorio en África, destruido por los alemanes durante la Primera Guerra Mundial en *Tarzán el indómito*. Allí encontrará a sus amigos los guerreros waziri.

La llegada a la selva de una expedición de europeos con el propósito de robar el oro de Opar, pone en peligro la vida de Tarzán y la de sus compañeros. Entre los expedicionarios se encuentra Esteban Miranda, un español cuyo parecido con nuestro héroe resulta asombroso, capaz incluso de confundir a Jane, y esto provocará algunas situaciones inquietantes.

Tarzán y el león de oro, que en el momento de su aparición ya supuso una grata sorpresa por las novedades que aportaba a la serie, es sin duda una de las mejores novelas de Burroughs.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán y el león de oro

Tarzán 9

ePUB r1.2
Zaucio Olmian 04.05.13

Título original: *Tarzan and The Golden Lion*
Edgar Rice Borroughs, 1923
Traducción: Emilio Martínez Amador
Portada original 1ª edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales:James Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian(r1.0 a 1.2)
ePub base r1.0/p>

TARZÁN
y el león de oro

CAPÍTULO I

EL LEÓN DE ORO

SABOR, la leona, amamantaba a su pequeño, una bolita de pelo con manchas como Sheeta, el leopardo. Yacía bajo el cálido sol ante la caverna rocosa que constituía su madriguera, tumbada de costado con los ojos entrecerrados, aunque alerta. Al principio tenía tres bolitas de pelo como ésta —dos hembras y un macho— y Sabor y Numa, sus padres, estaban orgullosos de ellos; orgullosos y contentos. Pero la caza no había sido abundante y Sabor, mal nutrida, no había podido producir leche suficiente para alimentar como es debido a los tres cachorros hambrientos, y luego llegaron las lluvias y los pequeños cayeron enfermos. Sólo sobrevivió el más fuerte; las dos hembras murieron. Sabor las lloró, paseando arriba y abajo al lado de los lastimosos restos de piel mojados, gimiendo sin cesar. De vez en cuando las olisqueaba y les daba golpecitos con el hocico como si intentara despertarlas del largo sueño del que jamás nadie despierta. Sin embargo, al final se dio por vencida y su corazón salvaje latía lleno de preocupación por el pequeño cachorro macho que le quedaba. Por eso Sabor estaba más alerta de lo usual.

Numa, el león, se hallaba lejos. Dos noches antes había matado a un animal y lo había arrastrado hasta su leonera, y la noche anterior se había vuelto a marchar y aún no había regresado. Sabor pensaba, adormilada, en Wappi, el rollizo antílope, que su espléndida pareja quizás en aquel mismo instante estaba arrastrando por la enmarañada jungla para llevárselo a ella. O quizá sería Pacco, la cebra, cuya carne era la preferida de su especie: la jugosa y suculenta Pacco. A Sabor la boca se le hacía agua.

Ah, ¿qué había sido aquello? Había llegado la sombra de un ruido a sus aguzados oídos. La leona levantó la cabeza y la inclinó, primero a un lado y después al otro, mientras con las orejas tensas trataba de captar la más mínima repetición de lo que la había perturbado. Oliscó el aire. Soplaba una leve brisa, pero lo que hubiera allí se movía hacia ella procedente de la

misma dirección que el ruido que había oído, y que aún oía cada vez más fuerte, lo que indicaba que aquello que lo producía se estaba acercando a ella. A medida que se aproximaba, la bestia se fue inquietando y rodó sobre su vientre; el cachorro tuvo que dejar de amamantarse y manifestó su desaprobación con débiles rugidos hasta que un gemido bajo y quejumbroso de la leona le hizo callar; entonces se puso de pie junto a ella, miró a su madre y después en la dirección en la que ella miraba, ladeando su cabecita, primero a un lado y después al otro.

El ruido que Sabor oía era evidente que tenía algo inquietante, algo que inspiraba cierta intranquilidad, si no auténtico miedo, aunque todavía no estaba segura de que presagiara algo malo. Podría ser su gran señor que regresaba, pero no parecía que el ruido proviniera de un león y, sin duda, no el de un león arrastrando una pesada presa. La leona miró a su cachorro, exhalando al mismo tiempo un lastimoso gemido. Siempre tenía miedo de que algún peligro amenazara al miembro más pequeño de su familia, pero ella, Sabor, la leona, estaba allí para defenderle.

Entonces la brisa le llevó al olfato el rastro de olor de lo que avanzaba hacia ella a través de la jungla. Al instante, la cara preocupada de la madre se transformó en una máscara de furia salvaje, los ojos brillantes,_ enseñando los colmillos, pues el olor que le llegaba era el del odiado hombre. Se puso en pie y bajó la cabeza, moviendo nerviosamente su sinuosa cola. Mediante este extraño medio por el que los animales se comunican entre sí, indicó a su cachorro que se tumbara y no se moviera hasta que ella regresara; luego se alejó rápidamente y en silencio para hacer frente al intruso.

El cachorro había oído lo mismo que su madre y captó el olor del hombre, un olor desconocido hasta entonces para él; sin embargo, supo enseguida que el olor pertenecía al enemigo y produjo en él una reacción típica como la que había señalado la actitud de la leona adulta: se le erizaron los pelos del lomo y enseñó sus diminutos colmillos. Mientras la leona avanzaba rápida y decididamente entre la maleza, el cachorro, sin hacer caso de lo que ella le había dicho, la siguió, contoneando sus cuartos traseros como hacen los muy jóvenes de su especie, con un paso ridículo que no concordaba con la dignidad con que se movían sus cuartos delanteros; sin embargo, la leona, atenta a lo que tenía ante ella, no se dio cuenta de que la seguía.

Ante los dos se extendía un centenar de metros de espesa jungla, pero a

través de ella los leones habían abierto un sendero como un túnel que iba hasta su leonera; después un pequeño claro, por el que discurría un camino desbrozado que salia de la jungla en un extremo del claro y volvía a entrar en ella en el otro. Cuando Sabor llegó al claro, vio el objeto de su miedo y odio. ¿Y si el hombre-cosa no estaba cazándoles a ella o a su pequeño? ¿Y si ni siquiera soñaba con su presencia? Aquel día Sabor, la leona, no hizo caso de esto. Por norma general, le habría dejado pasar, siempre que él no se acercara mucho y no amenazara la seguridad de su cachorro o, de no haber tenido el cachorro, se habría alejado ante la primera señal de su proximidad. Pero aquel día la leona estaba nerviosa y tenía miedo, miedo por el único cachorro que le quedaba, triplicado quizá su instinto maternal hacia el único y triplemente amado superviviente, y por eso no esperó a que el hombre amenazara la seguridad de su pequeño, sino que avanzó para encontrarse con él e impedirle avanzar. La madre tierna había cedido paso a una aterradora criatura destructiva, obsesionada con un solo pensamiento: matar.

No vaciló ni un instante cuando llegó al claro, ni hizo nada que le advirtiera de su presencia. La primera indicación que el guerrero negro tuvo de la existencia de un león a menos de treinta metros, fue la aterradora aparición del felino con cara diabólica que corría hacia él por el calvero con la velocidad de una flecha. El negro no buscaba leones. De haber sabido que había uno cerca habría evitado el encuentro. Habría huido si hubiera habido algún lugar adonde huir. El árbol más próximo estaba más lejos que la leona. Ésta le alcanzaría antes de que él hubiera recorrido una cuarta parte de la distancia. No había esperanza alguna y sólo le quedaba hacer una cosa. La bestia casi estaba sobre él cuando vio detrás de ella un pequeño cachorro. El hombre blandía una pesada lanza. La llevó hacia atrás con la mano derecha y la lanzó en el mismo instante en que Sabor se alzaba para saltar sobre él. La lanza atravesó el corazón de la bestia salvaje, y casi al mismo tiempo aquellas fauces gigantescas se cerraron en el rostro y cráneo del guerrero. El impulso de la leona derribó a los dos, que cayeron muertos y se quedaron inmóviles, salvo por algunas sacudidas espasmódicas de los músculos.

El cachorro huérfano se detuvo a escasos metros y examinó la primera gran catástrofe de su vida con ojos interrogadores. Quería acercarse a su madre, pero un miedo natural al olor del hombre le frenaba. Entonces se puso a gemir en un tono que siempre hacía que su madre se acercara a él

rápidamente, pero esta vez ella no acudió; ni siquiera se levantó para mirarle. El cachorro estaba desconcertado; no lo entendía. Siguió llorando. Cada vez se sentía más triste y más solitario. Poco a poco se fue acercando a su madre. Vio que la extraña criatura a la que ella había matado no se movía y al cabo de un rato se sintió menos atemorizado, así que por fin se armó de valor y se aproximó a olisquear a su madre. Seguía gimiendo, pero ella no respondía. Se le ocurrió al fin que ocurría algo, que su magnífica y hermosa madre no era como antes, que de alguna manera había cambiado; sin embargo, aún se aferraba a ella y siguió llorando hasta que se quedó dormido, acurrucado junto a su cuerpo sin vida.

Así lo encontró Tarzán; Tarzán y Jane, su esposa, y su hijo, Korak el Asesino, al regresar de la misteriosa tierra de Pal-ul-don de la que los dos hombres habían rescatado a Jane Clayton. Al oír que se aproximaba alguien, el cachorro abrió los ojos y se puso en pie, bajó las orejas y rugió, dando un paso atrás para pegarse al cadáver de su madre. Al verle, el hombre-mono sonrió.

—Valiente diablillo —comentó, pues había comprendido la tragedia con solo una mirada.

Se acercó al cachorro, esperando que se diera la vuelta y huyera; pero el animal no hizo nada de esto. En cambio, rugió con más ferocidad y golpeó la mano que el hombre-mono le tendía cuando se agachó para cogerlo.

—¡Qué pequeño tan valiente! —exclamó Jane—. ¡Pobre huerfanito!

—Será un gran león, o lo habría sido si su madre hubiera vivido —dijo Korak—. Mirad ese lomo; recto y fuerte como una lanza. Qué lástima que tenga que morir.

—No tiene por qué morir —replicó Tarzán.

—Tiene muchas probabilidades; necesitará leche durante un par de meses más, y ¿quién se la proporcionará?

—Yo —respondió Tarzán.

—¿Vas a adoptarlo?

Tarzán asintió.

Korak y Jane se echaron a reír.

—Qué bien —comentó el primero.

—Lord Greystoke, madre adoptiva del hijo de Numa.

Tarzán sonrió con ellos, pero no dejó de prodigar atenciones al cachorro. Alargó el brazo y agarró al pequeño león por el pescuezo y luego, acariciándolo con suavidad, le habló en voz baja y tierna. No sé qué fue lo

que dijo; pero quizás el cachorro sí lo entendió, pues dejó de forcejear y ya no quiso arañar ni morder la mano que lo acariciaba. Después, Tarzán lo alzó y lo acunó en su pecho. Parecía no tener miedo, ni siquiera enseñó los dientes por la proximidad del tan odiado olor a hombre.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Jane Clayton.

Tarzán se encogió de hombros.

—Los de tu especie no tienen miedo de ti; éstos son realmente los míos, por mucho que tú intentes civilizarme, y quizá por esto no tienen miedo de mí cuando les doy muestras de amistad. Incluso este pequeño bribón al parecer lo sabe, ¿no es así?

—Nunca lo entenderé —comentó Korak—. Creo que conozco bastante bien a los animales africanos; sin embargo, no poseo el poder que tú tienes sobre ellos, ni los entiendo como tú. ¿Por qué será?

—Sólo existe un Tarzán —dijo lady Greystoke en tono burlón, sonriendo a su hijo; sin embargo, se percibía en su voz cierto orgullo.

—Recuerda que nací entre fieras y fui criado por fieras —le recordó Tarzán—. Quizá después de todo mi padre fuera un simio; ya sabes que Kala siempre insistía en que así era.

—¡John!, ¿cómo puedes decir eso? —exclamó Jane—. Sabes perfectamente quiénes eran tu padre y tu madre.

Tarzán miró con aire solemne a su hijo y le guiñó un ojo.

—Tu madre nunca aprenderá a apreciar las buenas cualidades de los antropoides. Casi se diría que pone objeciones a la insinuación de que se ha apareado con uno de ellos.

—John Clayton, jamás volveré a hablarte si no dejas de decir estas cosas horribles. Me avergüenzo de ti. Ya es suficiente con que seas un impenitente hombre salvaje, no hace falta que sugieras que además tal vez seas un simio.

El largo viaje desde Pal-ul-don casi había llegado a su fin; en menos de una semana se hallarían de nuevo en el lugar donde había estado su antiguo hogar. No sabían si encontrarían algo de las ruinas que los alemanes habían dejado. Ardieron los graneros y los edificios anexos y parte del interior del bungaló fue destruido. Los waziri, los leales criados de los Greystoke, a quienes los soldados del capitán Fritz Schneider no habían matado, se agruparon a la llamada del tambor de guerra y se pusieron a disposición de los ingleses para cualquier acción que pudiera ser útil a la gran causa de la humanidad. Tarzán lo sabía ya antes de emprender la búsqueda de lady

Jane; pero no sabía cuántos de sus waziri guerreros habían sobrevivido a la guerra y qué había ocurrido con sus vastas propiedades. Era posible que tribus errantes de nativos o árabes en busca de esclavos hubieran puesto fin a la devastación llevada a cabo por los tudescos, y también era probable que la jungla se hubiera apropiado de las tierras cubriendo los espacios abiertos y borrando con su exuberante vegetación toda señal del breve paso del hombre por sus reservas, viejas como el mundo.

Tras adoptar al pequeño Numa, Tarzán se vio obligado a considerar las necesidades de su protegido al planear sus marchas y sus paradas, pues el cachorro debía alimentarse y este alimento no podía ser más que leche. Era imposible encontrar leche de leona, pero por fortuna se hallaban en una región relativamente poblada, donde las aldeas eran frecuentes y donde el gran Señor de la Jungla era conocido, temido y respetado, y así, la tarde en que había encontrado al joven león, Tarzán se acercó a una aldea para conseguir leche para el cachorro.

Al principio, los nativos se mostraron hoscos e indiferentes y miraron con desprecio a los blancos que viajaban sin un gran séquito; con desprecio y sin miedo. Si no llevaban séquito, no podían transportar regalos para ellos ni nada con que pagar la comida que sin duda desearían, y si no iban askaris con ellos, no podían exigir comida o, mejor dicho, no podían ordenarles nada, ni podían protegerse en caso de que valiera la pena meterse con ellos. Los nativos parecían hoscos e indiferentes y, sin embargo, estaban interesados, pues el insólito aspecto y adornos de los visitantes habían despertado su curiosidad. Iban casi tan desnudos como ellos y armados de forma similar salvo uno, el hombre más joven, que llevaba un rifle. Los tres vestían como los de Pal-u-don, con atavíos primitivos y bárbaros y completamente extraños a los ojos de los negros.

—¿Dónde está vuestro jefe? —preguntó Tarzán cuando entró con grandes pasos en la aldea entre las mujeres, los niños y los perros que ladraban.

Unos cuantos guerreros que dormitaban salieron de las sombras de las chozas donde estaban tumbados y se acercaron a los recién llegados.

—El jefe duerme —respondió uno—. ¿Quién eres tú para despertarle? ¿Qué quieres?

—Deseo hablar con el jefe. ¡Ve a buscarle!

El guerrero le miró con ojos atónitos y luego estalló en una fuerte carcajada.

—Hay que traerle al jefe —exclamó, dirigiéndose a sus compañeros, y entonces, riendo estrepitosamente, se dio una palmada en el muslo y propinó un codazo a los que estaban más cerca.

—Dile —prosiguió el hombre-mono— que Tarzán quiere hablar con él.

Al instante la actitud de sus oyentes experimentó una notable transformación: se apartaron de él y dejaron de reír, con los ojos muy abiertos. El que se había reído más fuerte habló de pronto con solemnidad:

—Traed esteras —dijo— para que Tarzán y los suyos se sienten mientras yo voy a buscar a Umanga —y partió a todo correr, como si se alegrara de tener una excusa para escapar de la presencia del poderoso al que temía haber ofendido.

No importaba que no llevaran séquito, ni askaris ni regalos. Los aldeanos competían entre sí para rendirles honores. Incluso antes de que el jefe llegara muchos ya habían traído comida y adornos de regalo. Entonces apareció Umanga. Era un anciano que ya era jefe incluso antes de que naciera Tarzán de los Monos. Su actitud era patriarcal y digna, y saludó a sus invitados como un gran hombre saludaría a otro, aunque era innegable que le complacía que el Señor de la Jungla hubiera honrado su aldea con una visita.

Cuando Tarzán explicó sus deseos y mostró el cachorro de león, Umanga le aseguró que habría leche en abundancia siempre que Tarzán les honrara con su presencia; leche tibia, recién ordeñada de las cabras del jefe. Mientras parlamentaban, los aguzados ojos del hombre-mono captaron todos los detalles de la aldea y de su gente, y después se posaron en una gran perra de entre los numerosos perros comunes que correteaban entre las chozas. Su ubre estaba hinchada por la leche que contenía y verla sugirió a Tarzán un plan. Señaló con el dedo en dirección al animal.

—Te compro esa perra —dijo a Umanga.

—Es tuya, *bwana*, sin pagar —respondió el jefe—. Hace dos días que parió y anoche robaron todos sus cachorros del cubil; sin duda, fue una gran serpiente. Pero si los aceptas, te daré tantos perros más jóvenes y más gordos como desees, pues estoy seguro de que esa perra es insuficiente.

—No deseo comérmela —replicó Tarzán—. Me la llevaré para que amamante al cachorro. Que me la traigan.

Unos muchachos atraparon al animal y le ataron una correa al cuello para llevarla a rastras hasta el hombre-mono. Igual que el león, el perro al principio tenía miedo, pues el olor del tarmangani no era el olor de los

negros, gruñó y quiso morder a su nuevo amo; pero al final éste se ganó la confianza del animal, que se tumbó tranquilamente a su lado, mientras él le acariciaba la cabeza. Sin embargo, lograr que el león se acercara fue otro asunto, pues los dos animales estaban aterrados por el olor enemigo del otro; el león rugía y bufaba, y el perro le enseñaba los dientes y gruñía. Se necesitó paciencia, infinita paciencia, pero al fin consiguió que la perra amamantara al hijo de Numa. El hambre había logrado vencer el natural recelo del león, mientras que la actitud firme pero amable del hombre-mono se había ganado la confianza del can, que estaba más acostumbrado a los golpes y patadas que a la bondad.

Aquella noche Tarzán se llevó la perra a la choza que ocupaba, la ató y dos veces antes de que amaneciera hizo que se tumbara para alimentar al cachorro. Al día siguiente, se despidieron de Umanga y su gente, y con la perra, sujeta con una correa, trotando junto a ellos, partieron hacia su hogar; el joven león iba acurrucado en un brazo de Tarzán, o el hombre-mono lo transportaba en la bolsa que llevaba colgada al hombro.

Le llamaron el león Jad-bal-ja, que en el lenguaje de los pitecántropos de Paul-ul-don significa león de oro, debido a su color. Cada día estaba más acostumbrado a ellos y a su madre adoptiva, quien por fin lo aceptó como carne de su carne. A la perra la llamaron Za, que significa chica. El segundo día le quitaron la correa y la perra les siguió de buen grado por la jungla; a partir de entonces, jamás intentó abandonarles ni estaba contenta si no se hallaba cerca de uno de los tres.

Cuando se acercaban al desvío que conducía a la llanura donde había estado el hogar de Tarzán y su familia, una emoción contenida les embargó a los tres, aunque ninguno pronunció ni una sola palabra referente a la esperanza y al miedo que anidaban en su corazón. ¿Qué encontrarían? ¿Qué podían encontrar aparte de la misma enmarañada vegetación que el hombre-mono había aclarado para construir su hogar cuando llegó allí por primera vez con su esposa?

Al fin salieron de la espesa vegetación de la jungla y contemplaron la llanura donde, a lo lejos, se distinguían claramente los contornos del bungaló situado entre los árboles y la maleza que se habían conservado o trasladado para embellecer el entorno.

—¡Mirad! —exclamó lady Jane—. ¡Está allí… todavía está allí!

—Pero ¿qué es aquello que hay a la izquierda, ahí detrás? —preguntó Korak.

—Son las chozas de los nativos —respondió Tarzán.

—¡Los campos están cultivados! —exclamó la mujer.

—Y han reconstruido algunos de los edificios anexos —dijo Tarzán—. Esto sólo puede significar una cosa: los waziri han regresado de la guerra… mis leales waziri. Han reconstruido lo que los alemanes destruyeron y han vigilado nuestro hogar hasta nuestro regreso.

Alargó el brazo y agarró al león por el pescuezo.

CAPÍTULO II

EL ADIESTRAMIENTO DE JAD-BAL-JA

ASÍ FUE como Tarzán de los monos, Jane Clayton y Korak llegaron a su hogar tras una larga ausencia y, con ellos, Jad-bal-ja, el león de oro, y Za, la perra. Entre los primeros que salieron a su encuentro para darles la bienvenida a casa, se hallaba Muviro, padre de Wasimbu, que había dado su vida en defensa del hogar y la esposa del hombre-mono.

—Ah, *bwana* —exclamó el fiel negro—, mis viejos ojos se rejuvenecen al verte. Has estado mucho tiempo fuera, pero aunque muchos dudaban que regresaras, el viejo Muviro sabía que en el gran mundo no había nada que pudiera vencer a su amo. Y así sabía también que su amo regresaría al hogar de su amor y a la tierra donde sus leales waziri le aguardaban; pero que ella, a quien había dado por muerta y llorado, regrese es increíble, y grande será la alegría en las chozas de los waziri esta noche. Y la tierra temblará bajo los pies de los guerreros cuando dancen y en los cielos resonarán los gritos de alegría de sus mujeres, puesto que los tres más amados en la tierra han regresado a ellos.

Y, en verdad, grande fue la alegría en las chozas de los waziri. Las danzas y el regocijo no cesaron una sola noche, sino que prosiguieron durante muchas noches, hasta que Tarzán puso fin a los festejos para que él y su familia pudieran gozar de unas horas de ininterrumpido sueño. El hombre-mono descubrió que no sólo sus leales waziri, bajo la guía igualmente leal de Jervis, su capataz inglés, habían reconstruido por completo sus establos, corrales y dependencias anexas, así como las chozas de los nativos, sino que, además, habían restaurado el interior del bungaló, de modo que su aspecto estaba exactamente igual que antes del ataque de los alemanes.

Jervis se encontraba en Nairobi por asuntos de la propiedad y volvió a la hacienda varios días después de la llegada de Tarzán. Su sorpresa y felicidad no fueron menos auténticas que las de los waziri. Se pasó horas

sentado con el jefe y los guerreros a los pies del Gran Bwana, escuchando el relato de la extraña tierra de Pal-ul-don y las aventuras que habían vivido los tres durante la cautividad de lady Greystoke, y junto con los waziri se maravilló de las mascotas que el hombre-mono había traído consigo. Que Tarzán se hubiera encaprichado de una perra callejera de los nativos era extraño, pero que hubiera adoptado a un cachorro de sus grandes enemigos, Numa y Sabor, parecía increíble, y no menos sorprendente para ellos era la manera como Tarzán educaba al cachorro.

El león de oro y su madre adoptiva ocupaban un rincón del dormitorio del hombre-mono, que pasaba cada día muchas horas entrenando y educando a la pelotita amarilla con manchas, ahora todo afecto y ganas de jugar, pero que algún día se convertiría en un depredador salvaje y de gran tamaño.

A medida que transcurrían los días y el león de oro crecía, Tarzán le enseñaba muchas cosas: a ir a buscar algo y llevárselo, a tumbarse y quedarse inmóvil, escondido, a la más inaudible de sus órdenes, a moverse de un lado a otro como él le indicaba, a encontrar cosas escondidas por el olor y a recuperarlas, y cuando se añadió carne a su dieta, siempre provocaba una sonrisa triste en los labios de los aguerridos waziri, pues Tarzán siempre ataba, a la garganta de un muñeco semejante a un hombre, la carne que el león iba a comer. Jamás varió la manera de alimentarlo. A una sola indicación del hombre-mono, el león de oro se agazapaba, poniendo el vientre en el suelo, y Tarzán señalaba el muñeco y susurraba una sola palabra: mata. Por muy hambriento que estuviera, el león aprendió a no moverse hacia la carne hasta que su amo hubiera pronunciado esa única palabra; y entonces, con un salvaje rugido, se abalanzaba sobre la carne. Al principio, cuando era pequeño, le costaba subir por el muñeco para llegar al sabroso bocado, pero, a medida que fue creciendo y haciéndose mayor, cada vez le resultaba más fácil llegar al objetivo, hasta que un solo salto le bastó y el muñeco caía de espaldas con el joven león mordiéndole en la garganta.

Hubo una lección que fue, con mucho, la más difícil de aprender y es dudoso que cualquiera que no fuera Tarzán de los Monos, criado por fieras entre fieras, hubiera podido dominar la salvaje sed de sangre del carnívoro y doblegar su instinto natural a la voluntad de su amo. Fueron precisos semanas y meses de paciente trabajo para conseguir enseñarle que a la palabra «busca» tenía que encontrar el objeto que le indicara y regresar con

él junto a su amo, incluyendo el muñeco con la carne cruda atada a la garganta, y que no debía tocar la carne ni dañar al muñeco ni ningún otro objeto que hubiera ido a buscar, sino que debía dejarlo con cuidado a los pies del hombre-mono. Después aprendió a asegurarse siempre de que recibía su recompensa, que solía consistir en una ración doble de la carne que más le gustaba.

Lady Greystoke y Korak a menudo observaban al león de oro con interés, aunque la primera se mostraba confusa respecto al propósito de un entrenamiento tan complicado del cachorro y tenía algunas dudas en cuanto a la sensatez del programa del hombre-mono.

—¿Qué harás con una bestia así cuando haya crecido? —preguntó—. Lo más seguro es que sea un poderoso Numa. Como está acostumbrado a los hombres, no tendrá ningún miedo de ellos y como siempre se ha alimentado saltando a la garganta de un muñeco, después buscará la comida en la garganta de los vivos.

—Se alimentará sólo de lo que yo le diga que coma —replicó el hombre-mono.

—Pero no esperarás que siempre se alimente de hombres, ¿verdad? —preguntó ella riendo.

—Nunca se alimentará de hombres.

—Pero ¿cómo vas a evitarlo, si le has enseñado a hacerlo?

—Me temo, Jane, que infravaloras la inteligencia de un león, o quizá yo la sobreestimo. Si tu teoría es correcta, la parte más difícil de mi trabajo aún está por hacer, pero si yo tengo razón, prácticamente está terminada. Sin embargo, experimentaré un poco y veré quién tiene razón. Esta tarde llevaremos a Jad-bal-ja a la llanura. Hay mucha caza y no nos costará valorar en qué medida tengo control sobre el joven Numa.

—Apostaría cien libras —intervino Korak—, viendo que hace lo que le venga en gana cuando haya probado la sangre viva.

—Lo acepto, hijo —dijo el hombre-mono—. Creo que esta tarde os enseñaré a ti y a tu madre lo que ni vosotros ni nadie habría soñado que se podía conseguir.

—¡Lord Greystoke, el mejor adiestrador de animales del mundo! —exclamó lady Greystoke, y Tarzán se unió a sus risas.

—No es adiestrar animales —dijo el hombre-mono—. El plan que yo sigo sería imposible para cualquiera excepto para Tarzán de los Monos. Tomemos un caso hipotético para ilustrar lo que quiero decir. Llega hasta

vosotros una criatura a quien odiáis, a quien, por instinto y herencia, consideráis un enemigo mortal. Tenéis miedo de él. No comprendéis ni sus palabras. Por fin, con medios absolutamente brutales, graba en vuestra mente sus deseos. Hacéis lo que él quiere, pero ¿lo hacéis con un espíritu de generosa lealtad? No; lo hacéis por impulso, odiando a la criatura que os somete a su voluntad. En cuanto podáis, le desobedeceréis. Incluso iríais más lejos: os volveríais contra él y le destruiríais. Por el contrario, si acude a vosotros alguien con quien estáis familiarizados, un amigo, un protector; alguien que comprende y entiende el lenguaje que tú entiendes y hablas; alguien que os ha alimentado, se ha ganado vuestra confianza gracias a su bondad y protección, y os pide que hagáis algo por él, ¿os negáis? No, obedecéis de buen grado. Así es como me obedecerá a mí el león de oro.

—Siempre que hacerlo le convenga a él —espetó Korak.

—Dejadme ir un paso más lejos —dijo el hombre-mono—. Suponed que esta criatura a la que amáis y obedecéis tiene el poder de castigaros, incluso de mataros, si es necesario, para obligaros a cumplir sus órdenes. ¿Qué me decís entonces de vuestra obediencia?

—Ya verás —dijo Korak— con qué facilidad el león de oro me hará ganar cien libras.

Aquella tarde partieron hacia la llanura. Jad-bal-ja seguía al caballo de Tarzán pisándole los talones. Desmontaron en un pequeño bosquecillo a cierta distancia del bungaló, y desde allí se dirigieron con cautela hacia un terreno pantanoso en el que solía haber antílopes. Avanzando por él, llegaron hasta la densa maleza que bordeaba el terreno a ambos lados. Allí iban Tarzán, Jane y Korak y, pegado a los pies de Tarzán, el león de oro: cuatro cazadores de la jungla, de los cuales el león era el menos hábil. Se movieron con sigilo a través de la maleza, apenas crujía una hoja a su paso, hasta que por fin divisaron un pequeño rebaño de antílopes que pacían tranquilamente. Cerca de ellos había un viejo macho, y con un ademán misterioso Tarzán se lo señaló a Jad-bal-ja.

—Ve a buscarle —susurró, y el león de oro emitió un rugido apenas audible en reconocimiento de la orden.

Se abrió paso a través de la maleza. Los antílopes pacían, sin sospechar nada. La distancia que separaba al león de su presa era demasiado grande para efectuar un ataque con éxito, y por eso Jad-bal-ja esperó, escondido entre los arbustos, a que el antílope se acercara a él o le diera la espalda. Los cuatro observaban a los herviboros sin emitir ningún sonido, ni estos

últimos daban muestras de sospechar la proximidad de peligro. El viejo macho se acercó a Jad-bal-ja. De un modo imperceptible el león se preparaba para el ataque. El único movimiento perceptible era el de la punta de su cola y entonces, como el rayo que cae del cielo, igual que una flecha disparada, en un instante salió a una velocidad tremenda. Casi estaba sobre el macho cuando éste se dio cuenta de la proximidad de peligro, pero ya era demasiado tarde, pues apenas el antílope había dado media vuelta, el león se puso sobre sus patas traseras y le saltó encima, mientras el resto del rebaño se disgregaba en una huida precipitada.

—Ahora veremos —dijo Korak.

—Me traerá el antílope —aseguró Tarzán.

El león de oro vaciló un momento, gruñendo sobre el cuerpo de su presa. Luego lo cogió por la espalda y, con la cabeza vuelta a un lado, lo arrastró mientras se abría paso para volver junto a Tarzán. Arrastró al antílope muerto a través de la maleza y lo dejó a los pies de su amo, donde se quedó de pie mirando al hombre-mono con una manifiesta expresión de orgullo por su hazaña y a la vez de esperar una gratificación.

Tarzán le acarició la cabeza y le alabó en voz baja, luego sacó su cuchillo de caza y le cortó la yugular al antilope y dejó brotar su sangre. Jane y Korak permanecían cerca, observando a Jad-bal-ja; ¿qué haría el león cuando percibiera el olor de sangre fresca? Lo que hizo fue oliscarla y rugir, y enseñando los colmillos miró a los tres con ferocidad. El hombre-mono lo apartó dándole un golpe con la mano abierta y el león volvió a rugir enojado e intentó morderle.

Rápido es Numa, rápido es Bara, el ciervo, pero Tarzán de los Monos es el rayo. Tan rápidamente golpeó, y con tanta fuerza, que Jad-bal-ja cayó de espaldas casi en el mismo instante en que había rugido a su amo. Se incorporó y los dos permanecieron cara a cara.

—¡Al suelo! —ordenó Tarzán—. ¡Túmbate, Jad-bal-ja!

Su voz era baja y firme. El león vaciló, pero sólo un instante, y entonces se tumbó tal como Tarzán de los Monos le había enseñado que tenía que hacer al oír su orden. Tarzán se volvió y se echó el antílope muerto al hombro.

—Vamos —dijo a Jad-bal-ja—. ¡Eh! —Y sin volver a mirar al carnívoro se alejó hacia los caballos.

—Debería haberlo sabido —dijo Korak con una carcajada—, y me habría ahorrado las cien libras.

—Claro que deberías haberlo sabido —dijo su madre.

CAPÍTULO III

UNA REUNIÓN MISTERIOSA

UNA MUJER mujer bastante atractiva, aunque demasiado elegante, estaba comiendo en una casa de comidas de segunda categoría en Londres. Era llamativa, no tanto por su bonita figura y rostro toscamente hermoso, sino por el tamaño y apariencia de su compañero, un hombre corpulento y bien proporcionado de unos veinticinco años, con una abundante barba que ocultaba buena parte de su rostro. Casi alcanzaba el metro noventa y tenía los hombros anchos, el vientre hundido y las caderas estrechas. Su físico, su porte, todo en él sugería sin lugar a dudas que era un atleta entrenado.

Los dos conversaban animadamente, tanto que de vez en cuando parecían rozar la discusión acalorada.

—Te digo —dijo el hombre— que no veo que necesitemos a los demás. ¿Por qué iban a compartir con nosotros… por qué dividir en seis lo que podríamos tener tú y yo solos?

—Para llevar a cabo el plan se necesita dinero —replicó ella—, y ni tú ni yo lo tenemos. Ellos sí lo tienen y con él nos apoyarán, a mí, por mis conocimientos y a ti, por tu fuerza y aspecto. Te buscaron, Esteban, durante dos años, y ahora no me gustaría estar en tu piel si les traicionas. Te cortarían el cuello, Esteban, si creyeran que ya no les resultas útil, pues conoces todos los detalles de su plan. Pero si intentas quitarles todo el beneficio… —se interrumpió y se encogió de hombros—. No, querido, me gusta demasiado la vida para unirme a ti en una conspiración como ésa.

—Pero te digo, Flora, que deberíamos obtener más de lo que quieren darnos. Tú proporcionaste todos los datos y yo corro con todos los riesgos; ¿por qué no vamos a recibir más de una sexta parte cada uno?

—Pues habla tú con ellos, Esteban —lijo la muchacha, encogiéndose de hombros—; pero si quieres un consejo, conténtate con lo que te ofrecen. No sólo poseo la información, sin la cual ellos no pueden hacer nada, sino que además te encontré. Sin embargo, me contentaré con una sexta parte, y

te aseguro que si no lías las cosas, una sexta parte de lo que saques será suficiente para cualquiera de nosotros el resto de nuestra vida.

El hombre no parecía convencido y la joven tenía la sensación de que sería preciso vigilarle. En realidad, sabía muy poco de él y le había visto en persona pocas veces desde que lo descubriera dos meses atrás, en la pantalla de un cine de Londres, interpretando a un espectacular soldado romano de la guardia pretoriana.

Aquí sólo su perfil de héroe y su físico perfecto le daban derecho a ser tenido en cuenta, pues su papel era secundario y sin duda, de todos los miles de personas que le vieron en la pantalla, Flora Hawkes era la única que sentía por él un interés más que pasajero, un interés que se avivó no sólo por su capacidad histriónica, sino más bien a los dos años que ella y sus aliados estuvieron buscando un tipo como el que Esteban Miranda representaba tan admirablemente. Encontrarle resultó difícil, pero tras un mes de búsqueda aparentemente inútil por fin lo descubrió entre una veintena de extras en el estudio de una productora menor de Londres. No necesitó más credenciales que su buen aspecto para conocerle, y mientras el primer contacto maduraba hasta alcanzar la intimidad, ella no le mencionó el verdadero propósito por el cual se había acercado a él.

Que era español y aparentemente de buena familia resultaba evidente, y que carecía de escrúpulos se podía adivinar por la celeridad con que accedió a participar en la oscura transacción que la mente de Flora Hawkes había concebido y cuyos detalles ella perfeccionó junto con sus cuatro aliados. Así que, conocedora de su falta de escrúpulos, Flora era consciente de que debía ser precavida para que no se aprovechara de la detallada información que un día tendría y cuya clave ella, hasta el momento, había guardado para sí, sin confiarla siquiera a ninguno de los otros cuatro aliados.

Permanecieron sentados un momento en silencio, jugueteando con los vasos vacíos de los que habían estado bebiendo. Entonces ella levantó la mirada y vio que él la observaba fijamente. Tenía en sus ojos una expresión que incluso una mujer menos complicada que Flora Hawkes habría interpretado sin dificultad.

—Haré lo que quieras, Flora —dijo—, porque cuando estoy contigo olvido el oro y sólo pienso en esa otra recompensa que continuamente me niegas, pero que algún día alcanzaré.

—El amor y el trabajo no casan bien —replicó la muchacha—. Espera a

que hayas terminado el trabajo, Esteban, y entonces hablaremos de amor.

—Tú no me amas —susurró él con voz ronca—. Sé… he visto que… todos los demás te quieren. Por esto podría odiarles. Y si creyera que amas a alguno de ellos, podría arrancarle el corazón. A veces he pensado que tienes demasiadas familiaridades con ellos, Flora. He visto a John Peebles apretarte la mano cuando creía que nadie le veía y cuando bailas con Dick Throck se te acerca demasiado y bailáis mejilla contra mejilla. Te digo que no me gusta, Flora, y uno de estos días me olvidaré del asunto del oro y pensaré sólo en ti, y entonces sucederá algo y no habrá que repartir entre tantos los lingotes que traeré de África. Y con Bluber y Kraski ocurre casi lo mismo; quizá Kraski sea el peor, porque es un diablo apuesto y no me gusta la manera en que le miras.

El fuego de la ira creciente asomaba a los ojos de la chica. Con un gesto enojado le hizo callar.

—¿Qué te importa a ti, señor Miranda, a quiénes elijo por amigos, o cómo los trato o cómo me tratan ellos? Te diré que los conozco desde hace años, mientras que a ti sólo hace apenas unas semanas, y si alguien tiene algún derecho a dictar mi conducta, cosa que, gracias a Dios, nadie tiene, sería uno de ellos y no tú.

El hombre la miraba echando fuego por los ojos.

—¡Es lo que pensaba! —exclamó—. Amas a uno de ellos. —Se incorporó un poco e inclinándose hacia ella le dijo, en tono amenazador—: ¡Déjame descubrir cuál de ellos es y le haré pedazos!

Se pasó los dedos por su largo pelo negro, que parecía la melena de un león furioso. Los ojos le brillaban de tal modo que la muchacha se estremeció de miedo. Parecía que hubiera perdido temporalmente la razón; si no era un maníaco, sin duda lo parecía, y la muchacha sintió miedo y comprendió que tenía que calmarle.

—Vamos, vamos, Esteban —susurró con suavidad—, no es necesario que te enfurezcas. No he dicho que ame a ninguno de ellos, ni he negado que te ame a ti, pero no estoy acostumbrada a que me cortejen de esta manera. Quizás a tus señoritas españolas les guste, pero yo soy inglesa y, si me quieres, debes tratarme como lo haría un amante inglés.

—No has dicho que ames a alguno de los otros, es cierto, pero tampoco lo has negado; dime, Flora, ¿cuál de ellos es tu amor?

Los ojos aún le brillaban de furia y su gran corpachón temblaba a causa de la pasión contenida.

—No amo a ninguno de ellos, Esteban —replicó ella—, ni te amo a ti de momento. Pero podría hacerlo, Esteban, esto puedo afirmarlo. Podría amarte como jamás podría amar a nadie, pero no me lo permitiré hasta que hayas regresado y seamos libres para vivir dónde y cómo queramos. Entonces, quizá; pero aun así, no te prometo nada.

—Será mejor que lo prometas —dijo él con hosquedad, aunque a todas luces un poco más calmado—. Será mejor que me lo prometas, Flora, porque no me importa nada el oro si no te puedo tener a ti también.

—Calla —indicó ella—, ahí están, y ya iba siendo hora; llegan media hora tarde.

El hombre volvió los ojos en la dirección de la mirada de ella y los dos observaron aproximarse a los cuatro hombres que acababan de entrar en la casa de comidas. Dos de ellos tenían aspecto inglés; eran tipos corpulentos, carnosos, de clase media, que aparentaban lo que realmente eran: ex pugilistas; el tercero, Adolph Bluber, era un alemán gordo y de baja estatura, con el rostro redondo y colorado y el cuello ancho; el otro, el más joven de los cuatro, era con mucho el mejor parecido. Su rostro delicado, de tez clara y grandes ojos oscuros, habría podido ser suficiente para provocar los celos de Miranda; pero una buena mata de pelo castaño ondulado, la apostura de un dios griego y la gracia de un bailarín ruso, resumían, en verdad, lo que era Carl Kraski cuando decidió no ser más que un bribón.

La muchacha los saludó con cordialidad y el español se limitó a un simple y malhumorado gesto de asentimiento con la cabeza mientras ellos cogían sendas sillas y se sentaban a la mesa.

—¡Cerveza! —pidió Peebles a gritos, dando un golpe en la mesa para llamar la atención de un camarero—. ¡Queremos cerveza!

Esta sugerencia recibió la aprobación unánime y, mientras esperaban la bebida, hablaron de manera informal de asuntos intrascendentes: el calor, la circunstancia que les había retrasado, las pequeñas anécdotas sucedidas desde la última vez que se habían visto. Entretanto, Esteban permanecía sentado en hosco silencio, pero después de que el camarero volviera y brindaran por Flora, ceremonia con la que hacía tiempo tenían la costumbre de señalar cada reunión, se pusieron a trabajar.

—Bueno —dijo Peebles, golpeando de nuevo en la mesa con su rollizo puño—, vamos a ver. Lo tenemos todo, Flora…, los planes, el dinero, al señor Miranda… y estamos preparados, querida, para tu participación.

—¿Cuánto dinero tenéis? —preguntó Flora—. Se necesitará mucho dinero, y no vale la pena empezar si no disponemos del suficiente para proseguir.

Peebles se volvió a Bluber.

—Ahí —dijo, señalándole con un grueso dedo— está el tesorero. Este gordo bribón te dirá cuánto tenemos.

Bluber esbozó una hipócrita sonrisa y se frotó las rollizas manos.

—Bueno —dijo—, ¿cuánto *crrree* que deberíamos *tenerrr, señorrrita Florrra*?

—No menos de dos mil libras, para ir sobre seguro —respondió ella sin vacilar.

—*Ach, weh*! —exclamó Bluber—. Eso es mucho *dinerrro*, dos mil *librrras*.

La muchacha hizo una mueca de disgusto.

—Os dije desde el primer día que no quería saber nada de un hatajo de ladrones de pacotilla, y que hasta que no tuvierais suficiente dinero para llevar a cabo el plan como es debido no os daría los mapas ni las instrucciones, sin los cuales es imposible llegar a las cámaras donde hay oro suficiente para comprar toda esta isla, si la mitad de lo que he oído decir de ellas es cierto. Podéis gastar vuestro dinero, pero tenéis que enseñarme que al menos disponéis de dos mil libras antes de que os dé la información que os hará los hombres más ricos del mundo.

—El tipo tiene el dinero —gruñó Throck—. Que me aspen si sé de qué habla.

—No puede evitarlo —dijo el ruso—; Bluber es de la clase de tipos que regatearía con el encargado de las licencias matrimoniales si fuera a casarse.

—Oh, bueno —suspiró Bluber—, *¿porrr* qué íbamos a *gastarrr* más *dinerrro* del *necesarrrio*? Si podemos *hacerrrlo* por mil *librrras*, mucho *mejorrr*.

—Sin duda —espetó la muchacha—, y si sólo se necesitan mil, será todo lo que tendréis que gastar, pero es mejor tener dos mil por si ocurre alguna emergencia, y por lo que sé de ese país es probable que topéis con alguna.

—*Ach, weh*! —exclamó Bluber.

—Tiene el dinero —dijo Peebles—, vayamos al grano.

—Puede que lo tenga, pero antes quiero verlo —replicó la muchacha—.

—¿Qué *crrrees*, que llevo todo ese *dinerrro* en el bolsillo? —se quejó Bluber.

—¿No le crees? —gruñó Throck.

—Sois un puñado de rufianes —dijo ella riendo abiertamente ante los fornidos rufianes—. Pero aceptaré la palabra de Carl; si él dice que lo tenéis y que será empleado para pagar todos los gastos de nuestra expedición, le creeré.

Peebles y Throck fruncieron el ceño y Miranda miró al ruso con los ojos entrecerrados. Bluber, por el contrario, no se alteró; cuanto más le insultaban, mejor; al parecer le gustaba. Si alguien le trataba con consideración o respeto habría sido arrogante mientras acariciara la mano que estrechaba la suya. Sólo Kraski sonreía con una autocomplacencia que hacía hervir la sangre al español.

—Bluber tiene el dinero, Flora —dijo—; cada uno de nosotros ha puesto su parte. Nombraremos tesorero a Bluber, porque sabemos que exprimirá el último penique hasta encogerlo antes de dejarlo escapar. Nuestro plan es partir de Londres en parejas.

La mujer sacó un mapa de su bolsillo y lo desplegó sobre la mesa. Con el dedo señaló un punto marcado con una X.

—Aquí nos encontraremos y equiparemos nuestra expedición. Bluber y Miranda irán primero; después, Peebles y Throck. Cuando tú y yo lleguemos, todo estará a punto para partir hacia el interior, donde montaremos un campamento permanente, junto al camino general y lo más cerca posible de nuestro objetivo. Miranda se divertirá tras sus bigotes hasta que esté listo para iniciar la etapa final de su largo viaje. Tengo entendido que ha aprendido bien el papel que debe interpretar y que representa su personaje a la perfección. Como sólo tendrá que engañar a nativos ignorantes y fieras salvajes no necesitará una gran habilidad histriónica. —Aunque velada, la nota de sarcasmo en su tono suave y patoso hizo que los ojos negros del español brillaran con perversidad.

—¿Entiendo que tú y la señorita Hawkes viajaréis solos a X? —preguntó Miranda, apenas reprimiendo su enojo.

—Así es, a menos que tu comprensión sea escasa —respondió el ruso.

El español se levantó y se inclinó hacia Kraski amenazadoramente. La muchacha, que estaba sentada a su lado, lo agarró del abrigo.

—¡Nada de eso! —exclamó, obligándole a sentarse de nuevo—. Ya es suficiente, y si seguís así os dejaré y buscaré compañeros más sociables

para mi expedición.

—¡Pues muy bien, déjanos ya! —profirió Peebles en tono belicoso.

—John tiene razón y yo le apoyo. Y si seguís así, que me aspen si no os doy una paliza a los dos —rugió Throck, y miró primero a Miranda y después a Kraski.

—Bueno —trató de calmarlos Bluber—, estrechémonos la mano y seamos buenos amigos.

—Está bien —dijo Peebles—, de acuerdo. Dame la mano, Esteban. Vamos, Carl, guarda el hacha. No podemos empezar este asunto con animosidades, ya está.

El ruso, seguro de su posición con Flora, y por tanto de un humor magnánimo, tendió la mano por encima de la mesa hacia el español. Por un momento, Esteban vaciló.

—¡Vamos, hombre, dame la mano! —gruñó Throck—. O puedes volver a tu trabajo de extra en el cine, maldita sea, y ya encontraremos quien te sustituya y con quien dividir el botín.

De pronto, el semblante sombrío del español se iluminó con una agradable sonrisa. Alargó el brazo y apretó con fuerza la de Kraski.

—Perdona —dijo—, mi temperamento es fogoso, pero no va más allá. La señorita Hawkes tiene razón, debemos ser amigos, aquí tienes mi mano, Kraski.

—Bien, lamento haberte ofendido —dijo Kraski, pero olvidó que el otro era actor, y si hubiera podido ver las profundidades de aquella alma oscura se habría estremecido.

—Y *ahorrra* que todos somos buenos amigos —dijo Bluber, frotándose las manos efusivamente—, *¿porrr* qué no nos preparamos para cuando empecemos a *terminarrr* todas las cosas? La *señorrrita Florrra* me da el mapa y las *instrrrucciones* y *nosotrrros* empezamos a *comenzarrr* de inmediato.

—Préstame un lápiz, Carl —dijo la chica, y cuando el hombre se lo hubo entregado ella buscó un lugar en el mapa a cierta distancia de X, en el interior, donde trazó un pequeño círculo.

—Esto es O dijo. —Cuando todos lleguemos aquí, tendréis las instrucciones finales, no antes.

Bluber alzó las manos.

—*Ach!, señorrrita Florrra*, ¿qué *crrree*, que gastamos dos mil librrras *parrra comprrrarrr* un *cerrrdo* metido en un saco? *Ach, weh*!, no nos

pedirrría que *hiciérrramos* esto, *¿verrrdad*? Tenemos que *verrrlo* todo, debemos *saberrrlo* todo antes de *gastarrr* un solo penique.

—Sí, eso es, y ya está —rugió John Peebles, golpeando la mesa con el puño.

La muchacha se levantó tranquilamente de su asiento.

—Muy bien —dijo encogiéndose de hombros—. Si pensáis así, lo mejor es que lo dejemos.

—*Esperrre, esperrre, señorrrita Florrra* —exclamó Bluber, apresurándose a levantarse—. No se ponga nerviosa. Pero ¿no ve dónde estamos? Dos mil *librrras* es mucho *dinerrro*, y *nosotrrros* somos buenos *hombrrres* de negocios. No vamos a *gastarrrlo* todo sin *obtenerrr* nada a cambio.

Yo no os pido que lo gastéis sin obtener nada a cambio —replicó la muchacha con aspereza—, pero si alguien debe confiar en alguien en este asunto, sois vosotros quienes debéis confiar en mí. Si os doy ahora toda la información, nada os puede impedir adelantaros y dejarme en la estacada, y no tengo intención de que esto ocurra.

—Pero no somos tontos, *señorrrita Florrra* —insistió Bluber—. *Nosotrrros* no pensamos ni *porrr* un instante en *engañarrrla*.

—Tampoco ninguno de vosotros sois unos angelitos, Bluber —repuso la chica—. Si queréis seguir adelante con esto debéis hacerlo a mi manera, y estaré en la meta para asegurarme de que recibo lo que me corresponde. Os he dado mi palabra, hasta el momento, de que poseo la información, y lo aceptáis hasta el final o lo dejamos. ¿De qué me serviría penetrar en una puñetera jungla y sufrir todas las penalidades que sin duda nos esperan, y llevaros conmigo, si no pudiera entregar la mercancía cuando llegara? No soy tan blanda para creer que podría salir indemne con un montón de bandidos como vosotros si intentara engañaros. Mientras actúe con seriedad me sentiré a salvo, porque sé que o Esteban o Carl cuidarán de mí, y no sé si los demás lo haríais también. ¿Estamos de acuerdo?

—Bueno, John, ¿qué *crrreéis* tú y Dick? —preguntó Bluber dirigiéndose a los dos ex boxeadores—. Sé que Carl piensa lo que piense *Fiorrra*. ¿Eh? ¿Qué decís?

—Caramba —dijo Throck—, nunca me ha gustado confiar en nadie si no es por obligación, pero al parecer ahora tenemos que confiar en Flora.

—Lo mismo digo —coincidió John Peebles—. Si intentas hacernos alguna faena, Flora… —Se pasó significativamente el índice por la

garganta.

—Entiendo, John —dijo la muchacha con una sonrisa—, y sé que lo harías con igual rapidez por dos libras que por dos mil. Bueno, entonces ¿estáis todos de acuerdo en que se lleve a cabo según mis planes? ¿Tú también, Carl?

El ruso hizo un gesto afirmativo.

—Lo que digan los demás está bien para mí —observó.

Y así, el pequeño grupo discutió sus planes en la medida en que les fue posible; hasta el detalle más insignificante necesario para situarlos en el punto O que la chica había señalado en el mapa.

CAPÍTULO IV

LO QUE INDICABAN LAS HUELLAS

CUANDO Jad-bal-ja, el león de oro, tenía dos años de edad, era un magnífico ejemplar de su especie tal como los Greystoke esperaban. En tamaño era mucho más grande que el macho maduro corriente; en figura era soberbio, y su noble cabeza y su espléndida melena negra le daban el aspecto de un macho adulto, mientras que en inteligencia sobrepasaba de lejos a sus hermanos salvajes de la jungla.

Jad-bal-ja era una fuente inagotable de orgullo y placer para el hombre-mono, que lo había adiestrado con tanto cuidado y alimentado con astucia con el fin de desarrollar al máximo todas sus cualidades innatas. El león ya no dormía a los pies del lecho de su amo, sino que ocupaba una robusta jaula que Tarzán había construido para él en la parte posterior del bungaló, pues el hombre-mono sabía que un león, dondequiera que estuviera o comoquiera que lo hubiesen educado, siempre era un león: un salvaje carnívoro. Durante el primer año, había rondado a voluntad por la casa y los terrenos próximos; después, sólo salia en compañía de Tarzán. A menudo, ambos cazaban juntos por la llanura y la jungla. Por una parte el león era casi igual de familiar con Jane y Korak, y ninguno de los dos le temía o desconfiaba de él, pero hacia Tarzán de los Monos mostraba el mayor afecto. A los negros del hogar de Tarzán los toleraba y tampoco ocasionaba daños a ninguno de los animales domésticos y aves de corral, después de que Tarzán grabara en él, cuando aún era un cachorro, que a cualquier excursión depredadora a los corrales o gallineros le seguía un castigo adecuado. Que nunca se le permitiera estar vorazmente hambriento era sin duda el factor decisivo para proteger a los animales de la granja.

El hombre y la bestia parecían entenderse a la perfección. Es dudoso que el león entendiera todo lo que Tarzán le decía, pero en la medida de lo posible, la facilidad con que comunicaba sus deseos al león rozaba lo extraordinario. La obediencia que una combinación de seriedad y afecto

había fomentado en el cachorro se había vuelto una costumbre en el león ya adulto. A una orden de Tarzán, recorría una gran distancia y traía un antílope o una cebra y depositaba su presa a los pies de su amo sin probar la carne, e incluso había cobrado animales vivos sin dañarlos. Así era el león de oro que rondaba por la selva primitiva con su divino amo.

Aproximadamente en esta época fue cuando empezaron a llegarle al hombre-mono rumores sobre una banda de depredadores que merodeaba por el oeste y el sur de su finca; se contaban horribles historias de robos de marfil, capturas de esclavos y torturas como jamás habían perturbado la quietud de la jungla salvaje del hombre-mono desde los días del jeque Amor Ben Khatour, y también había otras historias que hicieron fruncir las cejas a Tarzán de los Monos, perplejo y pensativo, y después transcurrió un tiempo durante el cual Tarzán no oyó ningún otro rumor procedente del oeste.

La guerra había reducido los recursos de los Greystoke y sus ingresos ahora eran escasos. Habían colaborado activamente en la causa de los aliados, y lo poco que les quedaba se había agotado en la rehabilitación de la finca africana de Tarzán.

—Jane, tengo la impresión —dijo una noche a su esposa— de que tendré que realizar otro viaje a Opar.

—Temo pensar en ello. No quiero que te vayas —le respondió—. Has escapado dos veces de esa horrible ciudad, pero has salvado la vida por los pelos. La tercera vez puede que no seas tan afortunado. John, tenemos suficiente para vivir aquí felices y con comodidad. ¿Por qué arriesgar estas dos cosas que son más importantes que toda la riqueza posible en otro intento de asaltar las cámaras del tesoro?

—No hay ningún peligro, Jane —le aseguró él—. La última vez Werper me siguió los pasos, y entre él y el terremoto por poco acabaron conmigo. Pero no es probable que se repita la misma combinación de circunstancias adversas.

—¿No irás solo? —preguntó ella—. ¿Te llevarás a Korak?

—No —respondió Tarzán—. No me lo llevaré. Él tiene que quedarse aquí contigo, pues realmente mis largas ausencias son más peligrosas para ti que para mí. Me llevaré cincuenta waziri, como porteadores, para transportar el oro, y así podremos traer suficiente para que nos dure mucho tiempo.

—¿Y Jad-bal-ja? —preguntó Jane—, ¿te lo llevarás?

—No, será mejor que se quede aquí; Korak puede cuidar de él y llevárselo a cazar de vez en cuando. Viajaré más rápido y para él sería un viaje demasiado duro; a los leones no les gusta mucho moverse bajo el ardiente sol, y como viajaremos principalmente de día, dudo que Jad-bal-ja durara mucho.

Y así fue como Tarzán de los Monos emprendió una vez más el largo camino que conduce a Opar. Le seguían cincuenta fornidos waziri, los mejores de la tribu guerrera que había adoptado a Tarzán como jefe. En el porche del bungaló se quedaron Jane y Korak despidiéndoles con la mano y, procedentes de la parte posterior del edificio, se oían los rugidos de Jad-bal-ja, el león de oro. Y mientras se alejaban, la voz de Numa les acompañó por la llanura hasta que se perdió en la distancia.

Como la velocidad de Tarzán estaba determinada por la de los negros, que era más lenta, su avance no era muy rápido. Opar se hallaba a unos buenos veinticinco días de marcha desde la granja si se viajaba ligero de equipaje, como en este caso, pero en el viaje de regreso, cargados con los lingotes de oro, su avance se preveía más lento. Razón por la cual el hombre-mono destinaba dos meses a la aventura. Su safari, que consistía solamente en guerreros expertos, permitía un avance realmente rápido. No llevaban provisiones, pues todos eran cazadores y, además, atravesaban una región en la que abundaba la caza; por lo tanto, era innecesario cargar con los incómodos bultos que llevaban los cazadores blancos.

Unas ramas de espinos y unas cuantas hojas les proporcionaban cobijo para pasar la noche, mientras que las lanzas, flechas y los poderes de su gran jefe blanco aseguraban que su estómago jamás estaría vacío. Con los hombres escogidos que llevaba consigo, Tarzán esperaba realizar el viaje en veintiún días, aunque de haber viajado solo habría ido dos o tres veces más deprisa, ya que, cuando Tarzán decidía viajar con velocidad, casi volaba a través de la jungla, pues se hallaba en ella como en su casa, tanto de día como de noche, y prácticamente era incansable.

Un día por la tarde de la tercera semana de marcha, Tarzán, que se había adelantado a sus negros en busca de caza, tropezó de pronto con el cuerpo de Bara, el ciervo, con una flecha clavada en el costado. Era evidente que el animal resultó herido a algunos metros de donde había caído para morir, pues la posición de la flecha indicaba que la herida no podía haberle causado la muerte inmediatamente. Pero lo que llamó más su

atención, aun antes de acercarse lo suficiente para efectuar un examen minucioso, fue la forma de la flecha, y en cuanto la arrancó del cuerpo del ciervo supo lo que era y se quedó tan asombrado como usted o como yo nos quedaríamos si viéramos un tocado swazi nativo en Broadway o en el Strand de Londres, pues la flecha era exactamente de las que se podían comprar en la mayoría de tiendas de deportes de cualquier gran ciudad del mundo, una flecha de las que venden y se utilizan para la práctica del arco en los parques y barrios periféricos de las ciudades. Nada podía ser más incongruente que este absurdo juguete en el corazón de la salvaje África y, sin embargo, había cumplido con su cometido de forma eficaz, como era evidente por el cadáver de Bara; asimismo el hombre-mono sabía que la flecha no había sido lanzada por ninguna mano salvaje y experta.

Esto despertó la curiosidad de Tarzán y también su precaución inherente. Hay que conocer bien la jungla para sobrevivir mucho tiempo en ella y, si se la conoce bien, no hay que dejar sin explicación ningún suceso o circunstancia insólitos. Por esa razón Tarzán volvió sobre los pasos de Bara con el propósito de averiguar, si era posible, la naturaleza del que había matado a Bara. El rastro de sangre era fácil de seguir y el hombre-mono se preguntó por qué el cazador no lo había seguido para cobrar su pieza, muerta desde el día anterior. Descubrió que Bara había venido de lejos; el sol ya estaba bajo en el oeste antes de que Tarzán encontrara los primeros indicios de la matanza del animal. Eran huellas que le sorprendieron tanto como la flecha. Las examinó con atención y se agachó para oliscarlas con su fino olfato. Era improbable, por imposible que pareciera, que las huellas de pies descalzos fueran de un hombre blanco: un hombre corpulento, probablemente tanto como el propio Tarzán. Mientras el hijo adoptivo de Kala miraba fijamente el rastro del misterioso extraño, se pasó los dedos de una mano por su espesa cabellera negra, en un gesto característico que indicaba profunda perplejidad.

¿Qué hombre blanco descalzo podía haber en la jungla de Tarzán que matara su caza con una bonita flecha de un club de tiro con arco? Era increíble que fuera así, y sin embargo acudieron a la mente del hombre-mono los vagos rumores que había oído semanas atrás. Decidido a resolver el misterio, partió siguiendo el rastro del extraño, un rastro errático que serpenteaba a través de la jungla, aparentemente sin rumbo, impulsado, supuso Tarzán, por la ignorancia de un cazador inexperto. Pero cayó la noche antes de que hubiera encontrado una solución al enigma, y era negra

noche cuando el hombre-mono volvió sobre sus pasos para regresar al campamento.

Sabía que sus waziri estarían esperando carne y Tarzán no tenía intención de decepcionarles, aunque descubrió entonces que no era el único que cazaba en aquella zona esa misma noche. Oyó cerca el áspero rugido de un león, que le anunció su presencia y, entonces, a lo lejos, oyó el rugido de otro. Pero ¿qué importancia tenía para el hombre-mono que otros cazaran? No sería la primera vez que comparara su astucia, su fuerza y su agilidad con las de otros cazadores de su mundo salvaje, humanos y bestias.

Y así Tarzán por fin obtuvo su presa, arrebatándosela casi de las fauces a un decepcionado y enfurecido león: un gordo antilope que el anterior había señalado como de su propiedad. El hombre-mono se echó al hombro la pieza cobrada casi en el camino de Numa, descendió ligero al terreno inferior, y con una carcajada burlona para el enfurecido felino, desapareció ruidosamente en la noche.

Encontró el campamento y a sus hambrientos waziri sin problemas, y tan grande era la fe que tenían en él que ni por un instante dudaron que regresaría con carne para ellos.

A primera hora de la mañana siguiente, Tarzán partió de nuevo hacia Opar; ordenó a sus waziri que prosiguieran la marcha en línea lo más recta posible y los dejó para seguir investigando la misteriosa presencia de la que las huellas y la flecha le habían advertido. Volvió al lugar donde la oscuridad le obligó a abandonar su búsqueda y siguió el rastro del extraño. No había ido muy lejos cuando dio con más señales de la presencia de esta nueva y maligna personalidad: ante él se encontraba el cuerpo de un simio gigantesco, de la tribu de grandes antropoides entre los que Tarzán había crecido. En el prominente abdomen del mangani sobresalía otra de las flechas de la civilización hechas en serie. El hombre-mono entrecerró los ojos y la preocupación ensombreció su frente. ¿Quién se atrevía a invadir sus sagradas reservas y matar de forma tan despiadada al pueblo de Tarzán?

Un rugido bajo resonó en la garganta del hombre-mono. La capa de civilización con que Tarzán se cubría cuando estaba entre los blancos desaparecía en cuanto se despojaba de la ropa de la civilización. Quien contemplaba el cuerpo de su peludo primo no era ningún lord inglés, sino otra bestia de la jungla en cuyo pecho rugía el fuego inextinguible del

recelo y el odio hacia la humanidad, tan característico en quienes se han criado en la jungla. Una bestia depredadora contemplaba el sangriento resultado de la acción despiadada del hombre. Tarzán no tenía conciencia de que le uniera ningún parentesco de sangre con el individuo que había cometido la matanza.

Comprobó que el rastro era de sólo dos días antes, y decidió apresurarse en la persecución del asesino. No le cabía duda de que se había cometido una matanza, pues conocía suficientemente bien las características de los mangani para saber que ninguno de ellos provocaría el ataque a menos que se viera impulsado a hacerlo.

Tarzán viajaba contra el viento, y media hora después de descubrir el cuerpo del simio su aguzado olfato captó el olor de otros de su especie. Como conocía la timidez de estos fieros habitantes de la jungla avanzó con gran cautela, no fuera que, advirtiendo su presencia, huyeran antes de conocer su identidad. No los veía a menudo, aunque sabía que alguno siempre lo recordaba, y que a través de ellos podría relacionarse con el resto de la tribu.

Ante la espesura de la maleza Tarzán decidió avanzar por la zona intermedia de los árboles, y allí, columpiándose libre y velozmente entre las ramas, alcanzó a los gigantescos antropoides. Había unos veinte y estaban ocupados, en un pequeño calvero natural, en su interminable búsqueda de gusanos y cucarachas, elementos importantes en la dieta de los mangan.

Un ligero olor llegó a la cara del hombre-mono cuando se detuvo en una rama grande, oculto por el follaje, y observó al pequeño grupo. Cualquier acción, cualquier movimiento de los grandes simios recordaba vivamente a Tarzán los largos años de su infancia cuando, protegido por el fiero amor maternal de Kala, la simia, había explorado la jungla con la tribu de Kerchak. En los jóvenes juguetones volvía a ver a Neeta y a sus otros compañeros de niñez, y en los adultos a todas las grandes bestias salvajes que había temido en su juventud y conquistado en su edad adulta. Los modos del hombre pueden cambiar, pero los del simio siempre son los mismos: ayer, hoy y mañana.

Los observó en silencio durante unos minutos. ¡Cuánto se alegrarían de verle cuando descubrieran su identidad! Porque Tarzán de los Monos era conocido a todo lo largo y lo ancho de la gran jungla como el amigo y protector de los mangan. Al principio le gruñirían y amenazarían, porque

no confiarían sólo en sus ojos y en sus oídos para confirmar su identidad. No lo harían hasta que entrara en el claro y los ofendidos machos le rodearan enseñando los colmillos y se acercaran lo suficiente para que su olfato comprobara lo que veían sus ojos y oían sus oídos; entonces lo aceptarían y sin duda reinaría una gran excitación durante unos minutos, hasta que, siguiendo los instintos de los simios, su atención se desviara hacia una hoja que se movía, una oruga o un huevo de pájaro y no se fijaran en él más que en cualquier otro miembro de la tribu. Pero esto no llegaría hasta que cada individuo lo hubiera olido y, quizá, tocado con sus rugosas patas.

Por fin Tarzán emitió un amistoso saludo y cuando los simios levantaron la vista, salió de su escondrijo para que le vieran bien.

—Soy Tarzán de los Monos —anunció—, poderoso luchador, amigo de los mangani. Tarzán viene a su gente en son de amistad —y con estas palabras saltó a la exuberante hierba del claro.

Al instante se armó un gran revuelo. Dando gritos de alarma, las hembras corrieron con los jóvenes hasta el otro lado del claro, mientras los machos, gruñendo furiosos, se enfrentaban al intruso.

—Vamos —gritó Tarzán—, ¿no me conocéis? Soy Tarzán de los Monos, amigo de los mangani, hijo de Kala y rey de la tribu de Kerchak.

—Te conocemos —gruñó uno de los viejos machos—; ayer vimos cómo mataste a Gobu. Vete o te mataremos.

—Yo no maté a Gobu —replicó el hombre-mono—. Ayer encontré su cuerpo muerto y seguía el rastro de su asesino cuando he tropezado con vosotros.

—Te vimos —repitió el viejo macho—: vete o te mataremos. Ya no eres amigo de los mangani.

El hombre-mono frunció el ceño y se quedó pensativo. Estaba claro que los simios creían realmente que le habían visto matar a su compañero. ¿Cuál era la explicación? ¿Qué podía explicarlo? ¿Las huellas desnudas del gran hombre blanco al que había seguido significaban algo más, entonces, de lo que él suponía?, se preguntó Tarzán. Alzó la vista y se dirigió de nuevo a los machos.

—No fui yo quien mató a Gobu —insistió—. Muchos de vosotros me conocéis de toda la vida. Sabéis que sólo en una pelea justa, como un macho pelea con otro, mataría a un mangani. Sabéis que de todos los habitantes de la jungla, los mangani son mis mejores amigos, y que Tarzán

de los Monos es el mejor amigo de los mangani. ¿Cómo, pues, podría yo matar a uno de los míos?

—Sólo sabemos —respondió el viejo macho— que te vimos matar a Gobu. Con nuestros propios ojos te vimos matarlo. Vete enseguida, o te mataremos. Poderoso luchador es Tarzán de los Monos, pero más poderosos que él son los machos de Pagth. Yo soy Pagth, rey de la tribu de Pagth. Vete antes de que acabemos contigo.

Tarzán intentó razonar con ellos, pero no le escucharon, tan seguros estaban de que era él quien había matado a su compañero, el macho Gobu. Por fin, para no arriesgarse a una pelea en la que era inevitable que algunos de ellos murieran, Tarzán se marchó, entristecido. Por esa razón y más que nunca estaba decidido a buscar al asesino de Gobu para ajustarle las cuentas al que se atrevía a invadir de aquel modo sus dominios de toda la vida.

Tarzán siguió el rastro hasta que éste desapareció entre otras muchas huellas humanas; negros descalzos en su mayor parte, pero entre las de éstos se encontraban las huellas de hombres blancos con botas, y hasta vio huellas de una mujer o de un niño, aunque no pudo distinguirlas. Al parecer el rastro conducía hacia las colinas rocosas que protegían el árido valle de Opar.

Olvidando ahora su misión original e imbuido solamente de un deseo salvaje de arrancar de los intrusos una explicación completa de su presencia en la jungla, y de castigar al asesino de Gobu, Tarzán siguió el rastro, ahora claro, del numeroso grupo, que no podía aventajarle en mucho más de medio día de marcha, lo que significaba que ya se encontraban en la linde del valle de Opar, y éste era su destino último. Y qué otra cosa podían tener prevista, Tarzán no se la imaginaba.

Él siempre había guardado para sí la localización de Opar. Que él supiera, ninguna persona blanca aparte de Jane y de su hijo, Korak, conocía el paradero de la ciudad olvidada de los antiguos atlantes. Sin embargo, ¿qué podía haber llevado a aquellos blancos, un grupo tan numeroso, a las salvajes tierras inexploradas que rodeaban Opar?

Estos eran los pensamientos que ocupaban la mente de Tarzán cuando seguía veloz las huellas que le conducían a Opar. Se hizo de noche, pero el rastro de olor era tan reciente que el hombre-mono podía seguir adelante aunque no viera las huellas en el suelo, y entonces, a lo lejos, vio la luz de un campamento al frente.

Ante él se encontraba un simio gigantesco.

CAPÍTULO V

LAS GOTAS FATALES

EN CASA, la vida en el bungaló y la granja seguía la rutina de costumbre igual que antes de la partida de Tarzán. Korak, a veces a pie y a veces a caballo, seguía las actividades de los trabajadores de la granja y de los pastores, en ocasiones solo, pero con más frecuencia acompañado por el capataz blanco, Jervis, y con frecuencia, en especial cuando cabalgaban, Jane iba con ellos.

Korak llevaba al león de oro atado con una correa, pues no estaba seguro del control que pudiera ejercer sobre la bestia y temía que, en ausencia de su amo, Jad-bal-ja se marchara a la jungla y volviera a su estado salvaje natural. Un león como aquél, en la jungla, sería una clara amenaza para la vida humana, pues Jad-bal-ja, criado entre hombres, carecía del temor natural hacia éstos que tenían las bestias salvajes. Adiestrado como estaba a obtener su presa lanzándose a la garganta de una efigie humana, no se precisaban grandes dotes de imaginación para visualizar lo que podría ocurrir si el león de oro, libre de toda restricción, fuera abandonado a sus propios recursos en la jungla.

Durante la primera semana de ausencia de Tarzán, un corredor de Nairobi llevó a lady Greystoke un mensaje en el que se le anunciaba la grave enfermedad de su padre, que vivía en Londres. Madre e hijo discutieron la situación. Tarzán tardaría unas cinco o seis semanas en regresar; aunque enviaran un corredor a avisarle, si Jane le esperaba, habría pocas probabilidades de que llegara a tiempo para ver a su padre. Aunque partiera enseguida, parecía existir sólo una débil esperanza de que le viera con vida. Por lo tanto, decidieron que debía partir de inmediato; Korak la acompañaría hasta Nairobi y después volvería a la hacienda y reanudaría la supervisión general hasta que su padre regresara.

Hay un largo trecho desde la finca de los Greystoke hasta Nairobi, y Korak aún no había regresado cuando, unas tres semanas después de la

partida de Tarzán, un negro, cuya obligación era alimentar y cuidar a Jad-bal-ja, dejó abierta en un descuido la puerta de la jaula cuando estaba limpiándola. El león de oro paseaba arriba y abajo mientras el negro pasaba la escoba por la jaula. Eran grandes amigos, y el waziri no temía al gran león, por lo que en ocasiones le daba la espalda sin ningún temor. El negro trabajaba en el fondo de la jaula cuando Jad-bal-ja se detuvo un momento junto a la puerta. La bestia vio que ésta estaba entreabierta. Sin hacer ruido, levantó una de sus patas almohadilladas y la insertó en la abertura; empujó suavemente y la puerta se abrió un poco más. Al instante el león de oro metió el hocico en la abertura y, cuando apartaba la barrera, el horrorizado waziri alzó la vista y lo vio saltar suavemente fuera de la jaula.

—¡Detente, Jad-bal-ja! ¡Detente! —gritó el asustado waziri, saltando detrás de él. Pero el león de oro no hizo sino apretar el paso y saltar la valla, tras lo cual partió en dirección a la jungla.

Él lo persiguió blandiendo la escoba y emitiendo fuertes gritos que hicieron salir a los waziri de sus chozas, que vieron a su compañero persiguiendo al león. Lo siguieron por las ondulantes colinas, pero era como querer cazar con lazo un fuego fatuo, pues este veloz y cauto fugitivo no hacía caso ni de sus armas ni de sus amenazas. Y así fue como vieron desaparecer al león de oro en la selva primitiva y, aunque lo buscaron con diligencia hasta casi el anochecer, al final se vieron obligados a abandonar su búsqueda y a volver cabizbajos a la granja.

—¡Ay! —exclamaba el infeliz negro responsable de la huida de Jad-bal-ja—, ¡qué me dirá el gran *bwana*!, ¡qué me hará cuando descubra que he permitido que el león de oro escapara!

—Te desterrarán durante largo tiempo, Keewazi —le aseguró el viejo Muviro—. Y sin duda te enviarán al lejano terreno de pasto del este, para vigilar el ganado que allí pace, y muchos leones te acompañarán, aunque no serán tan amistosos como lo era Jad-bal-ja. No es ni la mitad de lo que te mereces, y si el corazón del gran *bwana* no estuviera tan lleno de amor por sus hijos negros, si fuera como otros *bwanas* blancos que el viejo Muviro ha conocido, serías azotado hasta que no te tuvieras en pie, incluso quizás hasta que murieras.

—Soy un hombre —replicó Keewazi—. Soy guerrero y waziri. Sea cual sea el castigo que me imponga el gran *bwana*, lo aceptaré como un hombre.

Era la misma noche en que Tarzán se acercó al campamento del extraño

grupo al que había estado siguiendo. Sin que lo vieran, se detuvo entre el follaje de un árbol situado estratégicamente en el centro del campamento, que estaba rodeado por una enorme cerca de espino y profusamente iluminado por numerosas fogatas que los negros alimentaban diligentes con ramas de un gran montón de leña que con este propósito habían recogido. Ocupaban el centro del campamento varias tiendas, y delante de una de ellas, a la luz de una fogata, se hallaban sentados cuatro hombres blancos. Dos de ellos eran tipos corpulentos, de cuello ancho y rostro colorado, al parecer ingleses de clase inferior; el tercero parecía bajo y gordo y alemán, mientras que el cuarto era un tipo alto, delgado y apuesto, con el pelo castaño oscuro rizado y facciones regulares. Él y el alemán iban meticulosamente ataviados para viajar por el África Central, según la norma idealizada de las películas de cine; en realidad, parecían haber salido directamente de una pantalla de la última película de aventuras en la jungla. Era evidente que el joven no era de ascendencia inglesa, y Tarzán lo catalogó mentalmente, casi de inmediato, como eslavo. Poco después de llegar Tarzán, el joven se levantó y entró en una de las tiendas próximas, de la que Tarzán oyó salir enseguida ruido de voces que hablaban en susurros. No podía distinguir las palabras, pero el tono de una de ellas parecía femenino. Los tres que permanecieron ante la fogata siguieron hablando de forma inconexa, cuando de pronto, a un palmo de la cerca de espino, el rugido de un león quebró el silencio de la jungla.

Profiriendo un alarido de terror Bluber se puso en pie de un salto, tan de repente que, al retroceder, perdió el equilibrio, tropezó con su taburete de campaña y cayó de espaldas al suelo.

—¡Por Dios, Adolph! —bramó uno de sus compañeros—. Si vuelves a hacer esto, que me condene si no te rompo el cuello, y ya está.

—Que me aspen si esto no ha sido un león —gruñó el otro.

Bluber se levantó pesadamente.

—¡*Mein Gott*! —exclamó, temblándole la voz—. Estaba *segurrro* de que iba a *saltara* la cerca. *Jurrro* que si salgo de ésta, nunca más, ni *porrr* todo el *orrro* de África, volveré a *pasarrr* por lo que he pasado estos tres meses. ¡*Ach weh*!, cuando lo pienso… ¡*Ach, du lieber*! Leones y leopardos, rinocerontes e hipopótamos.

Sus compañeros se rieron.

—Dick y yo te dijimos desde el principio que no vinieras al interior —dijo uno de ellos.

Perno ¿*parrra* qué me comparé toda esta *rrropa*? —gimió el alemán—. *Mein Gott*, este *trrraje* que llevo me costó veinte guineas. *Ach*, de *haberrrlo* sabido, con una guinea *habrrría* comprado todo mi *guarrrdarrropa*; veinte guineas *porrr* esto y sólo para estar entre salvajes y leones.

—Y además te queda bien —comentó uno de sus amigos.

—Y *miura*, está todo sucio y *desgarrrado*. ¿Cómo iba a *saberrr* que *estropearrría* este *trrraje*? Con mis *prrropios* ojos lo veo en el *Princess Teayter*, cómo el héroe pasa tres meses en *Áfrrrica* cazando leones y matando caníbales, y cuando sale, no tiene ni una mancha en los pantalones; ¿cómo iba a *saberrr* que *Afrrrica* era tan sucia y estaba llena de espinos?

Ese momento fue el que Tarzán de los Monos eligió para descender tranquilamente al círculo de luz de la fogata de estos hombres. Dos ingleses se incorporaron de un salto, asustados, y Bluber se volvió e hizo ademán de huir, pero en cuanto sus ojos se posaron en el hombre-mono se detuvo, con una expresión de alivio en su semblante que hizo desaparecer la de terror, ya que Tarzán había caído sobre ellos aparentemente desde el cielo.

—*Mein Gott* —Esteban chilló el alemán—, ¿*porrr* qué vuelves tan *prrronto* y *porrr* qué llegas así, tan de *rrrepente*? ¿No piensas que tenemos *nerrrvios*?

Tarzán estaba furioso con estos intrusos, que se atrevían a entrar sin su permiso en el amplio dominio que él mantenía en paz y en orden. Cuando algo le enfurecía en su frente ardía la cicatriz que Bolgani, el gorila, le había hecho aquel día lejano en que el muchacho Tarzán había peleado con la gran bestia en combate mortal, y aprendió por primera vez el verdadero valor del cuchillo de caza de su padre, el cuchillo que le había dado, comparado con el débil y pequeño tarmangani, el mismo poder de las grandes bestias de la jungla.

Tenía los ojos grises entrecerrados y la voz fría e inexpresiva cuando se dirigió a los hombres.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Quién se atreve a invadir así el país de los waziri, la tierra de Tarzán, sin permiso del Señor de la Jungla?

—¿De dónde has sacado eso, Esteban? —preguntó uno de los ingleses —, ¿y qué diantres haces aquí solo y tan pronto? ¿Dónde están tus porteadores y el maldito oro?

El hombre-mono miró unos instantes al que hablaba sin decir nada.

—Soy Tarzán de los Monos —dijo—. No sé de qué hablas. Sólo sé que vengo en busca del que mató a Gobu, el gran simio, y a Bara, el ciervo, sin mi permiso.

—Ah, bueno —explotó el otro inglés—, déjalo ya, Esteban; si tratas de ser gracioso, no le veo la gracia, y ya está.

En el interior de la tienda, en la que había entrado el cuarto hombre blanco mientras Tarzán observaba el campamento desde la copa del árbol, una mujer, presa del terror, tocó el brazo de su compañero con vigor y señaló hacia la figura alta y semidesnuda del hombre-mono visible a la luz de las grandes fogatas.

—Dios mío, Carl —susurró con voz temblorosa—, mira.

—¿Qué ocurre, Flora? —preguntó su compañero—. Sólo veo a Esteban.

—No es Esteban —susurró la muchacha—. Es lord Greystoke en persona… ¡es Tarzán de los Monos!

—Estás loca, Flora —replicó el hombre—, no puede ser él.

—Pues lo es, estoy segura —insistió ella—. ¿Crees acaso que no lo conozco? ¿No trabajé en su casa de la ciudad durante varios años? ¿No lo vi casi cada día? ¿Supones que no conozco a Tarzán de los Monos? Mira la roja cicatriz que le brilla en la frente; he oído contar la historia de esa cicatriz en más de una ocasión y la he visto enrojecer cuando él se enfurece. Y ahora está roja, y Tarzán de los Monos está furioso.

—Bueno, y si es Tarzán de los Monos, ¿qué puede hacernos?

—No lo conoces —respondió la muchacha—. No adivinas el tremendo poder que tiene aquí; el poder de la vida y la muerte de hombres y bestias. Si él conociera nuestra misión ninguno de nosotros llegaría vivo a la costa. Que ahora mismo esté aquí me hace creer que tal vez ha descubierto nuestro propósito, y si es así, que Dios nos ayude, a menos que… a menos que…

—¿A menos que qué? —preguntó el hombre.

La muchacha calló unos instantes y se quedó pensativa.

—Sólo hay una manera —dijo por fin—. No tenemos que matarle. Sus negros salvajes se enterarían y entonces ningún poder sobre la tierra podría salvarnos. Sin embargo, hay una manera si actuamos deprisa. —Se volvió y hurgó en una de sus bolsas; después entregó al hombre una botellita que contenía un líquido—. Sal y habla con él —dijo—. Hazte amigo suyo. Miéntele. Cuéntale cualquier cosa. Prométele lo que quieras. Pero sé lo

bastante amistoso para ofrecerle una taza de café. Él no bebe vino ni nada que contenga alcohol, pero sé que le gusta el café. Se lo servía a menudo en su habitación a última hora de la noche, cuando volvía del teatro o de algún baile. Dale café y entonces sabrás lo que tienes que hacer con esto. —Y señaló la botella que el hombre aún tenía en la mano.

Kraski hizo un gesto de asentimiento. —Entiendo —dijo; se volvió y salió de la tienda.

No había dado más que un paso cuando la muchacha le dijo.

—No dejes que me vea. No permitas que adivine que estoy aquí o que me conoces.

El hombre asintió y se marchó. Al acercarse a las tensas figuras que permanecían en torno a la fogata, saludó a Tarzán con una agradable sonrisa y unas alegres palabras.

—Bienvenido —dijo—, siempre nos alegramos de ver a algún extraño en nuestro campamento. Siéntese. Dale un taburete al caballero, John —indicó a Peebles.

El hombre-mono examinó a Kraski como había examinado a los otros. No hubo ningún destello amistoso en sus ojos que respondiera al saludo del ruso.

—Intento averiguar qué hace vuestro grupo aquí —dijo con aspereza al ruso—, pero ellos insisten en que soy alguien que no soy. O son tontos o son unos bribones, y tengo intención de descubrirlo y tratarles como corresponda.

—Vamos, vamos —exclamó Kraski con voz tranquilizadora—. Debe de haber algún error, estoy seguro. Pero dígame, ¿quién es usted?

—Soy Tarzán de los Monos —respondió el hombre-mono—. Ningún cazador entra en esta parte de África sin mi permiso. Este hecho es tan conocido aquí que no es probable que hayáis pasado la costa sin que os lo advirtieran. Quiero una explicación, y enseguida.

—Ah, Tarzán de los Monos —exclamó Kraski—. Somos afortunados, en verdad, pues ahora seguro que podremos seguir nuestro camino y escapar de nuestro terrible dilema. Estamos perdidos, inextricablemente perdidos, debido a la ignorancia o a la pillería de nuestro guía, que nos abandonó varias semanas atrás. Claro que le conocíamos; ¿quién no conoce a Tarzán de los Monos? Pero no era nuestra intención cruzar los límites de su territorio. Vamos más al sur, en busca de ejemplares de la fauna de la región, que nuestro buen amigo y patrón, el señor Adolph Bluber, aquí

presente, está recogiendo, con grandes costes, para presentarlos a un museo de la ciudad donde vive en América. Ahora estoy seguro de que usted podrá decirnos dónde estamos e indicarnos el rumbo que debemos tomar.

Peebles, Throck y Bluber estaban fascinados por las mentiras de Kraski, pero fue el alemán el que primero se puso a la altura de las circunstancias. Los cerebros de los ingleses eran demasiado lentos para comprender con rapidez la hábil farsa del ruso.

—Sí —dijo el empalagoso Bluber, frotándose las manos—, eso es, es lo que iba a *decirrr* yo.

Tarzán se volvió a él y preguntó con aspereza:

—Entonces, ¿a qué venía tanto llamarme Esteban? ¿Estos otros no se referían a mí con ese nombre?

Ah —exclamó Bluber—. Es una *brrromita* de John. Él desconoce *Áfrrrica*; nunca había estado aquí. *Crrreía* que quizás usted *errra* un nativo. John llama Esteban a todos los nativos, y *siemprrre* gasta *brrromas* con ellos, porque sabe que no entienden lo que dice. Eh, John, ¿no es *cierrrto* lo que digo? —Pero el astuto Bluber no esperó a que John respondiera—. *Verrrá* —prosiguió—, nos hemos *perrrdido*, y si nos saca usted de esta jungla, le *pagarrremos* lo que quiera; usted pone el *prrrecio*.

El hombre-mono casi le creyó; sin embargo, no estaba seguro de sus intenciones claramente amistosas. Quizá, después de todo, le estaban contando una media verdad y era cierto que se habían extraviado en aquel territorio sin darse cuenta. Sin embargo, esto lo sabría con seguridad hablando con los porteadores nativos, a los que sus waziri arrancarían la verdad. Pero aún le picaba la curiosidad por el asunto de que le hubieran confundido con Esteban; asimismo, deseaba conocer la identidad del asesino de Gobu, el gran simio.

—Siéntese, por favor —indicó Kraski—. Íbamos a tomar café y estaríamos encantados de que lo tomara con nosotros. No hemos venido con malas intenciones, y le aseguro que de buena gana le compensaremos como es debido, a usted o a quien, sin pretenderlo, hayamos ofendido.

Tomar café con aquellos hombres no le causaría ningún daño. Quizá les había ofendido, pero aun así una taza de café no le obligaría a nada. Flora tenía razón al decir que si Tarzán de los Monos tenía alguna debilidad era una taza de café a última hora de la noche. No aceptó el taburete de campo que le ofrecieron, sino que se sentó en cuclillas, a la manera de los simios, ante ellos; la vacilante luz de las hogueras jugueteaba sobre su bronceada

piel y destacaba los músculos de elegante contorno de su fornido cuerpo. Los músculos de Tarzán no eran como los del herrero o del hombre fuerte profesional, sino más bien como los de Mercurio o Apolo: de proporciones simétricamente equilibradas que sólo sugerían la gran fuerza que había en ellos. Estaban entrenados para la velocidad y la agilidad así como para la fuerza, y de este modo, al vestir su gigantesca figura, le conferían la apariencia de un semidiós.

Throck, Peebles y Bluber permanecieron sentados y le observaban con hechizada fascinación, mientras Kraski se acercaba al fuego de la cocina para preparar el café. Los dos ingleses sólo eran medio conscientes de que habían confundido a este recién llegado con otra persona y, en realidad, Peebles aún se rascaba la cabeza y rezongaba para sí, dudando sobre la suposición de Kraski y la identidad de Tarzán. Bluber estaba interiormente aterrorizado. Su inteligencia, más aguda, había comprendido enseguida que Kraski reconoció al hombre por lo que era y no por lo que Peebles y Throck creían que era y, como Bluber no sabía nada del plan de Flora, estaba muerto de miedo y trataba de imaginar que Tarzán les hubiera descubierto en el umbral mismo de Opar. No se daba cuenta, como Flora, de que sus vidas se hallaban en peligro, que era Tarzán de los Monos, una bestia de la jungla, con quien tenían que enfrentarse y no con John Clayton, lord Greystoke, un aristócrata inglés. Bluber pensaba en las dos mil libras que estaban a punto de perder con este deplorable fin de su expedición, pues conocía lo suficiente la reputación del hombre-mono para saber que jamás les permitiría llevarse el oro que, muy probablemente, en aquellos momentos Esteban estaba robando de las cámaras de Opar. Bluber estaba casi al borde de las lágrimas cuando Kraski regresó con el café, lo que le dio ánimos.

Desde las oscuras sombras del interior de la tienda Flora Hawkes contemplaba nerviosa la escena que se desarrollaba ante ella. Le aterraba la posibilidad de que su antiguo patrón la descubriera, pues había sido doncella en la casa londinense de los Greystoke y también en el bungaló africano, y sabía que lord Greystoke la reconocería al instante si la viera. Allí en la jungla, él le hacía sentir un miedo posiblemente mayor de lo que el verdadero carácter de Tarzán justificara, pero no obstante era real para la muchacha, cuya consciencia conjuraba toda clase de posibles castigos por su deslealtad hacia quienes siempre la habían tratado con bondad y consideración.

Soñar constantemente con la fabulosa riqueza de las cámaras del tesoro de Opar, de las que conocía tantos detalles por las conversaciones que había oído a los Greystoke, había despertado en su mente astuta y sin escrúpulos un deseo de posesión y, como consecuencia de ello, poco a poco había ideado un plan por el que obtener una cantidad de lingotes de oro que le permitiera ser acaudalada e independiente toda la vida. El plan era suyo por completo. Al principio interesó a Kraski, quien a su vez contó con la cooperación de los dos ingleses y de Bluber, y ellos cuatro reunieron el dinero necesario para cubrir el coste de la expedición. Flora se había preocupado de buscar a un tipo de hombre que pudiera suplantar con éxito a Tarzán en su propia jungla y había encontrado a Esteban Miranda, un español apuesto, fuerte y carente de escrúpulos, cuya capacidad histriónica, ayudada por el arte del maquillaje, del que había sido maestro en otros tiempos, le permitieron encarnar casi sin tacha el personaje que deseaban retratar, al menos en lo que al aspecto externo se refería.

El español no sólo era fuerte y activo, sino físicamente valiente y, desde que se había afeitado la barba y vestía como Tarzán en la jungla, no había perdido ninguna oportunidad de emular al hombre-mono en todo lo que estaba dentro de sus capacidades. De las astucias de la jungla no tenía ni idea, desde luego, y en cuanto a los combates personales con las bestias más salvajes, la precaución le incitaba a evitarlos, pero cazaba animales menores con lanza y arco y practicaba continuamente con la cuerda trenzada de hierba que formaba parte de su disfraz.

Y ahora Flora Hawkes veía sus planes, tan bien trazados, al borde de la destrucción. Temblaba al observar a los hombres ante el fuego, pues su miedo a Tarzán era real y su expectación nerviosa aumentó cuando vio a Kraski que se aproximaba al grupo con la cafetera en una mano y tazas en la otra. Kraski lo dejó todo en el suelo detrás de Tarzán, y, cuando hubo llenado la última taza, Flora le vio verter en una de ellas una parte del contenido de la botellita que ella le había dado. Un sudor frío le bañó la frente cuando Kraski levantó esta taza y se la ofreció al hombre-mono. ¿Se la tomaría? ¿Sospecharía algo? Si era así, ¿qué horrible castigo recibirían todos ellos por su temeridad? Vio a Kraski entregar sendas tazas a Peebles, a Throck y a Bluber, y luego volvió al círculo con la última para sí mismo. Cuando el ruso la levantó ante su rostro e inclinó ligeramente la cabeza en dirección al hombre-mono, Flora vio que los cinco hombres bebían. La reacción que siguió la dejó débil y agotada. Se derrumbó sobre su

camastro, y permaneció temblando, con la cara escondida bajo un brazo. Y fuera, Tarzán de los Monos apuró su taza hasta la última gota.

CAPÍTULO VI

LA MUERTE SE DESLIZA POR DETRÁS

LA MISMA tarde en que Tarzán descubrió el campamento de los conspiradores, un observador situado en la medio derruida muralla exterior de la ciudad en ruinas de Opar, anunció que un grupo de hombres penetraba en el valle procedente de la cima del acantilado que la rodeaba. Tarzán, Jane Clayton y sus waziri negros eran los únicos extranjeros a quienes los habitantes de Opar habían visto en su valle en vida del más anciano de ellos, y sólo en antiguas leyendas medio olvidadas se sugería que otros extraños, aparte de éstos, hubieran visitado Opar. Sin embargo, desde tiempo inmemorial un guardia permanecía apostado sobre la muralla exterior. Ahora una sola criatura de aspecto semihumano, basto y tullida, era lo único que recordaban a los numerosos y ágiles guerreros de la perdida Atlántida. En el transcurso de los siglos la raza se había deteriorado y finalmente, debido a ocasionales apareos con los grandes simios, los hombres adquirieron el aspecto de bestias que vivían en la moderna Opar. Extraña e inexplicable era la providencia de la naturaleza que había limitado este deterioro casi únicamente a los machos, permaneciendo las hembras erectas, bien formadas, a menudo con facciones agradables e incluso hermosas, lo que en gran medida podía atribuirse a que las niñas que poseían rasgos simiescos eran eliminadas de inmediato, mientras que, por el contrario, los niños que poseían atributos puramente humanos también eran eliminados.

Verdaderamente un típico habitante masculino de Opar era el vigía solitario situado sobre la muralla exterior de la ciudad, un hombre robusto y de corta estatura, de pelo y barba apelmazados, cuyos enmarañados mechones nacían en una frente estrecha y huidiza; los ojos pequeños y hundidos y dientes como colmillos eran muestra de su ascendencia simiesca, igual que sus piernas cortas y curvadas y los brazos largos y musculosos de simio, todo ello cubierto de pelo como su torso.

Mientras sus ojos perversos e inyectados en sangre observaban el avance del grupo hacia Opar, su creciente excitación se manifestó con una respiración más agitada y unos gruñidos bajos, casi inaudibles, que le brotaban de la garganta. Los extranjeros estaban demasiado lejos para ser identificables, sólo se apreciaba que eran seres humanos, y que su número aproximado oscilaba entre dos y tres veintenas. Tras asegurarse, el vigía descendió de la muralla exterior, recorrió el espacio entre ésta y la muralla interior, la franqueó y a paso rápido cruzó la ancha avenida que había detrás y desapareció en el interior del templo que, pese a estar medio derruido, aún poseía un aspecto magnífico.

Cadj, el sumo sacerdote de Opar, estaba en cuclillas bajo la sombra de los árboles gigantescos que crecían en lo que había sido uno de los jardines del antiguo templo. Se encontraban con él una docena de sacerdotes, amigos íntimos del sumo sacerdote, desconcertados por la repentina llegada de uno de los miembros inferiores del clan de Opar. El tipo se acercó a Cadj apresurado y jadeante.

—¡Cadj —dijo—, vienen hombres extraños a Opar! Han entrado en el valle procedentes del noroeste, de detrás de la barrera de los arrecifes; cincuenta al menos, quizá la mitad más este número. Les he visto cuando vigilaba desde la muralla exterior, pero además hay otros hombres que no puedo distinguir, porque aún están a una gran distancia. Desde la última vez que vino el gran tarmangani no ha venido nadie a Opar.

—Han pasado muchas lunas desde que el gran tarmangani, que se hace llamar Tarzán de los Monos, estuvo entre nosotros —dijo Cadj—. Nos prometió volver antes de las lluvias para comprobar que no le había ocurrido nada malo a La, pero no ha vuelto y La siempre ha insistido en que está muerto. ¿Has contado a alguien más lo que has visto? —preguntó, volviéndose de pronto al mensajero.

—No —respondió.

—¡Bien! —exclamó Cadj—. Vamos, iremos todos a la muralla exterior a ver quién se atreve a entrar en la prohibida Opar, y no digas una palabra de lo que Blagh nos ha dicho hasta que yo te dé permiso.

—La palabra de Cadj es ley hasta que La hable —murmuró uno de los sacerdotes.

Cadj volvió el rostro, ceñudo, al que había hablado.

—Yo soy el sumo sacerdote de Opar —gruñó—. ¿Quién se atreve a desobedecerme?

—Pero La es la suma sacerdotisa —dijo uno—, y la suma sacerdotisa es la reina de Opar.

—Pero el sumo sacerdote puede presentar a quien sacrificará en la Cámara de los Muertos o al Dios Llameante —recordó Cadj al otro en tono amenazador.

—Callaremos, Cadj —respondió el sacerdote, encogiéndose de miedo.

—¡Bien! —exclamó el sumo sacerdote, y abrió la marcha desde el jardín, a través de los corredores del templo, hacia la muralla exterior de Opar. Desde allí observaron al grupo que se acercaba por el valle a plena vista, lejos aún. Los observadores conversaban con sonidos guturales bajos en el lenguaje de los grandes simios, intercalando de vez en cuando palabras y frases de una lengua extranjera que, sin duda, eran formas alteradas de la antigua lengua de los atlantes, transmitida a través de incontables generaciones por sus progenitores humanos; la raza ya extinguida cuyas ciudades y civilización yacen enterradas en el fondo del Atlántico, bajo el fuerte oleaje, y cuyo espíritu aventurero en tiempos remotos los había llevado a penetrar en el corazón de África en busca de oro para construir allí, en recuerdo de sus lejanas ciudades, la magnífica ciudad de Opar.

Mientras Cadj y sus seguidores observaban a los extranjeros que avanzaban penosamente bajo el sol ecuatorial, ahora en declive, por el rocoso y árido valle, un pequeño mono vio desde el follaje de uno de los árboles gigantescos que se habían abierto paso a través del pavimento de la antigua avenida que había detrás. Era un pequeño mono de aspecto triste y solemne, pero, como ocurre con todos los de su especie, la curiosidad lo venció, de modo que superó su miedo a los fieros machos de Opar hasta el punto de que al fin saltó ágilmente del árbol al suelo, cruzó la muralla interior y accedió a la muralla exterior hasta esconderse en la parte posterior de uno de los grandes bloques de granito de la muralla que se desmigajaba, en un lugar donde estaba relativamente a salvo de ser descubierto y desde el que podría escuchar la conversación de los habitantes de Opar, todo lo que se dijera en el lenguaje de los grandes simios que él entendía a la perfección.

La tarde llegaba a su fin antes de que el grupo que avanzaba despacio hacia Opar estuviera lo bastante cerca para que los individuos pudieran reconocerse, y entonces uno de los sacerdotes más jóvenes exclamó con excitación.

—¡Es él, Cadj! Es el gran tarmangani, el que se hace llamar Tarzán de los Monos. Lo veo claramente; los otros son hombres negros. Él los hace avanzar pinchándoles con la lanza. Actúan como si tuvieran miedo y como si estuvieran muy cansados, pero él los obliga a seguir.

—¿Estás seguro? —preguntó Cadj—. ¿Estás seguro de que es Tarzán de los Monos?

—Estoy seguro —respondió, y otro sacerdote coincidió con él.

Al fin estuvieron lo bastante cerca para que el propio Cadj, cuya vista no era tan buena como la de los miembros más jóvenes, se diera cuenta de que era en verdad Tarzán de los Monos quien volvía a Opar. El sumo sacerdote se enfureció mentalmente y puso ceño. De pronto, se volvió a los demás.

—No debe venir —dijo—, no debe entrar en Opar. Id a buscar enseguida a un centenar de guerreros. Nos encontraremos con ellos cuando crucen la muralla exterior y los mataremos uno a uno.

—Pero La —exclamó el que había despertado la ira de Cadj en el jardín —, recuerdo claramente que La ofreció la amistad de Opar a Tarzán de los Monos en aquella ocasión, muchas lunas atrás, cuando la salvó de los colmillos del enfurecido Tantor.

—Silencio —gruñó Cadj—; no entrará. Los mataremos a todos, aunque no es necesario que conozcamos su identidad hasta que sea demasiado tarde. ¿Entendido? Y sabed también que quien intente frustrar mis planes morirá, y no morirá en sacrificio, sino a mis propias manos. ¿Me oís? —Y señaló con un dedo poco limpio al tembloroso sacerdote.

Manu, el mono, al oír todo esto, casi estalló de nerviosismo. Conocía a Tarzán de los Monos —como todos los monos migratorios a lo largo y ancho de África le conocían— y le tenía por amigo y protector. Para Manu los machos de Opar no eran ni bestias, ni hombres, ni amigos. Los tenía por criaturas crueles y hoscas que comían la carne de sus semejantes y por ello los odiaba. Por este motivo le preocupó en gran manera el plan que acababa de oír y que tenía por objeto la vida del gran tarmangani. Se rascó su cabecita gris, la raíz de la cola y el vientre, intentando digerir mentalmente lo que había oído y estrujarse el pequeño cerebro para concebir algún plan que frustrara el plan de los sacerdotes y salvar a Tarzán de los Monos. Hizo unas muecas grotescas dirigidas a Cadj y a sus seguidores, que no consiguieron perturbarles, posiblemente porque un enorme bloque de granito ocultaba al mono. Esto fue lo más emocionante que le había

ocurrido a Manu en toda su vida. Tenía ganas de saltar y bailar, de chillar y parlotear, de regañar y amenazar a los odiados oparianos, pero algo le decía que no ganaría nada con ello, aparte, quizá, de recibir una lluvia de proyectiles de granito, que los sacerdotes sabían lanzar con mucha precisión. Ahora bien, Manu no era un gran pensador, pero en esta ocasión se superó a sí mismo y logró concentrar su mente en lo que le interesaba en lugar de distraerse con cada hoja que caía o cada insecto que zumbaba. Incluso permitió que una suculenta oruga se pusiera a su alcance y se alejara con impunidad.

Antes de que oscureciera, Cadj vio desaparecer un monito gris de la cima de la muralla exterior no muy lejos de donde él estaba agazapado con sus compañeros, esperando a que llegaran los guerreros. Pero los monos que merodeaban por las ruinas de Opar eran tan numerosos, que el hecho abandonó la mente de Cadj casi con la misma rapidez con que el mono desapareció de su vista y en la creciente oscuridad no vio que la pequeña figura se dirigía a toda prisa por el valle, en dirección a la banda de intrusos que parecían haberse detenido a descansar al pie de un gran cerro que se destacaba en el valle, aproximadamente a un kilómetro y medio de la ciudad.

El pequeño Manu tenía mucho miedo de estar allí solo durante el crepúsculo y avanzaba muy deprisa con la cola arqueada hacia arriba. No paraba de lanzar miradas asustadas a derecha e izquierda. En cuanto llegó al cerro, corrió tan deprisa como pudo. Realmente era una roca de granito enorme con pendientes casi perpendiculares, pero lo bastante erosionada para facilitar la ascensión del pequeño Manu. Se detuvo un momento en la cima para recuperar el aliento y calmar los latidos de su asustado corazón y luego avanzó hacia un punto desde el que pudiera ver el grupo que estaba abajo.

En efecto. Allí se encontraba el gran tarmangani Tarzán, y con él había unos cincuenta gomangan. Estos últimos estaban juntando varios largos palos rectos que habían colocado en el suelo en dos líneas paralelas. Junto a ellos, con intervalos de unos treinta centímetros o más, ataban ramas más pequeñas de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, de tal modo que resultaba una escalera tosca, pero sólida. Manu no entendía el propósito de todo esto, ni sabía que había surgido del fértil cerebro de Flora Hawkes como medio de escalar el rocoso cerro, en cuya cima se hallaba la entrada exterior a las cámaras del tesoro de Opar. Manu tampoco sabía que el

grupo no tenía intención de entrar en la ciudad de Opar y que por tanto no corría peligro de ser víctima de los asesinos ocultos de Cadj. Para él, el peligro que corría Tarzán de los Monos era muy real, y por esa razón, tras recuperar el aliento, no perdió tiempo y fue a avisar al amigo de su gente.

—Tarzán —gritó en el lenguaje que era común a ambos.

El hombre blanco y los negros alzaron la mirada al oír su parloteo.

—Soy Manu, Tarzán —prosiguió el pequeño mono—, que ha venido a decirte que no vayas a Opar. Cadj y su gente os esperan a la puerta de la muralla exterior para mataros.

Los negros, que habían descubierto que el autor del ruido no era más que un monto gris, volvieron de inmediato a su trabajo, mientras el hombre blanco hacía asimismo caso omiso de sus palabras de advertencia. Manu no se sorprendió por la falta de interés que exhibieron los negros, pues sabía que no entendían su lenguaje, pero no comprendía por qué Tarzán no le prestaba ninguna atención. Llamó repetidamente la atención del hombre-mono, pero sin obtener señal alguna de que el gran tarmangani le hubiera oído o entendido. Manu estaba confuso. ¿Qué había ocurrido para que Tarzán fuera tan indiferente a las llamadas de su viejo amigo?

Al final el pequeño mono se dio por vencido y miró atrás con nostalgia, en dirección a los árboles del recinto amurallado de la ciudad de Opar. Había oscurecido por completo y temblaba ante la idea de volver a cruzar el valle, donde sabía que los enemigos acechaban en la noche. Se rascó la cabeza y se abrazó las rodillas; luego se sentó, lloriqueando: una bolita peluda abandonada e infeliz. Sin embargo, por incómodo que estuviera en el alto cerro rocoso, se sentía a salvo, y decidió permanecer allí durante la noche, en lugar de aventurarse a realizar el aterrador viaje de vuelta a través de la oscuridad. Así vio la escalera terminada y erigida contra la pendiente del cerro; y cuando la luna se elevó por fin y alumbró la escena, vio a Tarzán de los Monos apremiando a sus hombres a subir la escalera. Nunca había visto a Tarzán comportarse de un modo tan brusco y cruel con los negros que le acompañaban. Manu sabía lo feroz que el gran tarmangani podía ser con un enemigo, fuera hombre o bestia, pero nunca le había visto dispensar un tratamiento como aquel a los negros que eran sus amigos.

Uno a uno, y con evidente desgana, los negros ascendieron por la escalera, urgidos continuamente por la afilada lanza del hombre blanco a avanzar más deprisa, y cuando todos hubieron subido, Tarzán les siguió y

Manu los vio desaparecer, aparentemente en el corazón de la gran roca.

Poco después empezaron a reaparecer, y cada uno de ellos cargaba con dos pesados objetos que a Manu le parecieron muy similares a algunos de los bloques de piedra más pequeños que se habían utilizado en la construcción de los edificios de Opar. Los vio llevar los bloques al borde del cerro y arrojarlos pendiente abajo, y cuando el último de los negros hubo salido con su carga y la hubo arrojado al valle, uno a uno los miembros del grupo descendieron por la escalera hasta el pie del cerro, pero esta vez Tarzán de los Monos iba el primero. Después bajaron la escalera, la apartaron y dejaron sus piezas cerca del pie del risco, tras lo cual cogieron los bloques que habían sacado del corazón de la roca y siguieron a Tarzán, que encabezaba la marcha, e iniciaron el camino de regreso hacia la linde del valle.

Manu habría estado muy perplejo de haber sido un hombre, pero como no era más que un mono sólo vio lo que vio y no intentó razonar sobre ello. Sabía que los hombres actuaban de modo peculiar y, a menudo, sus acciones eran inexplicables. Por ejemplo, el gomangani, que no podía viajar por la jungla y la selva con la facilidad de cualquier otro animal que los frecuentaba, añadía a sus dificultades el hecho de cargarse con un peso adicional en forma de brazaletes en los tobillos y en los brazos, con collares y cinturones, y con pieles de animales, que no hacían más que obstaculizar su avance y hacerle la vida mucho más complicada de la que disfrutaban las bestias. Sin embargo, Manu, cada vez que pensaba en ello, se alegraba de no ser un hombre: sentía lástima de aquellas criaturas necias e irrazonables.

Manu debió de dormirse. Creía que sólo había cerrado los ojos un momento, pero cuando los abrió la luz rosada del alba cubría el desolado valle. Por encima de los riscos del nordeste vio desaparecer a los últimos hombres del grupo de Tarzán, que iniciaba el descenso de la barrera; entonces Manu se volvió hacia Opar y se preparó para descender del cerro y correr a la seguridad que le proporcionarían los árboles situados detrás de las murallas de Opar, pero antes efectuaría un reconocimiento; era posible que Sheeta, la pantera, estuviera aún fuera, así que se acercó a un punto desde el que se veía todo el valle que se extendía hasta Opar. Y allí vio algo que le llenó de excitación. De la ruinosa muralla exterior salia una gran compañía de hombres de Opar; más de un centenar habría contado Manu de haber sabido contar.

Parecían acercarse al cerro. El mono se sentó y les observó aproximarse, decidiendo retrasar su regreso a la ciudad hasta que el camino estuviera libre de los odiados oparianos. Se le ocurrió que iban tras él, pues el egotismo de los animales inferiores es extraordinario. Como era un mono, la idea no le pareció en absoluto ridícula y por eso se escondió detrás de una roca que sobresalía, dejando sólo un ojo pequeño y brillante expuesto al enemigo. Los vio acercarse y su excitación fue en aumento, aunque no tenía miedo, pues sabía que si ascendían por una pendiente del cerro él podía descender por la otra y hallarse a medio camino de Opar antes de que ellos pudieran volver a localizarle.

Siguieron avanzando, pero no se detuvieron en el cerro; en realidad, no se acercaron mucho, sino que pasaron de largo. Fue entonces cuando la verdad del asunto asomó en el pequeño cerebro del mono: Cadj y su gente perseguían a Tarzán de los Monos para matarle. Si Manu se había ofendido por la indiferencia que Tarzán le mostrara la noche anterior, ya lo había olvidado, y ahora estaba tan excitado por el peligro que amenazaba al hombre-mono como lo había estado la tarde anterior. Al principio pensó en adelantarse corriendo y avisar de nuevo a Tarzán, pero temía aventurarse y alejarse demasiado de los árboles de Opar, aunque la idea de tener que pasar a los odiados oparianos no hubiera sido suficiente para impedirle llevar a cabo este plan. Durante unos minutos los estuvo observando, hasta que todos hubieron pasado de largo, y entonces fue bastante evidente que se encaminaban directamente hacia el lugar en el que el grupo de Tarzán había desaparecido del valle; no cabía duda de que perseguían al hombre-mono.

Manu examinó el valle una vez más hacia Opar. No había nada a la vista que le impidiera regresar, y así, con la agilidad de los de su especie, bajó corriendo la cara vertical del cerro y partió a gran velocidad hasta la muralla de la ciudad. El momento exacto en que formuló el plan que después llevó a cabo es difícil de saber. Quizá lo ideó cuando estaba sentado en el cerro, observando a Cadj y a su gente que seguía los pasos del hombre-mono, o quizá se le ocurrió cuando corría por la árida extensión hacia Opar. Tal vez le cayó del cielo después de haber alcanzado de nuevo el hojoso refugio de los árboles. Sea como fuere, el hecho es que La, suma sacerdotisa y princesa de Opar, en compañía de varias de sus sacerdotisas, se estaba bañando en un estanque en uno de los jardines del templo y se asustó al oír los chillidos de un mono, que se columpiaba frenético colgado

de la cola en la rama de un gran árbol que se extendía sobre el estanque; era un monito gris con una cara tan inteligente y seria, que uno fácilmente habría imaginado que el destino de las naciones reposaba sobre los hombros de su propietario.

—La, La —gritaba—, han ido a matar a Tarzán. Han ido a matar a Tarzán.

Al oír ese nombre La fue de pronto toda oídos. En el estanque, con el agua hasta la cintura, levantó la mirada hacia el monito con aire interrogador.

—¿Qué quieres decir, Manu? —preguntó—. Hace muchas lunas que Tarzán estuvo en Opar. Ahora no está aquí. ¿De qué hablas?

—Lo he visto —gritó Manu—. Anoche le vi con muchos gomangani. Vino a la gran roca que está en el valle delante de Opar; con todos sus hombres subió a la cima, entró en sus entrañas y salió con piedras que arrojaron al valle. Después descendieron de la roca, recogieron todas las piedras y abandonaron el valle… por allí —y Manu señaló hacia el nordeste con uno de sus deditos peludos.

—¿Cómo sabes que era Tarzán de los Monos? preguntó La.

—¿Manu no conoce a su primo y amigo? —preguntó a su vez el mono —. Lo vi con mis propios ojos: era Tarzán de los Monos.

La de Opar frunció las cejas con aire pensativo. En el fondo de su corazón ardía el rescoldo de su gran amor por Tarzán. Éste fue sofocado por la necesidad que le había obligado a casarse con Cadj después de ver al hombre-mono por última vez, pues está escrito en las leyes de Opar que la suma sacerdotisa del Dios Llameante debe formar pareja dentro de un número determinado de años después de ser consagrada. Durante muchas lunas La anheló tomar a Tarzán por compañero. El hombre-mono no la amaba, y por fin ella comprendió que nunca podría amarla. Después se había doblegado al espantoso destino que la había colocado en brazos de Cadj.

A medida que transcurrían los meses y Tarzán no regresaba a Opar, como había prometido hacer, para comprobar que no le ocurría ningún daño a La, ella había llegado a aceptar la opinión de Cadj de que el hombre-mono estaba muerto, y aunque aborrecía al repulsivo Cadj, su amor por Tarzán poco a poco se fue convirtiendo en un simple recuerdo triste. Ahora, saber que estaba vivo y tan cerca reabría una vieja herida. Al principio comprendió poca cosa más aparte de que Tarzán había estado

cerca de Opar, pero después los gritos de Manu la despertaron y le hicieron comprender que el hombre-mono se hallaba en peligro, aunque ignoraba de qué peligro se trataba.

—¿Quién ha ido a matar a Tarzán de los Monos? —preguntó de pronto.

—¡Cadj, Cadj! —chilló Manu—. Ha ido con muchos hombres y está siguiendo el rastro de Tarzán.

La salió a toda prisa del estanque, cogió su cinturón y adornos que le tendía su ayudante, se los puso apresuradamente y cruzó el jardín para entrar en el templo.

VII

«DEBES SACRIFICARLE»

CADJ y su centenar de asustados seguidores, armados con cachiporras y cuchillos, avanzaron con cautela por la cara de la barrera hasta llegar al valle, siguiendo el rastro del hombre blanco y sus compañeros negros. No se daban prisa, pues habían observado desde la cima de la muralla exterior de Opar que el grupo al que seguían se movía muy despacio, aunque la razón no la conocían porque se encontraban a una distancia demasiado grande para ver la carga que cada uno de los negros llevaba. Cadj tampoco deseaba atacar a su presa a la luz del día; sus planes preveían un ataque nocturno que, al ser repentino y tratarse de un gran número de hombres, podía fácilmente confundir y superar a los hombres del campamento, que dormían.

El rastro de olor que seguían era muy marcado. No había confusión posible y avanzaban lentamente por la pendiente ahora suave hacia el fondo del valle. Era cerca de mediodía cuando tuvieron que detenerse de pronto al descubrir una cerca de espinos construida recientemente en un pequeño claro situado justo encima de ellos. En el centro del cercado se elevaba el débil humo de un fuego que se extinguía. Allí era donde estaba el campamento del hombre-mono.

Cadj ordenó a sus seguidores que se ocultaran entre los espesos arbustos a ambos lados del sendero, y envió a un solo hombre a efectuar un reconocimiento. Momentos más tarde éste regresó para informar que el campamento estaba vacío y una vez más Cadj emprendió la marcha con sus hombres. Entraron en el cercado para examinarlo y conocer el tamaño del grupo que acompañaba a Tarzán. Mientras estaban ocupados en ello Cadj vio algo que yacía medio escondido por los arbustos en el fondo del recinto. Se aproximó con gran cautela, pues lo que se encontraba allí no sólo había avivado su curiosidad, sino que le había incitado a ser cauto, pues de forma confusa parecía la figura de un hombre acurrucado en el

suelo.

Con las cachiporras a punto una docena de hombres se acercaron al objeto de la curiosidad de Cadj y cuando estuvieron lo bastante cerca, vieron ante ellos la figura inerte de Tarzán de los Monos.

—El Dios Llameante se ha adelantado para vengar su altar profanado —exclamó el sumo sacerdote, con los ojos radiantes de fanatismo. Pero otro sacerdote, quizá más práctico, o al menos más precavido, se arrodilló junto a la figura del hombre-mono y acercó el oído a su corazón.

—No está muerto —dijo en un susurro—; tal vez sólo duerme.

—Cógelo deprisa —ordenó Cadj, y poco después el cuerpo de Tarzán estaba cubierto por las formas peludas de todos los hombres horribles que pudieron amontonarse encima de él. No ofreció resistencia; ni siquiera abrió los ojos, y al cabo de un momento sus brazos ya estaban atados a su espalda.

—Arrastradlo hasta donde el ojo del Dios Llameante pueda posarse en él —ordenó Cadj.

Arrastraron a Tarzán hasta el centro del cercado a plena luz del sol y Cadj, el sumo sacerdote, se sacó el cuchillo del taparrabos y lo alzó por encima de la cabeza, cerniéndose sobre la forma postrada de su supuesta víctima. Los seguidores de Cadj formaron un tosco círculo alrededor del hombre-mono y algunos de ellos se arremolinaron detrás de su cabecilla. Parecían intranquilos y miraban alternativamente a Tarzán y al sumo sacerdote, lanzando miradas furtivas al sol, que brillaba alto en un cielo moteado de nubes. Sin embargo, fueran cuales fueran los pensamientos que se agitaban en su cerebro medio salvaje, sólo uno de ellos se atrevió a expresarse: era el mismo sacerdote que, el día anterior, había puesto en duda la propuesta de Cadj de matar al hombre-mono.

—Cadj —dijo ahora—, ¿quién eres tú para ofrecer un sacrificio al Dios Llameante? Esto es privilegio de La, nuestra suma sacerdotisa y reina, y en verdad se enfurecerá cuando se entere de lo que has hecho.

—¡Cállate, Dooth! —ordenó Cadj—. Yo, Cadj, soy el sumo sacerdote de Opar. Yo, Cadj, soy el compañero de La, la reina. Mi palabra también es ley en Opar. Y si quieres seguir siendo sacerdote y seguir vivo, cállate.

—Tu palabra no es ley —replicó Dooth enojado—, y si enfureces a La, la suma sacerdotisa, o si enfureces al Dios Llameante, puedes ser castigado como cualquier otro. Si llevas a cabo este sacrificio, ambos se enojarán.

—¡Basta! —exclamó Cadj—. El Dios Llameante me ha hablado y me

ha pedido que ofrezca en sacrificio a este profanador de su templo.

Se arrodilló junto al hombre-mono y le tocó el pecho por encima del corazón con la punta de su afilado cuchillo; luego elevó el arma, preparado para hundírsela en el corazón. En aquel instante, pasó una nube por delante del sol y una sombra se posó sobre ellos. Se elevó un murmullo procedente de los sacerdotes allí reunidos.

—Mira —gritó Dooth—, el Dios Llameante está enojado. Ha escondido su rostro a la gente de Opar.

Cadj se detuvo. Lanzó una mirada desafiante y a la vez asustada hacia la nube que oscurecía el sol. Luego se puso lentamente en pie, extendió sus brazos hacia el dios oculto del día y permaneció unos instantes en silencio, en actitud aparentemente atenta. Luego, de pronto, se volvió a sus seguidores.

—Sacerdotes de Opar —declaró—, el Dios Llameante ha hablado a su sumo sacerdote, Cadj. No está enojado, pero desea hablar conmigo a solas, y me indica que os vayáis a la jungla y esperéis hasta que él haya hablado con Cadj, tras lo cual os llamaré para que regreséis. ¡Id!

En su mayor parte parecieron aceptar la palabra de Cadj como ley, pero Dooth y unos cuantos, sin duda impulsados por cierto escepticismo, vacilaron.

—¡Marchaos! —ordenó Cadj.

Y tan fuerte era el hábito de la obediencia que los que dudaban por fin se volvieron y se fundieron en la jungla con los otros. Una sonrisa astuta iluminó el semblante cruel del sumo sacerdote cuando el último de sus hombres desapareció de la vista, y entonces una vez más volvió a prestar atención al hombre-mono. Bien es cierto que en el fondo de su ser existía un miedo inherente a su deidad, lo evidenciaba que no cesara de mirar interrogativamente hacia el cielo. Estaba decidido a matar al hombre-mono mientras Dooth y los otros se hallaban ausentes, sin embargo, el miedo a su dios frenaba su mano hasta que la luz de su deidad brilló sobre él y le aseguró que el asunto en el que pensaba contaba con su favor.

La nube que ocultaba el sol era grande, y mientras Cadj esperaba su nerviosismo aumentó. Seis veces levantó el cuchillo para asestar el golpe fatal; sin embargo, en cada ocasión la superstición le impedía consumar el acto. Transcurrieron cinco, diez, quince minutos, y el sol seguía oscurecido por la nube. Pero por fin Cadj vio que la nube se alejaba y una vez más se arrodilló junto al hombre-mono con el cuchillo a punto para cuando el sol

derramara de nuevo su luz, por última vez, sobre Tarzán vivo. Vio que avanzaba lentamente por el cercado hacia él, y en sus ojos perversos brilló una expresión de odio demoníaco. Al cabo de un instante el Dios Llameante habría sellado su aprobación del sacrificio. Cadj temblaba de expectación. Levantó el cuchillo un poco más, los músculos tensos para el descenso final, y entonces un grito de mujer quebró el silencio de la jungla.

—¡Cadj! —se oyó; una sola palabra pero con el efecto de sorpresa de un rayo en un cielo despejado.

Con el cuchillo suspendido en el aire, el sumo sacerdote se volvió en la dirección de la que procedía la interrupción y vio en el borde del claro la figura de La, la suma sacerdotisa, y detrás de ella a Dooth y a una veintena de sacerdotes de rango inferior.

—¿Qué significa esto, Cadj? —preguntó La, airada, acercándosele rápidamente. El sumo sacerdote se levantó malhumorado.

—El Dios Llameante exigía la vida de este incrédulo —exclamó.

—Mentiroso —replicó La—, el Dios Llameante sólo se comunica con los hombres a través de los labios de su suma sacerdotisa. Ya has intentado con demasiada frecuencia desbaratar la voluntad de tu reina. Has de saber, Cadj, que el poder de la vida y la muerte que tiene tu reina es igual sobre ti que sobre los demás. Nuestras más remotas leyendas nos dicen que más de un sumo sacerdote ha sido ofrecido en el altar al Dios Llameante. Y no es improbable, por tanto, que otro pueda seguir su ejemplo. Cuida tu vanidad y tu ansia de poder, no sea que causen tu perdición.

Cadj guardó el cuchillo y se volvió con aire hosco, lanzando una mirada venenosa a Dooth, a quien atribuía su ruina. Era evidente que se sentía avergonzado por la presencia de su reina, pero quienes le conocían sabían sin dudar que aún albergaba la intención de despachar al hombre-mono y que si se le presentaba la ocasión lo haría, pues Cadj tenía mucha influencia entre las gentes y los sacerdotes de Opar. Muchos dudaban de que La se atreviera a causar la muerte o degradación del sumo sacerdote, quien ocupaba su cargo en virtud de leyes y costumbres cuyos orígenes se perdían en la antigüedad, y pudiera provocar el desagrado y la ira de una parte tan importante de sus seguidores.

Durante años, había encontrado una excusa tras otra para retrasar las ceremonias que la unirían en matrimonio con el sumo sacerdote. Además, había avivado el antagonismo de su gente mediante pruebas palpables de su encaprichamiento con el hombre-mono, y aunque al final se había visto

obligada a unirse a Cadj, no hacía ningún esfuerzo para ocultar su odio y desprecio hacia él. Hasta dónde podría llegar impunemente era algo que a menudo inquietaba a sus seguidores y, como conocía todas estas condiciones, no era extraño que Cadj abrigara pensamientos de traición hacia su reina. Aliada suya en la traición era Oah, una sacerdotisa que aspiraba al poder y cargos de La. Si desapareciera La, Cadj tendría la influencia necesaria para que Oah se convirtiera en suma sacerdotisa. Oah le había prometido que se casaría con él y le permitiría gobernar como rey, pero a ambos aún les frenaba el miedo supersticioso de su llameante deidad, y gracias a este hecho la vida de La se hallaba temporalmente a salvo. Sin embargo, sólo era precisa una mínima chispa para encender la yesca de la traición.

Hasta entonces, La se hallaba en su derecho de prohibir al sumo sacerdote el sacrificio de Tarzán, pero su destino, quizás incluso su propia vida, dependía del tratamiento que diera a su prisionero. Si le salvaba la vida, si daba muestras públicas de volver al gran amor que en otro tiempo había sentido por él, era probable que su destino estuviera sellado. Incluso era cuestionable si podía o no salvarle la vida impunemente y ponerle en libertad.

Cadj y los demás la observaron con atención cuando se acercó a Tarzán. Se quedó de pie a su lado en silencio unos momentos, contemplándole.

—¿Ya está muerto? —preguntó.

—No lo estaba cuando Cadj nos ha hecho marchar —dijo Dooth—. Si ahora está muerto es porque Cadj le ha matado mientras estábamos fuera.

—No lo he matado —se defendió Cadj—. Como La, nuestra reina, ha dicho, le corresponde a ella hacerlo. El ojo del Dios Llameante te contempla, suma sacerdotisa de Opar. El cuchillo está en tu cadera, el sacrificio se dispone ante ti.

La hizo caso omiso de las palabras del hombre y se volvió hacia Dooth.

—Si aún vive —dijo—, construid una litera y llevadle a Opar.

De esta manera, Tarzán de los Monos entró, una vez más, en la antigua ciudad colonial de la Atlántida. Los efectos del narcótico que Kraski le había administrado no desaparecieron hasta al cabo de muchas horas. Era de noche cuando abrió los ojos, y por un instante se quedó perplejo ante la oscuridad y el silencio que le rodeaban. Lo único que al principio pudo adivinar fue que yacía sobre un montón de pieles y que estaba ileso, pues

no sentía ningún dolor. Poco a poco se fue abriendo paso en su vacilante cerebro drogado el recuerdo del último instante antes de caer en la inconsciencia, y entonces comprendió que le habían hecho una jugarreta. Durante cuánto tiempo había permanecido inconsciente y dónde se encontraba no podía imaginarlo. Se puso en pie despacio y descubrió que, salvo por un ligero mareo, se encontraba bastante bien. En la oscuridad avanzó con cautela, palpando con la mano extendida y pisando con cuidado. Casi de inmediato una pared de piedra le impidió avanzar; resiguió sus cuatro costados y comprendió que se hallaba en una pequeña habitación en la que había dos aberturas, dos puertas en lados opuestos. Allí sólo le servían los sentidos del tacto y del olfato. Al principio éstos sólo le indicaron que estaba prisionero en una cámara subterránea, pero cuando los efectos del narcótico disminuyeron, la agudeza del olfato volvió a él y con él Tarzán recuperó ciertos olores que le eran familiares y la persistente sensación de que los había conocido en circunstancias similares. Entonces desde arriba, le llegó el eco de un grito misterioso; sólo llegó al aguzado oído del hombre-mono una débil insinuación, pero fue suficiente para que acudieran a su mente nítidos recuerdos y para que, por asociación de ideas, estableciera la identidad de los olores conocidos que le rodeaban. Por fin supo que se hallaba en el oscuro pozo bajo Opar.

Sobre él, en su cámara del templo, La, la suma sacerdotisa, se revolvía en su lecho sin poder dormir. Conocía demasiado bien el genio de su pueblo y la traición del sumo sacerdote, Cadj. Conocía el fanatismo religioso que impulsaba las acciones maníacas de sus bestiales e ignorantes seguidores y adivinaba con razón que Cadj los inflamaría contra ella en caso de que esta vez no sacrificara el hombre-mono al Dios Llameante. Y el esfuerzo de hallar una solución a su dilema era lo que le impedía dormir, pues no estaba en el corazón de La sacrificar a Tarzán de los Monos. Aunque era suma sacerdotisa de un culto horrible y reina de una raza de semibestias, también era una mujer, una mujer que había amado una sola vez y entregado ese amor al divino hombre-mono que volvía a estar en su poder. Dos veces había escapado con anterioridad a su cuchillo sacrificial, pero en el último instante el amor había triunfado sobre los celos y el fanatismo, y La, la mujer, había comprendido que nunca pondría en peligro la vida del hombre al que amaba, por mucho que supiera que aquel amor no tenía esperanzas.

Aquella noche se enfrentaba a un problema cuya solución excedía a sus

poderes. Que se hubiera prometido en matrimonio a Cadj eliminaba el último vestigio de esperanza que había acariciado de convertirse en la esposa del hombre-mono. Sin embargo, no por ello estaba menos decidida a salvar a Tarzán si era posible. Dos veces le había salvado la vida a ella, una de un loco sacerdote y otra de Tantor. Entonces le prometió que cuando volviera a Opar lo haría en señal de amistad y sería recibido amistosamente, pero la influencia de Cadj era grande, y que ésta era dirigida directamente contra el hombre-mono, lo había visto en la actitud de sus seguidores desde el instante en que habían puesto a Tarzán en una litera para llevarlo a Opar; lo había visto en las miradas perversas que le habían lanzado a ella. Tarde o temprano se atreverían a denunciarla. Lo único que necesitaban era cualquier mínima excusa que, como ella sabía, esperaban impacientes en su actitud hacia Tarzán. Mucho después de medianoche se le acercó una de las sacerdotisas que siempre estaban de guardia ante la puerta de su cámara.

—Dooth quiere hablar contigo —susurró la joven.

—Es tarde —respondió La— y no está permitida la entrada de los hombres a esta parte del templo. ¿Cómo ha llegado hasta aquí y por qué?

—Dice que viene para servir a La, que se halla en grave peligro —respondió la muchacha.

—Entonces ve a buscarle —dijo La—, y si estimas tu vida, procura no decírselo a nadie.

—Seré muda como las piedras del altar —declaró la sacerdotisa, se volvió y salió de la cámara.

Unos instantes después regresó con Dooth, que se detuvo a unos pasos de la suma sacerdotisa y la saludó. Ésta indicó a la joven que se marchara y se volvió al hombre con aire interrogador.

—¡Habla, Dooth! —ordenó.

—Todos conocemos —dijo— el amor de La por el extraño hombre-mono, y no me corresponde a mí, un sacerdote inferior, poner en duda los pensamientos o actos de mi suma sacerdotisa. Sólo debo servirla, como sería mejor que hicieran los que ahora conspiran contra ti.

—¿A qué te refieres, Dooth? ¿Quién conspira contra mí?

—En estos instantes, Cadj y Oah y otros varios sacerdotes y sacerdotisas están llevando a cabo un plan para deshacerse de ti. Están poniendo espías para que te vigilen, pues saben que querrías liberar al hombre-mono, y vendrá uno que te dirá que permitirle escapar es la

solución más fácil a tu problema. Éste será enviado por Cadj, y entonces quienes te observan informarán a la gente y a los sacerdotes de que te han visto dar la libertad al que ha de ir al sacrificio. Pero esto no servirá de nada, pues Cadj y Oah y los otros han apostado en el camino de Opar a muchos hombres escondidos, que caerán sobre el hombre-mono y le matarán antes de que el Dios Llameante haya descendido dos veces en la selva occidental. Sólo hay una manera de que puedas salvarte, La de Opar.

—¿Y cuál es? —preguntó ella.

—Con tus propias manos, y en el altar de nuestro templo, debes sacrificar el hombre-mono al Dios Llameante.

CAPÍTULO VIII

MISTERIO DEL PASADO

A LA MAÑANA siguiente, La desayunaba y había enviado a Dooth a llevarle comida a Tarzán, cuando acudió a ella una joven sacerdotisa, que era hermana de Oah. Incluso antes de que la chica hablara, La supo que era emisaria de Cadj y que la traición de la que Dooth le había advertido ya estaba en marcha. La muchacha se mostraba inquieta y visiblemente asustada, pues era joven y tenía en gran reverencia a la reina, a quien sabía todopoderosa y que incluso podía hacer que la mataran si lo deseaba. La, que ya había decidido un plan de acción que resultaría muy embarazoso para Cadj y sus conspiradores, esperó en silencio a que la chica hablara. Pero ésta tardó un poco en reunir valor para empezar a hacerlo. Habló de muchas cosas que no tenían ninguna relación con el tema, y a La, la suma sacerdotisa, le divirtió ver su desconcierto.

—No es frecuente —dijo La— que la hermana de Oah venga a los apartamentos de su reina a menos que se la convoque. Me alegra ver que al fin comprende el servicio que debe prestar a la suma sacerdotisa del Dios Llameante.

—Vengo —dijo por fin la muchacha, hablando como quien ha memorizado un papel— para decirte que he oído algo que puede interesarte y que seguramente te alegrará saber.

—¿Y qué es? —preguntó La arqueando una ceja.

—He oído hablar a Cadj con los sacerdotes inferiores —prosiguió la muchacha— y le he oído decir claramente que se alegraría de que el hombre-mono escapara, que sería un alivio para ti, y para Cadj también. He creído que La, la reina, se alegraría de saberlo, pues es conocido por todos que La prometió amistad al hombre-mono y, por tanto, no desea sacrificarle en el altar del Dios Llameante.

—Tengo muy claro cuál es mi deber —replicó La con voz altiva— y no necesito que Cadj ni ninguna doncella lo interprete por mí. También

conozco las prerrogativas de una suma sacerdotisa y el derecho de sacrificio es una de ellas. Por esta razón impedí que Cadj sacrificara al extranjero. Ninguna mano salvo la mía puede ofrecer la sangre de su corazón al Dios Llameante, y al tercer día morirá bajo mi cuchillo en el altar de nuestro templo.

El efecto que estas palabras produjeron en la muchacha fue exactamente el que La había previsto. Apreció decepción y disgusto en el rostro de la mensajera de Cadj, quien ahora no podía responder, pues las instrucciones que había recibido no preveían esta actitud por parte de La. Entonces la muchacha encontró una excusa para retirarse, y cuando hubo abandonado la estancia de la suma sacerdotisa, La apenas pudo reprimir una sonrisa. No tenía intención de sacrificar a Tarzán, pero esto, desde luego, la hermana de Oah no lo sabía. Así que ésta volvió a Cadj y repitió todo lo que La le había dicho. El sumo sacerdote quedó muy disgustado, pues su plan no era tanto destruir a Tarzán como inducir a La a cometer un acto que provocara la ira de los sacerdotes y del pueblo de Opar, quienes, debidamente instigados, exigirían la vida de La como expiación. Oah, que estaba presente cuando su hermana volvió, se mordió los labios, pues su decepción fue grande. Nunca antes se había visto tan cerca de la posibilidad tan anhelada de ser suma sacerdotisa. Durante varios minutos paseó arriba y abajo absorta en sus pensamientos, hasta que, de pronto, se detuvo ante Cadj.

—La ama a este hombre-mono —dijo— y aunque es posible que lo sacrifique, sólo lo hará por miedo al pueblo. Ella aún lo ama; lo ama más, Cadj, de lo que jamás te ha amado a ti. El hombre-mono lo sabe y confía en ella, y como él lo sabe, hay una salida. Escucha, Cadj, a Oah. Enviaremos a alguien al hombre-mono que le diga que va de parte de La, y que La le ha dado instrucciones de que lo saque de Opar y le libere. Esto lo llevará a nuestra emboscada, y cuando haya muerto, muchos de nosotros iremos ante La y la acusaremos de traición. Quien saque al hombre-mono de Opar dirá que La le ordenó hacerlo, y los sacerdotes y el pueblo se enfurecerán, y entonces tú pedirás la vida de La. Será muy fácil y nos libraremos de los dos.

—¡Bien! —exclamó Cadj—. Será al amanecer, mañana, y antes de que el Dios Llameante vaya a descansar por la noche contemplará a una nueva suma sacerdotisa de Opar.

Aquella noche Tarzán despertó de su sueño al oír el ruido de una de las

puertas de su celda. Oyó que el cerrojo se corría y que la puerta crujía lentamente al abrirse. En la absoluta oscuridad que reinaba en la habitación no distinguió ninguna presencia, pero oyó el movimiento de unos pies calzados con sandalias que pisaban con cautela el suelo de cemento, y luego, en la oscuridad, oyó una voz de mujer que susurraba su nombre.

—Estoy aquí —respondió él—. ¿Quién eres y qué quieres de Tarzán de los Monos?

—Tu vida está en peligro —dijo la voz—. Ven, sígueme.

—¿Quién te envía? —preguntó el hombre-mono, tratando de hallar con su sensible olfato una pista de la identidad del visitante nocturno, pero el aire estaba tan cargado del olor acre de algún rico perfume que no era posible distinguir nada por lo que pudiera juzgar si se trataba de una de las sacerdotisas a las que había conocido en sus anteriores visitas a Opar, o de un completo extraño para él.

—Me envía La —dijo— para sacarte de los pozos de Opar y ponerte en libertad en el mundo exterior a las murallas de la ciudad. —Palpando en la oscuridad ella por fin le encontró—. Aquí están tus armas —dijo, entregándoselas, y después le cogió la mano y le hizo salir de la mazmorra a través de un largo y sinuoso corredor igualmente oscuro, bajar antiguas escaleras de cemento, atravesar pasadizos y corredores, abriendo y cerrando puertas que crujían y rechinaban en sus goznes. Qué distancia recorrieron así y en qué dirección, Tarzán no podía adivinarlo. Ya había sabido lo bastante por Dooth, cuando éste le llevó la comida, para creer que en La tenía a una amiga que le ayudaría, pues Dooth le había confiado que ella le había salvado de Cadj cuando éste lo descubrió inconsciente en el cercado desierto de los europeos que le habían drogado y abandonado. Y así, tras afirmar la mujer que venía de parte de La, Tarzán la siguió de buen grado. No podía sino recordar la profecía de Jane de los males que cabía esperar que le sobrevinieran si insistía en emprender este tercer viaje a Opar, y Tarzán se preguntó si, después de todo, su esposa no tendría razón, que jamás escaparía de las garras de los fanáticos sacerdotes del Dios Llameante. Desde luego, no había esperado entrar en Opar, pero al parecer se cernía sobre la ciudad maldita un demoníaco guardián que amenazaba la vida de cualquiera que se atreviera a acercarse al lugar prohibido o a llevarse de las cámaras del tesoro olvidado una parte de éste.

Durante más de una hora su guía lo condujo por la absoluta oscuridad de los pasadizos subterráneos, hasta que ascendieron un tramo de escaleras

y salieron al centro de un grupo de arbustos, a través de los cuales apenas se distinguía la pálida luz de la luna. Sin embargo, el aire fresco le indicó que habían alcanzado la superficie y entonces la mujer, que no había pronunciado una palabra desde que le hizo salir de su celda, prosiguió en silencio, siguiendo un sendero que se retorcía errático a través de una selva de espesa vegetación y siempre hacia arriba.

Por la posición de las estrellas y la luna, y por la dirección ascendente del camino, Tarzán supo que lo conducía a las montañas que se encontraban detrás de Opar, un lugar que nunca había creído que visitaría, ya que la zona parecía tosca y poco acogedora y no era probable que albergara los animales que él gustaba de cazar. Le sorprendía la naturaleza de la vegetación, pues creía que las colinas eran áridas salvo por algunos árboles mal desarrollados y secos arbustos. Mientras proseguían su camino ascendente, la luna se elevó más en el cielo hasta que su suave luz reveló con más claridad a los aguzados ojos del hombre-mono la topografía de la región que estaban cruzando, y entonces fue cuando vio que ascendían por una garganta estrecha y de espeso arbolado y comprendió por qué la vegetación había sido invisible desde la llanura que había frente a Opar. Como era poco comunicativo por naturaleza, el silencio de la mujer no causaba ninguna impresión particular a Tarzán. Si hubiera tenido algo que decir lo habría dicho, y asimismo suponía que ella no tenía necesidad de hablar a menos que hubiera alguna buena razón para hacerlo, pues los que viajan lejos y deprisa no pueden gastar aliento charlando.

Las estrellas del este desaparecieron al primer indicio del alba cuando los dos subían a la rebatiña un trecho escarpado que formaba el extremo superior del barranco y llegaron a un terreno relativamente llano. Mientras avanzaban el cielo se iluminó y entonces la mujer se detuvo en el borde de un declive, y al romper el día Tarzán vio abajo una cuenca arbolada en el corazón de la montaña y, asomando entre los árboles, a unos tres kilómetros de distancia, los contornos de un edificio que relucía y titilaba a la luz del nuevo sol. Entonces se volvió y miró a su compañera, y la sorpresa y la consternación aparecieron en su rostro, pues ante ella se encontraba La, la suma sacerdotisa de Opar.

—¿Tú? —exclamó—. Ahora en verdad Cadj tendrá la excusa que Dooth dijo que buscaba para quitarte de en medio.

—Nunca tendrá la oportunidad de quitarme de en medio —replicó La —porque jamás regresaré a Opar.

—¿Jamás regresarás a Opar? —preguntó él—. Entonces, ¿adónde vas a ir? ¿Adónde puedes ir?

—Voy a ir contigo —respondió ella—. No te pido que me ames. Sólo te pido que me lleves lejos de Opar y de mis enemigos, que me matarían. No había otra manera. Manu, el mono, los oyó conspirar y fue a contármelo. Daba lo mismo que te salvara o que te sacrificara. Estaban decididos a acabar conmigo, a que Oah fuera la suma sacerdotisa y Cadj, el rey de Opar. Pero no te sacrificaría, Tarzán, en ninguna circunstancia, y este me pareció el único modo en que podíamos salvarnos los dos. No podíamos ir al norte o al oeste por la llanura de Opar, pues allí Cadj ha apostado guerreros emboscados para matarte, y aunque seas Tarzán y un poderoso luchador, te vencerían gracias a su número y te matarían.

—Pero ¿adónde me llevas? —preguntó Tarzán.

—He elegido el menor de dos males; en esta dirección se halla una región desconocida, llena para los oparianos de leyendas de horribles monstruos y gente extraña. Jamás un opariano que se haya atrevido a venir aquí ha regresado a Opar. Pero si vive una criatura en el mundo que pueda avanzar con éxito por este valle desconocido eres tú, Tarzán de los Monos.

—Pero si no sabes nada de esta región o de sus habitantes —dijo Tarzán—, ¿cómo es que conoces tan bien el camino que conduce a ella?

—Conozco bien el camino hasta la cima, pero nunca he ido más lejos. Los grandes simios y los leones utilizan esta senda cuando descienden a Opar. Los leones, por supuesto, no pueden decirnos adónde conduce, y los grandes simios no lo harán, pues normalmente estamos en guerra con ellos. Por este camino bajan a Opar a robar a nuestra gente y en este camino esperamos para capturarlos, pues a menudo ofrecemos un gran simio como sacrificio al Dios Llameante, o más bien he de decir que era nuestra antigua costumbre, pues durante muchos años se han mostrado muy cautos con nosotros; el precio que había que pagar estaba al otro lado, aunque no sabemos con qué fin roban a nuestra gente, a menos que se los coman. Son una raza muy fuerte, más altos que Bolgani, el gorila, e infinitamente más astutos, pues, al igual que hay sangre de simio en nuestras venas, por las suyas corre sangre humana.

—¿Por qué, La, debemos pasar por este valle con el fin de escapar de Opar? Debe de haber otro camino.

—No hay otro camino, Tarzán de los Monos —respondió ella—. Las sendas que cruzan el valle están protegidas por la gente de Cadj. Nuestra

única oportunidad de escapar se halla en esta dirección, y te he traído por el único camino que atraviesa los riscos que protegen Opar en el sur. Debemos cruzar o rodear este valle en un intento por encontrar una senda que atraviese la montaña y descienda por el otro lado.

El hombre-mono contempló la cuenca boscosa que se extendía a sus pies, con la mente ocupada con los problemas del momento. De haber estado solo, no habría ido por allí, pues confiaba lo suficiente en su destreza para creer que, fácilmente, podría haber cruzado el valle de Opar con relativa seguridad, a pesar de los planes de Cadj en el sentido contrario. Pero no estaba solo. Tenía que pensar en La, y comprendió que en sus esfuerzos por salvarle ella le había impuesto una obligación moral que él no podía eludir.

Rodear la cuenca, manteniéndose lo más lejos posible del edificio que veía a lo lejos, parecía el rumbo más sensato, ya que, por supuesto, su único propósito era encontrar un camino para cruzar la montaña y salir de aquella inhóspita región. Pero lo que vislumbró del edificio, medio oculto como se hallaba entre el follaje de grandes árboles, despertó su curiosidad en tal medida que sentía una necesidad casi irresistible de investigar. No creía que la cuenca estuviera habitada por algo que no fueran fieras salvajes, y atribuyó el edificio que veía a la mano de un pueblo extinguido o que había abandonado el lugar, o contemporáneo a los antiguos atlantes que habían construido Opar o, quizá, fue construido por los propios oparianos originales, a quienes sus descendientes habían olvidado. Lo que vislumbraba del edificio sugería un tamaño y magnificencia que bien podría pertenecer a un palacio.

El hombre-mono desconocía el miedo, aunque poseía en una dosis razonable esa precaución inherente a todas las bestias salvajes. No habría vacilado en utilizar su astucia y su destreza contra los órdenes inferiores, por feroces que fueran, porque, a diferencia del hombre, no podían unirse para su perdición. Pero si un grupo numeroso de hombres decidían cazarlo sabía que se enfrentaría con un peligro auténtico y que, frente a la combinación de fuerza e inteligencia de aquéllos, la suya no le serviría de nada. Sin embargo, existían pocas probabilidades, razonó, de que la cuenca estuviera habitada por seres humanos. Indudablemente, una investigación más de cerca del edificio revelaría que era una ruina que se hallaba vacía, y que los enemigos más formidables con que se encontraría serían los grandes simios y los leones. A ninguno de ellos temía; con los primeros era

razonable imaginar que podría establecer relaciones amistosas. Creyendo como creía que debía salir de la cuenca en el lado opuesto, era natural que deseara elegir la ruta más directa para cruzarla. Por lo tanto, su inclinación a explorar el valle fue secundada por consideraciones de velocidad y rapidez.

—Vamos —dijo a La, y echó a andar por el declive en dirección al edificio.

—No vas a ir por ahí, ¿verdad? —preguntó ella con asombro.

—¿Por qué no? —inquirió él a su vez—. Es el camino más corto para cruzar el valle y, hasta ahora, por lo que puedo ver, nuestro sendero de las montañas es más probable que esté en esa dirección que en cualquier otra.

—Pero tengo miedo —dijo ella—. Sólo el Dios Llameante sabe qué espantosos peligros acechan en las profundidades de esa selva.

—Sólo Numa y los mangani —dijo él—. De éstos no hemos de tener miedo.

—Tú no tienes miedo a nada —dijo ella—, pero yo sólo soy una mujer.

—Sólo podemos morir una vez —respondió Tarzán y esa única vez debemos morir. Estar siempre temiendo la muerte no la evita, y se es infeliz. Iremos por el camino corto, pues, y quizá veremos lo suficiente para que merezca la pena correr el riesgo.

Siguieron un camino desbrozado que discurría entre los arbustos; los árboles aumentaban en tamaño y en cantidad a medida que se acercaban al fondo de la cuenca, hasta que al fin se encontraron andando bajo el follaje de una selva. El viento soplaba a sus espaldas, y el hombre-mono, aunque avanzaba a paso tranquilo, estaba constantemente alerta. En el suelo de tierra apretada del sendero pocas señales indicaban la naturaleza de los animales que pasaban de un lado a otro, pero de vez en cuando se apreciaba el rastro de un león. Varias veces se detuvo Tarzán a escuchar; a menudo levantaba la cabeza y su sensible nariz se dilataba en busca de lo que el aire pudiera indicarle.

—Creo que en este valle hay hombres —dijo al fin—. Durante un rato he estado casi seguro de que nos observaban. Pero quienquiera que sea quien nos sigue es condenadamente hábil, pues sólo puedo olor una mínima insinuación de otra presencia.

La miró temerosa a su alrededor y se acercó un poco más a Tarzán.

—No veo a nadie —dijo en voz baja.

—Yo tampoco —coincidió él—. Tampoco puedo captar ningún rastro

de olor definido, sin embargo, estoy seguro de que alguien nos sigue. Alguien o algo que sigue la pista del olor y es lo bastante hábil para impedir que el suyo nos llegue a nosotros. Es más que probable que, sea lo que sea, pase entre los árboles a suficiente altura para mantener su olor siempre por encima de nosotros. La dirección del aire le es favorable y, aunque el viento soplara hacia aquí, es posible que nosotros no captáramos su olor en absoluto. Espera, me aseguraré —y se colgó con facilidad de las ramas de un árbol y lo subió con la agilidad de Manu, el mono. Instantes después descendió junto a la chica.

—Tenía razón —dijo—, hay alguien, o algo, no lejos de aquí. Pero si es hombre o mangani no puedo decirlo, pues el olor me resulta extraño y me sugiere las dos cosas y ninguna a la vez. Pero puede ser que haya dos. ¡Vamos! —Se echó la chica al hombro y unos instantes después subía con ella a los árboles—. A menos que esté tan cerca para vernos, cosa que dudo —dijo—, nuestro rastro irá por encima de su cabeza y tardará un poco en volver a captarlo, a menos que sea lo bastante listo para subir un poco más.

La se maravilló de la fuerza del hombre-mono al ver que la llevaba con tanta facilidad de un árbol a otro y de la velocidad con que seguían el hojoso y oscilante camino. Durante media hora siguió avanzando y entonces, de pronto, se detuvo y se quedó inmóvil sobre una rama.

—¡Mira! —dijo, señalando hacia adelante y más abajo.

La muchacha miró en la dirección en que él señalaba y vio a través del denso follaje un conjunto fortificado de una docena de chozas que de inmediato le llamaron la atención; no menos curiosidad sintió el hombre-mono por lo que vislumbró entre el follaje. Sin duda eran chozas, pero daban la impresión de moverse de un lado a otro en el aire, algunas suavemente hacia adelante y hacia atrás, mientras otras saltaban con agitación más o menos violenta. Tarzán avanzó entre las ramas hasta un árbol más cercano y descendió a una rama robusta, en la que se bajó a La del hombro. Entonces avanzó con sigilo y la chica le siguió, pues, como los otros oparianos, era ligeramente arbórea. Llegaron a un punto en que podían ver claramente la aldea a sus pies, e inmediatamente el aparente misterio de las chozas que danzaban quedó explicado.

Eran del tipo colmena, comunes a muchas tribus africanas, de poco más de dos metros de diámetro por uno noventa aproximadamente de altura, y en lugar de descansar en el suelo, cada choza estaba suspendida por una gruesa cuerda de hierba como una maroma a una rama de uno de los varios

árboles gigantescos que crecían en el interior del recinto. En el centro de la parte inferior de cada choza había otra cuerda más ligera que colgaba. Desde su posición elevada Tarzán no veía ninguna abertura en ninguna de las chozas lo bastante grande donde cupiera el cuerpo de un hombre, aunque había varias aberturas laterales de unos doce o catorce centímetros de diámetro en cada choza, a unos noventa centímetros del suelo. En el interior del recinto, en tierra, había varios habitantes de la aldea, si la pequeña colección de casas oscilantes podía ser dignificada con este nombre. La gente no resultó menos extraña para Tarzán que sus peculiares moradas. Que se trataba de negros era evidente, pero de un tipo completamente desconocido para el hombre-mono. Todos iban desnudos y sin adornos de ninguna clase aparte de algunas pinceladas de color, pintadas aparentemente al azar en su cuerpo. Eran altos y de aspecto muy musculoso, aunque sus piernas parecían demasiado cortas y sus brazos excesivamente largos para la simetría perfecta, mientras que su rostro tenía un perfil casi bestial, ya que las mandíbulas eran exageradamente protuberantes, su frente estrecha sobre las espesas cejas y el cráneo huidizo en un plano casi horizontal.

Mientras Tarzán les contemplaba, vio a uno de ellos descender de una de las cuerdas que colgaban de la parte inferior de la choza, y comprendió de inmediato el propósito de las cuerdas y el lugar de entrada a las moradas. Las criaturas puestas en cuclillas se estaban alimentando. Varias tenían huesos de los que arrancaban la carne cruda con sus grandes dientes, mientras otros comían frutos y tubérculos. Había individuos de ambos sexos y de diversas edades, desde niños hasta adultos de mediana edad, pero ninguno parecía viejo. Prácticamente no tenían pelo, salvo unos escuálidos mechones castaño rojizos. Hablaban poco y en tonos que semejaban los gruñidos de las fieras, y ni una sola vez, mientras Tarzán los observaba, vio a alguno de ellos reír o incluso sonreír, lo cual, de todos sus rasgos, les hacía muy diferentes del nativo corriente de África. Aunque los ojos de Tarzán exploraron con atención el conjunto, no vio indicación alguna de utensilios de cocina o de fuego. En el suelo, en torno a ellos, se encontraban sus armas, lanzas cortas de tipo jabalina y una especie de hacha de guerra con una afilada hoja metálica. Tarzán de los Monos se alegró de haber ido por allí, pues ello le había permitido conocer a este tipo de nativos cuya existencia ni siquiera había soñado: un tipo que rozaba el de bruto. Incluso los waz-don y los ho-don de Pal-ul-don estaban mucho

más avanzados en la escala de la evolución en comparación con éstos.

Mientras los miraba, no pudo por menos de preguntarse si eran suficientemente inteligentes para fabricar las armas que poseían, las cuales, según veía incluso desde la distancia a la que se hallaba, tenían un buen aspecto y estaban bien hechas. También sus chozas parecían construidas con ingenio y habilidad, y la empalizada que encerraba el pequeño conjunto era alta, fuerte y estaba bien construida, evidentemente con el propósito de protegerse de los leones que infestaban la cuenca.

Cuando observaban a estos seres Tarzán y La se dieron cuenta de que por la izquierda se aproximaba alguna criatura, y unos instantes después vieron a un hombre similar a los demás que se bajaba de una rama que colgaba sobre la empalizada y se dejaba caer dentro. Los otros recibieron su llegada con poco más que miradas indiferentes. Él se adelantó, se acuclilló entre ellos y pareció decirles algo, y aunque Tarzán no oía sus palabras, por sus gestos y el lenguaje de signos que empleaba para complementar su escasa habla juzgó que hablaba a sus compañeros de las extrañas criaturas a las que había visto en la jungla poco antes, y el hombre-mono pensó de inmediato que se trataba del mismo que les había seguido y a quien habían logrado despistar. La narración a todas luces les excitó, pues algunos se pusieron en pie y empezaron a dar saltos con las rodillas dobladas, dándose palmadas en los costados de modo grotesco. La expresión de su rostro, sin embargo, apenas se alteró, y después de unos instantes, todos volvieron a acuclillarse como antes.

Estaban así ocupados cuando en la jungla resonó un fuerte grito que despertó en la mente del hombre-mono muchos de sus recuerdos salvajes.

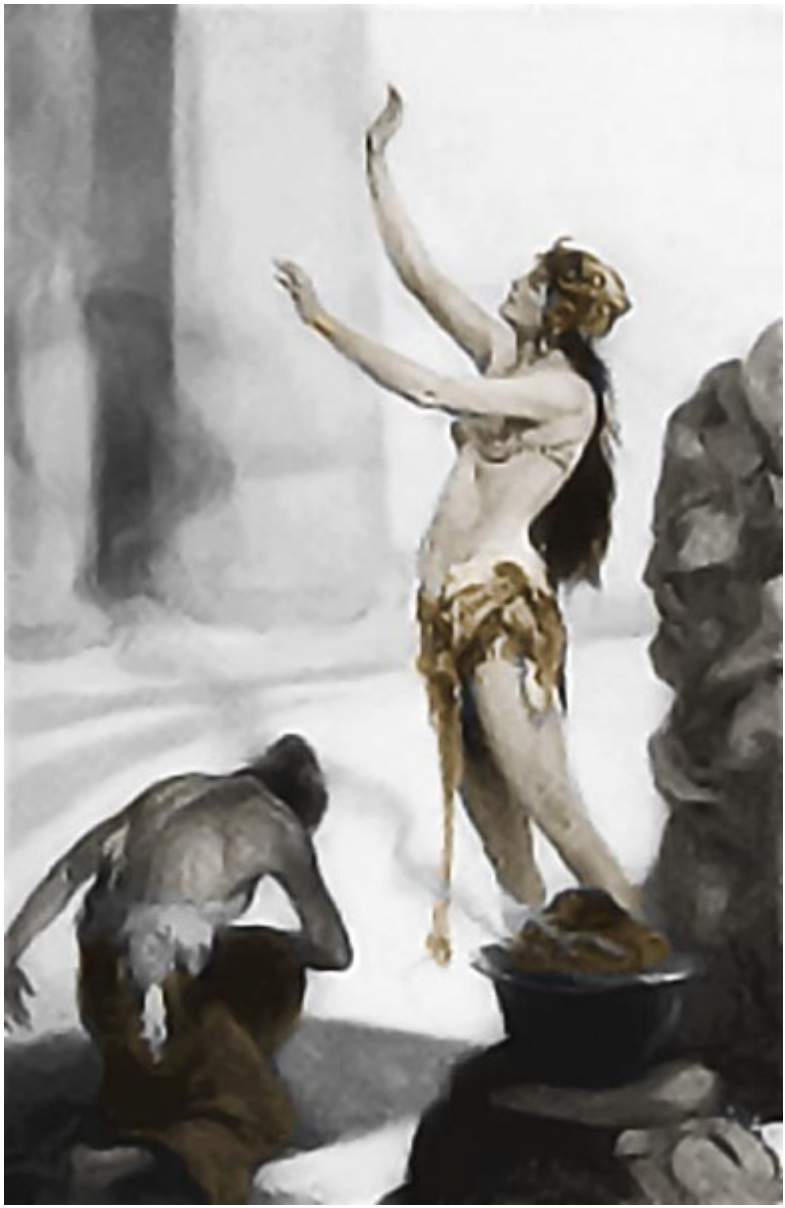
—Bolgani —susurró a La.

—Es uno de los grandes simios —dijo ella, y se estremeció.

Entonces lo vieron, abriéndose paso entre las ramas hacia la empalizada. Era un gorila enorme, como Tarzán jamás había visto. De estatura casi gigantesca, la criatura caminaba erecta con el paso de un hombre, sin que sus nudillos tocaran el suelo una sola vez. Su cabeza y rostro eran casi los de un gorila, y sin embargo había una diferencia, como observó Tarzán cuando la criatura se acercó: era Bolgani, con el alma y el cerebro de un hombre, pero no era esto solamente lo que hacía de la criatura algo desconcertante y única. Más extraño quizá que cualquier otra cosa era el hecho de que vestía ornamentos… ¡y qué ornamentos! Oro y diamantes relucían sobre su peludo abrigo, por encima de los codos llevaba

numerosos brazaletes y también en las piernas, mientras que de un cinturón le colgaba por delante y por detrás una larga tira estrecha que casi tocaba el suelo y que parecía estar realizada por entero con lentejuelas de oro aderezadas con pequeños brillantes. Nunca había visto John Clayton, lord Greystoke, semejante exhibición de elegancia bárbara, ni siquiera entre las joyas de Opar había tanta riqueza de piedras de valor incalculable.

Después del espantoso grito que había roto el relativo silencio de la selva, Tarzán se fijó en los efectos que Bolgani producía en los moradores del recinto. Se pusieron en pie de inmediato. Las mujeres y los niños corrieron a refugiarse tras los troncos de los árboles o ascendieron por las cuerdas a sus jaulas oscilantes, mientras que algunos de los hombres avanzaban hacia lo que ahora Tarzán vio que era la puerta del recinto. Fuera de éste, el gorila se detuvo y volvió a alzar la voz, pero esta vez para hablar y no para lanzar su horrible grito.



La esperó en silencio a que la chica hablara.

CAPÍTULO IX

LA FLECHA MORTAL

CUANDO el enorme gorila hubo entrado en el recinto, los guerreros cerraron la puerta y se apartaron respetuosamente mientras la bestia avanzaba hacia el centro de la aldea, donde se paró un momento y miró alrededor.

—¿Dónde están las hembras y los jóvenes? —preguntó conciso—. Llamadles.

Las mujeres y los niños tuvieron que oír la orden, pero no salieron de sus escondrijos. Los guerreros se mostraron inquietos, evidentemente divididos entre el miedo a la criatura que había emitido la orden y la desgana a cumplir sus órdenes.

—Llamadles —repitió— o id a buscarlos.

Al fin uno de los guerreros reunió valor para dirigirse a él.

—Esta aldea ya ha proporcionado una mujer en esta luna —dijo—. Le toca a otra aldea.

—¡Silencio! —rugió el hombre gorila, avanzando amenazadoramente hacia él—. Eres un gomangani imprudente, para amenazar la voluntad de un bolgani; yo hablo con la voz de Numa, el emperador: obedeced o moriréis.

Temblando, el negro se volvió y llamó a las mujeres y a los niños, pero nadie respondió a su llamada. El bolgani hizo gestos de impaciencia.

—Id a buscarles —exigió.

Y los negros, muertos de miedo, cruzaron malhumorados el recinto hacia los escondrijos de sus mujeres e hijos. Después volvieron, arrastrándolos por los brazos, pero en general por el pelo. Aunque habían dado la impresión de ser reacios a entregarlos, no mostraban amabilidad de ninguna clase hacia ellos ni daban muestras de afecto alguno. Su actitud hacia ellos, sin embargo, quedó explicada a Tarzán por las siguientes palabras del guerrero que había hablado antes.

—Gran bolgani —dijo, dirigiéndose al hombre gorila—, si Numa siempre se las lleva de esta aldea, pronto no habrá suficientes mujeres para los guerreros de aquí, y habrá pocos niños, y dentro de poco no quedará nadie.

—¿Y qué? —gruñó el hombre gorila—. Ya hay demasiados gomangani en el mundo. ¿Para qué otro fm fuisteis creados además de para servir a Numa, el emperador, y a su pueblo elegido, los bolgani?

Mientras hablaba examinaba a las mujeres y los niños, pellizcando su carne y dándoles golpes en el pecho y la espalda. Después volvió a una mujer relativamente joven que llevaba a un niño pequeño sentado a horcajadas en la cadera.

—Ésta servirá —dijo; arrebató el niño a su madre y lo arrojó brutalmente al otro lado del recinto, donde se quedó en el suelo con la cara pegada a la empalizada, gimiendo lastimosamente y acaso herido y moribundo. La pobre y estúpida madre, al parecer más bestia que humana, se quedó unos instantes temblando con boba angustia, y después se precipitó hacia su hijo. Pero el hombre gorila la agarró con una de sus grandes manos y la tiró al suelo. Al mismo tiempo, surgió del silencioso follaje por encima de ellos el fiero y terrible grito retador del simio macho. Aterrorizados, los simples negros miraron asustados hacia arriba, mientras el hombre gorila alzaba su espantosa cara con ira hacia el autor del bestial grito.

Contemplaron a una criatura, que se balanceaba en una rama hojosa, que no se parecía a nada de lo que cualquiera de ellos jamás hubiera visto: un hombre blanco, un tarmangani, con una piel lampiña como el cuerpo de Histah, la serpiente. En el instante en que miraron, vieron la mano de la lanza del extraño abalanzarse hacia adelante, y la punta, a la velocidad del pensamiento, se clavó en el pecho del bolgani. Lanzando un solo grito de rabia y dolor, el hombre gorila se desplomó al suelo, donde forcejeó espasmódicamente unos instantes y se quedó inmóvil, muerto.

El hombre-mono no tenía una gran estima por los gomangani como raza, pero en su cerebro y corazón ingleses residía el espíritu del juego limpio, que le incitaba a unirse espontáneamente a la causa del débil: Por otra parte, el bolgani era su enemigo declarado. Su primera pelea había sido con Bolgani, y éste había sido su primera víctima.

Los pobres negros aún estaban inmóviles, estupefactos de asombro cuando Tarzán se dejó caer del árbol al suelo entre ellos. Retrocedieron

aterrados, y al mismo tiempo levantaron su lanza amenazándole.

—Soy amigo —dijo—. Soy Tarzán de los Monos. Bajad las lanzas. —Y entonces se volvió y retiró su propia lanza del cuerpo del bolgani. ¿Quién es esta criatura que puede entrar en vuestra aldea y matar a vuestros cachorros y robar vuestras hembras? ¿Quién es para que no os atreváis a atravesarlo con vuestras lanzas?

—Es uno de los grandes bolgani —dijo el guerrero, que al parecer era el portavoz y el caudillo de la aldea—. Es un miembro del pueblo elegido de Numa, el emperador, y cuando Numa se entere de que le han matado en nuestra aldea moriremos todos por lo que tú has hecho.

—¿Quién es Numa? —preguntó el hombre-mono, para quien este nombre, en el lenguaje de los grandes simios, sólo significaba león.

—Numa es el emperador —respondió el negro—, que vive con los bolgani en el Palacio de Diamantes.

No se expresó sólo con estas palabras, pues el escaso lenguaje de los grandes simios, aunque ampliado por la inteligencia superior y mayor desarrollo de los oparianos, es primitivo en extremo. Lo que dijo en realidad fue más o menos: «Numa, el rey de reyes, que vive en la cabaña del rey de piedras que relucen», lo que causó en la mente del hombre-mono la fiel impresión del hecho. Numa, evidentemente, era el nombre que había adoptado el rey de los bolgani y el título de emperador no indicaba más que su preeminencia entre los jefes.

En cuanto el bolgani cayó, la afligida madre se precipitó hacia su hijo herido y lo cogió en brazos. Se acuclilló junto a la empalizada, lo apretó contra su pecho y lo meció suavemente para calmar su llanto, que era más consecuencia del susto que del daño sufrido, según Tarzán descubrió. Al principio la madre se asustó cuando él intentó examinar al niño, se apartó y enseñó los dientes como una bestia salvaje. Pero después, al parecer, le llegó a su gris cerebro la comprensión de que aquella criatura la había salvado del bolgani y le había permitido recuperar a su hijo y que no hacía nada para dañarles a ninguno de ellos. Convencido al fin de que el niño sólo estaba magullado, Tarzán se volvió hacia los guerreros, que hablaban formando un pequeño grupo excitado a unos pasos de distancia. Cuando lo vieron aproximarse, formaron un semicírculo y le hicieron frente.

—Los bolgani nos matarán a todos —dijeron— cuando se enteren de lo que ha ocurrido en nuestra aldea, a menos que podamos llevarles a la criatura que arrojó la lanza. Así que, tarmangani, irás con nosotros al

Palacio de Diamantes y allí te entregaremos a los bolgani y quizá Numa nos perdone.

El hombre-mono sonrió. Qué clase de criatura creían aquellos simples negros que era él, pensar que permitiría que le condujeran a las manos vengadoras de Numa, el emperador de los bolgani. Aunque era plenamente consciente del riesgo que había corrido al entrar en la aldea, sabía también que como era Tarzán de los Monos existían más probabilidades de que pudiera escapar que de que pudieran retenerle. Había hecho frente a otros lanceros salvajes en anteriores ocasiones y sabía exactamente qué cabía esperar en el caso de que se produjeran hostilidades. Sin embargo, prefería estar en paz con aquella gente, pues quería encontrar algún medio de interrogarles desde que descubriera su aldea oculta en aquella selva salvaje.

—Esperad —dijo, por tanto—, ¿traicionaríais a un amigo que entra en vuestra aldea para protegeros de un enemigo?

—No te mataremos, tarmangani. Te llevaremos a los bolgani para Numa, el emperador.

—Pero esto sería casi lo mismo —replicó Tarzán—, pues sabéis que Numa, el emperador, me ordenará matar.

—Eso no podemos evitarlo —dijo el portavoz—. Si pudiéramos salvarte lo haríamos, pero cuando los bolgani descubran lo que ha ocurrido en nuestra aldea, seremos nosotros quienes debamos sufrir, a menos, quizá, que se contenten con castigarte a ti.

—Pero ¿por qué tienen que saber que el bolgani ha muerto en vuestra aldea? —preguntó Tarzán.

—¿No verán su cuerpo la próxima vez que vengan? —preguntó el portavoz.

—No, si lo retiráis —respondió Tarzán.

Los negros se rascaron la cabeza. En su mente obtusa e ignorante no había penetrado semejante solución a su problema. Lo que el extranjero decía era cierto. Nadie más que ellos y él sabían que Bolgani había muerto en el interior de su empalizada. Retirar el cuerpo, por tanto, significaría eliminar toda sospecha de la aldea. Pero ¿adónde iban a llevarlo? Plantearon la cuestión a Tarzán.

—Yo me ocuparé de ello —respondió el tarmangani—. Responded a mis preguntas con la verdad y os prometo que me lo llevaré y lo eliminaré de tal manera que nadie sabrá cómo murió o dónde ocurrió.

—¿Cuáles son tus preguntas? —preguntó el portavoz.

—Soy extranjero en vuestra región. Aquí me hallo perdido —respondió el hombre-mono—. Y querría encontrar una manera de salir del valle en aquella dirección —dijo señalando hacia el sureste.

El negro hizo gestos de negación con la cabeza.

—Tal vez haya una manera de salir del valle en aquella dirección —dijo—, pero lo que hay más allá ningún hombre lo sabe, ni yo sé si hay una manera de salir o si hay algo detrás. Se dice que tras la montaña todo es fuego y nadie se atreve a ir a ver. En cuanto a mí, nunca me he alejado de mi aldea; como mucho, sólo a un día de marcha para cazar animales para los bolgani y para recoger frutos y nueces para ellos. Si hay una salida no la conozco, ni ningún hombre se atrevería a tomarla si existiera.

—¿Nunca sale nadie del valle? —preguntó Tarzán.

—No sé lo que otros hacen —respondió el portavoz—, pero los de esta aldea nunca salen del valle.

—¿Qué hay en aquella dirección? —preguntó Tarzán, señalando hacia Opar.

—No lo sé —respondió el negro—, sólo sé que a veces los bolgani vienen de allí y traen con ellos extrañas criaturas; pequeños hombres de piel blanca y mucho pelo, con las piernas cortas y curvadas y largos brazos y, a veces, hembras blancas, que no se parecen en nada al pequeño tarmangani extraño. Pero de dónde los sacan no lo sé, ni nos lo dicen nunca. ¿Éstas son todas las preguntas que deseas formular?

—Sí, eso es todo —respondió Tarzán, viendo que no podría obtener más información de aquellos ignorantes.

Al darse cuenta de que tendría que encontrar él mismo la manera de salir del valle, y como sabía que podría hacerlo mucho más deprisa y con mayor seguridad si iba solo, decidió hablar a los negros en relación a un plan que se le había ocurrido.

—¿Si me llevo al bolgani, para que los otros no sepan que murió en vuestra aldea, me trataréis como a un amigo? —preguntó.

—Sí —respondió el portavoz.

—Entonces —dijo Tarzán—, ¿guardaréis para mí a mi hembra blanca hasta que regrese a vuestra aldea? Podéis esconderla en una de vuestras chozas si viene un bolgani, y nadie tiene que saber jamás que está entre vosotros. ¿Qué decís?

Los negros miraron alrededor.

—No la vemos —dijo el portavoz—. ¿Dónde está?

—Si me prometéis protegerla y esconderla, os la traeré aquí —respondió el hombre-mono.

—Yo no le haré daño —dijo el cabecilla—, pero los demás no sé.

Tarzán se volvió hacia los otros, que se habían agrupado en torno a ellos y escuchaban.

—Traeré a mi compañera a vuestra aldea —dijo— y vais a esconderla, alimentarla y protegerla hasta que yo regrese. Me llevaré el cuerpo del bolgani, para que ninguna sospecha recaiga en vosotros, y cuando yo vuelva, espero encontrar a mi compañera sana y salva.

Le había parecido mejor describir a La como su compañera, ya que así ellos comprenderían que se hallaba bajo la protección de Tarzán, y si sentían gratitud o miedo hacia él, La estaría más a salvo. Tarzán alzó el rostro hacia el árbol donde estaba escondida y la llamó para que descendiera, y unos instantes después ella bajó a las ramas inferiores de uno de los árboles del recinto y se dejó caer en los brazos de Tarzán.

—Ésta es —dijo a los negros—, protegedla bien y escondedla de los bolgani. Si, a mi regreso, descubro que ha sufrido algún daño, iré a decir a los bolgani que vosotros hicisteis esto —y señaló el cuerpo del hombre gorila.

La se volvió hacia él con cara de espanto.

—No me dejarás aquí, ¿verdad? —preguntó.

—Sólo temporalmente —respondió Tarzán—. Esta pobre gente siente miedo de que si se sabe que la muerte de esta criatura se ha producido en su aldea sufrirán la ira de sus congéneres, y por esto les he prometido que me llevaría el cuerpo y dirigiría las sospechas hacia otra parte. Si están lo bastante arriba en la escala de la evolución para albergar sentimientos de gratitud, lo cual dudo, se sentirán obligados conmigo por haber matado a esta bestia, así como por impedir que las sospechas recaigan en ellos. Por estos motivos deberían protegerte, pero para estar doblemente seguro he apelado también a su miedo a los bolgani, un sentimiento que sé que albergan. Estoy convencido de que aquí estarás tan segura como conmigo hasta que regrese, de lo contrario no te dejaría. Pero solo puedo viajar mucho más deprisa y mientras esté fuera tengo intención de encontrar una manera de salir de este valle; entonces regresaré a por ti y juntos podremos escapar fácilmente, o al menos con mayor seguridad de éxito que si exploráramos juntos.

—¿Volverás? —preguntó ella con la voz velada por el temor, el anhelo

y la súplica.

—Volveré —respondió él; se volvió a los negros y dijo—: Dejad libre una de estas chozas para mi compañera, procurad que no la molesten y proporcionadle agua y comida. Y recordad lo que he dicho: de su seguridad dependen vuestras vidas.

Tarzán se inclinó para coger al hombre gorila y se lo echó al hombro mientras los simples negros se maravillaban ante esa acción. Ellos poseían una gran fuerza física, ninguno de ellos se habría tambaleado bajo el peso del bolgani, pero, sin embargo, aquel extraño tarmangani caminaba con facilidad bajo su carga, y cuando hubieron abierto la puerta de la empalizada echó a correr por el sendero de la jungla como si no llevara ningún peso más que su propio cuerpo. Unos instantes después desapareció en un recodo y la selva se lo tragó.

La se volvió a los negros:

—Preparadme la cabaña —dijo, pues estaba muy cansada y deseaba descansar.

Ellos la miraron con recelo y cuchichearon entre sí. Era evidente para ella que había disparidad de opiniones entre ellos, y por trozos de conversación que oía comprendió que mientras algunos de los negros estaban a favor de obedecer las órdenes de Tarzán implícitamente, había otros que ponían objeciones y que deseaban echarla de la aldea, para que no fuera descubierta allí por los bolgani y los aldeanos fueran castigados por ello.

—Sería mejor —oyó a uno de los negros— entregarla a los bolgani enseguida y decirles que vimos cómo su compañero mataba al mensajero de Numa. Diremos que intentamos capturar al tarmangani pero que escapó y que sólo pudimos capturar a su pareja. Así nos ganaremos el favor de Numa y quizá no se llevará a tantos de nuestras mujeres e hijos.

—Pero el tarmangani es poderoso —replicó uno de los otros—. Es más poderoso incluso que Bolgani. Sería un enemigo terrible y, como lo más probable es que los bolgani no nos creyeran, entonces no sólo tendríamos que temerles a ellos, sino también al tarmangani.

—Tienes razón —exclamó La—, el tarmangani es poderoso. Será mucho mejor para vosotros que lo tengáis por amigo que por enemigo. Pelea con sus propias manos con Numa, el león, y le mata. Ya habéis visto con qué facilidad se ha echado el cuerpo del poderoso Bolgani al hombro. Le habéis visto correr ligero por el sendero de la jungla bajo su carga. Con

igual facilidad llevará el cuerpo a través de los árboles del bosque, muy por encima del suelo. En todo el mundo no hay otro como él, ninguno como Tarzán de los Monos. Si sois sensatos, gomangani, tendréis a Tarzán por amigo.

Los negros la escucharon, su rostro inexpresivo sin revelar lo que estaba pasando por su estúpido cerebro. Durante unos instantes permanecieron así, en silencio, los gruesos e ignorantes negros a un lado, y la hermosa y esbelta mujer blanca al otro. Entonces habló La.

—Id —ordenó en tono imperioso— a prepararme la choza.

Era la suma sacerdotisa del Dios Llameante; La, la reina de Opar, que se dirigía a los esclavos. Su porte regio y su tono autoritario operaron un cambio instantáneo en los aldeanos, y La supo que Tarzán tenía razón al suponer que sólo se les podía conmover con el miedo, pues ahora se volvieron, acobardados como perros azotados, y se apresuraron a ir a una choza que estaba cerca y que enseguida prepararon para ella, yendo a buscar hojas y hierbas frescas para el suelo y frutas y nueces para que comiera.

Cuando todo estuvo a punto, La ascendió por la cuerda y entró por la abertura circular del suelo de la choza colgante, la cual resultó grande y aireada y razonablemente limpia. Subió la cuerda y se arrojó al suave lecho que le habían preparado y pronto el suave vaivén de la choza, el suave murmullo de las hojas y las voces de las aves e insectos se juntaron con su agotamiento físico y la sumieron en un sueño profundo.

CAPÍTULO X

INSENSATA TRAICIÓN

AL NOROESTE del valle de Opar se elevaba el humo de los fuegos de un campamento en el que un centenar de negros y seis blancos tomaban la colación de la noche. Los negros estaban en cuclillas, hoscos y taciturnos, se quejaban en voz baja de su magra comida, y los blancos, ceñudos y temerosos, mantenían sus armas de fuego a mano. Uno de ellos, una chica, la única de su sexo en el grupo, se dirigió a sus compañeros:

—Tenemos que dar las gracias a la tacañería de Adolph y a la fanfarronería de Esteban por la situación en que nos encontramos —declaró.

El gordo Bluber se encogió de hombros; el fornido español frunció el entrecejo.

—¿De qué tengo yo la culpa? —preguntó Adolph.

—Fuiste demasiado tacaño a la hora de contratar a los porteadores. Te dije que debíamos incluir doscientos negros en nuestro grupo, pero tú quisiste ahorrar un poco de dinero y ahora, ¿cuál es el resultado? Cincuenta hombres llevan cuarenta kilos de oro cada uno y los otros porteadores van demasiado cargados con el equipo del campamento, mientras que apenas queda nadie para que nos proteja como es debido. Tenemos que empujarles como si fueran bestias para que avancen y arrojar parte de su carga. Están agotados y enojados. No necesitarían de una gran excusa para matarnos a todos aquí mismo. Además, están mal alimentados. Si pudiéramos mantener su vientre lleno probablemente estarían contentos y razonablemente satisfechos, pero sé lo suficiente sobre nativos para saber que si tienen hambre no están ni contentos ni satisfechos, aunque no hagan nada. Si Esteban no hubiera fanfarroneado tanto de su habilidad como cazador habríamos traído provisiones suficientes, pero ahora, aunque apenas hemos emprendido el viaje de regreso, estamos a menos de medias raciones.

—No puedo cazar animales donde no hay animales —se quejó el español.

—Hay muchos animales —dijo Kraski, el ruso—. Vemos sus huellas cada día.

El español le miró con odio.

—Si hay tantos —dijo—, ve y caza uno tú mismo.

—Yo nunca he dicho que sea cazador —replicó Kraski—, aunque podría salir con una honda y una cerbatana y hacerlo igual de bien que tú.

El español se puso de pie de un salto con gesto amenazador, y al instante el ruso le apuntó con un revólver.

—Basta —gritó la muchacha con aspereza, interponiéndose entre ellos.

—Deja que peleen —gruñó John Peebles—. Si uno de ellos mata al otro, seremos menos para repartirnos el botín, y ya está.

—*¿Porrr* qué vamos a *pelearrrnos*? —preguntó Bluber—. Hay suficiente *parrra* todos, más de *cuarrrenta y trrres* mil libras para cada uno. Cuando os enfadáis conmigo me llamáis cosas y decís que soy tacaño, *perno* ¡*Mein Gott*!, *vosotrrros* los ingleses sois *peorrres. Matarrríais* a *vuestrrros* amigos *parrra conseguirrr* más *dinerrro*. *Ja wohl*, *grrracias* a Dios que no soy inglés.

—Cierra el pico —gruñó Throck— o tendremos cuarenta y tres mil libras más para repartirnos.

Bluber miró al fornido inglés con temor.

—Vamos, vamos, Dick —dijo en tono afectuoso—, no vas a *enfadarrrte* conmigo, tu *mejorrr* amigo, ¿verdad?

—Estoy harto de toda esta charla —dijo Throck—. No soy muy culto, no soy más que un boxeador, pero tengo suficiente sensatez para saber que Flora es la única de todo este maldito grupo cuya cabeza no está llena de pájaros. John, Bluber, Kraski y yo estamos aquí porque pudimos reunir el dinero necesario para llevar a cabo el plan de Flora. El actor —y señaló a Esteban— está aquí porque su cara y su figura cumplían los requisitos. Ninguno de nosotros necesita tener cerebro para hacer este trabajo, y ninguno de nosotros tiene más cerebro del que necesita. Flora es el cerebro de todo esto, y cuanto antes lo entienda todo el mundo y acepte sus órdenes, mejor irán las cosas. Ella ha estado en África con este tal lord Greystoke y sabe algo de la región y de los nativos y de los animales, mientras que ninguno de nosotros sabe nada.

—Throck tiene razón —se apresuró a decir Kraski—. Ya nos hemos

confundido durante suficiente tiempo. No hemos tenido un jefe, y lo que hay que hacer es nombrar a Flora jefe a partir de ahora. Si alguien puede sacarnos de aquí es ella, y por el modo en que estos tipos están actuando —y señaló con la cabeza hacia los negros—, tendremos suerte si algún día salimos ilesos, y mucho más si conseguimos llevarnos el oro.

—¡*Ach, nein*! *No estarrrás* insinuando que dejemos el *orrro*, ¿*verrrdad*? —casi chilló Bluber.

—Quiero decir que haremos lo que Flora considere mejor —respondió Kraski. Si ella ordena que dejemos el oro, lo dejaremos.

—Eso haremos —le secundó Throck.

—Estoy de acuerdo —dijo Peebles—. Se hará lo que diga Flora.

El español asintió en hosco silencio.

—El resto estamos a favor de ello, Bluber. ¿Y tú? —preguntó Kraski.

Ah, bueno… *clarro* que si, si *vosotrrros* lo decís —dijo Bluber— y como John dice, ya está.

—Bueno, Flora —dijo Peebles—, tú eres el jefe. Haremos lo que tú mandes. ¿Qué hacemos ahora?

—Muy bien —dijo la muchacha—, acamparemos aquí hasta que estos hombres hayan descansado y mañana a primera hora empezaremos de forma inteligente y sistemática y conseguiremos carne para ellos. Con su ayuda podemos hacerlo. Cuando hayan descansado y se hayan alimentado bien, volveremos a partir hacia la costa, avanzando muy despacio para que no se cansen demasiado. Éste es mi primer plan, pero depende de nuestra habilidad para conseguir carne. Si no la encontramos, enterraré aquí el oro y haremos todo lo que podamos para llegar a la costa lo antes posible. Allí contrataremos a nuevos porteadores, el doble de los que disponemos ahora, y compraremos provisiones suficientes para seguir adelante. Cuando volvamos, esconderemos provisiones en cada lugar de acampada para el viaje de regreso, así nos ahorraremos cargar con peso durante todo el camino. De esta manera podemos ir ligeros, con el doble de porteadores de los que realmente necesitamos. Y si hacen turnos, viajaremos mucho más deprisa y ellos no se quejarán. Estos son mis planes. No os pregunto vuestra opinión de ello, porque no me importa. Me habéis nombrado jefa y a partir de ahora voy a dirigir esto como mejor me parezca.

—Bravo por ti —rugió Peebles—, así me gusta oírte hablar.

—Dile al cabecilla que quiero verle, Carl —dijo la muchacha, volviéndose a Kraski, y unos instantes después el ruso regresó con un

fornido nativo.

—Owaza —dijo la muchacha cuando el negro se detuvo ante ella—, andamos escasos de comida y los hombres soportan cargas el doble de pesadas de lo que deberían ser. Diles que esperaremos aquí hasta que hayan descansado y que mañana todos saldremos a cazar para obtener carne. Enviarás a tus chicos con dos o tres hombres capaces y ellos actuarán como ojeadores y empujarán a los animales hacia nosotros. De esta manera conseguiremos mucha carne, y cuando los hombres hayan descansado y comido bien, avanzaremos despacio. Donde haya abundancia de caza cazaremos y descansaremos. Diles que si hacen esto y llegamos a la costa sanos y salvos con toda nuestra carga, les pagaré el doble de lo que habíamos acordado.

—¡*Himmel*! —exclamó Bluber—, ¡el doble de lo *acorrrdado*! *Florrra*, ¿por qué no les *ofrrreces* el diez por ciento? *Serrría* un buen interés por su *dinerrro*.

—Cierra el pico, estúpido —espetó Kraski, y Bluber se calló, aunque se balanceaba hacia delante y hacia atrás, haciendo gestos de desaprobación con la cabeza.

El negro, que se había presentado para la entrevista con una actitud hosca y ceñuda, se había animado visiblemente.

—Se lo diré —dijo— y creo que no tendrán ustedes más problemas.

—Bien —dijo Flora—, ve a decírselo ahora mismo —y el negro se dio la vuelta y se marchó—. Bueno —exclamó la chica con un suspiro de alivio—, creo que al fin podemos ver la luz.

—¡El doble de lo que *prrrometimos pagarrrles*! —se quejó Bluber.

A la mañana siguiente, temprano, se prepararon para partir de caza. Los negros sonreían y parecían felices pues preveían abundancia de carne y, mientras se alejaban con paso firme hacia la jungla, cantaban alegremente. Flora los había dividido en tres grupos, cada uno bajo un jefe, con instrucciones explícitas en cuanto a la posición que cada grupo debía tomar en la línea de ojeadores. Otros habían sido designados como portadores de armas, mientras que un pequeño grupo de soldados negros se quedaba atrás para proteger el campamento. Los blancos, salvo Esteban, iban armados con rifles. Sólo él parecía inclinado a poner en duda la autoridad de Flora e insistía en que prefería cazar con lanza y flechas, a seguir con el papel que interpretaba. No haber conseguido una sola presa aunque lo había intentado con asiduidad durante semanas, no era suficiente para ahogar su egotismo.

Tanto se había metido en su papel, que realmente creía que era Tarzán de los Monos, y con tanta fidelidad se había equipado en todos los detalles, y tan buen maestro del arte del maquillaje era que, junto con su espléndida figura y su bello rostro que eran casi calcados a los de Tarzán, apenas era de extrañar que casi se hubiera engañado a sí mismo con tanto éxito como había engañado a los demás, pues había hombres entre los porteadores que habían conocido al gran hombre-mono e incluso éstos se confundieron, aunque se preguntaban por el cambio operado en él, ya que en detalles insignificantes no se comportaba como Tarzán, y en cuestión de caza resultaba decepcionante.

Flora Hawkes, que estaba dotada de una más que justa inteligencia, comprendió que no estaría bien irritar a cualquiera de sus compañeros innecesariamente, y así permitió que Esteban cazara aquella mañana a su manera, aunque algunos rezongaron un poco ante su decisión.

—¿Qué importa? —les preguntó, cuando el español había partido solo —. Lo más probable es que no sepa utilizar un rifle mejor de lo que sabe utilizar la lanza y las flechas. Carl y Dick realmente son los únicos que saben disparar y dependemos de ellos principalmente para el éxito de nuestra caza de hoy. El egotismo de Esteban se ha visto dañado de tal manera que es posible que llegue al extremo de cobrar alguna pieza; esperemos que lo logre.

—Espero que ese necio se rompa el cuello —dijo Kraski—. Ya ha servido a nuestro propósito y sería mejor que nos deshiciéramos de él.

La muchacha negó reiteradamente con la cabeza.

—No —dijo—, no debemos pensar en estas cosas ni hablar así. Empezamos este asunto juntos, y vamos a seguir juntos hasta el final. Si deseas que uno de nosotros esté muerto, ¿cómo sabes que los demás no están deseando lo mismo para ti?

—No me cabe ninguna duda de que Miranda desearía que yo estuviera muerto —respondió Kraski—. Nunca me acuesto por la noche sin pensar que ese maldito español puede intentar clavarme un cuchillo antes de que amanezca. Y no me hace sentir más seguro oír que lo defiendes, Flora. Has sido un poco blanda con él desde el principio.

—Si lo he sido, no es asunto tuyo —espetó la chica.

Y, así pues, emprendieron la marcha para ir a cazar, el ruso con evidente enojo, albergando pensamientos de venganza, o peores, contra Esteban, y Esteban, que cazaba en la jungla, ocupado en su odio y sus

celos. Su oscura mente estaba abierta a cualquier sugerencia de un medio para eliminar a los otros hombres del grupo y llevarse a la mujer y el oro él solo. Los odiaba a todos; en cada uno veía a un posible rival para el afecto de Flora, y en la muerte de cada uno veía no sólo un pretendiente menos al afecto de la muchacha, sino cuarenta y tres mil libras adicionales a dividir entre menos personas. Su mente estaba ocupada de este modo y no en la caza, que debería ocupar sus pensamientos en exclusiva, cuando llegó a una zona de densa maleza y, en un claro donde resplandecía el sol, se encontró cara a cara con un grupo de unos cincuenta magníficos guerreros negros como el ébano. Por un instante, Esteban se quedó paralizado de terror, olvidando momentáneamente el papel que interpretaba, pensando en sí mismo como en un solitario hombre blanco, en el corazón de la salvaje África, enfrentándose a una banda de nativos guerreros, quizá caníbales. Fue ese momento de silencio e inacción lo que le salvó, pues, mientras se hallaba allí quieto ante ellos, los waziri vieron en el silencio la mayestática figura de su amado señor en una pose característica.

—Oh, *bwana*, *bwana* —exclamó uno de los guerreros, precipitándose hacia él—, eres tú en verdad, Tarzán de los Monos, Señor de la Jungla, a quien habíamos dado por perdido. Nosotros, tus leales waziri, te hemos estado buscando, e incluso íbamos a afrontar los peligros de Opar, pues temíamos que te hubieras aventurado a ir allí sin nosotros y te hubieran capturado.

El negro, que en otro tiempo había acompañado a Tarzán a Londres como criado personal, hablaba un inglés chapurreado, cosa que le llenaba de un orgullo desacostumbrado y hacía que no perdiera oportunidad de airear su logro delante de sus compañeros menos afortunados. El hecho de que hubiera sido él a quien el destino había elegido para actuar de portavoz, fue sin duda una circunstancia afortunada para Miranda. Aunque este último se había aplicado asiduamente a dominar el dialecto de los porteadores de la costa oeste, le habría sido difícil mantener una conversación con alguno de ellos y no comprendía nada de la lengua de los waziri. Flora le había enseñado los conocimientos de Tarzán, así se dio cuenta de que se hallaba en presencia de una banda de leales waziri del hombre-mono. Nunca en la vida había visto a unos negros tan magníficos: hombres fuertes y bien parecidos, con cara inteligente y facciones bien dibujadas, situados al parecer en un puesto más elevado de la escala de la evolución igual que los negros de la costa oeste estaban por encima de los

simios. Afortunado en verdad fue Esteban Miranda de ser de ingenio rápido y un actor consumado, pues de lo contrario su terror y aflicción, al enterarse de que aquella banda de fieros y leales seguidores de Tarzán se encontraba en esa zona del país, habría traslucido. Durante unos instantes más permaneció en silencio ante ellos, reuniendo valor, y luego habló, pues comprendía que su vida dependía de su credibilidad. Y mientras pensaba se encendió una luz en el astuto cerebro del español sin escrúpulos.

—Desde la última vez que nos vimos —dijo—, he descubierto que un grupo de hombres blancos ha penetrado en la región con el fin de robar en las cámaras del tesoro de Opar. Les seguí hasta que descubrí su campamento, y entonces partí en busca vuestra, pues son muchos y tienen muchos lingotes de oro, porque ya han estado en Opar. Seguidme y atacaremos su campamento para llevarnos el oro. ¡Vamos! —y se volvió hacia el campamento que acababa de abandonar.

Mientras se abrían paso en la jungla, Usula, el waziri que le había hablado en inglés, iba al lado de Esteban. Detrás de ellos el español oía a los otros guerreros que hablaban en su lengua nativa, de la que no entendía ni una palabra, y se le ocurrió que su posición podía resultar de lo más embarazosa si se dirigían a él en la lengua de los waziri, la cual Tarzán, por supuesto, debía de comprender perfectamente. Oía la charla de Usula y su mente trabajaba con rapidez, luego, como por inspiración, acudió a su memoria el recuerdo de un accidente que le había sucedido a Tarzán y que Flora le relató, la historia de la herida que había sufrido en las cámaras del tesoro de Opar, cuando perdió la memoria a causa de un golpe recibido en la cabeza. Esteban se preguntó si se comprometería demasiado al atribuir a la amnesia cualquier defecto del papel que interpretaba. Sin embargo, le pareció que era lo mejor que podía hacer.

—¿Te acuerdas —preguntó— del accidente que me ocurrió en las cámaras del tesoro de Opar, que me dejó sin memoria?

—Sí, *bwana*, lo recuerdo bien —respondió el negro.

—Me ha ocurrido un accidente similar —dijo Esteban—. Un gran árbol cayó en mi camino y al caer una rama me golpeó en la cabeza. No me ha hecho perder completamente la memoria, pero desde entonces me cuesta recordar muchas cosas, y hay otras que debo de haberlas olvidado por completo, pues no sé tu nombre, ni entiendo las palabras que mis otros waziri me dicen.

Usula le miró con aire compasivo.

—Ah, *bwana*, triste en verdad está el corazón de Usula al conocer que sufriste este accidente. Sin duda pronto pasará, como en el caso anterior, y entretanto yo, Usula, seré tu memoria.

—Bien —dijo Esteban—, y di a los otros que lo entiendan, y diles también que he perdido la memoria de otras cosas. Ahora, no puedo encontrar el camino para volver a casa sin vosotros, y también mis otros sentidos están aturdidos; pero como dices, Usula, pronto pasará y volveré a ser el de antes.

—Tu leal waziri se alegrará mucho cuando llegue ese momento —declaró Usula.

Cuando se acercaban al campamento, Miranda indicó a Usula que ordenara a sus seguidores que guardaran silencio, y después les hizo detenerse cerca del claro desde donde podían ver el cercado y las tiendas en su interior, protegidas por un pequeño grupo de media docena de soldados negros.

—Cuando vean que somos más que ellos, no opondrán resistencia —dijo Esteban—. Rodeemos el campamento, y cuando os haga una señal avanzaremos juntos, y tú te dirigirás a ellos diciendo que Tarzán de los Monos ha venido con sus waziri a por el oro que han robado, pero que no los mataremos si abandonan la región enseguida y no regresan jamás.

De haber servido también a su propósito, el español de buena gana habría ordenado a los waziri que atacaran a los hombres que protegían el campamento y los destruyeran a todos, pero en su astuto cerebro había nacido un plan más hábil. Quería que estos hombres le vieran con los waziri y vivieran para contar a los demás que le habían visto, y repitieran a Flora y a sus seguidores lo que Esteban pensaba decir a uno de los soldados negros, mientras los waziri recogieran los lingotes de oro del campamento.

Al dar instrucciones a Usula para que apostara a sus hombres alrededor del campamento, Esteban tuvo que advertirles que no se dejaran ver hasta que él hubiera penetrado en el claro y llamado la atención de los soldados que estaban de guardia. Una vez apostados los hombres, Usula volvió a Esteban para informarle de que todo estaba a punto.

—Cuando levante la mano sabrás que me han reconocido y que tenéis que avanzar —le indicó Esteban, y avanzó despacio por el claro. Uno de los guardias lo vio y lo reconoció como Esteban. El español se acercó unos pasos y se detuvo.

—Soy Tarzán de los Monos —anunció—, vuestro campamento está

rodeado por mis guerreros. No hagáis ningún movimiento contra nosotros y no os haremos daño.

Agitó la mano. Cincuenta fornidos waziri aparecieron a la vista desde la vegetación de la jungla que les ocultaba. Los soldados les miraron con terror mal disimulado, toqueteando sus rifles con nerviosismo.

—No disparéis —previno Esteban—, de lo contrario os mataremos a todos.

Se aproximó un poco más y sus waziri se cerraron rodeando por completo el cercado.

—Háblales, Usula —dijo Esteban.

El negro avanzó.

—Somos los waziri —gritó— y éste es Tarzán de los Monos, Señor de la Jungla, nuestro amo. Hemos venido para recuperar el oro de Tarzán que habéis robado de las cámaras del tesoro de Opar. Esta vez no os mataremos, con la condición de que abandonéis la región y nunca más volváis. Decid esto a vuestros amos; decidles que Tarzán los observa y que sus waziri están con él. Dejad vuestros rifles.

Los soldados, alegrándose de escapar con tanta facilidad, cumplieron lo que les exigía Usula, e instantes después los waziri entraban en el recinto y, siguiendo las órdenes de Esteban, recogieron los lingotes de oro. Entretanto, Esteban se acercó a uno de los soldados que chapurreaba inglés.

—Dile a tu amo —dijo— que dé gracias a la misericordia de Tarzán, porque sólo ha exigido el pago de una vida por la invasión de su país y el robo de su tesoro. A la criatura que actúa como si fuera Tarzán la he matado y su cuerpo me lo llevaré y se lo daré a los leones. Diles que Tarzán les perdona incluso su intento de envenenarle cuando visitó su campamento, pero sólo a condición de que nunca vuelvan a África y de que no divulguen el secreto de Opar. Tarzán observa y sus waziri observan, y ningún hombre puede entrar en África sin que Tarzán lo sepa. Incluso antes de abandonar Londres sabía que iban a venir. Diles esto.

Los waziri tardaron unos minutos en recoger los lingotes de oro, y antes de que los soldados se hubieran recobrado de la sorpresa que les había causado su aparición, habían vuelto a la jungla con Tarzán, su amo.

Hasta media tarde no regresaron Flora y los cuatro hombres blancos de su cacería, rodeados por negros felices que se reían y acarreaban los frutos de una caza con éxito.

—Ahora que tú estás al mando, Flora —dijo Kraski, la fortuna en

verdad nos sonríe. Tenemos carne suficiente para varios días, y si tienen el vientre lleno de carne, seguro que avanzarán deprisa.

—*Dirrré* que las cosas tienen *mejorrr* aspecto —dijo Bluber.

—Claro —dijo Throck—. Te digo que Flora es una chica lista.

—¿Qué diantres pasa? —preguntó Peebles—, ¿qué les ocurre a esos infelices? —Y señaló hacia el cercado que ahora se encontraba a la vista y del que salían los soldados negros a todo correr, jadeando excitados, hacia ellos.

—Tarzán de los Monos ha estado aquí —gritaron con excitación—. Ha venido con todos sus waziri; eran mil fornidos guerreros, y aunque hemos peleado nos han vencido y se han llevado el oro. Tarzán de los Monos me ha dicho unas palabras extrañas antes de irse. Ha dicho que había matado al miembro de vuestro grupo que se ha atrevido a hacerse pasar por Tarzán de los Monos. No lo entendemos. Esta mañana ha salido solo a cazar cuando vosotros os habéis marchado, y ha vuelto poco después con un millar de guerreros, y se ha llevado todo el oro y ha amenazado con matarnos a nosotros y a vosotros si volvíamos a este país.

—¿Qué, qué? —preguntó Bluber—, ¿el *orro* ha *desaparrrecido*? ¡*Ach*! ¡*Ach*!

Y todos empezaron a hacer preguntas hasta que Flora les hizo callar.

—Vamos —dijo al jefe de los soldados—, regresemos al cercado; allí me contarás con calma todo lo que ha sucedido desde que nos hemos marchado.

Escuchó con atención lo que le contó y después le interrogó respecto a varios puntos. Al fin le despidió. Entonces se volvió a sus aliados.

—Está claro —dijo—. Tarzán se ha recuperado de los efectos de la droga que le administramos. Luego nos ha seguido con sus waziri, ha cogido a Esteban y le ha matado, y cuando ha encontrado el campamento se ha llevado el oro. Tendremos suerte si de verdad escapamos de África con vida.

—¡*Ach, weh*! —casi chilló Bluber—, qué malvado. Nos roba el *orrro* y *nosotrrros* de paso *perrrdemos nuestrrras* dos mil *librrras*.

—Cierra el pico, cobarde —gruñó Throck—. Si no hubiera sido por ti y por el actor, esto nunca habría sucedido. Él, fanfarroneando de que sabía cazar pero sin cazar nada, y tú, escatimando hasta el último penique, y ahora estamos en un buen apuro, ya lo creo. Ese sinvergüenza de Tarzán ha matado a Esteban, y es el mejor trabajo que jamás ha hecho. Qué lástima

que tú no estuvieras también con él, porque tenía pensado cortarte el cuello yo mismo.

¡Callate, Dick! —rugió Peebles—. No ha sido culpa de nadie, que yo sepa. En lugar de hablar, lo que deberíamos hacer es ir tras Tarzán y quitarle el maldito oro.

Flora Hawkes se rió.

—No tenemos ni una sola posibilidad —dijo—. Conozco a Tarzán. Si estuviera solo no seríamos rival para él, pero tiene a un montón de sus waziri y no hay mejores guerreros en África que ellos. Y hasta el último hombre pelearía por él. Dile a Owaza que estás pensando en ir detrás de Tarzán de los Monos y sus waziri para quitarles el oro y verás cuánto tardamos en quedarnos sin un solo porteador. El solo nombre de Tarzán asusta a estos negros de la costa oeste. Antes se enfrentarían con el diablo. No, señor, hemos perdido, y lo único que podemos hacer es salir del país y dar gracias a nuestras estrellas de la suerte si conseguimos salir vivos. El hombre-mono nos vigilará. No me sorprendería que nos estuviera vigilando en este mismo instante. —Sus compañeros miraron alrededor con temor, echando miradas nerviosas a la jungla—. Y nunca nos dejará volver a Opar a coger otra carga, aunque pudiéramos conseguir que los negros volvieran.

—¡Dos mil *librrras*! ¡Dos mil *libaras*! —gemía Bluber—. Y todas estas prendas, que me *costarrron* veinte guineas y no puedo *volverrr* a *llevarrr* en Inglaterra a menos que vaya a una fiesta de *disfrrraces*, lo que nunca hago.

Kraski no había hablado; se había sentado con la vista clavada en el suelo y escuchaba a los demás. Entonces levantó la cabeza.

—Hemos perdido nuestro oro —dijo— y antes de regresar a Inglaterra tenemos que gastarnos el resto de nuestras dos mil libras; en otras palabras: nuestra expedición ha resultado un fracaso total. Vosotros quizás estéis satisfechos regresando sin blanca, pero yo no. Hay otras cosas en África aparte del oro de Opar, y cuando abandonemos el país no hay razón para que no nos llevemos algo que nos compense por el tiempo y la inversión que hemos hecho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Peebles.

—He pasado mucho tiempo hablando con Owaza —respondió Kraski —, tratando de aprender su estúpido lenguaje, y me he enterado de muchas cosas sobre ese viejo villano. Es tan perverso como lo pintan, y si tuvieran que colgarle por todos sus asesinatos, tendría que tener más vidas que un

gato pero, no obstante, es astuto, y me he enterado de mucho más de él; en realidad, me he enterado de tantas cosas que puedo afirmar con seguridad que si seguimos juntos podemos salir de África con un botín considerable. Personalmente, todavía no doy por perdido el oro de Opar. Lo que hemos perdido, perdido está; pero queda una gran cantidad en el lugar de donde lo sacamos, y algún día, cuando todo esto haya terminado, volveré para coger mi parte.

—Pero ¿y esa otra cosa? —preguntó Flora—. ¿Cómo puede ayudarnos Owaza?

—Ahí abajo hay un grupo de árabes —explicó Kraski— que roban hombres para hacerlos esclavos y marfil. Owaza sabe dónde están trabajando y dónde está su campamento principal. Son pocos y casi todos sus negros son esclavos que se volverían contra ellos sin vacilar. La idea es esta: dispondremos de un grupo lo bastante numeroso para vencerles y cogerles el marfil si conseguimos que sus esclavos se pongan de nuestro lado. Nosotros no queremos a los esclavos; no haríamos nada con ellos, así que podemos prometerles la libertad a cambio de su ayuda y dar a Owaza una parte del marfil.

—¿Cómo sabes que Owaza nos ayudará? —preguntó Flora.

—Por lo que sé, la idea ha sido suya —respondió Kraski.

—A mí me parece bien —intervino Peebles—. No me gustaría volver con las manos vacías.

Y uno tras otro fueron dando su aprobación al plan.

CAPÍTULO XI

ARDE UN EXTRAÑO INCIENSO

CUANDO Tarzán se llevó el bolgani muerto de la aldea de los gomangani, dirigió sus pasos en dirección al edificio que había visto desde la linde del valle, pues la curiosidad del hombre era superior a la precaución natural de la bestia. Viajaba de cara al viento y los olores que le llegaban le indicaban que se aproximaba al lugar donde vivían los bolgani. Entremezclado con el rastro de olor de los hombres gorila, estaba el del gomangani y el de comida cocida, y la insinuación de un olor muy dulce, que el hombre-mono sólo podía relacionar con el del incienso encendido, aunque era imposible que semejante fragancia emanara de las moradas de los bolgani. Quizá procedía del gran edificio que había visto, un edificio que debió ser construido por hombres y en el que aún podían morar seres humanos, aunque entre los numerosos olores que percibía su olfato ni una sola vez captó el más mínimo asomo de olor a hombre blanco.

Conforme el olor se fue haciendo más penetrante, se dio cuenta de que se estaba acercando a los bolgani, Tarzán subió a los árboles con su carga para tener más probabilidades de no ser descubierto y entonces, a través del follaje, vio un muro elevado y, más allá, el insólito contorno de una extraña y misteriosa mole, contorno que sugería un edificio de otro mundo, tan poco terrenal era. De detrás del muro provenía el olor de los bolgani y la fragancia del incienso, entremezclado con el de Numa, el león. El entorno del muro que rodeaba el edificio estaba despejado en unos quince metros, de modo que no había ningún árbol cuyas ramas colgaran sobre el muro; pero Tarzán se acercó todo lo que pudo, mientras quedaba razonablemente oculto por el follaje. Eligió un punto a una altura suficiente para poder ver.

El edificio situado en el interior del recinto era de gran tamaño y sus diferentes partes parecían proceder de diferentes períodos, con un absoluto desprecio por la uniformidad, del que resultó un conglomerado de edificios y torres que se conectaban pero en el que no había dos iguales, sin

embargo, el conjunto ofrecía un aspecto agradable aunque extraño. El edificio se erguía sobre una plataforma de unos tres metros y estaba rodeado por un muro de protección de granito; una amplia escalinata lo unía al suelo. Alrededor del edificio había arbustos y árboles, algunos de los cuales daban la impresión de ser muy viejos, mientras que una enorme torre se hallaba cubierta de hiedra casi por completo. Sin embargo, lo más notable del edificio era, con mucho, su rica y bárbara ornamentación. Incrustado en el granito pulido del que se componía, había un complicado mosaico de oro y diamantes; miles de relucientes piedras titilaban en las fachadas, minaretes, cúpulas y torres.

El recinto, que constaba de unas seis u ocho hectáreas, lo ocupaba en su mayor parte el edificio. La terraza en la que se elevaba estaba dedicada a paseos, flores, arbustos y árboles ornamentales, mientras la zona inferior, que se hallaba al alcance de la vista de Tarzán, parecía dedicada al cultivo de hortalizas. En el jardín y en la terraza había negros desnudos, tal como había visto en la aldea donde había dejado a La. Allí hombres y mujeres se ocupaban de cultivar el huerto dentro del recinto. Entre ellos, varias criaturas similares a gorilas como la que Tarzán había matado en la aldea, pero éstas no realizaban ninguna labor, sino que, al parecer, dirigían el trabajo de los negros, hacia los que mostraban una actitud altiva y dominante, incluso brutal, a veces. Estos hombres gorila iban cubiertos de ricos ornamentos, similares a los que llevaba el cuerpo que ahora descansaba en la horcadura del árbol, detrás del hombre-mono.

Mientras Tarzán observaba con interés la escena que se desarrollaba allí abajo, dos bolgani salieron por la puerta principal, un enorme portal, de unos nueve metros de ancho y quizá cuatro de alto. Los dos lucían cintas en la cabeza con largas plumas blancas. Cuando salieron se apartaron a ambos lados de la entrada, hicieron bocina con las manos ante la boca y emitieron una serie de estridentes gritos semejantes a llamadas de trompeta. Inmediatamente, los negros dejaron de trabajar y se dirigieron al pie de la escalera que descendía de la terraza al jardín, donde formaron una hilera a cada lado de la escalera, y de forma similar los bolgani formaron dos hileras en la terraza desde el portal principal hasta la escalera, formando un pasillo vivo de uno al otro. Entonces, procedentes del interior del edificio, se oyeron unas llamadas como de trompeta y unos instantes después Tarzán vio emerger la cabeza de una procesión. En primer lugar salieron cuatro bolgani de frente, cada uno de ellos con un tocado adornado de plumas y

una gran cachiporra en la mano. Detrás de ellos iban dos trompeteros y, unos seis metros detrás de los trompeteros, un gran león con la cabellera negra avanzaba sujeto con una traílla por cuatro robustos negros, dos a cada lado, que sujetaban lo que parecían ser cadenas de oro que iban hasta un reluciente collar de diamantes que la bestia llevaba al cuello. Detrás del león marchaban otros veinte bolgani, cuatro de frente. Éstos portaban lanzas, pero si eran con el fin de proteger al león de la gente o a la gente del león, Tarzán lo desconocía.

La actitud de los bolgani que se alineaban a ambos lados del camino entre el portal y la escalera indicaba extrema deferencia, pues, mientras Numa pasaba entre sus filas, inclinaron sus cuerpos desde la cintura en una profunda reverencia. Cuando la bestia llegó a la cima de la escalera, la procesión se detuvo, e inmediatamente los gomangani alineados abajo se postraron y con la frente tocaron el suelo. Numa, que era a todas luces un león viejo, permanecía en actitud altiva, mientras examinaba con la vista a los humanos que estaban postrados ante él. Sus ojos perversos y vidriosos brillaban, mientras mostraba los colmillos en una mueca salvaje, y del fondo de sus pulmones surgió un rugido espantoso, sonido ante el que los gomangani temblaron de terror no disimulado. El hombre-mono frunció el entrecejo y se quedó pensativo. Nunca había presenciado una escena tan notable de humillación del hombre ante una bestia. Entonces la procesión prosiguió su camino descendiendo la escalera y torciendo a la derecha por un camino que cruzaba el jardín, y cuando hubo pasado por delante de ellos, los gomangani y los bolgani se levantaron y reanudaron las labores que habían interrumpido.

Tarzán permaneció en su escondite observándoles, tratando de hallar explicación a la extraña y paradójica escena que había contemplado. El león, con su séquito, había doblado ya la esquina del fondo del palacio y desaparecido de la vista. ¿Qué era para aquellas gentes, para aquellas extrañas criaturas? ¿Qué representaba? ¿Por qué aquella ordenación al revés de las especies? Allí el hombre era inferior que la semibestia, y por encima de todos, por el respeto que le había sido mostrado, se alzaba una verdadera bestia: un carnívoro salvaje.

Tarzán se quedó absorto en sus pensamientos tras la desaparición de Numa por el extremo oriental de palacio cuando el sonido de otras estridentes trompetas atrajo su atención. Volvió los ojos en aquella dirección y vio como la procesión volvía a aparecer y se dirigía hacia la

escalera por la que había descendido al jardín. En cuanto las notas de la estridente llamada llegaron a oídos de los gomangani y los bolgani, éstos volvieron a ocupar su posición desde el pie de la escalera hasta la entrada de palacio y una vez más rindieron homenaje a Numa en su entrada triunfal en el edificio.

Tarzán de los Monos se pasó los dedos por la masa de pelo enmarañado, pero al final se vio obligado a mover la cabeza negativamente en gesto de derrota: no encontraba ninguna explicación a todo lo que había presenciado. Sin embargo, le picaba tanto la curiosidad que estaba decidido a investigar el palacio y los terrenos circundantes antes de seguir su camino en busca de un lugar por donde salir del valle.

Dejó el cuerpo del bolgani donde lo había escondido y despacio empezó a rodear el edificio para examinarlo por todos lados desde el follaje del bosque que lo rodeaba. Encontró que la arquitectura era igual en todo su perímetro y que el jardín rodeaba por completo el edificio, aunque una parte en el lado sur de palacio estaba destinada a corrales en los que se guardaban numerosas cabras y gallinas. Asimismo, en un lado, había varias cabañas colgantes como las que viera en la aldea de los gomangani. Supuso que se trataba de los alojamientos de los esclavos negros, que realizaban todas las tareas duras y secundarias relacionadas con el palacio.

El alto muro de granito que rodeaba todo el recinto estaba horadado por una sola puerta que se abría al otro lado del extremo oriental de palacio. Esta puerta era grande y de construcción masiva, y daba la impresión de haber sido construida para soportar el ataque de fuerzas numerosas y bien armadas. Tan fuerte parecía que el hombre-mono no pudo sino albergar la opinión de que había sido construida para proteger el interior de fuerzas equipadas con pesados arietes. Parecía muy improbable que aquella fuerza hubiera existido en tiempos históricos próximos, y Tarzán conjeturó, por lo tanto, que el muro y la puerta eran de una antigüedad inimaginable, que se remontaba sin duda a la olvidada época de los atlantes y había sido construida, quizá, para proteger a los constructores del Palacio de Diamantes de las fuerzas bien armadas que habían venido de la Atlántida a trabajar en las minas de oro de Opar y a colonizar el África central.

Si bien el muro, la puerta y el palacio mismo sugerían en muchos aspectos una época remota, se hallaban, no obstante, en tan buen estado que resultaba evidente que los habitaban criaturas racionales e inteligentes. En el lado sur Tarzán había visto una torre nueva en vías de construcción,

donde un grupo de negros bajo la dirección de los bolgani cortaba bloques de granito y los colocaba en su lugar.

Tarzán se había detenido junto a un árbol cerca de la puerta oriental para observar el ajetreo de entradas y salidas de los terrenos de palacio bajo un antiguo portal, y mientras observaba, emergió del bosque y entró en el recinto una larga procesión de fuertes gomangani. Este grupo transportaba bloques de granito toscamente tallados colocados en pellejos sujetos entre dos palos, cuatro hombres para cada bloque. Dos o tres bolgani acompañaban la larga hilera de porteadores, que eran precedidos y seguidos por un destacamento de guerreros negros, armados con hachas de guerra y lanzas. La conducta y actitud de los porteadores negros, así como de los bolgani, sugirió al hombre-mono nada más y nada menos que una caravana de mulas, avanzando penosamente arreadas por sus conductores. Al rezagado se le aguijoneaba con la punta de una lanza o golpeaba con un mango. No se exhibía más brutalidad de la que se exhibe cuando se manejan bestias de carga corrientes en cualquier parte del mundo, ni en la conducta de los negros había más asomo de objeción o rebelión que la que puede apreciarse en una larga hilera de mulas cargadas; en realidad, constituían un estúpido ganado al que conducían. Poco a poco, cruzaron la puerta y desaparecieron de la vista.

Unos instantes después, otro grupo salió del bosque y entró en los terrenos de palacio. Este grupo constaba de cincuenta bolgani completamente armados y el doble de guerreros negros con lanzas y hachas. Rodeados por completo por estas criaturas armadas, iban cuatro fornidos porteadores que transportaban una pequeña litera, en la que iba atado un cofre ornamentado de unos sesenta centímetros de ancho por metro veinte de largo, con una profundidad de aproximadamente sesenta centímetros. El cofre mismo iba sobre una madera oscura y estropeada por el tiempo y estaba reforzada por correas y esquinas de lo que parecía oro virgen con muchos diamantes incrustados. Lo que contenía el cofre Tarzán, por supuesto, no podía imaginarlo, pero que era considerado de gran valor lo evidenciaban las medidas de seguridad que lo rodeaban. Llevaron el cofre directamente a la gran torre cubierta de hiedra situada en el rincón noreste de palacio, cuya entrada, según observó Tarzán por primera vez, estaba bloqueada por unas puertas grandes y pesadas como las de la entrada al recinto.

A la primera oportunidad que tuvo de hacerlo sin ser descubierto,

Tarzán cruzó el sendero de la jungla y regresó por los árboles al lugar donde había dejado el cuerpo del bolgani, se lo echó al hombro y volvió a un punto próximo al sendero cerca de la puerta oriental y, aprovechando un momento en que hubo un respiro en el tráfico, arrojó el, cuerpo lo más cerca que pudo del portal.

—Ahora —se dijo el hombre-mono—, que averigüen, si pueden, quién mató a su compañero.

Tarzán emprendió la marcha hacia el sureste, aproximándose a las montañas situadas detrás del Valle del Palacio de Diamantes. A menudo debía esquivar las aldeas de nativos y mantenerse fuera del alcance de la vista de los numerosos grupos de bolgani que, al parecer, se movían en todas direcciones por la jungla. A media tarde abandonó las colinas y se encontró de pleno con las montañas: toscas elevaciones de granito cuyas escarpadas cimas se alzaban muy por encima del límite forestal. Directamente ante él se encontraba un sendero bien marcado que conducía a un cañón, el cual serpenteaba en su ascensión hasta la cima. Éste, pues, sería un lugar tan bueno como cualquier otro para iniciar sus investigaciones. Y así, al ver que no había moros en la costa, el hombre-mono bajó de los árboles y aprovechó la maleza que bordeaba el sendero para abrirse paso en silencio, aunque velozmente, hacia las montañas. La mayor parte del tiempo se vio obligado a abrirse paso a través de matorrales, pues los gomangani y los bolgani utilizaban constantemente el sendero, primero pasaban con las manos vacías y luego acarreando bloques de granito. A medida que se adentraba en las montañas, la espesa maleza dio paso a unos matorrales más ralos, los cuales podía cruzar más fácilmente pero con mayor riesgo de ser descubierto. Sin_ embargo, el instinto de bestia que dominaba a Tarzán en la jungla le permitía encontrar refugio donde otro habría estado expuesto a cualquier enemigo. A medio camino, el sendero atravesaba una estrecha garganta, de no más de seis metros de anchura y erosionada de sólidos arrecifes de granito. Allí no había forma de ocultarse, y el hombre-mono comprendió que entrar allí significaba ser descubierto casi de inmediato. Miró alrededor y vio que dando un pequeño rodeo podía alcanzar la cima de la garganta donde, entre montones de granito desprendidos y árboles y arbustos mal desarrollados, sabía que podría esconderse y, quizá, tener una visión más clara del sendero.

No se equivocaba; llegado a un punto ventajoso muy por encima del

sendero, vio al frente una oquedad en la montaña, con numerosas aberturas en su superficie que, le pareció a Tarzán, podían no ser otra cosa que bocas de túneles. Unas toscas escaleras de madera llegaban hasta algunas de ellas, más próximas a la base de los acantilados, y de otras colgaban cuerdas con nudos hasta el suelo. De estos túneles salían hombres acarreando pequeños sacos de tierra, los cuales vaciaban en una pila común junto a un riachuelo que discurría en la garganta, donde otros negros, supervisados por bolgani, estaban ocupados lavando la tierra, pero qué esperaban encontrar o qué encontraban Tarzán no podía adivinarlo.

En toda la cuenca rocosa otros muchos negros se ocupaban de arrancar el granito de los acantilados, que habían sido cortados mediante operaciones similares para formar una serie de terrazas que iban desde el lecho de la cuenca hasta la cumbre del acantilado. Los negros desnudos utilizaban herramientas primitivas bajo la supervisión de los salvajes bolgani. La actividad de estos canteros era evidente, pero Tarzán no estaba seguro de qué era lo que los otros sacaban de la boca de los túneles, aunque la suposición natural era que se trataba de oro. ¿De dónde, pues, obtenían los diamantes? Sin duda alguna no de estos sólidos acantilados de granito.

Unos minutos de observación convencieron a Tarzán de que el sendero que había seguido desde la jungla terminaba en ese pequeño callejón sin salida, y por ello buscó una salida hacia arriba y alrededor, algún paso por donde cruzar la sierra.

El resto del día y casi todo el siguiente dedicó sus esfuerzos a ello, hasta que se vio obligado a admitir que el valle no tenía salida por aquel lado. Se encaminó hacia puntos muy por encima de la línea forestal, pero siempre los riscos de granito que se elevaban perpendiculares, en los que ni siquiera el hombre-mono podía encontrar puntos de apoyo, lo frenaban. Investigó en las caras sur y este de la cuenca, pero obtuvo resultados igualmente decepcionantes, y entonces, por último, dirigió sus pasos de nuevo hacia la jungla con intención de buscar una salida del valle de Opar con La, cuando hubiera anochecido.

El sol acababa de salir cuando Tarzán llegó a la aldea nativa en la que dejara a La, y en cuanto puso sus ojos en ella temió que algo iba mal, pues no sólo la puerta de la muralla estaba abierta de par en par, sino que no se apreciaban señales de vida en el interior de la empalizada ni indicios de que las chozas oscilantes estuvieran ocupadas. Siempre temeroso de una emboscada, Tarzán reconoció el terreno atentamente antes de descender a

la aldea. Era evidente para su experimentada observación que la aldea llevaba desierta al menos veinticuatro horas. Corrió a la choza en la que se había ocultado La y ascendió apresuradamente la cuerda para examinar el interior: estaba vacía y sin señal alguna de la suma sacerdotisa. El hombre-mono descendió al suelo y trató de hallar pistas sobre el destino de sus habitantes y de La. Ya había examinado el interior de varias chozas cuando sus aguzados ojos repararon en un leve movimiento de una de las habitaciones oscilantes situada a cierta distancia. Rápidamente recorrió el trecho que lo separaba de allí y cuando se acercaba a la choza vio que de su umbral no colgaba ninguna cuerda. Se detuvo debajo y alzó el rostro hacia la abertura, a través de la cual no era visible más que el techo de la choza.

—Gomangani —gritó—, soy Tarzán de los Monos. Acércate a la abertura y dime qué ha sido de tus compañeros y de mi hembra, a la que dejé aquí bajo la protección de tus guerreros. —No hubo respuesta y Tarzán volvió a gritar, pues estaba seguro de que alguien se escondía en la choza—. Baja —volvió a gritar— o subiré a por ti.

Tampoco hubo respuesta. Una sonrisa triste asomó a los labios del hombre-mono cuando sacó su cuchillo de caza de la funda y se lo puso entre los dientes. Entonces, dando un salto de felino, se agarró a los lados de la abertura e impulsó su cuerpo hacia el interior de la cabaña.

Aunque esperaba oposición, no encontró ninguna, ni en el interior apenas iluminado pudo al principio distinguir ninguna presencia, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad, descubrió un fardo de hojas y hierbas contra la pared opuesta de la estructura. Se acercó y lo desgarró, y apareció la forma acurrucada de una mujer aterrorizada. La cogió por un hombro y la ayudó a sentarse.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tarzán—. ¿Dónde están los aldeanos? ¿Dónde está mi compañera?

—¡No me mates! ¡No me mates! —gritó ella—. No fui yo. No fue culpa mía.

—No tengo intención de matarte —replicó Tarzán—. Cuéntame la verdad y estarás a salvo.

—Los bolgani se los han llevado —explicó la mujer—. Vinieron cuando se ponía el sol el día en que tú llegaste. Estaban furiosos porque encontraron el cuerpo de su compañero ante la puerta del Palacio de Diamantes. Sabían que había venido a nuestra aldea y nadie le había visto vivo desde que partió de palacio. Vinieron y amenazaron y torturaron a los

nuestros, hasta que por fin los guerreros se lo contaron todo. Yo me escondí. No sé por qué no me encontraron, pero al fin se marcharon, llevándose a todos los demás con ellos; también se llevaron a tu compañera. Nunca regresarán.

—¿Crees que los bolgani les matarán? —preguntó Tarzán.

—Sí —respondió—, matan a todos quienes no les complacen.

Solo ahora, y aliviado de la responsabilidad de La, Tarzán podría fácilmente avanzar de noche por el valle de Opar y protegerse detrás de la barrera natural, pero quizás este pensamiento en ningún momento entró en su cabeza. La gratitud y la lealtad eran características notables del hombre-mono. La lo había salvado del fanatismo y las intrigas de su pueblo; lo había salvado a costa de todo lo que le era más querido: poder y posición, paz y seguridad. Ella había puesto en peligro su vida por él y había abandonado su país. Que los bolgani se la hubieran llevado con la posible intención de matarla no era suficiente para el hombre-mono. Tenía que saber si estaba viva o muerta y si vivía, debía dedicar todas sus energías a conseguir su liberación y su posterior huida de los peligros de aquel valle.

Tarzán pasó el día explorando el exterior de palacio, intentando entrar sin ser descubierto, pero resultó imposible pues en todo momento había algún gomangani o bolgani en el jardín. Sin embargo, al oscurecer la gran puerta oriental se cerró y los residentes de las chozas y de palacio se retiraron al interior sin dejar ni un solo centinela fuera, hecho que indicaba claramente que los bolgani no tenían motivos para temer un ataque. La subyugación de los gomangani, entonces, al parecer era completa, y por eso el elevado muro que rodeaba su palacio, que era más que suficiente para protegerlos de las incursiones de los leones, sólo era el recuerdo de un día lejano en que un enemigo entonces poderoso, pero ahora desaparecido, amenazaba su paz y su seguridad.

Cuando por fin se hizo de noche, Tarzán se aproximó a la puerta, arrojó el lazo de su cuerda hecha de hierba por encima de uno de los leones tallados que coronaban los postes de la puerta, ascendió rápidamente el muro y desde allí se dejó caer con agilidad en el jardín. Para asegurarse una vía de escape rápida en caso de que encontrara a La, abrió las grandes puertas de par en par. A continuación se dirigió con cautela hacia la torre del lado este cubierta de hiedra que, tras un día de investigación, estaba seguro le ofrecía la manera más fácil de entrar en el palacio. El éxito de su plan dependía en gran parte de la edad y la fuerza de la hiedra que crecía

casi hasta la cúspide de la torre y, para su inmenso alivio, el hombre-mono descubrió que fácilmente soportaría su peso.

Muy por encima del suelo, cerca de la cima de la torre, había visto desde los árboles que rodeaban el palacio una ventana abierta que, a diferencia de las demás, no tenía barrotes. Unas luces débiles brillaban en varias de las ventanas de la torre. Esquivando estas aberturas iluminadas, Tarzán ascendió deprisa, aunque con atención, hacia la ventana sin barrotes; cuando llegó a ella y elevó sus ojos con cautela por encima del alféizar, le complació ver que se abría a una cámara no iluminada, cuyo interior, sin embargo, estaba tan envuelto en la oscuridad, que no podía distinguir nada. Se arrastró con cuidado hasta el alféizar y entró sin hacer ruido en el aposento. Palpando en la oscuridad, recorrió con cautela el perímetro de la habitación, que según descubrió contenía un armazón de cama de diseño curioso, una mesa y un par de bancos.

En el armazón de cama había telas de material tejido, arrojadas sobre las pieles suavemente teñidas de antílopes y leopardos.

Enfrente de la ventana por la que había entrado había una puerta cerrada. La abrió lentamente y en silencio hasta que pudo ver un corredor circular apenas iluminado, en cuyo centro de un metro veinte de diámetro había un palo recto con cortos travesaños atados a él con intervalos de unos treinta centímetros y que desaparecía en una abertura similar practicada en el techo; evidentemente era la escalera primitiva que comunicaba los diferentes pisos de la torre. Tres columnas colocadas con la misma distancia entre sí en torno a la abertura circular ayudaban a soportar el techo. En el exterior, alrededor de este pasillo circular había otras puertas, similares a la abertura que daba al aposento en el que se encontraba.

Como no oía ningún ruido ni señales de nadie aparte de sí mismo, Tarzán abrió la puerta y salió al pasillo. Su olfato se vio asaltado por la misma fuerte fragancia de incienso que cuando se aproximó a palacio días antes por primera vez. En el interior de la torre, sin embargo, era mucho más fuerte y prácticamente anulaba todos los demás olores, lo que representaba un gran obstáculo para la búsqueda de La. En realidad, cuando vio las puertas de la torre se llenó de consternación ante la idea de la tarea casi imposible con que se enfrentaba. Registrar solo aquella gran torre, sin ayuda de su agudo sentido del olfato, parecía tarea imposible, si quería tomar las más mínimas precauciones para no ser descubierto.

La confianza del hombre-mono en sí mismo no era, en modo alguno,

torpe egotismo. Conocía sus limitaciones y sabía que tendría pocas o ninguna oportunidad contra unos bolgani en caso de que lo descubrieran dentro de palacio, donde a ellos todo les era familiar y a él, desconocido. Detrás de él estaba la ventana abierta, y la jungla envuelta en el silencio de la noche y la libertad. Enfrente, el peligro, el fracaso predestinado y, muy probablemente, la muerte. ¿Qué elegiría? Por unos instantes permaneció en silencio, pensativo, y luego levantó la cabeza, irguió los hombros, sacudió sus negros rizos en gesto desafiante y avanzó con osadía hacia la puerta más cercana. Escrutó una habitación tras otra hasta que completó el círculo del rellano, pero respecto a La y a cualquier pista, su investigación fue infructuosa. Encontró muebles, alfombras, tapices, ornamentos de oro y diamantes y, en una cámara apenas iluminada, tropezó con un bolgani que dormía, pero los movimientos del hombre-mono eran tan silenciosos que el dormilón permaneció imperturbable, aunque Tarzán pasó alrededor de su cama, que estaba situada en el centro de la cámara, y escudriñó una alcoba tapada con una cortina que había detrás.

Tras completar el registro de aquel piso, Tarzán decidió subir primero y después, al volver, investigar los pisos inferiores. Por lo tanto, ascendió la extraña escalera. Pasó por tres rellanos antes de llegar al último piso. En cada piso las puertas permanecían cerradas; iluminaban los rellanos unos fanales que ardían débilmente: recipientes dorados, poco profundos que contenían lo que parecía sebo, en el que flotaba una mecha como estopa.

En el rellano superior no había más que tres puertas, todas ellas cerradas. El techo lo constituía la cúpula de la torre, en cuyo centro había otra abertura circular, a través de la cual la escalera se adentraba en la oscuridad de la noche.

Cuando Tarzán abrió la puerta que tenía más cerca, los goznes chirriaron y produjeron el primer sonido audible resultado de sus investigaciones hasta el momento. El interior del aposento no estaba iluminado, y mientras Tarzán permanecía en el umbral durante unos segundos quieto como una estatua, de pronto captó movimiento —un levísimo sonido— detrás. Se giró en redondo y vio la figura de un hombre en el umbral de la puerta de enfrente.

CAPÍTULO XII

LOS LINGOTES DE ORO

ESTEBAN Miranda interpretaba el papel de Tarzán de los Monos ante los waziri durante apenas un día cuando empezó a darse cuenta de que, incluso con el lapso de memoria que su supuestamente dañado cerebro le provocaba, iba a ser muy difícil proseguir con el engaño indefinidamente. En primer lugar, Usula no parecía para nada complacido ante la idea de limitarse a arrebatar el oro a los intrusos y luego huir de ellos. Tampoco sus guerreros se mostraban muy entusiasmados con el plan. En realidad, no concebían que unos golpes en la cabeza pudieran convertir a su Tarzán de los Monos en un cobarde, y huir de los negros de la costa oeste y de un puñado de blancos inexpertos daba la impresión de ser un acto de cobardía.

Por todo ello el español decidió que se estaba preparando para sí mismo algo que no era un lecho de rosas, y que cuanto antes abandonara la compañía de los waziri, mayor sería su esperanza de vida.

Cruzaban una jungla bastante abierta, la maleza no era particularmente densa y los árboles estaban bastante dispersos, cuando de pronto, sin previo aviso, les atacó un rinoceronte. Ante la consternación de los waziri, Tarzán de los Monos se volvió y huyó en busca del árbol más próximo en el instante en que sus ojos se posaron en Buto. En su prisa Esteban tropezó y cayó, y cuando por fin llegó al árbol, en lugar de saltar con agilidad a las ramas inferiores intentó trepar por el grueso tronco como un niño, aunque lo único que hizo fue resbalar y caer de nuevo al suelo.

Entretanto Buto, que atacaba atraído por el olor o por el ruido, más que por la vista, que es bastante limitada, se había desviado de su dirección original para ir tras un waziri y, después de fallar en su intento de alcanzar al tipo, había desaparecido detrás de los arbustos.

Cuando Esteban al fin se recuperó y descubrió que el rinoceronte se había ido, se vio rodeado por un semicírculo de fornidos negros, cuyos rostros mostraban expresiones de piedad y tristeza, mezcladas, en algunos

casos, con un leve desprecio. El español vio que su terror había causado una herida prácticamente irreparable, aunque se agarró desesperado a la única excusa que se le ocurrió.

—Mi pobre cabeza… —exclamó, apretando ambas manos a sus sienes.

—El golpe fue en tu cabeza, *bwana* —dijo Usula—, y tus leales waziri creían que el corazón de su amo no conocía el miedo.

Esteban no respondió, y ellos reanudaron la marcha en silencio, y así continuaron hasta que llegaron antes del anochecer al campamento en la orilla del río, justo encima de una cascada. Durante la tarde Esteban había ideado un plan para escapar de su dilema y, en cuanto hubieron acampado, ordenó a sus waziri que enterraran el tesoro.

—Lo dejaremos aquí —dijo— y mañana partiremos en busca de los ladrones, pues he decidido castigarles. Hay que enseñarles que no pueden entrar en la jungla de Tarzán con impunidad. La herida que recibí en la cabeza fue lo único que me impidió matarles cuando descubrí su perfidia.

Esta actitud gustó más a los waziri. Empezaron a ver un rayo de esperanza. Una vez más Tarzán de los Monos era Tarzán. Y así pues, con el corazón más alegre y más animados, partieron a la mañana siguiente en busca del campamento de los ingleses, y gracias a una astuta conjetura por parte de Usula, tomaron un atajo para interceptar la probable marcha de los europeos, con tanta fortuna que tropezaron con ellos, justo cuando acampaban aquella noche. Mucho antes de llegar hasta ellos, olieron el humo de sus fogatas y oyeron las canciones y la charla de los porteadores de la costa oeste.

Entonces Esteban reunió a los waziri a su alrededor.

—Hijos míos —dijo, dirigiéndose a Usula en inglés—, estos extranjeros han venido aquí para engañar a Tarzán. A Tarzán, pues, le corresponde vengarse. Id, pues, y dejad que castigue yo solo a mis enemigos y a mi manera. Volved a casa, dejad el oro donde está, pues tardaré mucho en necesitarlo.

Los waziri se quedaron decepcionados, pues este nuevo plan no coincidía en absoluto con sus deseos, que consistían en contemplar una alegre matanza de negros de la costa oeste. Pero el hombre que estaba ante ellos era Tarzán, su gran *bwana*, a quien nunca habían dejado de obedecer. Permanecieron callados unos instantes, después de la declaración de intenciones de Esteban, rebulléndose inquietos, y por fin empezaron a hablar entre sí en waziri. Qué decían, el español no lo sabía, pero era

evidente que estaban incitando a Usula a hacer algo, hasta que éste se volvió a él.

—Oh, *bwana* —exclamó el negro—. Cómo podemos volver a casa junto a lady Jane y decirle que te hemos dejado herido y solo frente a los rifles de los hombres blancos y de sus soldados negros. No nos lo pidas, *bwana*. Si fueras tú mismo no temeríamos por tu seguridad, pero desde que te heriste la cabeza no eres el mismo, y tememos dejarte solo en la jungla. Permite a tus leales waziri castigar a esta gente, después de lo cual regresaremos sanos y salvos a casa, donde puedes curarte de los males que te afligen.

El español se rió.

—Estoy completamente recuperado —dijo—, y no me hallo en más peligro solo que con vosotros —lo cual sabía, mejor que ellos, que era una leve afirmación de la realidad—. Obedeceréis mis deseos —prosiguió con seriedad—. Regresad enseguida por donde hemos venido. Después de recorrer al menos tres kilómetros, acampad durante esta noche, y por la mañana partid hacia casa. No hagáis ruido, no quiero que sepan que estoy aquí. No os preocupéis por mí. Estoy bien, y probablemente os alcanzaré antes de que lleguéis a casa. ¡Id!

Con tristeza, los waziri se dirigieron hacia el sendero que acababan de recorrer y unos instantes después el último desapareció de la vista del español.

Con un suspiro de alivio, Esteban Miranda se volvió hacia el campamento de los suyos. Temiendo que sorprenderles invitara a una andanada de disparos de los soldados negros, silbó y luego gritó con fuerza mientras se acercaba.

—¡Es Tarzán! —gritó el primero de los negros que le vio—. Ahora sí que moriremos todos.

Esteban vio la creciente excitación entre los porteadores y soldados negros; vio que estos últimos cogían los rifles y que toqueteaban el gatillo con nerviosismo.

—Soy yo, Esteban Miranda —gritó él—. ¡Flora! Flora, di a estos necios que aparten los rifles.

También los blancos le observaban y, al oír su voz, Flora se volvió a los negros.

—Está bien —dijo—, no es Tarzán. Bajad los rifles.

Esteban entró en el campamento, sonriente.

—Ya estoy aquí —dijo.

—Creíamos que habías muerto —dijo Kraski—. Algunos de estos tipos dijeron que Tarzán había dicho que te había matado.

—Me capturó —explicó Esteban—, pero como veis no me mató. Creí que lo haría, pero no lo hizo y, finalmente, me soltó en la jungla. Quizá pensó que no sobreviviría y que conseguiría su objetivo con la misma seguridad sin mancharse la manos con mi sangre.

—Debió de reconocerte —dijo Peebles—. Morirías igualmente, si te dejaba solo en la jungla; probablemente de hambre.

Esteban no encontró palabras para responder a esto; se volvió a Flora.

—¿No te alegras de verme, Flora? —preguntó.

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Qué importa? dijo. —Nuestra expedición es un fracaso. Algunos creen que en gran medida la culpa es tuya—. Señaló con la cabeza en dirección a los otros blancos.

El español frunció el entrecejo. Ninguno de ellos se mostraba muy satisfecho de verle. No le importaban los otros, pero esperaba que Flora demostrara un poco de entusiasmo por su regreso. Si supiera lo que tenía previsto, tal vez se habría alegrado más de verle y habría demostrado cierto afecto, pero no lo sabía. No sabía que Esteban Miranda había escondido los lingotes de oro en un lugar del que él podría otro día recogerlos. Quería persuadirla para que abandonara a los demás y, más adelante, volver ellos dos para recuperar el tesoro; pero Esteban estaba ofendido —ninguno de ellos habría dado un penique para evitarlo— y esperaría a que abandonaran de África para recuperar el botín él solo. El único inconveniente era que los waziri conocían el lugar donde se encontraba el tesoro y que, tarde o temprano, volverían con Tarzán y se lo quedarían. Debía reforzar este punto débil en sus cálculos, y para reforzarlo necesitaba ayuda, lo cual significaría compartir su secreto con otro pero ¿con quién?

Ajeno aparentemente a las miradas hoscas de sus compañeros, ocupó su lugar entre ellos. Era evidente que estaban lejos de alegrarse de verle, pero por qué, no lo sabía, pues desconocía el plan que Kraski y Owaza habían urdido para robar el botín de los ladrones de marfil, y que su principal objeción a la presencia de Esteban era el temor a verse obligados a compartir el botín con él. Fue Kraski el que primero expresó el pensamiento que rondaba en la mente de todos salvo de Esteban.

—Miranda —dijo—, hay consenso en la opinión de que tú y Bluber

sois en gran medida responsables del fracaso de nuestra aventura. No es que os echemos la culpa. Sólo lo menciono como realidad. Pero mientras has estado fuera hemos ideado un plan para llevarnos algo de África que nos compense por la pérdida del oro. Hemos estudiado el asunto a fondo y hemos realizado planes. No es necesario que tú los lleves a cabo. No ponemos objeciones a que nos acompañes si quieres hacerlo, para tener compañía, pero queremos que quede claro desde el principio que no vas a compartir nada de lo que saquemos de esto.

El español sonrió e hizo un gesto para indicar que no le importaba.

—Está bien —dijo—, no pediré nada. No deseo quitaros nada.

Y sonrió para sus adentros al pensar en el más de un cuarto de millón de libras en oro que algún día se llevaría de África para él solo.

Al ver esta inesperada actitud de aquiescencia en Esteban, los otros se sintieron muy aliviados, e inmediatamente el ambiente tenso desapareció.

—Eres un buen tipo, Esteban dijo Peebles. —Siempre he pensado que actuarías como es correcto, y quiero expresarte mi alegría de verte de nuevo aquí, sano y salvo. Me sentí fatal cuando me enteré de que habías muerto.

—Sí —dijo Bluber—, John se sentía tan mal que cada noche *llorrraba*, ¿*verrrdad*, John?

—No intentes empezar nada, Bluber —gruñó Peebles, mirando con furia al hombre gordo.

—No iba a *empezarrr* nada —replicó Adolph, viendo el enojo del fornido inglés—; *clarrro* que todos lamentábamos que Esteban *hubierrra muerrrto* y todos nos *alegrrramos* de que haya *regrrresado*.

—Y de que no quiera parte del botín —añadió Throck.

—No os preocupéis dijo Esteban. —Si vuelvo a Londres ya estaré contento; he tenido suficiente de África para el resto de mi vida.

Antes de dormirse aquella noche, el español pasó una o dos horas despierto para desarrollar un plan con el que asegurarse el oro sólo para él, sin temor a que, más adelante, se lo quitaran los waziri. Sabía que le resultaría fácil encontrar el lugar donde lo había enterrado y llevárselo a otro sitio cerca, siempre que pudiera volver de inmediato por el camino seguido por Usula aquel día, y pudiera hacerlo solo, para asegurarse de que nadie más conociera el nuevo escondrijo del oro, pero estaba igualmente seguro de que él solo jamás podría volver desde la costa y encontrar dónde lo había escondido. Esto significaba que debía compartir su secreto con otra

persona, alguien familiarizado con la región y que pudiera encontrar el lugar en cualquier momento y desde cualquier dirección. Pero ¿en quién podría confiar? Repasó con atención a todo el personal de su safari, y sólo se le ocurría un individuo: Owaza. No confiaba en la integridad de aquel astuto bribón, pero no había nadie más que se ajustara a su propósito, y al final llegó a la conclusión de que debía compartir su secreto con el negro y, para su protección, depender de la avaricia y no del honor. Podría compensar bien al tipo, hacerlo más rico de lo que jamás había soñado, y esto el español podía hacerlo en vista de la enorme fortuna que estaba en juego. Y así pues se quedó dormido, soñando qué podría conseguir con oro por valor de un millón de libras esterlinas en las alegres capitales del mundo.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Esteban mencionó con aire indiferente que el día anterior había pasado junto a un gran rebaño de antílopes no lejos del campamento y sugirió que se llevaría cuatro o cinco hombres para cazar un poco, y que se reunirían con el resto del grupo en el campamento por la noche. Nadie puso ninguna objeción, posiblemente porque supusieron que cuanto más cazara y más lejos estuviera del safari, más probabilidades tenía de morir, algo que ninguno de ellos habría lamentado, ya que en el fondo nadie confiaba en él.

—Me llevaré a Owaza —dijo—. Es el cazador más listo de todos ellos, y cinco o seis hombres que él elija.

Pero más tarde, cuando abordó a Owaza, el negro puso objeciones a la caza.

—Tenemos carne suficiente para dos días —dijo—. Avancemos lo más deprisa que podamos, alejémonos de la región de los waziri y Tarzán. Podemos encontrar mucha caza en cualquier parte antes de llegar a la costa. Caminemos dos días, y entonces cazaré para ti.

—Oye —le susurró Esteban—. Quiero cazar algo más que el antílope. No puedo explicártelo aquí, en el campamento, pero lo haré cuando hayamos dejado a los demás. Te pagaré mejor por venir hoy conmigo que todo el marfil que puedas esperar recibir de los ladrones.

Owaza le escuchó atentamente y se rascó la cabeza.

—Es un buen día para cazar, *bwana* —dijo—. Iré contigo y me llevaré a cinco chicos.

Cuando Owaza hubo planificado la marcha para el grupo principal y los preparativos para la acampada nocturna, y cuando ya sabían cómo

reencontrarse los dos grupos, el grupo de caza partió por el sendero que Usula había seguido desde el tesoro escondido el día anterior. No muy lejos Owaza descubrió el rastro reciente de los waziri.

—Por aquí pasaron muchos hombres ayer —dijo a Esteban, mirando al español con perplejidad.

—No vi nada —respondió éste.

—Llegaron casi hasta nuestro campamento, dieron media vuelta y se marcharon —añadió Owaza—. Oye, *bwana*, llevo un rifle y tú marcharás delante de mí. Si estas huellas las hicieron tus hombres, y me llevas a una emboscada, serás el primero en morir.

—Escucha, Owaza dijo Esteban, —estamos lo bastante lejos del campamento y puedo contártelo. Estas huellas las hicieron los waziri de Tarzán de los Monos, que enterraron el oro para mí a un día de marcha de aquí. Los envié a casa y deseo que tú vayas conmigo para llevar el oro a otro escondrijo. Cuando los demás hayan obtenido su marfil y regresen a Inglaterra, tú y yo volveremos aquí y cogeremos el oro, y entonces de verdad serás recompensado.

—¿Quién eres? —preguntó Owaza—. A menudo he dudado que seas Tarzán de los Monos. El día en que salimos del campamento frente a Opar, uno de mis hombres me dijo que tu propia gente te había envenenado y abandonado en el campamento. Dijo que lo vio con sus propios ojos; yacías detrás de unos arbustos y, sin embargo, aquel día estuviste en marcha con nosotros. Creí que me había mentido, pero vi la consternación en su rostro cuando te vio, y por eso me he preguntado a menudo si había dos Tarzán de los Monos.

—No soy Tarzán de los Monos —dijo Esteban—. Fue a Tarzán al que los otros envenenaron en nuestro campamento. Pero sólo lo adormecieron, posiblemente con la esperanza de que le mataran los animales salvajes antes de que despertara. Si vive o no yo no lo sé, de modo que no debes temer nada de los waziri o de Tarzán, Owaza, pues deseo tanto o más que tú estar fuera de su alcance.

El negro hizo un gesto de asentimiento.

—Tal vez digas la verdad —dijo, pero siguió andando detrás con el rifle en la mano, a punto.

Avanzaron con cautela, por miedo a alcanzar a los waziri, pero poco después de pasar por el lugar donde los últimos habían acampado vieron que habían tomado otra ruta y que no había peligro de entrar en contacto

con ellos.

Cuando llegaron aproximadamente a un kilómetro y medio del lugar donde estaba enterrado el oro, Esteban dijo a Owaza que dijera a sus muchachos que se quedaran allí mientras ellos dos se adelantaban para efectuar el traslado de los lingotes.

—Cuantos menos sepan esto —dijo al negro—, más a salvo estaremos todos.

—El *bwana* dice palabras sabias —coincidió el astuto negro.

Esteban encontró el lugar cerca de la cascada sin dificultad, e interrogando a Owaza descubrió que éste conocía perfectamente la ubicación y no le costaría ir allí de nuevo desde la costa. Trasladaron el oro a poca distancia y lo ocultaron en un espeso matorral cerca de la orilla del río, pues sabían que allí estaría tan a salvo de ser descubierto como si lo hubieran transportado a un centenar de kilómetros; las probabilidades de que los waziri o cualquier otro que se enterara del lugar y de que alguien se tomara la molestia de trasladarlo a unos cientos de metros eran extremadamente escasas.

Cuando terminaron Owaza miró hacia el sol.

—No llegaremos al campamento esta noche —dijo— y tendremos que viajar deprisa para alcanzarles incluso mañana.

—No esperaba hacerlo —replicó Esteban—, pero no podía decírselo. Si no los encontramos estaré satisfecho.

Owaza sonrió. En su astuta mente se había formado una idea. «¿Por qué arriesgarnos a morir en una batalla con los ladrones de marfil a cambio de unos cuantos colmillos, cuando todo este oro sólo espera ser transportado a la costa para ser nuestro?». Pensó.

CAPÍTULO XIII

UNA EXTRAÑA TORRE DE TEJADO PLANO

TARZÁN se volvió y descubrió al hombre que estaba de pie detrás de él, en el piso superior de la torre oriental cubierta de hiedra del Palacio de Diamantes. Desenfundó su cuchillo en cuanto los veloces dedos de Tarzán lo tocaron. Pero casi simultáneamente su mano cayó a un lado y el hombre-mono se quedó contemplándolo con una expresión de incredulidad en el rostro que no era sino reflejo de una emoción similar registrada en el semblante del extraño. Porque lo que Tarzán vio no era un bolgani ni un gomangani, sino un hombre blanco, calvo, viejo y arrugado, con una larga barba blanca, un hombre blanco, desnudo salvo por ornamentos bárbaros a base de lentejuelas doradas y diamantes.

—¡Dios mío! —exclamó la extraña aparición.

Tarzán le miró con aire burlón. Aquella única palabra, pronunciada en inglés, abría unas posibilidades tan tremendas para las conjeturas que el hombre-mono se quedó confuso.

—¿Quién eres? ¿Qué eres? —prosiguió el anciano, pero esta vez en el lenguaje de los grandes simios.

—Hace un momento has utilizado una palabra inglesa dijo Tarzán en inglés. —¿Hablas esa lengua?

—¡Ah, Dios mío! —exclamó el anciano—, ¡que haya vivido para volver a oír esa dulce lengua! —Y también él se expresó entonces en inglés, titubeante, como alguien no acostumbrado a utilizar ese idioma.

—¿Quién eres? —preguntó Tarzán—. ¿Y qué haces aquí?

—Es la misma pregunta que te he hecho a ti —respondió el anciano—. No tengas miedo de responderme. Es evidente que eres inglés y no tienes nada que temer de mí.

—Estoy buscando a una mujer que los bolgani capturaron —respondió Tarzán.

—Sí —dijo el otro, haciendo un gesto de asentimiento—. Lo sé. Está

aquí.

—¿Está a salvo? —preguntó Tarzán.

—No le han hecho ningún daño. Estará a salvo hasta mañana o pasado mañana —respondió el anciano—. Pero ¿quién eres tú y cómo has podido llegar hasta aquí desde el mundo exterior?

—Soy Tarzán de los Monos —respondió el hombre-mono—. Vine a este valle buscando cómo salir del valle de Opar, donde la vida de mi compañera se halla en peligro. ¿Y tú?

—Soy anciano —respondió— y estoy aquí desde que era un muchacho. Era polizón en un barco que trajo a Stanley a África tras la creación de la estación de Stanley Pool, y me adentré en el interior con él. Salí del campamento para cazar, solo, un día. Me perdí y más tarde fui capturado por nativos poco amistosos. Me llevaron más hacia el interior de su región, de donde por fin escapé, pero tan completamente confundido y perdido que no tenía ni idea de qué dirección tomar para encontrar un camino que me llevara a la costa. Vagué durante meses hasta que por fin, un maldito día, encontré una entrada a este valle. No sé por qué no me mataron enseguida, pero la cuestión es que no lo hicieron, y más tarde descubrieron que mis conocimientos podían serles útiles. Desde entonces les he ayudado a extraer piedra, en la minería, y a tallar diamantes. Les he dado taladros de hierro con puntas endurecidas y taladros con punta de diamante. Ahora prácticamente soy uno de ellos, pero en mi corazón siempre ha existido la esperanza de que algún día podría escapar del valle; vana esperanza, no obstante, te lo aseguro.

—¿No hay forma de salir? —preguntó Tarzán.

—Hay un camino, pero siempre está vigilado.

—¿Dónde está? —interrogó Tarzán.

—Es la continuación de uno de los túneles mineros que atraviesa totalmente la montaña hasta el valle. Las minas fueron trabajadas por los aborígenes durante tiempo incalculable. Las montañas están llenas de galerías, pozos y túneles. Detrás del cuarzo con oro yace un enorme depósito de peridotita alterada, que contiene diamantes y para cuya búsqueda fue necesario, evidentemente, prolongar uno de los pozos del otro lado de la montaña, quizá para mejorar la ventilación. Este túnel y el camino que va a Opar son el único medio de entrar en el valle. Desde tiempo inmemorial custodian el túnel, más particularmente, supongo, para impedir que se escapen los esclavos que para desalentar las incursiones

enemigas, ya que no creen que ello ocurra. El camino que va a Opar no está vigilado, porque ya no temen a los oparianos, y saben bien que ningún esclavo gomangani se atrevería a entrar en el valle de los adoradores del sol. Por la misma razón que los esclavos no pueden escapar, también nosotros debemos permanecer prisioneros aquí para siempre.

—¿Cómo está protegido el túnel? —preguntó Tarzán.

—Siempre hay apostados dos bolgani y una docena o más de guerreros gomangani —respondió el anciano.

—¿A los gomangani les gustaría escapar?

—Lo han intentado muchas veces en el pasado, según me han dicho —respondió el viejo—, aunque nunca desde que vivo aquí, y siempre los capturaron y torturaron. Y todos los de su raza fueron castigados a trabajar más duramente debido a estos intentos de unos cuantos.

—¿Son numerosos los gomangani?

—Probablemente haya unos cinco mil en el valle —respondió el anciano.

—¿Y cuántos bolgani? —preguntó el hombre-mono—. Entre diez y once mil.

—Cinco a uno —murmuró Tarzán— y, sin embargo, tienen miedo de intentar escapar.

—Pero has de recordar —dijo el anciano— que los bolgani son la raza dominante e inteligente; los otros intelectualmente están un poco por encima de las bestias de la jungla.

—Sin embargo, son hombres —le recordó Tarzán.

—Sólo en aspecto —replicó el viejo—. No pueden formar un grupo como los hombres. Todavía no han llegado al plano evolutivo de la comunidad. Es cierto que residen familias en una sola aldea, pero esa idea, junto con sus armas, se la dieron los bolgani para que los leones y panteras no los exterminaran por completo. Según me han contado, antiguamente, cada individuo gomangani, cuando era lo bastante mayor para cazar por sí solo, construía una choza aparte de los demás y emprendía una vida solitaria, sin que existiera en aquella época nada mínimamente parecido a la vida familiar. Entonces los bolgani les enseñaron a construir ciudades fortificadas con empalizadas y obligaron a los hombres y a las mujeres a permanecer en ellas y educar a sus hijos hasta la edad madura, tras lo cual se exigía a los hijos que permanecieran en la aldea, de modo que ahora algunas comunidades pueden afirmar que constan de hasta cuarenta o

cincuenta personas. Sin embargo, el índice de mortalidad es elevado entre ellos, y no pueden multiplicarse tan rápidamente como quienes viven en condiciones normales de paz y seguridad. La brutalidad de los bolgani acaba con muchos; los carnívoros se cobran un precio considerable.

—Cinco a uno y siguen siendo esclavos; qué cobardes deben de ser —comentó el hombre-mono.

—Al contrario, no son nada cobardes —replicó el anciano—. Se enfrentan a un león con la mayor valentía. Pero durante muchos años han estado subyugados por los bolgani, y se ha convertido en una costumbre fija en ellos; igual que el temor de Dios es inherente a nosotros, el miedo a los bolgani es inherente a los gomangani desde que nacen.

—Es interesante —dijo Tarzán—. Pero dime dónde está la mujer a quien he venido a buscar.

—¿Es tu compañera? —preguntó el anciano.

—No —respondió Tarzán—. Dije a los gomangani que lo era para que la protegieran. Es La, reina de Opar, suma sacerdotisa del Dios Llameante.

El anciano le miró con incredulidad.

—¡Imposible! —exclamó—. No puede ser que la reina de Opar arriesgara su vida viniendo al hogar de sus enemigos tradicionales.

—Se vio obligada a hacerlo —replicó Tarzán—. Su vida estaba amenazada por parte de su pueblo porque se había negado a sacrificarme a su dios.

—Si los bolgani supieran esto, se pondrían muy contentos —declaró el hombre.

—Dime dónde está —pidió Tarzán—. Ella me protegió de los suyos y ahora me corresponde salvarla de cualquier destino que los bolgani tengan previsto para ella.

—No hay esperanzas —dijo el anciano—. Puedo decirte dónde está, pero no podrás rescatarla.

—Puedo intentarlo —respondió el hombre-mono—. Pero fracasarás y morirás.

—Si lo que me dices es verdad y no hay absolutamente ninguna posibilidad de escapar del valle, me da lo mismo morir —respondió el hombre-mono—. Sin embargo, no estoy de acuerdo contigo.

El anciano se encogió de hombros.

—Tú no conoces a los bolgani —sentenció.

—Dime dónde está la mujer —insistió Tarzán.

—Mira —respondió el anciano, indicando a Tarzán que le siguiera a su aposento; allí se acercó a una ventana que daba al oeste, señaló hacia una extraña torre plana que se elevaba por encima del tejado del edificio principal, cerca del extremo oriental del palacio—. Probablemente esté en algún lugar de aquella torre —dijo el anciano a Tarzán—, pero respecto a ti, es como si estuviera en el polo norte.

Tarzán permaneció callado unos instantes, explorando con la vista todos los detalles sobresalientes de la perspectiva que tenía delante. Vio la extraña torre de tejado plano, a la que le parecía que podía llegar desde el tejado del edificio principal. También vio las ramas de los viejos árboles que en algunos puntos coronaban el tejado, y salvo por la débil luz que brillaba en algunas ventanas del palacio, no advirtió señal de vida. De pronto, se volvió al anciano.

—No te conozco —dijo—, pero creo que puedo confiar en ti ya que, después de todo, los lazos de sangre son fuertes, y somos los únicos hombres de nuestra raza que hay en este valle. Podrías ganar algo si me traicionaras, pero no creo que lo hagas.

—No temas —dijo el anciano—, yo los odio. Si pudiera ayudarte lo haría, pero sé que cualquier plan que tengas en mente está condenado al fracaso: jamás rescatarás a la mujer, jamás saldrás del valle del Palacio de Diamantes, jamás saldrás del palacio mismo, a menos que los bolgani lo deseen.

El hombre-mono sonrió.

—Llevas aquí tanto tiempo —dijo— que estás empezando a adoptar la actitud mental que mantiene a los gomangani en esclavitud perpetua. Si quieres escapar, ven conmigo. Tal vez no lo logremos, pero al menos tendrás una oportunidad mejor si lo intentas que si te quedas eternamente en esta torre.

El anciano negó con la cabeza.

—No —dijo—, es inútil. Si hubiera sido posible escapar, ya hace mucho tiempo que me habría ido.

—Entonces, adiós —dijo Tarzán; salió por la ventana y descendió hacia el tejado inferior, agarrándose al fuerte tallo de la vieja hiedra.

El anciano lo observó unos instantes hasta que lo vio encaminarse con cuidado hacia la torre donde esperaba encontrar y liberar a La. Luego el viejo se volvió y se apresuró a bajar la escalera central de la torre.

Tarzán avanzó por el tejado irregular del edificio principal, trepando

por los costados de sus elevaciones superiores y dejándose caer de nuevo a los niveles inferiores. Recorrió una considerable distancia entre la torre oriental y aquel tejado plano de peculiar diseño en el que La estaba supuestamente encarcelada. Su avance era lento, pues se movía con la cautela de una bestia de presa y se detenía a menudo en las densas sombras para escuchar.

Cuando por fin llegó a la torre, descubrió que tenía muchas aberturas que daban al tejado, aberturas sólo protegidas con gruesos tejidos de tapicería que había visto en la torre. Corrió uno de ellos y vio una gran cámara, sin mobiliario, de cuyo centro sobresalía, a través de una abertura circular, la parte superior de una escalera similar a la de la torre oriental. No había nadie a la vista en el interior de la cámara, y Tarzán la cruzó inmediatamente hasta la escalera. Atisbó con cautela en la abertura y vio que la escalera era muy larga, atravesaba muchos pisos. Hasta dónde iba no podía calcularlo, pero parecía probable que llegara hasta las cámaras subterráneas de palacio. A través del hueco de la escalera le llegaban voces y olores, pero éstos que daban sofocados por el fuerte incienso que invadía todo el palacio.

Aquel perfume causaría la perdición del hombre-mono pues, de lo contrario, su aguzado olfato habría detectado el olor de un gomangani que estuviera cerca. El tipo se encontraba detrás de las colgaduras de una abertura de la pared de la torre. Había visto cómo Tarzán entró en la cámara, y ahora le observaba mirar por el hueco de la escalera. Al principio los ojos del negro se habían abierto con terror ante aquella extraña aparición, antes nunca vista. Si la criatura hubiera tenido suficiente inteligencia para albergar supersticiones, habría creído que Tarzán era un dios que descendía de los cielos. Pero como era de un orden demasiado bajo para poseer imaginación de ninguna clase, simplemente sabía que era una extraña criatura, y estaba convencido de que todas las extrañas criaturas tenían que ser enemigos. Su deber era alertar a sus amos de aquella presencia en palacio, pero no se atrevió a moverse hasta que la aparición se hubo alejado y estar seguro de que el intruso no repararía en sus movimientos; no quería llamar la atención hacia sí, pues había descubierto que cuanto más invisible fuera en presencia de los bolgani, menos sufriría. Durante un buen rato el extraño miró por el hueco de la escalera, y durante un buen rato el gomangani permaneció quieto observándolo. Por fin el primero bajó la escalera y salió desapareció de la

vista de su observador, quien de inmediato se puso en pie y se alejó corriendo por el tejado de palacio hacia una gran torre que se elevaba en su extremo occidental.

Conforme Tarzán descendía la escalera, el humo del incienso era cada vez más molesto. De no ser por ello, habría podido investigar rápidamente por el olor, pero ahora se veía obligado a aguzar el oído para captar cualquier sonido, y en muchos casos escudriñar en las cámaras que se abrían al corredor central entrando en ellas. Cuando las puertas estaban cerradas, se tumbaba en el suelo y escuchaba cerca de la abertura de la base. En varias ocasiones se atrevió a llamar a La por su nombre, pero en ningún caso recibió respuesta.

Había registrado cuatro rellanos y descendía al quinto cuando vio, de pie en uno de los umbrales, a un negro evidentemente muy nervioso y posiblemente aterrorizado. Sus proporciones eran gigantescas e iba desarmado. Se quedó mirando al hombre-mono con los ojos muy abiertos mientras éste saltaba con agilidad desde la escalera y permanecía frente a él al mismo nivel.

—¿Qué quieres? —preguntó por fin el negro—. ¿Buscas a la hembra blanca, tu compañera, a la que los bolgani cogieron?

—Sí —respondió Tarzán—. ¿Qué sabes de ella?

—Sé dónde está escondida —contestó el negro—, y si me sigues te llevaré hasta ella.

—¿Por qué te ofreces a hacer esto por mí? —preguntó Tarzán, recelando al instante—. ¿Por qué no vas enseguida a tus amos y les adviertes que estoy aquí para que envíen hombres a capturarme?

—No conozco la razón por la que me han enviado a decirte esto —respondió el negro—. Los bolgani me han enviado. Yo no quería venir porque tenía miedo.

—¿Adónde te han dicho que me condujeras? —pregunto Tarzán.

—Tengo que llevarte a una cámara, cuya puerta cerrarán con cerrojo inmediatamente. Entonces serás prisionero.

—¿Y tú? —preguntó Tarzán.

—Yo también seré prisionero contigo. A los bolgani no les importa lo que me pase. Quizá me matarás, pero a ellos no les importa.

—Si me llevas a una trampa, te mataré —replicó Tarzán—. Pero si me llevas hasta la mujer, quizás escapemos todos. ¿Te gustaría escapar?

—Me gustaría, pero no puedo.

—¿Lo has intentado alguna vez?

—No. ¿Por qué iba a intentar hacer algo que no se puede hacer?

—Si me llevas a la trampa, seguro que te mataré. Si me llevas hasta la mujer, al menos tendrás las mismas oportunidades de vivir que yo. ¿Lo harás?

El negro se rascó la cabeza, pensativo; poco a poco la idea penetró en su estúpida mente. Al fin habló.

—Eres muy sabio —dijo—. Te llevaré a donde está la mujer.

—Vamos, entonces —urgió Tarzán—; yo te seguiré.

El negro ascendió al siguiente nivel y abrió la puerta para entrar en un largo y recto corredor. Mientras el hombre-mono lo seguía, reflexionó sobre cómo los bolgani se habían enterado de su presencia en la torre, y la única conclusión a la que pudo llegar fue que el anciano le había traicionado, ya que hasta el momento, que Tarzán supiera, aquél era el único que conocía su presencia el palacio. El corredor por el que el negro le conducía estaba muy oscuro, pues recibía una iluminación débil e inadecuada de un corredor apenas iluminado que acababan de dejar, cuya puerta quedó abierta detrás de ellos. Entonces el negro se detuvo ante una puerta.

—La mujer está aquí dentro —dijo el negro, señalando la puerta.

—¿Está sola? —preguntó Tarzán.

—No —respondió el negro—. Mira —y abrió la puerta, dejando al descubierto una gruesa colgadura que apartó con cuidado para que Tarzán viera el interior de la cámara.

Tarzán cogió al negro por la muñeca, para que no pudiera escapar, dio un paso al frente y puso los ojos en la abertura. Ante él vio una gran cámara, en uno de cuyos extremos había un estrado, cuya base era de madera oscura muy labrada. Ocupaban el estrado una figura central, un enorme león con melena negra, el mismo que Tarzán había visto escoltado en los jardines de palacio. Sus cadenas de oro estaban atadas a unas anillas que había en el suelo, mientras los cuatro negros permanecían rígidos como estatuas, dos a cada lado de la bestia. Detrás del león se sentaban, en sendos tronos de oro, tres bolgani con adornos magníficos. Al pie de la escalera que conducía al estrado, se encontraba La, entre dos guardias gomangani. A ambos lados del pasillo central, unos bancos tallados situados frente al estrado y ocupados por unos cincuenta bolgani, entre los que Tarzán casi de inmediato distinguió al anciano que había conocido en la torre, lo que

convenció al instante al hombre-mono de cuál había sido la fuente de su traición.

La cámara estaba iluminada por un centenar de fanales, que quemaban una sustancia que producía luz y el fuerte olor a incienso que había asaltado el olfato de Tarzán nada más adentrarse en los dominios de los bolgani. Las alargadas ventanas que había a un lado del aposento estaban abiertas de par en par y dejaban entrar el suave aire de la noche estival de la jungla. Por ellas Tarzán vio los jardines de palacio y comprobó que aquella cámara se hallaba al mismo nivel que la terraza en la que se alzaba el palacio. Más allá de aquellas ventanas había una puerta abierta a la jungla y la libertad, pero entre él y las ventanas se interponían cincuenta hombres gorila. Quizá la estrategia sería mejor arma que la fuerza para conseguir la libertad junto a La. Sin embargo, en su mente estaba la creencia de que era probable que al final tuviera que confiar en la fuerza y no en la estrategia. Se volvió al negro que estaba a su lado.

—¿Los gomangani que protegen al león querrían escapar de los bolgani? —preguntó.

—Todos los gomangani escaparían si pudieran —respondió el negro.

—Entonces, es preciso que entre en la habitación —dijo Tarzán al negro—. ¿Me acompañarás y dirás a los otros gomangani que si pelean por mí los sacaré del valle?

—Se lo diré, pero no lo creerán —replicó el negro.

—Entonces diles lo que les haré si no me ayudan —dijo Tarzán.

—Así lo haré.

Cuando Tarzán volvió a prestar atención a la cámara que tenía delante, vio que el bolgani que ocupaba el trono dorado central estaba hablando.

—Nobles de Numa, rey de las Bestias, emperador de Todas las Cosas Creadas —dijo en tono profundo y resonante—, Numa ha oído las palabras que esta hembra ha pronunciado, y es la voluntad de Numa que ella muera. El Gran Emperador está hambriento. Él mismo la devorará aquí, en presencia de sus nobles y del Consejo Imperial de los Tres. Ésta es la voluntad de Numa.

Se oyó un gruñido de aprobación entre el público mientras el gran león enseñaba sus horribles colmillos y rugía hasta conseguir que todo retumbara, y sus perversos ojos amarillo-verdosos se fijaban en la mujer que tenía delante, lo que demostraba que estas ceremonias se celebraban con frecuencia y que el león se había acostumbrado a un final

supuestamente lógico en ellas.

—Pasado mañana —prosiguió el que hablaba—, el compañero de esta criatura, que en estos momentos se encuentra prisionero en la Torre de los Emperadores, comparecerá ante Numa para ser juzgado. Esclavos —gritó de pronto, poniéndose de pie y mirando con furia a los guardias que sujetaban a La—, acercad la mujer a vuestro emperador.

Al instante, el león se puso frenético, moviendo la cola y tensando las robustas cadenas, rugiendo y roncando mientras se erguía sobre las patas traseras e intentaba saltar sobre La, a quien obligaban a subir las escaleras del estrado hacia el caníbal enjoyado que con tanta impaciencia la esperaba.

Ella no gritaba, pero forcejeaba para liberarse de las manos de los fuertes gomangani que la sujetaban, aunque en vano.

Habían llegado al último escalón y estaban a punto de empujar a La a las garras del león cuando un fuerte grito procedente de un costado de la cámara les detuvo, grito que detuvo a los gomangani e hizo poner en pie a los bolgani allí reunidos, estupefactos y airados, pues lo que vieron sus ojos podía provocar la ira que albergaban. De un salto, y blandiendo la lanza, entró un hombre blanco semidesnudo del que habían oído hablar y al que ninguno de ellos había visto todavía. Y tan rápido fue que en el mismo instante en que entró, incluso antes de que se pusieran en pie, ya había arrojado su lanza.

Un hombre blanco, calvo, viejo y arrugado.

CAPÍTULO XIV

LA CÁMARA DE LOS HORRORES

UN LEÓN de melena negra avanzaba en la noche de la jungla. Con majestuosa indiferencia hacia el resto de la creación se abría paso en la selva primitiva. No cazaba, pues no hacía esfuerzos por ser sigiloso, y tampoco, por otra parte, emitía ningún sonido vocal. Se movía velozmente, aunque a veces se detenía y alzaba el hocico para oler y escuchar. Y así, al final, llegó a un muro elevado, cuya superficie olisqueó hasta llegar a una puerta entreabierta que quebraba el muro y por ella entró en el recinto.

Ante él se elevaba un gran edificio, y mientras lo observaba y escuchaba, oyó el retumbante rugido de un león enfurecido procedente del interior.

El de negra melena ladeó la cabeza y avanzó con cautela.

En el mismo instante en que La iba a ser arrojada a las garras de Numa, Tarzán de los Monos entró de un salto en el aposento y emitió un fuerte grito que paralizó a los gomangani que la arrastraban hacia su sino, y en aquel breve instante de respiro, que el hombre-mono sabía que seguiría a su interrupción, lanzó su veloz lanza. Para ira y consternación de los bolgani, ésta se clavó en el corazón de su emperador, el gran león de melena negra.

Junto a Tarzán se hallaban los gomangani aterrorizados, y cuando Tarzán se precipitó hacia La, el negro le acompañó, gritando a sus compañeros que si ayudaban a aquel extranjero podrían ser libres y escapar de los bolgani para siempre.

—Habéis permitido que mataran al gran emperador —gritó a los pobres gomangani que protegían a Numa—. Los bolgani os matarán por ello. Ayudad a salvar al tarmangani extranjero y a su compañera y al menos tendréis la oportunidad de vivir y ser libres. Y a vosotros —añadió, dirigiéndose a los dos que habían vigilado a La—, os harán responsables también; vuestra única esperanza somos nosotros.

Tarzán había llegado junto a La y la arrastraba por los escalones del

estrado, donde esperaba poder resistir momentáneamente a los cincuenta bolgani que ahora se abalanzaban sobre él.

—Matad a los tres que están sentados en el estrado —gritó Tarzán a los gomangani, que a todas luces vacilaban en cuanto a qué partido tomar—. ¡Matadles si queréis ser libres! ¡Matadles si queréis vivir!

El tono autoritario de su voz, el atractivo magnético de su personalidad y su capacidad de liderazgo innata, se ganaron el breve instante que era necesario para volverles contra la odiada autoridad que los tres bolgani sentados en el estrado representaban y, al hundir sus lanzas en los peludos cuerpos negros de sus amos, se convirtieron, desde entonces y para siempre, en las criaturas de Tarzán de los Monos, pues no podía haber futuro para ellos en la tierra de los bolgani.

El hombre-mono rodeó la cintura de La con un brazo, la llevó al estrado, donde arrancó su lanza del león muerto, luego se volvió y, encarándose a los bolgani que avanzaban, puso un pie sobre el cadáver del animal y alzó la voz lanzando el terrible grito de victoria de los simios de Kerchak.

Los bolgani se detuvieron ante él; los gomangani, que estaban detrás de él, se encogieron de terror.

—¡Deteneos! —gritó Tarzán, levantando la mano abierta hacia los bolgani. Soy Tarzán de los Monos. No quiero pelear con vuestro pueblo, sólo busco una manera de salir de vuestra región para ir a la mía. Dejadme seguir mi camino en paz con esta mujer y llevarme a estos gomangani.

Por toda respuesta, se alzó un coro de gruñidos salvajes de los bolgani mientras avanzaban hacia el estrado. De pronto, de sus filas salió el anciano de la torre oriental, que corrió veloz hacia Tarzán.

Ah, traidor —gritó el hombre-mono—, tú serás el primero en probar la ira de Tarzán. —Habló en inglés y el anciano respondió en la misma lengua.

—¿Traidor? —exclamó sorprendido.

—Sí, traidor —atronó Tarzán—. ¿No te has precipitado a informar a los bolgani que me encontraba en palacio y que me enviaran al gomangani para llevarme a una trampa?

—No he hecho nada de eso —replicó el otro—. He venido aquí a situarme cerca de la mujer blanca, con la idea de que tal vez le sería útil a ella o a ti, si era necesario. Ahora, inglés, vengo para ponerme a tu lado y a morir a tu lado, porque morirás, tan seguro estoy como de que hay un dios

en el cielo. Nada puede salvarte en estos momentos de la ira de los bolgani a cuyo emperador has matado.

—Ven, pues —gritó Tarzán—, y demuestra tu lealtad. Sería mejor morir ahora que vivir en la esclavitud toda la vida.

Los seis gomangani se habían alineado, tres a cada lado de Tarzán y La, mientras el séptimo, que había entrado en la cámara con Tarzán, desarmado, cogía las armas del cadáver de uno de los tres bolgani muertos en el estrado.

Ante esta reunión de fuerza tan insólita para ellos, los bolgani se detuvieron al pie de la tarima, pero sólo un momento, pues eran nueve contra cincuenta, y cuando se precipitaron hacia ellos, Tarzán y sus gomangani los recibieron con hachas de guerra, lanzas y cachiporras. Por un momento pudieron contenerlos, pero eran demasiado numerosos y cuando una vez más una ola que ascendía los escalones del estrado parecía que iba a barrerlos, llegó a oídos de los contendientes un terrible rugido que, procedente de allí mismo, provocó un súbito y momentáneo cese de la batalla.

Se volvieron y vieron a un enorme león de negra melena de pie en el aposento, junto a una de las ventanas. Por un instante permaneció inmóvil como una estatua de bronce dorado, y una vez más el edificio tembló con las reverberaciones de su poderoso rugido.

Tarzán, que destacaba entre todos, dirigió la mirada a la gran bestia y, con gran alegría, alzó la voz por encima de los gruñidos de los bolgani.

—*Jad-bal-ja* —gritó, y señalando hacia los bolgani añadió—: ¡Mata! ¡Mata!

Apenas el hombre-mono pronunció estas palabras cuando el enorme monstruo, la encarnación de un verdadero diablo, saltó sobre los peludos hombres gorila. Y, simultáneamente, concibió un osado plan de salvación para él y los que confiaban en él.

—Rápido —gritó a los gomangani—, abalanzaos sobre los bolgani. Aquí está por fin el auténtico Numa, Rey de las Bestias y soberano de toda la creación. Mata a sus enemigos pero protegerá a Tarzán de los Monos y a los gomangani, que son sus amigos.

Al ver que sus odiados amos se retiraban ante los terribles ataques del león, los gomangani se abalanzaron con hachas de guerra y porras, mientras Tarzán, dejando de lado su lanza, ocupaba su lugar entre ellos blandiendo el cuchillo y, manteniéndose cerca de Jad-bal-ja, dirigía al león de una

víctima a otra, para que no se lanzara por error sobre los gomangani o el anciano blanco, o incluso sobre la propia La. Veinte bolgani yacían muertos en el suelo antes de que el resto lograra escapar de la cámara, y entonces Tarzán se volvió a Jad-bal-ja y le llamó.

—¡Id por el cuerpo del falso Numa! —gritó a los gomangani—. ¡Retiradlo del estrado! ¡Sacadlo de la habitación, pues el verdadero emperador ha venido para reclamar su trono!

El anciano y La miraban a Tarzán y al león con asombro.

—¿Quién eres —preguntó el primero— que puedes obrar milagros con una bestia salvaje de la jungla? ¿Quién eres y qué intentas hacer?

—Espera y verás —dijo Tarzán con una sonrisa—. Creo que todos estaremos a salvo y los gomangani podrán vivir confortablemente a partir de ahora.

Cuando los negros hubieron retirado el cadáver del león y lo tiraron por una de las ventanas de la cámara, Tarzán envió a Jad-bal-ja a sentarse en el lugar que antes ocupara el león, Numa, en el estrado.

—Ahí —dijo volviéndose a los gomangani— tenéis al verdadero emperador, que no tiene que estar encadenado a su trono. Tres de vosotros iréis a las chozas de vuestra gente, detrás de palacio, y los convocaréis a la sala del trono para que también ellos presencien lo ocurrido. Daos prisa, para que haya muchos guerreros aquí antes de que los bolgani regresen con refuerzos.

Llevados a una excitación tal que casi catapultó su confusa mente hasta algo parecido a la inteligencia, tres de los gomangani se apresuraron a cumplir lo que Tarzán ordenaba, mientras los otros miraban a Tarzán con una expresión de temor reverente que sólo podía generar la visión de una deidad. La se acercó entonces a Tarzán y se quedó a su lado, mirándole con ojos que reflejaban una adoración tan profunda como la que mostraban los negros.

—No te he dado las gracias, Tarzán de los Monos dijo —por todo lo que te has arriesgado y has hecho por mí. Sé que has venido a rescatarme, y ahora sé que no era amor lo que te impulsó a este acto heroico y desesperado. Que hayas tenido éxito hasta ahora es poco menos que un milagro, pero yo, en las leyendas que narran las hazañas de los bolgani, sé que no hay esperanza alguna de escapatoria, y por esto te ruego que te marches enseguida y huyas solo, si es posible, pues solamente sin nosotros tienes alguna posibilidad de escapar.

—No estoy de acuerdo contigo en que no tengamos posibilidades de escapar, La —replicó el hombre-mono—. No sólo creo que tenemos todas las condiciones para asegurarnos la huida, sino que podemos garantizar también a estos pobres gomangani la libertad de la esclavitud y de la tiranía de los bolgani. Pero eso no es todo. Con esto no me quedaré satisfecho. No sólo hay que castigar a este pueblo que se muestra tan poco hospitalario hacia los extranjeros, sino también a tus sacerdotes desleales. En cuanto a éstos, tengo intención de avanzar hacia el Valle del Palacio de Diamantes y asaltar la ciudad de Opar con una fuerza de gomangani suficiente para obligar a Cadj a que abandone el poder que usurpó y devolverte el trono de Opar. Nada que no sea todo esto me satisfará, y haré lo imposible antes de marcharme para conseguirlo.

—Eres un hombre valiente —dijo el anciano— y has logrado lo que parecía imposible, pero La tiene razón, no conoces la ferocidad y los recursos de los bolgani, ni el poder que tienen sobre los gomangani. Si pudieras despertar en la estúpida mente de los negros el íncubo del miedo que duerme tan pesadamente en ellos, tal vez podrías conseguir un número suficiente para huir del valle, pero me temo que esto está fuera incluso de tu alcance. Por lo tanto, nuestra única esperanza es escapar de palacio mientras están momentáneamente desorganizados y confiar en que la celeridad y la suerte nos permitan traspasar los límites del valle antes de que nos atrapen.

—Mirad —exclamó La, levantando un dedo—, ya es demasiado tarde; ya vuelven.

Tarzán miró en la dirección en que ella señalaba y vio por una puerta abierta en el fondo de la cámara a gran número de hombres gorila que se aproximaban. Su mirada se posó rápidamente en las ventanas de la estancia.

—¡Esperad! exclamó, ¡Hay otro factor en la ecuación!

Los otros miraron hacia las ventanas que se abrían a la terraza y vieron lo que parecía una multitud de varios centenares de negros que corrían a gran velocidad hacia ellas. Los negros, que estaban en el estrado, gritaron excitados:

—¡Vienen! ¡Vienen! Seremos libres y los bolgani nunca más podrán hacernos trabajar hasta caer agotados, ni pegarnos o torturarnos, o darnos como alimento a Numa.

Cuando los primeros bolgani alcanzaron el umbral de la puerta de la

cámara, los gomangani empezaron a entrar en tropel por las diferentes ventanas de la pared opuesta. Los conducían los tres que habían ido a buscarles, y habían entregado su mensaje con tanta eficacia que los negros parecían gente nueva, tanto les había transfigurado la idea de la inmediata libertad. Al verles, el cabecilla de los bolgani les gritó que capturaran a los intrusos que ocupaban el estrado, pero su respuesta fue arrojarles una lanza que le dio de pleno, y cuando cayó muerto, empezó la batalla.

Los bolgani de palacio sobrepasaban en gran número a los negros, pero éstos tenían la ventaja de defender el interior de la sala del trono en cantidad suficiente para impedir la entrada de muchos bolgani al mismo tiempo. Tarzán reconoció de inmediato el temperamento de los negros, llamó a *Jadbal ja* para que le siguiera y, tras descender del estrado, tomó el mando de los gomangani. En cada abertura apostó a varios hombres para protegerla, y en el centro de la sala mantuvo al resto en reserva. Entonces llamó a consulta al anciano.

—La puerta del este está abierta —dijo—. La he dejado así cuando he venido. ¿Sería posible que veinte o treinta negros llegaran allí sanos y salvos, se internaran en la selva, llevaran a la aldea el mensaje de lo que está ocurriendo en palacio, y les persuadieran de que envíen a todos sus guerreros enseguida para completar la tarea de la emancipación que hemos iniciado?

—Es un plan excelente —respondió el anciano—. Los bolgani no están en esa parte del palacio, y si es posible llevarlo a cabo ahora es el momento. Escogeré a tus hombres. Deben ser hombres con dotes de mando, cuyas palabras tengan peso entre los aldeanos fuera de los muros de palacio.

—¡Bien! —exclamó Tarzán—. Selecciónalos enseguida; diles lo que queremos y explícales la necesidad de que se den prisa.

Uno a uno el anciano eligió a treinta guerreros, cuyo deber explicó con atención a cada uno. Estuvieron encantados con el plan y aseguraron a Tarzán que en menos de una hora llegaría el primer refuerzo.

—Cuando salgáis del recinto —dijo el hombre-mono—, destruid la cerradura si podéis, para que los bolgani no puedan volver a cerrarla e impidan el paso a nuestros refuerzos.

Los blancos hicieron señas de haber comprendido, y unos instantes después salieron de la habitación por una de las ventanas y desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Poco después, los bolgani efectuaron un decidido ataque a los gomangani que custodiaban la entrada principal de la sala del trono, con el resultado de que una veintena o más de hombres gorila lograron abrirse paso hasta la habitación. Ante este primer contratiempo, los negros dieron muestras de vacilación, el miedo a los bolgani que era innato en ellos afloraba en su actitud indecisa y aparente resistencia a forzar un contraataque. Tarzán dio un salto hacia adelante para ayudar a frenar la irrupción de los bolgani en la sala del trono y llamó a Jad-bal-ja, y cuando el gran león saltó desde el estrado, el hombre-mono, señalando al bolgani que estaba más cerca, le ordenó:

—¡Mata! ¡Mata!

Jad-bal-ja se arrojó directamente a la garganta del que se hallaba más cerca. Las grandes fauces se cerraron en el rostro confuso del asustado hombre gorila una sola vez, y después, a la orden de su amo, el león de oro dejó caer el cuerpo tras sacudirlo una vez y saltó sobre otro. Así murieron tres en rápida sucesión, cuando el resto de los bolgani se volvieron para huir de aquella cámara de los horrores; pero los gomangani, recuperada la confianza por la facilidad con la que aquel fiero aliado provocaba la muerte y el terror a los tiranos, se interpusieron ellos mismos entre los bolgani y la puerta, impidiéndoles la retirada.

—¡Retenedlos! ¡Retenedlos! —gritó Tarzán—. ¡No los matéis! —Y luego se dirigió a los bolgani—: ¡Rendíos y no os haremos ningún daño!

Jad-bal-ja se mantenía junto a su amo, mirando furibundo y gruñendo a los bolgani; de vez en cuando, echaba una mirada suplicante al hombre-mono que indicaba, más claramente que con palabras: «Déjame ir con ellos».

Sólo sobrevivieron quince de los bolgani que habían entrado en la habitación. Por unos instantes vacilaron, y luego uno de ellos arrojó sus armas al suelo. Al instante los otros le siguieron.

Tarzán se volvió hacia Jad-bal-ja.

—¡Atrás! dijo, señalando hacia el estrado, y cuando el león retrocedió y se alejó hacia la plataforma, Tarzán se volvió de nuevo a los bolgani: —Dejad ir a uno de los vuestros para que anuncie a los demás que exijo su rendición inmediata.

Los bolgani cuchichearon entre sí durante unos instantes y por fin uno de ellos declaró que él iría a ver a los demás. Cuando abandonó la habitación, el anciano se acercó a Tarzán.

—Jamás se rendirán —advirtió—. Ten cuidado con la traición.

—No hay problema —dijo Tarzán—. Cuento con ello, pero estoy ganando tiempo, que es lo que más necesitamos. Si hubiera un lugar cerca de aquí donde pudiera confinar a estos otros, me sentiría mejor, pues esto reduciría el número de oponentes.

—Ahí hay una habitación —dijo el anciano, señalando una de las puertas de la sala del trono— donde puedes encerrarlos; hay muchas más como ésta en la Torre de los Emperadores.

—Bien —dijo Tarzán, e instantes después, siguiendo sus instrucciones, los bolgani se hallaron a salvo encerrados en una habitación contigua a la sala del trono. Desde los corredores se oía discutir al cuerpo principal de los hombres gorila. Era evidente que debatían el mensaje de Tarzán. Transcurrieron quince minutos y después treinta, y los bolgani no decían nada ni reanudaban las hostilidades, y entonces llegó a la entrada principal de la sala del trono el tipo al que Tarzán envió con el mensaje de rendición.

—Bien —dijo el hombre-mono—, ¿cuál es la respuesta?

—No se rendirán —respondió el bolgani—, pero te permitirán abandonar el valle si liberas a los prisioneros y no dañas a nadie.

El hombre-mono hizo gestos de negación con la cabeza.

—No puede ser —replicó—. Tengo poder para aplastar a los bolgani del Valle de los Diamantes. Mirad —y señaló a Jad-bal-ja—, aquí está el verdadero Numa. La criatura que ocupaba el trono no era sino una bestia salvaje, pero éste es Numa, Rey de las Bestias, Emperador de Todas las Cosas Creadas. Miradle. ¿Tiene que estar encadenado con cadenas de oro como un prisionero o un esclavo? ¡No! En verdad es un emperador. Pero hay uno que aún es más grande que él, y soy yo, Tarzán de los Monos. Enojadme y sentiréis no sólo la ira de Numa sino también la de Tarzán. Los gomangani son mi gente, los bolgani serán mis esclavos. Ve a contárselo a tus compañeros, y diles que si quieren vivir, será mejor que vengan pronto a suplicar clemencia. ¡Ve!

Cuando el mensajero partió de nuevo, Tarzán miró al anciano, que le observaba con una expresión que denotaba temor y reverencia, de no ser por un ligero e insinuante destello en el rabillo de sus ojos. El hombre-mono exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Esto al menos nos permitirá disponer de otra media hora —dijo.

—La necesitaremos, y más también —declaró el anciano—, aunque en verdad estoy sorprendido con todo lo que has logrado, pues al menos has

sembrado la duda en la mente de los bolgani, quienes nunca hasta ahora habían tenido motivos para cuestionarse su poder.

Entonces de los corredores externos llegaron ruidos de discusión y la discusión dio paso a movimientos entre los bolgani. Una compañía, unos cincuenta hombres gorila, se apostó directamente fuera de la entrada principal de la sala del trono y allí permanecieron en silencio, con las armas preparadas, como si pretendieran repeler cualquier intento de huida de los que estaban en la sala. Detrás, el resto de hombres gorila se alejaban y desaparecían por puertas y corredores que daban al vestíbulo principal de palacio. Los gomangani, junto con La y el anciano, atendían con impaciencia la llegada de los refuerzos de negros, mientras Tarzán estaba reclinado en el borde del estrado, y rodeaba con un brazo el cuello de Jad-bal-ja.

—Están tramando algo —decía inquieto el anciano—. Debemos estar atentos para que no nos pillen por sorpresa. Si al menos los negros llegaran ahora, cuando en la puerta sólo hay cincuenta, nos sería fácil vencerles, y tendríamos, creo, alguna posibilidad de escapar de aquí.

—Tu larga permanencia —dijo Tarzán— te ha invadido del mismo miedo insensato que sienten los gomangani por los bolgani. Por tu actitud mental se diría que son una especie de superhombres; sólo son bestias, amigo mío, y si seguimos leales a nuestra causa, los venceremos.

—Puede que sean bestias —replicó el anciano—, pero son bestias con cerebro de hombre; su astucia y crueldad son diabólicas.

Siguió un largo silencio, roto únicamente por los susurros nerviosos de los gomangani, cuya moral era evidente que se estaba desintegrando bajo la tensión nerviosa de la obligada espera y al ver que sus compañeros de la selva no acudían enseguida en su ayuda. A esto se añadía el efecto desmoralizante de la especulación sobre lo que pudieran planear o estar haciendo ya los bolgani. El silencio mismo de los hombres gorila era más terrible que el propio ataque. La fue la primera entre los blancos en romper el silencio.

—Si treinta de los gomangani han podido salir de palacio tan fácilmente, ¿por qué no podríamos hacerlo nosotros también? —preguntó.

—Hay dos razones —respondió Tarzán—. Una es que si hubiéramos salido al mismo tiempo, los bolgani, que nos superan en buen número, nos habrían hostigado y retrasado el tiempo suficiente para permitir que sus mensajeros llegaran a las aldeas antes que nosotros, y en poco tiempo nos

habrían rodeado miles de guerreros hostiles. La segunda razón es que deseo castigar a esas criaturas, para que en el futuro cualquier extranjero pueda estar a salvo en el valle del Palacio de Diamantes. —Se interrumpió—. Y ahora os daré una tercera razón por la que quizá no podamos intentar escapar en estos momentos. —Señaló hacia las ventanas que daban a la terraza—. Mirad —dijo—, la terraza y los jardines están llenos de bolgani. Cualquiera que sea su plan, creo que su éxito depende de que nosotros intentemos escapar de esta habitación por las ventanas, porque, a menos que me confunda, los bolgani que están en la terraza y en los jardines tratan de ocultarse de nosotros.

El anciano fue a situarse en una parte de la habitación desde la que divisaba una parte mayor de la terraza y jardines donde daban las ventanas de la sala del trono.

—Tienes razón —dijo cuando volvió junto al hombre-mono—; los bolgani están reunidos tras estas ventanas, salvo quienes protegen la entrada, y es posible que haya más en otras puertas. Esto, sin embargo, debemos comprobarlo.

Se encaminó apresurado al otro lado de la cámara y apartó las colgaduras de una de las aberturas, con lo que quedó al descubierto un pequeño grupo bolgani. Permanecieron inmóviles, sin hacer ningún esfuerzo por capturarlo o hacerle daño. Fue a otra salida y después a otra, y detrás de cada una descubrió a los ocupantes de la sala la presencia de silenciosos guardianes gorilas. Recorrió la habitación en círculo, pasando ante el estrado de detrás de los tres tronos, y regresó junto a Tarzán y La.

—Lo que sospechaba —dijo—, estamos rodeados. A menos que pronto nos llegue ayuda, estamos perdidos.

—Pero su fuerza está dividida —le recordó Tarzán.

—Aun así, es suficiente para acabar con nosotros —replicó el anciano.

—Tal vez tengas razón —dijo Tarzán—, pero al menos pelearemos.

—¡Qué es aquello! —exclamó La, y al mismo tiempo, atraídos por un ruido, los ocupantes de la sala del trono dirigieron los ojos al techo, sobre ellos, donde vieron que se habían abierto unas trampillas en una docena de aberturas, por las que asomaban los rostros de varias veintenas de gorilas.

—¡Qué van a hacer ahora! —exclamó Tarzán, y por toda respuesta los bolgani empezaron a lanzar a la sala del trono bolas de trapos empapados en aceite ardiendo, atadas con pieles de cabra, que, inmediatamente, llenaron la estancia de un humo denso y asfixiante, acompañado del fuerte

olor de pelo y pellejo abrasados.

Jad-bal-ja se arrojó directamente a la garganta.

CAPÍTULO XV

EL MAPA DE SANGRE

DESPUÉS de enterrar el oro, Esteban y Owaza regresaron al lugar donde habían dejado a sus cinco muchachos; se encaminaron con ellos hacia el río y allí acamparon durante la noche. Discutieron sus planes y decidieron abandonar al resto del grupo y que llegaran a la costa como pudieran, mientras ellos volverían a otro punto de la costa donde contratar a suficientes porteadores para transportar el oro.

—En lugar de volver a la costa a por porteadores, ¿por qué no los contratamos en la aldea más próxima? —preguntó Esteban.

—Estos hombres no irían con nosotros hasta la costa —respondió Owaza—. No son porteadores. Como mucho, llevarían nuestro oro hasta la siguiente aldea.

—¿Por qué no lo hacemos, pues? —preguntó el español—. En cada aldea podríamos emplear porteadores para ir hasta la siguiente, y así sucesivamente, hasta que pudiéramos emplear a otros hombres para proseguir con nosotros.

Owaza hizo gestos de negación con la cabeza.

—Es un buen plan, *bwana*, pero no podemos hacerlo, porque no tenemos nada con que pagar a los porteadores.

Esteban se rascó la cabeza.

—Tienes razón, pero nos ahorraríamos ese maldito viaje de ida y vuelta hasta la costa. —Permanecieron sentados unos momentos en silencio, pensativos—. ¡Ya lo tengo! —exclamó al fin el español—. Aunque tuviéramos porteadores, no podríamos ir directamente a la costa por miedo a encontrarnos al grupo de Flora Hawkes; tenemos que dejarles abandonar África antes de llevar el oro a la costa. Dos meses no será una espera demasiado larga, pues les costará mucho llegar a la costa con aquel hato de porteadores rebeldes. Así que, mientras esperamos, llevaremos uno de los lingotes de oro al punto más próximo en el que podamos cambiarlo por

otros artículos. Después podemos volver y contratar porteadores para que lo lleven de aldea en aldea.

—El *bwana* dice palabras sabias —declaró Owaza—. No estamos tan lejos del puesto comercial más próximo como de la costa, y así podremos ahorrarnos no sólo tiempo, sino también largas y duras marchas.

—Entonces, mañana por la mañana volveremos y desenterraremos uno de los lingotes, pero debemos asegurarnos de que ninguno de tus hombres nos acompaña, pues nadie debe saber, hasta que sea absolutamente necesario, dónde está enterrado el oro. Cuando volvamos a por él, claro, los otros tendrán que saberlo también, pero entretanto nosotros estaremos constantemente con él, por lo que no correremos peligro de que nos lo quiten.

Y así, a la mañana siguiente, el español y Owaza fueron donde se encontraba el tesoro enterrado, y desenterraron un único lingote.

Antes de abandonar el lugar, el español dibujó en la cara interior de la piel de leopardo que llevaba cruzada al hombro un mapa exacto de la localización del tesoro, utilizando un palo afilado manchado con sangre de un pequeño roedor que había matado con tal fin. Owaza le proporcionó los nombres nativos del río y de todos los hitos visibles desde el lugar en el que estaba enterrado el tesoro, junto con explicaciones detalladas de cómo acceder al lugar desde la costa. Esta información la escribió debajo del mapa, y cuando terminó se sintió muy aliviado de la preocupación de que le ocurriera algo a Owaza, él jamás sería capaz de localizar el oro.

Cuando Jane Clayton llegó a la costa para tomar el pasaje hacia Londres, le esperaba un telegrama en el que le comunicaban que su padre se hallaba completamente fuera de peligro y no era necesario que acudiera junto a él. Por lo tanto, después de unos días de descanso, dirigió sus pasos de nuevo hacia el hogar e inició el largo, caluroso y pesado viaje de retorno. Cuando, por fin, llegó al bungaló se enteró, para su consternación, de que Tarzán de los Monos aún no había regresado de su expedición a Opar para coger el oro de las cámaras del tesoro. Encontró a Korak que, al parecer, había hecho mucho ejercicio, pero que no quiso expresar sus dudas sobre la capacidad de su padre de cuidar de sí mismo. Se enteró de la huida del león de oro con pesar, pues sabía que Tarzán le tenía mucho apego a aquella noble bestia.

Dos días después de su regreso, los waziri que habían acompañado a Tarzán aparecieron sin él. Entonces, en verdad el corazón de la mujer se

llenó de temor por su dueño y señor. Interrogó a los hombres concienzudamente, y cuando se enteró por ellos de que Tarzán había sufrido otro accidente que de nuevo le afectaba a la memoria, anunció de inmediato que partiría al día siguiente en su busca y ordenó a los waziri que acababan de regresar que la acompañaran.

Korak intentó disuadirla, pero como no lo consiguió, insistió en acompañarla.

—No debemos estar todos lejos al mismo tiempo —dijo—. Tú quédate aquí, hijo. Si fracaso, regresaré y te dejaré ir.

—No puedo dejarte marchar sola, madre —replicó Korak.

—No estoy sola cuando los waziri están conmigo —rió, Y sabes perfectamente bien, muchacho, que con ellos estoy tan a salvo en cualquier parte del corazón de África como en la hacienda.

—Sí, sí, supongo que sí —respondió él—, pero me gustaría ir, o que Meriem estuviera aquí.

—Sí, a mí también me gustaría que Meriem estuviera aquí —dijo lady Greystoke—. Sin embargo, no te preocupes. Ya sabes que mi habilidad en la jungla, aunque no es igual que la tuya o la de Tarzán, en modo alguno es escasa, y rodeada de la lealtad y valentía de los waziri estaré a salvo.

—Supongo que tienes razón —aceptó Korak—, pero no me gusta verte marchar sin mí.

Así pues, pese a las objeciones de su hijo, Jane Clayton partió a la mañana siguiente con cincuenta guerreros waziri en busca de su compañero salvaje.

Cuando vieron que Esteban y Owaza no regresaban al campamento como habían prometido, los otros miembros del grupo al principio se dejaron llevar por la ira, que más tarde sustituyeron por la preocupación, no tanto por la seguridad del español, como por temor a que Owaza hubiera sufrido un accidente y no regresara para conducirles sanos y salvos a la costa, pues de todos los negros él era el único competente para manejar a los fornidos y rebeldes porteadores. Los negros dieron vueltas a la idea de que Owaza se hubiera perdido y se inclinaron por que él y Esteban les habían abandonado deliberadamente. Luvini, el jefe en ausencia de Owaza, tenía su propia teoría.

—Owaza y el *bwana* han ido solos tras los ladrones de marfil. Mediante engaños quizá consigan tanto como habríamos conseguido por la fuerza, y sólo serán dos a repartirse el marfil.

—Pero ¿cómo podrán dos hombres vencer a una banda de ladrones? —preguntó Flora, escéptica.

—No conoces a Owaza —respondió Luvini. Si puede ganarse los oídos de sus esclavos les vencerá, y cuando los árabes vean que quien acompaña a Owaza y quien dirige a los esclavos rebeldes es Tarzán de los Monos, huirán despavoridos.

—Creo que tiene razón —murmuró Kraski—, suena muy propio del español —y entonces de pronto se volvió hacia Luvini—. ¿Sabrías llevarnos hasta el campamento de los ladrones? —preguntó.

—Sí —respondió el negro.

—Bien —exclamó Kraski—; y ahora, Flora, ¿qué opinas del plan? Enviemos un corredor veloz para que prevenga a los ladrones de Owaza y del español y les diga que este último no es Tarzán de los Monos, sino un impostor. Podemos pedirles que los capturen y retengan hasta que lleguemos; luego decidiremos sobre la marcha. Es muy posible que podamos ejecutar nuestro plan original después de haber entrado en su campamento como amigos.

—Sí, suena bien —respondió Flora—, y sin duda es bastante perverso… como tú mismo.

El ruso enrojeció.

—«Aves de pluma…» —recitó.

La muchacha se encogió de hombros con indiferencia, pero Bluber, que con Peebles y Throck escuchó en silencio la conversación, intervino.

—¿Qué *quierrres decirrr* con «aves de pluma»? —preguntó—. ¿Quién es *perrrverrrso*? Te *dirré*, Carl Kraski, que soy un hombre *honrrrado*, que no ha nacido el *hombrrre* que diga que Adolph Bluber es un *perrrverrrso*.

—Oh, cierra el pico —espetó Kraski—, si algo sale mal, la culpa será tuya. Estos tipos robaron el marfil y, probablemente, mataron a mucha gente para conseguirlo. Además, tienen esclavos, a los que liberaremos.

Ah, bien —dijo Bluber—, es justo y equitativo, vaya, bien, *perno recuerrrde, señorrr* Kraski, que yo soy un hombre honrado.

—¡Caramba! —exclamó Throck—, todos somos honrados. Nunca había visto a tantas personas honradas en toda mi vida.

—Claro que somos honrados —rugió John Peebles— y al que diga lo contrario, le parto la cara, y ya está.

La muchacha sonrió con cansancio.

—Siempre se distinguen los hombres honrados —dijo—. Van por ahí

pregonando a voces lo muy honrados que son; pero no importa. Ahora lo que hay que hacer es decidir si queremos hacer lo que sugiere Kraski o no. Es algo en lo que todos tenemos que estar de acuerdo antes de emprenderlo. Somos cinco. Votemos. ¿Queremos o no queremos?

—¿Los hombres nos acompañarán? —preguntó Kraski, volviéndose a Luvini.

—Si se les promete una parte del marfil lo harán —respondió el negro.

—¿Cuántos están a favor del plan de Carl? —preguntó Flora.

Hubo unanimidad a favor, y así pues se decidió que emprenderían la aventura, y media hora más tarde enviaron un corredor al campamento de los ladrones con un mensaje para el jefe. Poco después, el grupo levantó el campamento e inició la marcha en la misma dirección.

Tardaron una semana en llegar al campamento de los ladrones, y allí les esperaba su mensajero que había llegado sano y salvo. Esteban y Owaza seguían sin aparecer, ni se les había visto u oído en las proximidades. El resultado fue que los árabes empezaron a recelar, temiendo que el mensaje fuera una farsa que permitiera la entrada en su campamento del numeroso contingente de blancos y negros armados.

Jane Clayton y sus waziri, que avanzaban rápidamente, captaron el rastro de olor del safari de Flora Hawkes en el campamento donde los waziri vieron a Esteban por última vez, al que creían Tarzán de los Monos. Siguiendo el camino claramente marcado y avanzando con mucha más rapidez que el safari de Hawkes, Jane y los waziri acamparon a escaso kilómetro y medio de los ladrones sólo una semana después de que el grupo de Hawkes hubiera llegado y donde aún permanecía, esperando la llegada de Owaza y Esteban o el momento propicio para lanzar su ataque traidor a los árabes. Entretanto, Luvini y algunos otros negros habían conseguido difundir en secreto la propaganda de revuelta entre los esclavos de los árabes. Aunque informaba de sus progresos cada día a Flora Hawkes, el hombre no comunicó el constante avance y desarrollo de un pequeño plan propio que mantenía en secreto, en el cual, además de la revuelta de los esclavos y de la matanza de los árabes, se incluía el asesinato de todos los blancos a excepción de Flora Hawkes, a quien Luvini deseaba conservar para sí mismo o para venderla a algún sultán negro del norte. El astuto plan de Luvini consistía en matar primero a los árabes, con ayuda de los blancos, para luego caer sobre éstos y matarlos, después de que sus lacayos les hubieran robado las armas.

Existen pocas dudas respecto a que Luvini habría sido capaz de ejecutar su plan con facilidad de no haber sido por la lealtad y el afecto de un joven negro que se hallaba al servicio personal de Flora Hawkes.

La joven mujer blanca, pese a lo que era capaz de hacer para satisfacer su codicia y avaricia, era una mujer buena e indulgente. La bondad que había demostrado hacia el joven e ignorante negro iba a reportarle unos dividendos que superaban en mucho su inversión.

Luvini acudió a ella cierta tarde para anunciarle que todo estaba a punto, y que la revuelta de los esclavos y el asesinato de los árabes tendría lugar aquella noche, inmediatamente después del anochecer. La codicia de los blancos se había excitado hacía tiempo al ver la cantidad de marfil que los ladrones poseían, lo que provocó la impaciencia de todos por llegar al final de la conspiración que pondría en sus manos una considerable riqueza.

Justo antes de la cena, el muchachito negro se introdujo en la tienda de Flora Hawkes. Tenía los ojos muy abiertos y estaba terriblemente asustado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

—¡Chsss! Que no la oigan hablar conmigo; pegue su oreja a mí mientras le cuento los planes de Luvini.

La muchacha acercó el oído a los labios del negro.

—Ha sido buena conmigo —susurró— y ahora que Luvini quiere hacerle daño, he venido a decírselo.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Flora en voz baja.

—Quiero decir que Luvini ha dado orden de que, cuando los árabes estén muertos, los hombres negros maten a todos los hombres blancos y se la lleven a usted prisionera. Tiene intención de quedársela para él o de venderla en el norte por una gran suma de dinero.

—Pero ¿cómo lo sabes? —preguntó la muchacha.

—Todos los negros del campamento lo saben —respondió el joven—. Yo tenía que robar su rifle y su pistola, igual que todos los demás chicos robarán las armas de sus amos blancos.

La muchacha se puso de pie de un salto.

—Le daré una lección a ese traidor —dijo; cogió su pistola y a grandes pasos se encaminó hacia la puerta de la tienda.

El muchacho se tiró a sus rodillas y la abrazó.

—¡No! ¡No! —exclamó—, no lo haga. No diga nada. Si lo hace, matarán a los hombres blancos antes y se la llevarán prisionera igualmente. Todos los muchachos negros del campamento están contra usted. Luvini ha

prometido que el marfil se dividirá a partes iguales entre todos ellos. Ahora están preparados, y si amenaza a Luvini, o si de alguna otra manera se enteran de que usted conoce el plan, caerán sobre usted enseguida.

—¿Qué esperas que haga, pues? —preguntó ella.

—Sólo hay una esperanza: escapar. Usted y los hombres blancos deben huir a la jungla. Ni siquiera yo puedo acompañarles.

Flora permaneció mirando al muchachito en silencio durante unos instantes, y por fm dijo:

—Muy bien, acepto tu sugerencia. Me has salvado la vida. Quizá nunca pueda pagarte por ello, o quizá sí. Ahora vete, antes de que sospechen de ti.

El negro se retiró de la tienda, arrastrándose por la parte trasera para impedir que le viera alguno de sus compañeros que se hallaban en el centro del campamento desde el que se veía perfectamente la parte delantera de la tienda. Inmediatamente después de que se marchara, Flora salió con naturalidad y fue a la tienda de Kraski, que el ruso ocupaba con Bluber. Encontró allí a los dos hombres y con susurros les puso al corriente de lo que el negro le había contado. Kraski llamó entonces a Peebles y Throck, y se decidió que no darían muestras de sospechar nada. Los ingleses estaban a favor de asaltar sobre los negros y aniquilarles, pero Flora Hawkes les disuadió de efectuar ningún acto precipitado pues los nativos los superaban numéricamente y sería inútil intentar vencerles.

Bluber, con su astucia habitual que tendía siempre al doble juego a la más mínima oportunidad, sugirió que en secreto advirtieran a los árabes lo que sabían, y si unían sus fuerzas con ellos tendrían la posición más fuerte posible en el campamento y podrían empezar a disparar sobre los negros antes de que éstos atacaran.

Flora Hawkes vetó de nuevo la sugerencia.

—No saldrá bien —dijo—, porque los árabes en el fondo son tan enemigos nuestros como los negros. Si lográramos subyugar a estos últimos en cuestión de minutos, los árabes conocerían hasta el último detalle de nuestro plan contra ellos, tras lo cual nuestra vida no valdría más que esto —y chasqueó los dedos.

—Supongo que *Florrra* tiene razón, como de *costumbrrre* —gruñó Peebles—, *perrro* qué diablos vamos a *hacerrr* en esta jungla si nadie caza para *nosotrrros*, o cocina para *nosotrrros*, o lleva *nuestrrras* cosas, o nos *encuentrrra* el camino, esto es lo que me *gustarrría saberrr*, y ya está.

—Me parece que no se puede hacer otra cosa —dijo Throck—; pero

caramba si me gustaría huir.

Llegó entonces a los oídos de los blancos, retumbando desde la lejana distancia en la jungla, el rugido de un león.

—¡*Ach, weh*! —exclamó Bluber—. ¿Tenemos que *irrr* solos a esa jungla? ¡*Mein Gott*! *Prrrefiero quedarrrme* aquí y *morrrir* como un *hombrrre* blanco.

—No te matarán como a un hombre blanco —dijo Kraski. Te torturarán, si te quedas.

Bluber se retorcía las manos y el sudor producido por el miedo le resbalaba por la cara.

—¡*Ach*!, ¿por qué lo hice?, ¿por qué lo hice? —gimió—. ¿Por qué no me quedé en casa, en Londres, que es donde debo estar?

—¡Cierra el pico! —espetó Flora—. ¿No sabes que si haces algo que levante las sospechas de estos tipos, se echarán sobre nosotros enseguida? Sólo podemos hacer una cosa: esperar a que inicien el ataque a los árabes. Aún dispondremos de nuestras armas, pues no tienen intención de robárnoslas hasta que los árabes estén muertos. Tenemos que aprovechar la confusión de la pelea para escapar a la jungla, y después… Dios dirá; y que Dios nos proteja.

—Sí —balbuceó Bluber, que estaba muerto de miedo—. Que Dios nos ayude.

Unos instantes después llegó Luvini.

—Todo está a punto, *bwanas* —dijo—. Cuando hayáis terminado de cenar, estad preparados. Oiréis un disparo; ésta será la señal. Entonces abrid fuego sobre los árabes.

—Bien —dijo Kraski—, hemos estado hablando de ellos y hemos decidido que nos quedaremos cerca de la puerta para impedir que escapen.

—Está bien —dijo Luvini—, pero tú quédate aquí. —Se dirigía a Flora —. No estarías a salvo si pelearas. Quédate en tu tienda y limitaremos la lucha al otro lado de la aldea y posiblemente junto a la puerta de ésta, por si alguien intenta escapar.

—De acuerdo —accedió Flora—, me quedaré aquí.

Satisfecho porque las cosas no podían salir mejor para él, el negro se fue; el campamento entero estaba cenando. Se respiraba un ambiente de expectación y gran tensión nerviosa en todo el campamento que debía de ser perceptible incluso para los árabes, aunque ellos eran los únicos que desconocían la causa. Bluber estaba tan aterrado que no podía comer;

permanecía sentado, blanco y tembloroso, mirando alrededor con ojos asustados: primero a los negros, después a los árabes y, por fin, a la puerta del recinto, cuya distancia debía de haber medido un centenar de veces mientras esperaba el disparo, la señal de la matanza que iba a enviarle a la jungla para, lo más seguro, convertirle en presa inmediata del primer león que pasara.

Peebles y Throck comían tranquilamente, para gran disgusto de Bluber. Kraski, que era de temperamento muy nervioso, comió poco, pero no daba muestras de miedo. Tampoco Flora Hawkes parecía asustada, aunque en el fondo comprendía lo desesperado de la situación.

Había oscurecido. Algunos negros y árabes aún comían cuando, de pronto, el fuerte ruido de un disparo de rifle quebró el silencio. Un árabe cayó al suelo sin ruido. Kraski se levantó y cogió a Flora por el brazo.

—¡Vamos! —ordenó.

Seguidos por Peebles y Throck, y precedidos por Bluber, a cuyos pies el miedo había prestado alas, corrieron hacia la puerta de la empalizada.

El aire se había llenado de los roncos gritos de los hombres que peleaban y de los disparos de rifles. Los árabes, que no sumaban más de una docena, peleaban con ganas, y como eran mejores tiradores que los negros, aún era dudoso el resultado de la batalla cuando Kraski abrió la puerta y los cinco blancos huyeron hacia la oscuridad de la jungla.

El resultado de la lucha en el campamento no podía ser otro que el que fue, pues los negros superaban en mucho a los árabes, y al final, pese a ser malos tiradores, lograron abatir al último de los nómadas del norte. Entonces fue cuando Luvini volvió su atención a los otros blancos y descubrió que habían huido. El negro comprendió dos cosas al instante. Una era que alguien le había traicionado, y la otra, que los blancos no podían haber llegado muy lejos.

Llamó a sus guerreros, les explicó lo sucedido, y grabando en ellos la idea de que los blancos, si se les permitía escapar, al final regresarían con refuerzos para castigarles, incitó a sus seguidores, más de doscientos guerreros, a la necesidad de partir de inmediato tras los fugitivos y capturarlos antes de que pudieran siquiera transmitir el mensaje a una aldea vecina, la más próxima de las cuales se hallaba a no más de un día de marcha.

CAPÍTULO XVI

LA PROVISIÓN DE DIAMANTES

A MEDIDA que las primitivas bombas de humo llenaban la sala del trono de la Torre de los Emperadores con sus asfixiantes vapores, los gomangani arracimados en torno a Tarzán le rogaban que los salvara, pues también ellos habían visto a los bolgani en todas las aberturas, en los jardines y en la terraza.

—Esperad un momento —dijo Tarzán— hasta que el humo sea lo bastante denso para ocultar nuestros movimientos a los bolgani; entonces nos precipitaremos a las ventanas que dan a la terraza, pues están más cerca de la puerta oriental que las otras salidas, y así algunos de nosotros tendrán más probabilidades de escapar.

—Tengo un plan mejor —dijo el anciano—. Cuando el humo nos oculte, seguidme. Hay una salida que no está custodiada, probablemente porque ni siquiera sueñan con que la utilicemos. Al pasar por el estrado detrás del trono, he podido observar que allí no había ningún bolgani.

—¿Adónde conduce? —preguntó Tarzán.

—Al sótano de la Torre de Diamantes, la torre en la que te he sorprendido. Es la parte de palacio más cercana a la puerta oriental, y si podemos llegar a ella antes de que_ sospechen podremos llegar al menos a la selva.

—¡Espléndido! —exclamó el hombre-mono—. El humo no tardará en ocultarnos a la vista de los bolgani.

En realidad, era ya tan espeso que a los ocupantes de la sala del trono empezaba a costarles respirar. Muchos tosían y se asfixiaban y a todos les lloraban los ojos. Sin embargo, no los ocultaba completamente a los bolgani que les rodeaban.

—No sé cuánto rato podremos resistir —dijo Tarzán.

—Se está haciendo un poco denso —dijo el anciano—. Unos instantes más y creo que podremos hacernos invisibles.

—No lo soporto más —gritó La—. Me estoy asfixiando y estoy medio ciega.

—Muy bien —dijo el anciano—, dudo que ahora puedan vernos. Está muy denso. Vamos, seguidme —y les hizo subir la escalera del estrado y pasar por una abertura que había detrás de los tronos, una pequeña abertura escondida tras unas colgaduras.

El anciano iba delante, seguido por La y después por Tarzán y Jad-bal-ja, que estaba casi al límite de su resistencia y paciencia, y expresaba su furia con profundos gruñidos que podían indicar a los bolgani por donde escapaban, de modo que a Tarzán le costaba sujetarlo. Detrás de Tarzán y el león se agolpaban los gomangani, que no paraban de toser; pero como Jad-bal-ja se hallaba justo delante de ellos, no se acercaban tanto al grupo que les precedía como probablemente habrían hecho.

La abertura daba a un corredor oscuro que conducía a una tosca escalera que descendía a un nivel inferior, y luego seguía en línea recta en total oscuridad en la considerable distancia que separaba la Torre de los Diamantes de la Torre de los Emperadores. Tan grande fue su alivio al escapar del denso humo de la sala del trono que no les importaba la oscuridad del corredor, sino que seguían con paciencia al anciano, quien ya les había explicado que la escalera era el único obstáculo que encontrarían en el túnel.

El anciano se detuvo ante una robusta puerta, que logró abrir con considerable dificultad.

—Esperad un momento —dijo— a que encuentre un farol y encienda una luz.

Le oyeron moverse unos instantes más allá de la puerta, luego se encendió una débil luz y después la mecha de un farol vaciló. En la penumbra, Tarzán vio ante ellos una gran cámara rectangular, cuyo gran tamaño sólo sugería parcialmente la escasa iluminación.

—Entrad todos y cerrad la puerta —dijo el anciano. Luego llamó a Tarzán—. ¡Ven! —dijo—. Antes de abandonar esta cámara quiero mostrarte algo que ningún otro ojo humano ha visto jamás.

Lo llevó al fondo de la cámara donde, a la luz del farol, Tarzán vio hileras de estanterías en las que se amontonaban pequeños sacos de pieles. El anciano dejó el farol en uno de los estantes, cogió un saco y derramó parte del contenido en la palma de su mano.

—Diamantes —dijo—. Cada uno de estos paquetes pesa dos kilos y

todos contienen diamantes. Los han ido acumulando desde hace siglos, pues extraen mucho más de lo que pueden gastar. Sus leyendas dicen que algún día los atlantes regresarán y podrán venderles los diamantes; por eso siguen extrayéndolos y almacenándolos como si hubiera un mercado constante para ellos. Tomad, llevaos una bolsa —dijo. Entregó una bolsa a Tarzán y otra a La—. No creo que jamás salgamos vivos del valle, pero tal vez sí —y cogió una tercera bolsa para él.

Desde la cámara de los diamantes, el anciano les hizo subir por una escalera primitiva hasta el piso superior y después los condujo rápidamente a la entrada principal de la Torre. Sólo dos pesadas puertas, cerradas por dentro con cerrojo, se interponían entre ellos y la terraza, y a poca distancia de ésta se abría la puerta oriental. El anciano estaba a punto de abrir las puertas cuando Tarzán le detuvo.

—Espera un momento —dijo— hasta que llegue el resto de los gomangani. Les cuesta un poco subir la escalera. Cuando estén todos detrás de nosotros, abre las puertas y tú y La, con estos diez o doce gomangani que están más cerca de nosotros, corred hacia la puerta oriental; el resto nos quedaremos atrás para contener a los bolgani en caso de que nos ataquen. Preparaos —añadió instantes después—, creo que todos están arriba.

Tarzán explicó con detalle a los gomangani el plan que tenía en mente. Después, se volvió al anciano y ordenó:

—¡Ahora!

Corrieron el cerrojo, abrieron las puertas y el grupo entero echó a correr al mismo tiempo hacia la puerta oriental.

Los bolgani, que aún estaban en la sala del trono, no se dieron cuenta de que sus víctimas les habían esquivado hasta que Tarzán, cubriendo la retaguardia con Jad-bal-ja, franqueó la puerta oriental. Inmediatamente los bolgani lanzaron un fuerte grito que movilizó a varios centenares de ellos a una enloquecida persecución.

—Ahí vienen —gritó Tarzán a los demás—. ¡Corred! ¡Id directos al valle hacia Opar!

—¿Y tú? —preguntó La.

—Me quedaré un poco con los gomangani, e intentaré castigar a estos tipos.

La se detuvo en seco.

—No daré un paso sin ti, Tarzán de los Monos dijo. —Ya son demasiados los riesgos que has corrido por mí. No, no me iré sin ti.

El hombre-mono se encogió de hombros.

—Como quieras dijo. —Ahí están.

Con gran dificultad reunió a una parte de los gomangani que, una vez franqueada la puerta, parecían imbuidos de un solo propósito: poner tanta distancia como les fuera posible entre el Palacio de Diamantes y ellos. Se reunieron unos cincuenta guerreros a la llamada de Tarzán y con ellos permaneció en la entrada, hacia la cual se precipitaban varios centenares de bolgani.

El anciano se acercó a Tarzán y le cogió el brazo.

—Será mejor que vueles —dijo—. Los gomangani se dispersarán y echarán a correr al primer asalto.

—No ganaremos nada si huimos —dijo Tarzán—, pues sólo perderemos lo que hemos ganado con los gomangani y después tendríamos todo el valle rodeándonos como un enjambre de avispones.

Apenas había terminado de hablar cuando uno de los gomangani gritó:

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Vienen! —y señaló hacia la selva.

—Y oportunamente —observó Tarzán, al ver a los primeros gomangani que salían de la selva en tropel y se dirigían hacia la puerta oriental—. ¡Vamos! —gritó a los negros que avanzaban—. ¡Los bolgani nos atacan; adelante, vengad vuestras afrentas!

Entonces se volvió, llamó a los negros que lo rodeaban y avanzó para encontrarse con los hombres gorila que les atacaban. Detrás de ellos, los gomangani cruzaban la puerta oriental del Palacio de Diamantes como una ola, llevándoselo todo por delante, y rompieron al fin el vacilante muro bolgani que lanzaron implacablemente contra las paredes del palacio.

Los gritos y las peleas y la sangre provocaron en Jad-bal-ja un frenesí tal, que a Tarzán le costaba sujetarlo para que no atacara indiscriminadamente sobre amigos y enemigos, de tal modo que el hombre-mono precisó tanto tiempo para reprimir a su feroz aliado que apenas pudo participar en la batalla, aunque vio que iban ganando ellos y que, salvo si se producía algún incidente inesperado, la derrota completa de los bolgani estaba asegurada.

Sus deducciones no eran erróneas. Tan frenéticos estaban los gomangani con la sed de venganza y tan seducidos por los primeros frutos de la victoria, que enloquecieron como el propio Jad-bal-ja. No daban ni pedían cuartel, y la pelea no terminó hasta que no encontraron más bolgani que matar.

Terminada la pelea, Tarzán, junto con La y el anciano, regresó a la sala del trono, en la que ya no quedaban restos de las bombas de humo. Allí convocó al cabecilla de cada aldea, y cuando estuvieron reunidos ante el estrado, sobre el que se erguían los tres blancos y el gran león de negra melena *Jad-bal-ja*, Tarzán se dirigió a ellos.

—Gomangani del Valle del Palacio de Diamantes —dijo—, esta noche os habéis liberado de los tiranos que os han oprimido desde tiempo inmemorial. Durante siglos os han oprimido tanto que nunca ha surgido de entre vosotros un líder capaz de gobernaros con sabiduría y justicia. Por lo tanto, debéis elegir a alguien que no sea de vuestra raza.

—¡Tú! ¡Tú! —clamaron diferentes voces para que Tarzán de los Monos fuera su rey.

—No —respondió el hombre-mono, levantando la mano para pedir silencio—, pero aquí hay alguien que ha vivido mucho tiempo entre vosotros y que conoce vuestros hábitos y costumbres, vuestras esperanzas y necesidades mejor que nadie. Si él quiere quedarse con vosotros y gobernaros, será, estoy seguro, un buen rey —y Tarzán señaló al anciano.

Éste miró a Tarzán con perplejidad.

—Pero yo quiero irme de aquí —dijo—; quiero volver al mundo civilizado, del que he estado apartado todos estos años.

—No sabes lo que dices —respondió el hombre-mono—. Has estado mucho tiempo lejos de allí. No encontrarás a ningún amigo en el lugar de donde viniste. Encontrarás engaño, hipocresía y codicia, avaricia y crueldad. Nadie se interesará por ti y tú no te interesarás por nadie. Yo, Tarzán de los Monos, he abandonado mi jungla para ir a las ciudades construidas por hombres, pero siempre me ha desagradado y me ha alegrado regresar a mi jungla, a las nobles bestias que son sinceras en su amor y en su odio, a la libertad y a la autenticidad de la naturaleza.

»Si regresas, te sentirás decepcionado y te darás cuenta de que has perdido la oportunidad de realizar un trabajo que merece la pena. Estas pobres criaturas te necesitan. Yo no puedo quedarme para guiarlas y sacarlas de la oscuridad, pero tú sí, y tú puedes moldearlas de modo que sean un pueblo industrioso, virtuoso y bondadoso, que no desconozca, sin embargo, las artes de la guerra, pues cuando tenemos lo que es bueno, siempre hay quienes nos envidian y nos arrebatan por la fuerza lo que tenemos. Por lo tanto, debes enseñar a tu gente a proteger su país y sus derechos, y para protegerse deben tener habilidad y conocimientos para

pelear con éxito y armas con las que luchar.

—Lo que dices es cierto, Tarzán de los Monos —respondió el anciano —. No hay nada para mí en ese otro mundo, y si los gomangani desean que sea su jefe, aquí me quedaré.

Los cabecillas, al ser interrogados, aseguraron a Tarzán que si él no podía ser su jefe se alegrarían de que lo fuera el anciano, a quien todos conocían, o de vista o de oídas, como alguien que jamás había perpetrado ninguna crueldad en los gomangani.

Se buscó a los pocos bolgani supervivientes que se habían refugiado en diferentes partes de palacio y los llevaron a la sala del trono, donde les dieron la opción de quedarse en el valle como esclavos o abandonar el país. Los gomangani habrían caído sobre ellos y les habrían matado, pero su nuevo rey se lo impidió.

—Pero ¿adónde iremos si nos vamos del Valle del Palacio de Diamantes? —preguntó un bolgani—. No sabemos qué es lo que existe más allá de la ciudad de Opar, y en Opar tal vez sólo encontremos enemigos.

Tarzán lo miró con perplejidad y en silencio. Durante largo rato no habló, mientras varios cabecillas gomangani y otros bolgani ofrecían sugerencias sobre el futuro de los hombres gorila. Por fin, el hombre-mono se levantó e hizo una seña a los bolgani.

—Sois casi un centenar —lijo—. Sois criaturas fuertes y deberíais ser luchadores feroces. A mi lado se sienta La, la suma sacerdotisa y reina de Opar. Un sacerdote perverso le usurpó el poder y le arrebató el trono, pero mañana marcharemos sobre Opar con los valientes gomangani del Valle del Palacio de Diamantes, y allí castigaremos a Cadj, el sumo sacerdote, que ha demostrado ser un traidor a su reina; y La, una vez más, reinará en Opar. Pero cuando las semillas de la traición se han propagado, la planta puede brotar en cualquier momento y en el lugar menos esperado. Pasará mucho tiempo, por tanto, hasta que La de Opar pueda confiar plenamente en la lealtad de su pueblo, lo cual os ofrece una oportunidad y un país. Acompañadnos, pues, a Opar, y pelead con nosotros para que La recupere su trono, y después, cuando la lucha haya terminado, quedaos allí como guardia personal de La para protegerla, no sólo de los enemigos externos, sino también de los internos.

Los bolgani discutieron el asunto durante varios minutos y luego uno de ellos se acercó a Tarzán.

—Haremos lo que sugieres —dijo.

—¿Y seréis leales a La? —preguntó el hombre-mono—. Un bolgani nunca es traidor —contestó el hombre gorila.

¡Bien! —exclamó Tarzán—. Y tú, La, ¿estás satisfecha con este acuerdo?

—Los acepto a mi servicio —respondió ella.

A primera hora de la mañana siguiente, Tarzán y La partieron con tres mil gomangani y un centenar de bolgani para castigar al traidor Cadj. No hubo ningún intento, o casi ninguno, de estrategia o engaño. Simplemente marcharon por el Valle del Palacio de Diamantes, descendieron el rocoso barranco hasta el valle de Opar y se encaminaron directamente a la parte posterior del palacio de La.

Un monto gris, sentado entre las parras y enredaderas de los muros del templo, les vio venir. Ladeó la cabeza, primero hacia un lado y después hacia el otro, y lo que vio le interesó y excitó tanto que, por un momento, se olvidó de rascarse el vientre, ocupación a la que se dedicaba asiduamente durante un buen rato. Cuanto más se acercaba la columna, más excitado estaba Manu, el mono, y cuando comprendió vagamente el gran número de gomangani que formaba el grupo, casi se murió de miedo, pero lo que de veras le hizo huir corriendo como un loco hacia el palacio de Opar fue ver a los bolgani, los ogros de su pequeño mundo.

Cadj estaba en el patio del templo interior, donde a la salida del sol había realizado un sacrificio al Dios Llameante. Se encontraban con él varios sacerdotes inferiores y Oah y sus sacerdotisas. Que había disensión entre ellos era evidente por los rostros ceñudos y por las palabras que Oah dirigía a Cadj.

—Otra vez te has excedido, Cadj —gritó con amargura—. Sólo la suma sacerdotisa del Dios Llameante puede realizar el sacrificio. Sin embargo, tú sigues insistiendo en blandir el sagrado cuchillo con tu mano indigna.

—Cállate, mujer —gruñó el sumo sacerdote—. Soy Cadj, rey de Opar, sumo sacerdote del Dios Llameante. Tú eres lo que eres sólo gracias al favor de Cadj. No pruebes mi paciencia o conocerás de verdad lo que es el cuchillo sagrado.

La siniestra amenaza que vertieron sus palabras era inconfundible. Varios de los que estaban alrededor apenas pudieron ocultar su sorpresa por la actitud sacrílega hacia su suma sacerdotisa. Por muy poco que la estimaran, el caso era que ocupaba una alta jerarquía entre ellos, y quienes

creían que La había muerto, como Cadj se había esforzado en hacerles creer, ofrecían a Oah el respeto al que su alto cargo le daba derecho.

—Ten cuidado, Cadj —advirtió uno de los sacerdotes mayores—. Existe un límite que ni siquiera tú puedes traspasar.

—¿Te atreves a amenazarme? —gritó Cadj, con el brillo de la furia maníaca de los fanáticos en los ojos—. ¿Te atreves a amenazarme a mí, Cadj, el sumo sacerdote del Dios Llameante?

Y al pronunciar esas palabras se abalanzó hacia el sacerdote, con el cuchillo del sacrificio levantado amenazadoramente y, justo en aquel momento, entró un monto gris parloteando y lanzando grititos por una aspillera del muro que daba al patio del templo.

—¡Los bolgani! ¡Los bolgani! —aulló—. ¡Que vienen! ¡Que vienen!

Cadj se detuvo y se volvió hacia Manu, bajando la mano que sostenía el cuchillo.

—¿Los has visto, Manu? —preguntó—. ¿Dices la verdad? Si es otro de tus trucos, no vivirás para gastarle otra broma a Cadj.

—Digo la verdad —parloteó el monto—. Los he visto con mis propios ojos.

—¿Cuántos son? —preguntó Cadj—. ¿Y a qué distancia de Opar se encuentran?

—Hay tantos como hojas en los árboles —respondió Manu— y ya están cerca de los muros del templo; los bolgani y los gomangani vienen como las hierbas que crecen en los barrancos frescos y húmedos.

Cadj se volvió y alzó el rostro hacia el sol, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito que acabó en un penetrante alarido. Tres veces lanzó aquel horrible grito; después, dio a los presentes la orden de seguirle y echó a andar con brío hacia el palacio propiamente dicho. Mientras Cadj dirigía sus pasos hacia la antigua avenida, a la que daba la fachada del palacio de Opar, salieron de todos los corredores y puertas grupos de peludos hombres de Opar, armados con sus pesadas porras y cuchillos. En los árboles una veintena o más de monitos grises lanzaban grititos y parloteaban.

—Aquí no, aquí no —gritaban y señalaban hacia el lado sur de la ciudad.

Cual turba indisciplinada, la horda de sacerdotes y guerreros volvieron a entrar en palacio pisándole los talones a Cadj. Allí se encaramaron a lo alto de la elevada pared que protege el palacio, justo cuando las fuerzas de Tarzán se detenían fuera.

—¡Rocas! ¡Rocas! —gritó Cadj y, como respuesta a sus órdenes, las mujeres que estaban en el patio empezaron a recoger los fragmentos sueltos de piedra que se habían desprendido de la muralla y del palacio y se las arrojaron a los guerreros que estaban arriba.

—¡Fuera! —gritó Cadj al ejército que estaba a las puertas de la ciudad —. ¡Fuera! Soy Cadj, sumo sacerdote del Dios Llameante, y éste es su templo. No profanéis el templo del Dios Llameante o conoceréis su ira.

Tarzán se adelantó a los otros y alzó una mano para pedir silencio.

—La, vuestra suma sacerdotisa y reina, está aquí —gritó a los oparianos que estaban encaramados a la muralla—. Cadj es un traidor y un impostor. Abrid las puertas y recibid a vuestra reina. Entregad los traidores a la justicia y no sufriréis ningún daño; de lo contrario, tomaremos por la fuerza y con derramamiento de sangre lo que por derecho pertenece a La.

Cuando cesó de hablar, La se puso a su lado para que todo su pueblo pudiera verla, e inmediatamente se oyeron gritos aislados en favor de La y algunas voces se alzaron contra Cadj. Comprendiendo que todo estaba a punto de ponérsele en contra, Cadj ordenó a sus hombres el ataque, al tiempo que lanzaba una piedra a Tarzán. Sólo la gran agilidad que poseía salvó al hombre-mono; el proyectil pasó de largo y fue a darle a un gomangani en el corazón y le hizo caer. Al instante una lluvia de proyectiles cayó sobre ellos y entonces Tarzán llamó a sus seguidores a la carga. Con fuertes rugidos y gruñidos los bolgani y los gomangani se lanzaron al ataque. Treparon como felinos los muros frente a las amenazadoras porras que les esperaban. Tarzán, quien eligió a Cadj como objetivo, se hallaba entre los primeros en llegar. Un guerrero peludo y encorvado le pegó con una porra y, colgándose de la cima del muro con una mano, Tarzán cogió el arma con la otra y se la arrebató a su atacante. Al mismo tiempo, vio cómo Cadj desaparecía en el patio. Entonces Tarzán se impulsó hasta arriba, donde fue atacado de inmediato por otros dos guerreros de Opar. Con el arma que había arrebatado a su compañero les golpeó a derecha e izquierda, tan gran ventaja le daban su gran altura y fuerza sobre ellos y, recordando que no debía dejar escapar a Cadj, que era el cabecilla de la revuelta contra La, Tarzán saltó al suelo justo cuando el sumo sacerdote desaparecía bajo un arco situado en el otro extremo del patio.

Algunos sacerdotes y sacerdotisas intentaron impedir su avance. Tarzán cogió a uno de los primeros por los tobillos y le hizo dar vueltas alrededor,

despejando el camino; mientras corría hacia el otro extremo del patio, donde se detuvo, dio media vuelta y, con toda la fuerza de sus grandes músculos, hizo girar una vez más el cuerpo del sacerdote y lo lanzó a la cara de sus perseguidores.

Sin detenerse, volvió a dar media vuelta y prosiguió su persecución de Cadj, quien siempre se mantenía por delante porque conocía los laberintos del palacio, templo y patios mejor que Tarzán. Éste estaba convencido de que se dirigían a los patios interiores del templo. Allí Cadj podría esconderse en los pozos que había bajo el palacio, que resultarían un escondrijo del que sería difícil hacerle salir, tan numerosos y sinuosos eran los oscuros túneles subterráneos. De modo que Tarzán empleó todas sus fuerzas para llegar al patio del sacrificio a tiempo de impedir que Cadj alcanzara la relativa seguridad de los pasadizos subterráneos, pero cuando por fin cruzó de un salto la puerta del patio, un nudo corredizo, astutamente colocado, se cerró en uno de sus tobillos y el hombre-mono cayó pesadamente al suelo. Casi al instante, numerosos hombrecillos encorvados, habitantes de Opar, se abalanzaron sobre él, donde yacía, medio aturdido por la caída, y antes de que hubiera recobrado por completo sus facultades lo ataron con firmeza.

Semiconsciente sintió que lo levantaban del suelo, lo transportaban, y luego lo depositaron sobre una fría superficie de piedra. Entonces recuperó la consciencia plena, y se dio cuenta de que yacía una vez más en el altar del sacrificio del patio interior del Templo del Dios Llameante y de que por encima de él se erguía Cadj, el sumo sacerdote, su cruel rostro contraído en una mueca de odio y la expectativa de la venganza tanto tiempo aplazada.

—¡Por fin! —exclamó la criatura llena de odio—. Esta vez, Tarzán de los Monos, conocerás la furia no del Dios Llameante, sino de Cadj, el hombre; no habrá esperas ni interferencias.

Alzó el cuchillo del sacrificio por encima de su cabeza. Más allá de la punta del cuchillo, Tarzán de los Monos vio la parte superior del muro del patio y, en aquel momento, apareció la cabeza y los hombros de un poderoso león de negra melena.

—¡Jad-bal-ja! —gritó—. ¡Mata! ¡Mata!

Cadj vaciló y dejó el cuchillo en suspenso. Siguió la mirada del hombre-mono, y en ese instante el león de oro saltó al suelo y, en dos fuertes saltos, se precipitó sobre el sumo sacerdote de Opar. El cuchillo cayó al suelo y las grandes fauces se cerraron sobre el horrible rostro.

Los sacerdotes inferiores que capturaron a Tarzán, y que se habían quedado para presenciar su muerte a manos de Cadj, huyeron despavoridos de la sala en cuanto el león de oro saltó sobre su jefe, y ahora Tarzán y Jad-bal-ja y el cuerpo de Cadj eran los únicos ocupantes del patio del sacrificio del templo.

—¡Vamos, Jad-bal-ja! —ordenó Tarzán—. ¡No dejes que nadie haga daño a Tarzán de los Monos!

Poco más tarde, las fuerzas victoriosas de La entraban en el antiguo palacio y los templos de Opar. Los sacerdotes y guerreros que no habían resultado muertos se rindieron enseguida y reconocieron a La como reina y suma sacerdotisa, y ya, bajo las órdenes de La, la ciudad emprendió la búsqueda de Tarzán y Cadj. Fue así como la propia La, encabezando el grupo de búsqueda, entró en el patio del sacrificio.

La escena que apareció a sus ojos la hizo detenerse en seco, pues allí, atado al altar, yacía Tarzán de los Monos y de pie, junto a él, mirándola directamente con sus brillantes ojos se encontraba Jad-bal-ja, el león de oro.

—¡Tarzán! —gritó La, precipitándose hacia el altar—. Cadj por fin ha recibido su merecido. Que el dios de mis padres se apiade de mí; Tarzán está muerto.

—No —exclamó el hombre-mono—, nada de eso. Ven y suéltame. Sólo estoy atado, pero de no ser por Jad-bal-ja habría muerto bajo tu cuchillo del sacrificio.

—Gracias a Dios —entonó La, e hizo ademán de acercarse al altar, pero se detuvo ante la actitud amenazadora del rugiente león.

—¡Quieto!, deja que se acerque —ordenó Tarzán, y Jad-bal-ja se tumbó al lado de su amo y depositó su hocico bigotudo sobre el pecho del hombre-mono.

La se acercó, cogió el cuchillo del sacrificio y cortó las ataduras que mantenían cautivo al señor de la jungla, y entonces vio al otro lado del altar el cadáver de Cadj.

—Tu peor enemigo ha muerto —dijo Tarzán—, y su muerte debes agradecérsela a Jad-bal-ja, como yo le agradezco mi vida. A partir de ahora podrás gobernar en paz y con alegría y amistad al pueblo del valle del Palacio de Diamantes.

Aquella noche, Tarzán, los bolgani y los cabecillas de los gomangani, así como los sacerdotes y sacerdotisas de Opar, se sentaron en el gran salón

de banquetes del palacio de Opar, como invitados de La, la reina, y comieron en platos de oro que habían pertenecido a los antiguos atlantes, platos realizados en un continente que hoy sólo existe en las leyendas de la antigüedad. Y a la mañana siguiente Tarzán y Jad-bal-ja partieron en su viaje de regreso a casa, a la tierra de los waziri.

Atado al altar, yacía Tarzán junto al león de oro.

CAPÍTULO XVII

LA TORTURA DE FUEGO

FLORA Hawkes y sus cuatro aliados, perseguidos por Luvini y sus doscientos guerreros, avanzaban a tropezones en la oscuridad nocturna de la jungla. No tenían objetivo, pues, como les habían guiado los negros, no sabían dónde se encontraban y estaban absolutamente perdidos. La única idea que dominaba la mente de cada uno era poner entre ellos y el campamento de ladrones de marfil toda la distancia posible, pues fuera cual fuese el resultado de la batalla, su destino sería el mismo si el grupo vencedor los capturaba. Habían seguido adelante durante quizá media hora cuando, durante un breve descanso, oyeron claramente a sus espaldas el alboroto producido por sus perseguidores y de nuevo emprendieron su aterrada huida sin rumbo.

Entonces, para su sorpresa, distinguieron al frente el resplandor de una luz. ¿Qué podía ser? ¿Habían recorrido un círculo completo y volvían a estar en el campamento del que huían? Avanzaron para examinar el lugar hasta que por fin divisaron los contornos de un campamento rodeado por una cerca de espinos, en cuyo centro ardía una pequeña fogata. En torno al fuego se congregaba medio centenar de guerreros negros, y cuando los fugitivos se acercaron, más vieron entre los negros a una figura que se destacaba claramente a la luz de la fogata, una mujer blanca, mientras detrás de ellos oían cada vez más fuerte el estruendo de la persecución.

Por los gestos de los negros que rodeaban la hoguera, era evidente que discutían sobre los ruidos de batalla que habían oído hacía poco rato procedentes del campamento de ladrones, pues señalaban a menudo hacia allí, y entonces la mujer levantó la mano para pedir silencio y todos escucharon, y era evidente que también ellos oían la llegada de los guerreros que perseguían a Flora Hawkes y a sus aliados.

Ahí hay una mujer blanca —dijo Flora—. No sabemos quién es, pero es nuestra única esperanza, pues quienes nos persiguen nos alcanzarán

enseguida. Tal vez esta mujer nos proteja. Vamos, voy a averiguarlo —y sin esperar respuesta se encaminó osadamente hacia la cerca.

Se hallaban a poca distancia cuando los aguzados ojos de los waziri los descubrieron, y al instante la pared de la cerca se llenó de afiladas lanzas.

—¡Alto! —gritó uno de los guerreros—. Somos los waziri de Tarzán. ¿Quiénes sois?

—Soy una mujer inglesa —respondió Flora—. Yo y mis compañeros nos hemos perdido en la jungla. Nuestro safari nos ha traicionado; nuestro guía nos persigue con guerreros. Somos cinco y pedimos vuestra protección.

—Déjales entrar —dijo Jane al waziri.

Mientras Flora Hawkes y los cuatro hombres entraban en el recinto bajo la escrutadora mirada de Jane Clayton y los waziri, otro par de ojos observaban desde el follaje del gran árbol, cuyas ramas colgaban al otro lado del campamento; unos ojos grises que brillaron con una extraña luz cuando reconocieron a la muchacha y a sus compañeros.

Cuando los recién llegados se acercaron a lady Greystoke, ésta lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Flora! —dijo, atónita—. Flora Hawkes, ¿qué diantres haces aquí?

La muchacha, también atónita, se detuvo en seco.

—¡Lady Greystoke! —exclamó.

—No lo entiendo —prosiguió lady Greystoke—. No sabía que estuvieras en África.

Por un momento, la elocuente Flora fue presa de la consternación, pero al momento echó mano de su ingenio natural.

—Estoy aquí con el señor Bluber y sus amigos —dijo—, que han venido para efectuar investigaciones científicas y me han traído con ellos porque yo había estado en África con usted y lord Greystoke, y por mi conocimiento de las costumbres del país, pero nuestros hombres se han vuelto contra nosotros y si ustedes no nos ayudan, estamos perdidos.

—¿Son los hombres de la costa oeste? —preguntó Jane.

—Sí —respondió Flora.

—Creo que mis waziri pueden ocuparse de ellos. ¿Cuántos son?

—Unos doscientos —respondió Kraski.

Lady Greystoke hizo gestos de negación con la cabeza.

—Hay muy pocas probabilidades —comentó, y luego llamó a Usula—. Unos doscientos hombres de la costa persiguen a estas personas.

Tendremos que luchar para defenderles.

—Somos waziri —respondió Usula, simplemente, y unos instantes después la vanguardia de las fuerzas de Luvini apareció ante ellos.

Al ver a los guerreros listos para recibirles, los hombres de Luvini se detuvieron. Éste, calculando de un vistazo cuántos eran, avanzó unos pasos y empezó a gritar burlas e insultos, pidiendo que le devolvieran a los blancos. Acompañaba sus palabras con pasos fantásticos y grotescos y, al mismo tiempo, agitaba su rifle y blandía el puño. Sus seguidores le imitaron hasta que los doscientos acabaron aullando, gritando y amenazando, mientras saltaban presas de un frenesí que les daría el valor necesario para iniciar un ataque.

Los waziri, tras la cerca, adiestrados y disciplinados por Tarzán de los Monos, habían dejado de atender la fantástica invitación a la batalla tan querida a ciertas tribus guerreras y, en cambio, permanecían inmóviles y serios, esperando la llegada del enemigo.

—Tienen muchos rifles —comentó lady Greystoke—; no es muy halagüeño para nosotros.

—No hay más de media docena capaces de utilizar acertadamente el rifle —dijo Kraski.

—Todos tus hombres están armados. Situaros entre mis waziri. Avisa a tus hombres que se aparten y nos dejen. No disparéis hasta que ellos ataquen, pero a la primera acción clara, empezad a disparar y seguir; no hay nada que desanime tanto a un negro de la costa oeste como el fuego de rifle del hombre blanco. Flora y yo nos quedaremos en la parte posterior del campamento, cerca de aquel árbol grande. —Hablaba en tono autoritario, como alguien acostumbrado a dar órdenes y que sabe de qué habla. Los hombres la obedecieron; incluso Bluber, aunque temblaba penosamente mientras se dirigía a ocupar su lugar en las filas delanteras entre los waziri.

Sus movimientos, a la luz de la fogata del campamento, eran claramente visibles para Luvini, y también para quienes observaban desde el follaje del árbol bajo el cual Jane Clayton y Flora Hawkes se refugiaron. Luvini no había ido a pelear. Había ido a capturar a Flora Hawkes. Se volvió a sus hombres.

—Sólo son cincuenta —dijo—. Podemos matarles fácilmente, pero no hemos venido a pelear. Hemos venido a llevarnos a la muchacha blanca otra vez. Quedaos aquí y representad un buen espectáculo para esos hijos de los chacales. Haced que no dejen de miraros. Avanzad un poco y luego

retiraos, y mientras llamáis su atención hacia aquí yo me llevaré a cincuenta hombres e iré a la parte posterior del campamento y cogeré a la muchacha blanca. Tan pronto como la tenga en mi poder os enviaré recado e inmediatamente podréis regresar a la aldea, donde, tras la empalizada, estaremos a salvo de cualquier ataque.

El plan satisfacía a los negros de la costa oeste, que no estaban preparados para una batalla inminente, de modo que danzaron, aullaron y amenazaron con voz más fuerte que antes, pues les parecía que lo hacían con perfecta impunidad, ya que después se retirarían, tras un triunfo sin derramamiento de sangre, a la seguridad de su empalizada.

Cuando Luvini, dando un rodeo, avanzaba sigilosamente oculto entre la densa jungla dirigiéndose a la parte posterior del campamento mientras el estruendo de los negros de la costa oeste adquiría proporciones ensordecedoras, del árbol que cobijaba a las dos mujeres blancas cayó de pronto al suelo la figura de un gigante blanco, desnudo salvo por un taparrabo y una piel de leopardo, su perfil divino destacaba a la vacilante luz del fuego.

—¡John! —exclamó lady Greystoke—. Gracias a Dios que eres tú.

—Chsss —siseó el gigante blanco, llevándose un dedo índice a los labios, y entonces, de pronto, se volvió a Flora Hawkes—. Es a ti a quien busco —gritó, y agarró a la muchacha y se la echó sobre los hombros, y antes de que lady Greystoke pudiera intervenir y apenas comprender lo que ocurría, el hombre saltó ágilmente la cerca por la parte posterior del campamento y desapareció en la jungla.

Por un momento, Jane Clayton se tambaleó a causa de un golpe inesperado y luego, ahogando un gemido, se desplomó al suelo, sollozando, tapándose la cara con los brazos.

Así fue como la encontraron Luvini y sus guerreros cuando saltaron silenciosamente la cerca y entraron en el campamento por la parte trasera. Habían venido a por una mujer blanca y habían encontrado una; la pusieron en pie bruscamente, ahogaron sus gritos con sucias y ásperas manos y se la llevaron a la jungla, hacia la aldea empalizada de los ladrones de marfil.

Apenas unos minutos más tarde, los hombres blancos y los waziri vieron cómo los negros de la costa oeste se retiraban lentamente a la jungla, sin dejar de aullar y amenazar, como si mostraran así su empeño en aniquilar totalmente a sus enemigos; la batalla había terminado sin que se disparara un solo tiro ni se arrojara una sola lanza.

—Caramba —dijo Throck—, ¿a qué venía tanto alboroto? Creía que iban a comernos y lo único que han hecho ha sido lanzar gritos y ya está.

Bluber hinchó el pecho.

—Se necesita algo más que un puñado de nativos para intimidar a Adolph Bluber —dijo pomposamente.

Kraski se quedó mirando a los negros que se marchaban, y, rascándose la cabeza, se volvió hacia la fogata.

—No lo entiendo —dijo, y de pronto añadió—: ¿Dónde están Flora y lady Greystoke?

Entonces descubrieron que las dos mujeres habían desaparecido.

Los waziri se pusieron frenéticos. Llamaron en voz alta a su ama, pero no hubo respuesta.

—¡Vamos! dijo Usula, —los waziri pelearemos, después de todo.

Corrió a la cerca y la saltó y, seguido por sus cincuenta negros, partió en persecución de los hombres de la costa oeste.

Tardaron poco en alcanzarles, y lo que sucedió pareció más una fuga desordenada que una batalla. Los negros de la costa oeste, huyeron despavoridos hacia su empalizada con los waziri pisándoles los talones, arrojaron sus rifles para correr más deprisa, pero Luvini y su grupo les tomaron la delantera y se refugiaron en la empalizada antes de que perseguidos y perseguidores llegaran a ella. Una vez dentro, los defensores se resistieron, pues comprendían que si los waziri entraban los matarían a todos, razón por la cual pelearon como ratas acorraladas y por fin lograron contener a sus atacantes hasta cerrar y barrar la puerta. Construida para defenderse de cantidades mucho mayores, la aldea resultaba fácil de defender, y más en esta ocasión en que sólo les atacaba medio centenar de waziri.

Usula comprendió la inutilidad de realizar un ataque a ciegas y retiró sus fuerzas a poca distancia de la empalizada, y allí se quedaron agazapados, mirando con el rostro fiero y ceñudo la puerta de la aldea, mientras Usula planeaba cómo vencer al enemigo, lo cual comprendió que no era posible sólo con la fuerza.

—Sólo queremos a lady Greystoke —dijo—, la venganza puede esperar.

—Pero ni siquiera sabemos si está en la aldea —le recordó uno de sus hombres.

—¿Dónde, si no, podría estar? —preguntó Usula—. Tal vez tengas

razón; es posible que no esté en la aldea, pero quiero averiguarlo. Tengo un plan. Verás, el viento sopla del lado opuesto de la aldea. Diez de vosotros me acompañaréis, los otros avanzaréis de nuevo ante la puerta de la aldea y haréis mucho ruido, fingiendo que vais a atacar. Al cabo de un rato la puerta se abrirá y ellos saldrán, os lo aseguro. Intentaré estar aquí antes de que esto suceda, pero si no es así, dividíos en dos grupos, quedaos a ambos lados de la entrada y dejad que los negros de la costa oeste escapen; ellos no nos importan. Buscad sólo a lady Greystoke, y cuando la veáis, alejadla de quienes la vigilan. ¿Entendido? —Sus compañeros asintieron—. Así pues, vamos. —Seleccionó a diez hombres y el grupo desapareció en la jungla.

Luvini había llevado a Jane Clayton a una choza no lejos de la aldea. Allí la había atado a una estaca, creyendo aún que se trataba de Flora Hawkes, la dejó y se apresuró a regresar a la puerta para tomar el mando de sus fuerzas en la defensa de la aldea.

Tan rápidamente transcurrían los acontecimientos, que Jane Clayton aún estaba medio aturdida por los sustos que había tenido que soportar. Más que el estado y la situación en que se encontraba, le pesaba que su Tarzán la hubiera abandonado en un momento de necesidad y que se había llevado a la jungla a otra mujer. Ni siquiera el recuerdo de lo que Usula le había contado respecto al accidente que Tarzán sufriera, y que supuestamente afectaba a su memoria, podía reconciliarla con la brutalidad de su deserción, y ahora yacía, boca abajo, en la suciedad de la choza árabe, sollozando como no lo había hecho en muchos años.

Mientras ella yacía desgarrada por la aflicción, Usula y sus diez hombres avanzaban sigilosamente y, sin hacer ruido, rodearon la empalizada para ir hasta la parte posterior de la aldea. Allí encontraron grandes cantidades de maleza muerta de cuando los árabes aclararon el lugar para construir su aldea. Se la llevaron y la amontonaron a lo largo de la empalizada hasta una altura de casi tres cuartas partes. Como vieron que era difícil proseguir su tarea en silencio, Usula envió a uno de sus hombres con instrucciones de que prosiguieran su estruendo para ahogar el ruido de las operaciones de sus compañeros. El plan funcionó a la perfección, ya que permitió a Usula y sus hombres trabajar con redoblados esfuerzos, y transcurrió más de una hora hasta que la maleza estuvo amontonada a su satisfacción.

Desde un orificio practicado en la empalizada, Luvini observaba al

grueso de los waziri, que ahora la luz de la luna permitía ver, y por fin llegó a la conclusión de que no tenían intención de atacar aquella noche, por lo que podía reducir la vigilancia y emplear el tiempo de otra manera más agradable. Dio a sus guerreros instrucciones de permanecer cerca de la puerta y estar alerta, con órdenes de que le mandaran llamar en el momento en que los waziri mostraran cualquier cambio de actitud; después, Luvini fue a la choza en la que había dejado a lady Greystoke.

El negro era un tipo enorme, con la frente baja y huidiza y la mandíbula saliente. Cuando entró en la choza con una antorcha encendida que clavó en el suelo, sus ojos inyectados en sangre miraron con lujuria a la forma inmóvil de la mujer que yacía boca abajo ante él. Se lamió los gruesos labios y, acercándose, alargó el brazo y la tocó. Jane Clayton levantó la mirada y retrocedió, asustada. Al ver el rostro de la mujer, el negro expresó su sorpresa.

—¿Quién eres? —preguntó en el inglés corrompido de la costa.

—Soy lady Greystoke, esposa de Tarzán de los Monos —respondió Jane Clayton—. Si eres sensato me soltarás enseguida.

La sorpresa y el terror asomaron a los ojos de Luvini y otra emoción también, pero cuál dominaba el turbio cerebro era difícil de decir. Durante largo rato se quedó mirándola fijamente y, poco a poco, una expresión de lujuria y satisfacción dominó su rostro y borró el miedo que al principio había sentido, y en ese cambio leyó Jane Clayton su sino.

Con dedos torpes Luvini desató los nudos de las ataduras que sujetaban las muñecas y los tobillos de Jane Clayton. Ella sintió su aliento caliente y le vio los ojos inyectados en sangre y la lengua roja que se relamía los gruesos labios. En el instante en que notó que la última correa con la que estaba atada caía al suelo, se levantó de un salto y corrió hacia la entrada de la choza, pero una manaza la agarró y cuando Luvini la arrastró de nuevo hacia él, ella se giró en redondo como una tigresa enloquecida y le pegó repetidamente en su fea cara sonriente. Por la fuerza bruta, cruel e indomable, él dominó la débil resistencia de Jane Clayton y despacio, pero con seguridad, la atrajo hacia sí. Ajenos a todo, sordos a los gritos de los waziri ante la puerta de la aldea y al alboroto que de pronto se produjo en la aldea, los dos pelearon, la mujer condenada desde el principio a la derrota.

Usula ya había encendido media docena de antorchas en la maleza amontonada junto a la empalizada posterior. Las llamas, avivadas por una suave brisa de la jungla, produjeron de inmediato una rugiente

conflagración, que provocó que la madera seca de la empalizada se deshiciera en una lluvia de chispas que el viento transportaba hasta los tejados de paja de las chozas, y en un santiamén la aldea se convirtió en un rugiente infierno en llamas. Y como Usula había previsto, la puerta se abrió y los negros de la costa oeste salieron en tropel, aterrorizados, enfilando la jungla. A ambos lados de la entrada a la aldea, se hallaban los waziri, buscando a su ama, pero aunque esperaron y observaron en silencio hasta que no salió nadie más de la aldea, y hasta que el interior de la empalizada fue un verdadero infierno, no vieron ni rastro de ella.

Incluso después de convencerse de que en la aldea no podía quedar ningún ser humano vivo, seguían aguardando con esperanza; pero al fin Usula abandonó la inútil vigilia.

—Ella no ha estado nunca aquí —dijo— y ahora debemos perseguir a los negros y capturar a algunos para saber el paradero de lady Greystoke.

Era de día cuando tropezaron con un pequeño grupo de rezagados, acampados a unos kilómetros hacia el oeste. Pronto estuvieron rodeados y se rindieron de inmediato a las promesas de inmunidad en el caso de que respondieran verazmente a las preguntas que Usula les formularía.

—¿Dónde está Luvini? —preguntó Usula, que la noche anterior se enteró del nombre del cabecilla de los hombres de la costa oeste por los europeos.

—No lo sabemos; no le hemos visto desde que hemos salido de la aldea —respondió uno de los negros—. Nosotros éramos esclavos de los árabes y cuando anoche escapamos de la empalizada, huimos de los demás, pues nos pareció que estaríamos más seguros solos que con Luvini, que es más cruel incluso que los árabes.

—¿Visteis a las mujeres blancas que anoche llevó al campamento? —preguntó Usula.

—Sólo llevó una mujer blanca —respondió el otro.

—¿Qué hizo con ella? ¿Dónde está ahora? —preguntó Usula.

—No lo sé. Cuando la llevó la ató de pies y manos y la metió en la choza que él ocupaba cerca de la puerta de la aldea. Desde entonces no la hemos visto.

Usula se volvió a sus compañeros. En sus ojos asomó un gran temor, un temor que se reflejó en el semblante de los demás.

—¡Vamos! Regresaremos a la aldea —dijo—. Y vosotros nos acompañaréis —añadió, dirigiéndose a los negros de la costa oeste— y si

nos habéis mentido… —hizo un movimiento significativo con el índice en la garganta.

—No te hemos mentido —se defendieron los otros.

Pronto rehicieron el camino hacia las ruinas de la aldea árabe, de la que no quedaba más que un montón de humeantes ascuas.

—¿Dónde se encontraba la choza en la que estaba confinada la mujer blanca? —preguntó Usula cuando entraron en las ruinas.

—Aquí —señaló uno de los negros, y con pasos rápidos cruzó lo que había sido la puerta de la aldea. De pronto, se detuvo y señaló algo que había en el suelo.

—Ahí está la mujer blanca que buscáis.

Usula y los otros avanzaron. La rabia y la pena competían por dominar sus rostros cuando contemplaron, ante ellos, los restos calcinados de un ser humano que yacía en el suelo.

—Es ella —dijo Usula, y se volvió para ocultar su aflicción cuando las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Los otros waziri estaban asimismo afectados, pues todos habían amado a la compañera del gran *bwana*.

—Quizá no sea ella —sugirió uno—. Quizá sea otra.

—Lo sabremos enseguida —exclamó un tercero—. Si sus anillos se encuentran entre las cenizas, sin duda es ella. —Se arrodilló y buscó los anillos que lady Greystoke llevaba habitualmente.

Usula hizo gestos negativos con la cabeza.

—Es ella —dijo—, allí está la estaca a la que estaba atada… —señaló los restos ennegrecidos de una estaca junto al cuerpo—, y en cuanto a los anillos, aunque no estén no significa nada, pues Luvini se los debió de quitar en cuanto la capturó. Hubo tiempo para que todos escaparan excepto ella, que estaba atada y no pudo salir… no, no puede ser otra.

Los waziri cavaron una tumba poco profunda y con gran reverencia depositaron allí los restos calcinados, señalando el lugar con un pequeño montón de piedras.

CAPÍTULO XVIII

EL RASTRO DE LA VENGANZA

TARZÁN de los Monos, adaptando su velocidad a la de Jad-bal-ja, se abría paso relativamente despacio en su regreso a casa y revisaba con diferentes emociones sus experiencias de la semana anterior. Aunque no había logrado hacer una incursión en las cámaras del tesoro de Opar, la bolsa de diamantes que llevaba consigo compensaba el desbaratamiento de sus planes. Su única preocupación era la seguridad de sus waziri y, quizás, un molesto deseo de encontrar a los blancos que le habían drogado e infligirles el castigo que merecían. Sin embargo, en vista de su mayor deseo de regresar a casa, decidió no hacer ningún esfuerzo por capturarlos, al menos de momento.

Cazando juntos, comiendo juntos y durmiendo juntos, el hombre y el gran león siguieron los senderos de la jungla salvaje hacia el hogar. El día anterior compartieron la carne de Bara, el ciervo, hoy celebraban un festín con el cadáver de Horta, el jabalí, y era poco probable que ninguno de los dos se quedara con hambre.

Se encontraban a un día de marcha del bungaló cuando Tarzán descubrió el rastro de un número considerable de guerreros. Igual que algunos hombres devoran las últimas cotizaciones de la Bolsa como si su existencia dependiera de un detallado conocimiento de las mismas, así Tarzán de los Monos devoraba todas las informaciones, por pequeñas que fueran, que la jungla le ofrecía porque, en verdad, el conocimiento preciso que toda aquella información podía proporcionarle había sido durante toda su vida condición *sine qua non*. Así examinó con atención el rastro de olor que percibía, que era de varios días, y en parte estaba alterado por el paso de fieras desde que lo habían dejado. Sin embargo, era lo bastante legible para los aguzados sentidos del hombre-mono. De pronto, su parcial indiferencia dio paso al vivo interés, pues entre las huellas de los grandes guerreros advirtió las de menor tamaño de una mujer blanca, una huella

amada que conocía tan bien como uno conoce la cara de su propia madre. «Los waziri regresaron y le dijeron que yo había desaparecido —pensó en voz alta— y ahora ella ha partido en mi busca. —Se volvió al león—. Bueno, Jad-bal-ja, una vez más nos alejamos del hogar; pero no, el hogar está donde está ella».

La dirección del camino confundió bastante a Tarzán de los Monos, ya que no seguía la ruta directa hacia Opar, sino una dirección más al sur. El sexto día su buen oído captó el sonido de hombres que se acercaban y luego le llegó el rastro de olor a negros. Tarzán envió a Jad-bal-ja a esconderse en un arbusto y se acercó a los árboles, moviéndose rápidamente en la dirección por la que se acercaban los negros. Cuando la distancia entre ellos se redujo, el olor se incrementó, hasta que, incluso antes de verles, Tarzán supo que eran waziri, pero el efluvio que habría llenado su alma de felicidad no lo percibía.

Un sorprendido Usula, al frente de los tristes y abatidos waziri, se topó tras un recodo del camino cara a cara con su amo.

—¡Tarzán de los Monos! —exclamó Usula—. ¿De verdad eres tú?

—No soy otro —respondió el hombre-mono—, pero ¿dónde está lady Greystoke?

—Ay, mi amo, ¿cómo voy a decírtelo? —se lamentó Usula.

—No querrás decir que… —empezó a decir Tarzán—. No puede ser. No podía sucederle nada mientras estaba protegida por mis waziri.

Los guerreros bajaron la cabeza avergonzados y entristecidos.

—Ofrecemos nuestra vida por la suya —dijo simplemente Usula. Arrojó al suelo su lanza y escudo y, extendiendo los brazos, ofreció su pecho desnudo a Tarzán—. Pega, *bwana*.

El hombre-mono se apartó con la cabeza baja. Después volvió a mirar a Usula.

—Dime cómo ocurrió —dijo—, y olvídate de tus necias palabras como yo he olvidado lo que las ha motivado.

Brevemente, Usula narró los acontecimientos que habían conducido a la muerte de Jane, y cuando terminó Tarzán de los Monos sólo dijo tres palabras, que expresaban una pregunta típica en él.

—¿Dónde está Luvini? —preguntó.

—Ah, no lo sabemos —respondió Usula.

—Pero yo lo averiguaré —dijo Tarzán de los Monos—. Seguid vuestro camino, regresad a vuestras chozas y a vuestras mujeres e hijos, y cuando

volváis a ver a Tarzán, sabréis que Luvini habrá muerto.

Le pidieron permiso para acompañarle, pero él no quiso escucharles.

—En esta época del año sois necesarios en casa dijo. —Ya lleváis demasiado tiempo alejados de vuestros campos y rebaños. Regresad, pues, y llevadle el mensaje a Korak, pero decidle que mi deseo es que también él se quede en casa; si yo caigo, entonces puede venir y proseguir el trabajo que yo deje inacabado si lo desea.

Cuando terminó de hablar, se volvió en la dirección por la que había venido y emitió una única nota baja y sostenida y, unos instantes después, Jad-bal-ja, el león de oro, apareció a la vista por el sendero de la jungla.

—¡El león de oro! —exclamó Usula—. Se escapó de Keewazi para ir al encuentro de su amado *bwana*.

Tarzán hizo un gesto de asentimiento.

—Siguió muchos caminos por una región extraña hasta que me encontró —dijo; luego, se despidió de los waziri y dirigió sus pasos una vez más lejos del hogar, en busca de Luvini y la venganza.

John Peebles, sentado en la horcadura de un gran árbol, saludó el nuevo día con ojos cansados. Cerca de él se encontraba Dick Throck, afianzado igualmente en otra horcadura, mientras Kraski, más inteligente y por tanto con más genio inventivo, había montado una pequeña plataforma de ramas entre dos troncos paralelos, sobre la que yacía con relativa comodidad. Tres metros más arriba Bluber se dejó caer, medio exhausto y absolutamente aterrorizado, a una rama más pequeña, soportado con algo que se aproximaba a la seguridad por una horcadura de la rama a la que se aferraba.

—Dios mío —gruñó Peebles—, prefiero que los malditos leones se me coman antes que pasar otra noche como ésta, y ya está.

—Sí, caramba —dijo Throck—, yo dormiré en el suelo, después de esto, con leones o sin leones.

—Si la inteligencia combinada de los tres fuera igual a la de una morsa —observó Kraski—, habríamos podido dormir con relativa seguridad y comodidad en el suelo.

—Eh, Bluber, «el señor Kraski» te está hablando —dijo Peebles con fino sarcasmo, acentuando el «señor».

—¡*Ach, weh*! No me *imporrrta* lo que digáis —gimió Bluber.

—Quiere que construyamos una casa para él cada noche —prosiguió Peebles— mientras él se queda a un lado diciéndonos lo que tenemos que

hacer, pues como es un elegante caballero, no hace nada.

—¿Por qué iba a trabajar con las manos cuando vosotros sois dos grandes bestias que no tenéis nada más que hacer? —preguntó Kraski. A estas horas, os habríais muerto de hambre todos si yo no hubiera encontrado comida para vosotros. Y al foral seréis carne para los leones, o moriréis de agotamiento si no me escucháis… Aunque no se perdería gran cosa.

Los otros no hicieron caso de este último comentario. En realidad, habían discutido durante tanto tiempo que realmente no se prestaban atención uno a otro. Con la excepción de Peebles y Throck, todos se odiaban cordialmente y sólo se mantenían juntos porque tenían miedo de separarse. Despacio, Peebles bajó su corpulento cuerpo al suelo. Throck le siguió y después lo hizo Kraski, y, por último, Bluber, quien se quedó un momento en silencio al ver su horrible atuendo.

—¡*Mein Gott*! —exclamó por fin—. ¡Miradme! Este *trrraje* me costó veinte guineas, y *mirrradlo*. Está hecho *harrrapos*. ¡*Harrrapos*! No vale ni un penique.

—¡A la mierda tu ropa! —exclamó Kraski. Estamos perdidos, medio muertos de hambre, amenazados constantemente por animales salvajes, y quizá, no lo sabemos, por caníbales, y Flora ha desaparecido en la jungla, y tú te quedas ahí hablando de tu traje de veinte guineas. Me tienes harto, Bluber. Pero vamos, es hora de irnos.

—¿Por dónde? —preguntó Throck.

—Bueno, hacia el oeste, desde luego —respondió Kraski. La costa está allí y no nos queda más remedio que intentar llegar hasta ella.

—No llegaremos si vamos hacia el este —rugió Peebles—, y ya está.

—¿Quién ha dicho que podríamos?

—Bueno, ayer fuimos todo el rato en dirección este —dijo Peebles—. Todo el rato supe que algo iba mal, y acaba de ocurrírseme qué era.

Throck miró a su compañero con estúpida sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —gruño—. ¿Qué te hace pensar que íbamos hacia el este?

—Es fácil —respondió Peebles— y puedo demostrároslo. Porque este grupo de aquí sabe, como el resto, que hemos viajado recto hacia el interior desde que los nativos nos abandonaron. —Señaló con la cabeza hacia el ruso, que estaba de pie con los brazos en jarras, mirando al otro con aire burlón.

—Si crees que os llevo en la dirección errónea, Peebles —dijo Kraski, date la vuelta y ve por el lado contrario; pero yo seguiré en la dirección en que hemos ido, que es la buena.

—No es la dirección correcta —replicó Peebles— y te lo demostraré. Escucha, cuando viajas hacia el oeste, el sol está a tu izquierda, ¿no?, es decir, durante todo el día. Bueno, desde que viajamos sin los nativos el sol ha estado a nuestra derecha. Todo el rato estuve pensando que había algo que no andaba bien, pero no se me ha ocurrido hasta ahora. Está claro como la luz del día. Hemos estado viajando hacia el este.

—Caramba —exclamó Throck—, hemos ido hacia el este, y el cabrón piensa que lo sabe todo.

Auch! —gruñó Bluber—, ¿y tenemos que *volverrr* a *andarrr* todo el camino?

Kraski se rió y se volvió para reanudar la marcha en la dirección que él había elegido.

—Vosotros id por donde queráis dijo, —y mientras viajáis, pensad que estáis al sur del ecuador y que por lo tanto el sol siempre está en el norte, lo cual, sin embargo, no cambia su vieja costumbre de ponerse por el oeste.

Bluber fue el primero en comprender la verdad de la afirmación de Kraski.

—Vamos, muchachos —dijo—. Carl tiene razón —y se volvió y siguió al ruso.

Peebles se quedó rascándose la cabeza, completamente perplejo ante tan desconcertante problema, sobre el que Throck también estaba reflexionando profundamente. Entonces este último se fue detrás de Bluber y Kraski.

—Bueno, John —dijo a Peebles—, no lo entiendo, pero supongo que tienen razón. Se *dirrrigen* hacia donde el sol se puso anoche, y esto *segurrro* que es el oeste.

Al ver que su teoría no se sostenía, Peebles siguió a Throck, aunque no estaba convencido.

Los cuatro hombres, hambrientos y con los pies llagados, avanzaron pesadamente hacia el oeste durante varias horas buscando en vano algo que cazar. Como desconocían el arte de la jungla, andaban a tontas y a locas. Podían haber estado rodeados de fieros carnívoros o de salvajes guerreros, pero tan torpes son las facultades perceptivas del hombre civilizado, que el más descarado enemigo les habría seguido sin que se dieran cuenta.

Y así, poco después de mediodía, cuando cruzaban un pequeño claro, una flecha que por poco le dio a Bluber en la cabeza les hizo detenerse de pronto, presas del pánico. Con un estridente alarido de terror Adolph se desplomó al suelo. Kraski se llevó el rifle al hombro y disparó.

—¡Allí! —gritó—, ¡detrás de los arbustos! —Y entonces otra flecha, procedente de otra dirección, se le clavó en el antebrazo. Peebles y Throck, corpulentos y torpes, se pusieron en acción con menos celeridad que el ruso, pero, igual que él, no mostraron ninguna señal de miedo.

—¡Al suelo! —gritó Kraski, haciendo lo que decía—. Tumbaos.

Apenas los tres hombres se echaron al suelo entre la alta hierba, cuando una veintena de cazadores pigmeos aparecieron a la vista y una lluvia de flechas pasó silbando por encima de sus cabezas, mientras, desde un árbol cercano, dos ojos grises como el acero contemplaban la emboscada.

Bluber yacía sobre el estómago con la cara escondida en los brazos, su inútil rifle a un lado, pero Kraski, Peebles y Throck peleaban por sus vidas y enviaban plomo a los vociferantes pigmeos.

Kraski y Peebles abatieron cada uno a un nativo con el rifle y entonces el enemigo se retiró a ocultarse en la jungla circundante. Durante unos instantes hubo un cese de hostilidades. Reinaba el más absoluto silencio, y entonces una voz rompió la quietud desde el verdor de un gigante de la selva próxima.

—No disparéis hasta que yo os lo diga —dijo en inglés— y os salvaré.

Bluber levantó la cabeza.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritó—. No *disparrrarrremos*. Sálvame, sálvame y te *darrré* cinco *librrras*.

Procedente del árbol del que había salido la voz, se oyó un silbido bajo y sostenido, y después, silencio.

Los pigmeos, momentáneamente sorprendidos por la voz misteriosa que brotaba del follaje de un árbol, cesaron sus actividades, pero después, al no oír nada que despertara su miedo, salieron del refugio que les proporcionaban los arbustos y lanzaron otra andanada de flechas hacia los cuatro hombres, que estaban echados entre las hierbas del claro. Al mismo tiempo, la figura de un gigante blanco saltó de las ramas inferiores de un patriarca de la jungla y del matorral de abajo salió de un salto un gran león de melena negra.

—¡*Ach*! —gritó Bluber, y volvió a taparse la cara con los brazos.

Por un instante, los pigmeos se quedaron aterrorizados, y luego su

cabecilla gritó:

—¡Es Tarzán! —y dio media vuelta y huyó a la jungla.

—Sí, soy Tarzán, Tarzán de los Monos —dijo lord Greystoke—. Soy Tarzán y el león de oro —pero hablaba en el dialecto de los pigmeos y los blancos no entendían una sola palabra de lo que decía. Entonces se volvió a ellos—: Los gomangani se han ido, levantaos.

Los cuatro se pusieron en pie.

—¿Quiénes sois y qué hacéis aquí? —preguntó Tarzán de los Monos—. Pero no necesito preguntaros quiénes sois. Sois los hombres que me drogasteis y me dejasteis indefenso en vuestro campamento, presa del primer león o salvaje nativo que pasara.

Bluber dio un traspiés, frotándose las manos, sonriendo y muerto de miedo.

—¡*Ach, nein*!, *señorrr* Tarzán, no lo reconocimos. Nunca *habrrríamos* hecho lo que hicimos, de *haberrr* sabido que *errra* Tarzán de los Monos. ¡Sálveme! Diez *libaras*, veinte, *cualquiera* cosa. Diga su *prrrecio*. Sálveme y es suyo.

Tarzán hizo caso omiso de Bluber y se volvió hacia los otros.

—Estoy buscando a uno de vuestros hombres —dijo—, un negro que se llama Luvini. Ha matado a mi esposa. ¿Dónde está?

—No sabemos nada de eso —lijo Kraski. Luvini nos traicionó y nos abandonó. Tu esposa y otra mujer blanca se encontraban en nuestro campamento. Ninguno de nosotros sabe qué se ha hecho de ellas. Estaban en la parte de atrás mientras nosotros intentábamos defender el campamento del ataque de los árabes y los esclavos. Tus waziri estaban allí. Después de que el enemigo se retirara, descubrimos que las dos mujeres habían desaparecido. No sabemos qué se hizo de ellas. Ahora las estamos buscando.

—Mis waziri me dijeron lo mismo —dijo Tarzán—, pero ¿habéis visto a Luvini desde entonces?

—No —respondió Kraski.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Tarzán.

—Vinimos con el señor Bluber en una expedición científica —explicó el ruso—. Hemos tenido muchos problemas. Nuestros guías, soldados negros y porteadores se amotinaron y nos abandonaron. Estamos absolutamente solos e indefensos.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó Bluber—. ¡Sálvenos! ¡Sálvenos! *Perrro* no deje

que el león se *acerrrque*. Me pone *nerrrvioso*.

—No te hará daño… Si yo no se lo pido —dijo Tarzán.

—Entonces, le *rrruego* que no se lo pida —pidió Bluber.

—¿Adónde queréis ir? —preguntó Tarzán.

—Intentamos regresar a la costa —respondió Kraski— y de allí a Londres.

—Venid conmigo —dijo Tarzán—, posiblemente pueda ayudaros. No lo merecéis, pero no soporto ver perecer a ningún hombre blanco en la jungla.

Lo siguieron hacia el oeste, y aquella noche acamparon junto a un pequeño arroyo de la jungla.

A los cuatro londinenses les costaba acostumbrarse a la presencia del gran león y Bluber se hallaba en un estado de palpable terror.

Cuando se sentaron en torno a la fogata después de la cena, que Tarzán había proporcionado, Kraski sugirió que se pusieran a construir algún tipo de refugio para protegerse de las bestias salvajes.

—No será necesario —dijo Tarzán—. Jad-bal-ja os protegerá. Él dormirá aquí, al lado de Tarzán de los Monos, y lo que uno no oiga lo oirá el otro.

Bluber suspiró.

—¡*Mein Gott*! —exclamó—. *Darrría* diez *librrras* por una noche de sueño.

—Esta noche puedes tenerla por menos —replicó Tarzán—, pues nada te ocurrirá mientras Jad-bal-ja y yo estemos aquí.

—Bien, entonces, *crrreo* que *dirrré* buenas noches. —Se alejó unos pasos, se enroscó y enseguida se quedó dormido. Throck y Peebles le imitaron y poco después también lo hizo Kraski.

El ruso, mientras yacía medio dormido, con los ojos entreabiertos, vio que el hombre-mono, que estaba en cuclillas ante la fogata, se levantaba y se dirigía hacia un árbol que estaba cerca. Cuando lo hizo, algo se le cayó de debajo de su taparrabo —un saquito de piel— cuyo contenido abultaba.

Kraski, ahora completamente despierto, observó al hombre-mono apartarse un poco, acompañado por Jad-bal-ja, y echarse a dormir.

El gran león se enroscó a su lado y entonces el ruso se convenció de que ambos dormían. Inmediatamente empezó a arrastrarse en silencio y con sigilo hacia el pequeño bulto que estaba junto al fuego. Tras cada movimiento de avance, se paraba y miraba las figuras de las dos bestias

feroces, pero ambas dormían tranquilamente. Al fin, el ruso pudo alargar el brazo y coger la bolsa, la atrajo hacia sí y se la metió rápidamente bajo la camisa. Entonces se dio la vuelta y regresó arrastrándose despacio y sin hacer ruido al lugar que antes ocupaba frente al fuego donde tumbado con la cabeza sobre un brazo como si estuviera sumido en un profundo sueño, palpó la bolsa con los dedos de la mano izquierda.

—Parecen piedras masculló para sí, —y sin duda esto es lo que son, para utilizarlas como adorno bárbaro este salvaje bárbaro que es un noble de Inglaterra. No parece posible que esta bestia salvaje se haya sentado en la Cámara de los Lores.

Ruidosamente, Kraski deshizo el nudo que cerraba la bolsa y unos instantes después vació una parte del contenido en la palma de su mano.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡diamantes!

Con gran codicia, acabó de vaciar la bolsa —grandes piedras centelleantes de las primeras aguas—, dos kilos de diamantes puros y cristalinos que representaban una fortuna tan fabulosa que sólo contemplarlos hizo estremecer al ruso.

—¡Dios mío! —repitió tengo la riqueza de Creso en mis propias manos.

Rápidamente recogió las piedras y las volvió a meter en la bolsa, siempre con un ojo puesto en Tarzán *y Jad-bal-ja*; pero ninguno de los dos se movió, y cuando las tuvo todas en la bolsa, se la metió bajo la camisa.

—Mañana —masculló—, ojalá tuviera el nervio necesario para intentarlo esta noche.

A media mañana siguiente, Tarzán y los cuatro londinenses se aproximaron a una aldea amurallada bastante grande. Le recibieron no sólo con amabilidad, sino con la deferencia que se debe a un emperador.

Los blancos quedaron sobrecogidos por la actitud del jefe negro y sus guerreros cuando Tarzán se halló en su presencia.

Una vez finalizada la ceremonia habitual, Tarzán se volvió e hizo señas a los cuatro europeos.

—Éstos son mis amigos —dijo al jefe negro— y desean llegar a la costa sanos y salvos. Envía con ellos suficientes guerreros que les den de comer y les protejan durante el viaje. Es Tarzán de los Monos quien pide este favor.

—Tarzán de los Monos, el gran jefe, Señor de la Jungla, sólo tiene que ordenar lo que desee —respondió el negro.

—¡Bien! —exclamó Tarzán—, aliméntales bien y trátales bien. Yo

tengo otros asuntos de que ocuparme y quizá no me quede.

—Llenarán su estómago y alcanzarán la costa sanos y salvos —declaró el jefe.

Sin despedirse, sin dar siquiera una señal de que se había dado cuenta de su existencia, Tarzán de los Monos desapareció de la vista de los cuatro europeos con Jad-bal-ja, el león de oro, pisándole los talones.

Siguieron los senderos de la jungla salvaje hacia el hogar.

CAPÍTULO XIX

UNA FLECHA CON DOS PUNTAS

AQUELLA noche Kraski no pudo dormir. No podía dejar de pensar que, tarde o temprano, Tarzán descubriría que había perdido la bolsa de diamantes y volvería para pedir explicaciones a los cuatro londinenses a quienes había ayudado. Y así, con la aparición de los primeros rayos de luz por el horizonte del este, el ruso se levantó de su lecho de hierbas secas en el interior de la choza que el jefe les había asignado a él y a Bluber y salió sigilosamente.

—¡Dios mío! —exclamó para sí—. Sólo hay una posibilidad entre mil de que yo solo llegue a la costa, pero esto… —se llevó la mano a la bolsa de diamantes que escondía debajo de la camisa—, por esto vale la pena hacer cualquier esfuerzo, incluso sacrificar la vida, la fortuna de un millar de reyes, Dios mío. ¡Qué no haría yo en Londres, en París y en Nueva York!

Abandonó con cautela la aldea y la vegetación de la jungla engulló a Carl Kraski, el ruso, y salió para siempre de las vidas de sus compañeros.

Bluber fue el primero en notar la ausencia de Kraski, pues aunque no había simpatía entre los dos, su relación con Peebles y Throck les había arrojado a la aventura.

—¿Habéis visto a *Carrrl* esta mañana? —preguntó a Peebles cuando los tres se reunieron en torno a la olla que contenía el insípido guiso que les habían llevado para desayunar.

—No —respondió Peebles—. Debe dormir todavía.

—No está en su choza —respondió Bluber—. No estaba allí cuando me he *desperrrtado*.

—No puede cuidarse solo —gruñó Throck, volviendo a su desayuno—. Probablemente le encontrarás con algunas de las mujeres —y sonrió ante su propia broma sobre la debilidad de Kraski que todos conocían bien.

Habían terminado de desayunar e intentaban comunicarse con algunos

de los guerreros, en un intento por saber cuándo propondría el jefe que emprendieran la marcha hacia la costa, y Kraski aún no había aparecido. Por entonces Bluber estaba bastante preocupado, no por la seguridad de Kraski, sino por la suya, ya que, si podía ocurrirle algo a Kraski en aquella aldea amistosa en las tranquilas horas de la noche, un destino similar podría acaecerle a él, y cuando se lo sugirió a los otros, les dio material para pensar, de modo que fueron tres hombres bastante asustados quienes pidieron ver al jefe.

Mediante signos, un inglés corrompido y dialecto nativo deformado, una o dos palabras del cual cada uno entendía, consiguieron transmitir al jefe que Kraski había desaparecido y que querían saber qué había sido de él.

El jefe, por supuesto, se quedó tan desconcertado como ellos y de inmediato se inició un registro a fondo de la aldea, con el resultado de que pronto se descubrió que Kraski no se hallaba en el recinto empalizado, y poco después hallaron huellas que salían de la aldea por la puerta hacia la jungla.

—¡*Mein Gott*! —exclamó Bluber—, ha salido solo ahí *fuerrra*, en plena noche. Debe de *haberrrse* vuelto loco.

—¡Dios mío! —exclamó Throck—, ¿por qué lo habrá hecho?

—¿No has echado en falta nada? —preguntó Peebles a los otros dos—. Tal vez haya robado algo.

—¡*Ach, weh*! ¿Qué tenemos que nos puedan *robarrrr*? —exclamó Bluber—. Nuestras armas, nuestras municiones, todo está a nuestro lado. No se las ha llevado. Además, lo que tenemos no vale nada, salvo mi *trraje* de veinte guineas.

—Pero ¿por qué lo habrá hecho? —se preguntó Peebles.

—Debe de haber andado en sueños —dijo Throck.

Eso fue lo más parecido a una explicación sobre la misteriosa desaparición de Kraski a lo que los tres pudieron llegar. Una hora más tarde, partieron hacia la costa, bajo la protección de una compañía de guerreros del jefe.

Kraski, con el rifle colgado al hombro, avanzaba tenazmente por la jungla con una pesada pistola automática en la mano derecha. Aguzaba los oídos sin cesar para oír la primera señal de persecución y también cualquier otro peligro que pudiera acecharles. Solo, en la misteriosa jungla, experimentaba una pesadilla de terror y con cada kilómetro que recorría, el

valor de los diamantes se reducía cada vez más en relación con la espantosa prueba por la que tendría que pasar antes de poder llegar a la costa.

Una Histah, la serpiente, que bajó retorciéndose por una rama baja que atravesaba el camino, le bloqueaba el paso y el hombre no se atrevió a dispararle por miedo a atraer la atención de posibles perseguidores. Por lo tanto, se vio obligado a rodear la enmarañada masa de arbustos que allí crecían a ambos lados del estrecho sendero. Después de dejar atrás a la serpiente, su ropa estaba más desgarrada y harapienta que antes, y su carne presentaba rasguños y cortes y le sangraba a causa de los innumerables espinos por los que debió abrirse paso. Bañado en sudor, jadeaba por el esfuerzo, y tenía la ropa llena de hormigas, cuyos perversos ataques en la piel le volvían medio loco de dolor.

Cuando de nuevo estuvo en una zona despejada, se arrancó la ropa y trató frenéticamente de deshacerse de los insectos que tanto le atormentaban.

Tan grande era la cantidad de hormigas que tenía en la ropa, que no se atrevió a ponérsela de nuevo. Sólo arrebató el saquito de diamantes, la munición y sus armas a la salvaje horda, cuyo número aumentaba rápidamente, por millones, mientras trataban de apoderarse de él de nuevo y devorarle.

Kraski sacudió los objetos que había recuperado para que cayeran las hormigas y echó a correr como un loco por el camino, desnudo como el día en que vino al mundo. Cuando media hora más tarde tropezó y por fin cayó exhausto, se quedó tumbado, jadeando sobre el húmedo suelo de la jungla, y se dio cuenta de la absoluta inutilidad de su intento por llegar solo a la costa, aun más plenamente de lo que jamás habría hecho en otras circunstancias, pues nada paraliza más el valor y la confianza en sí mismo de un hombre civilizado que el verse privado de su ropa.

Por escasa que fuera la protección que le proporcionaran las prendas hechas jirones que había abandonado, no se habría sentido más indefenso si hubiera perdido las armas y la munición, pues hasta tal punto somos criaturas de costumbres y ambiente. Por lo tanto, fue un Kraski aterrorizado, ya condenado al fracaso, el que se arrastró temeroso por el camino de la jungla.

Aquella noche, hambriento y muerto de frío, durmió en la horcadura de un árbol, mientras los carnívoros cazadores rugían y gruñían en la negrura de la jungla. Temblando de terror inició una vigilia temerosa, y cuando el

agotamiento le vencía y se dormía, no era para descansar, sino para soñar horrores que un súbito rugido interrumpía y le devolvía a la realidad. Así las largas horas de una noche espantosa transcurrieron tan lentamente que Kraski tenía la sensación de que nunca amanecería. Pero llegó y, una vez más, el ruso inició su camino hacia el oeste.

Reducido por el miedo, la fatiga y el dolor a un estado que rozaba la semiconsciencia, siguió avanzando a trompicones, y debilitándose a cada hora que pasaba, pues no había comido ni bebido desde que abandonó a sus compañeros hacía ya más de un día.

Era casi mediodía. Kraski avanzaba lentamente y efectuaba frecuentes descansos, durante uno de los cuales llegó a su entumecida sensibilidad la insistente insinuación de voces humanas no muy lejos de allí. Rápidamente intentó concentrar las escasas facultades que le quedaban. Escuchó con atención y, después, con renovadas fuerzas, se puso en pie.

No le cabía duda. Oía voces a poca distancia y no parecían ser de los nativos, sino de europeos. Sin embargo, actuó con precaución y avanzó con sigilo, hasta que en un recodo del sendero vio delante de él un claro punteado con árboles que flanqueaban las orillas de una fangosa corriente de agua. Junto a la orilla del río, había una pequeña choza con el tejado de hierbas y rodeada por una tosca empalizada protegida por una cerca exterior de espinos.

Las voces procedían de la dirección de la choza, y entonces distinguió claramente la voz de una mujer que se alzaba protestando enojada, a la que respondió la voz profunda de un hombre.

Muy despacio, Carl Kraski abrió los ojos con una incredulidad no exenta de terror, pues el tono de voz del hombre que oía era el del difunto Esteban Miranda y la voz de la mujer era la de la desaparecida Flora Hawkes, a quien hacía tiempo también daba por muerta. Pero Carl Kraski no creía mucho en lo sobrenatural. Los cuerpos desencarnados no necesitan chozas, ni empalizadas, ni cercas de espinos. Los poseedores de aquellas voces estaban tan vivos como él.

Se encaminó hacia la choza, casi olvidados su odio a Esteban y sus celos por el alivio que sintió al comprender que otra vez tendría la compañía de criaturas de su propia especie. Sin embargo, no había dado más que unos pasos cuando la voz de la mujer llegó de nuevo a sus oídos y Kraski se dio cuenta, de pronto, de su desnudez. Se detuvo, pensativo, mirando alrededor y después inició la recogida de largas hierbas de hojas

anchas, con las que se fabricó una tosca pero práctica falda, que se ató a la cintura con una cuerda del mismo material retorcido. Entonces, con una sensación de renovada confianza en sí mismo, se dirigió hacia la choza. Como temía que al principio no le reconocieran y, tomándole por enemigo, le atacaran, Kraski llamó a Esteban por su nombre hasta llegar a la entrada de la empalizada. Inmediatamente el español salió de la choza, seguido por la muchacha. Si Kraski no hubiera oído su voz y no le hubiera reconocido por ella, habría creído que era Tarzán de los Monos, tan grande era su parecido con él.

Por unos instantes, los dos se quedaron mirando la extraña aparición.

—¿No me conocéis? —preguntó Kraski—. Soy Carl… Carl Kraski. Me conocéis, Flora.

—¡Carl! —exclamó la muchacha, e hizo ademán de ir a su encuentro, pero Esteban la cogió de la muñeca y la retuvo.

—¿Qué haces aquí, Kraski? —preguntó el español malhumorado.

—Intento llegar a la costa —respondió el ruso—. Estoy medio muerto de hambre y de frío.

—El camino que va a la costa es ése —dijo el español, y señaló el sendero que iba al oeste—. Sigue andando, Kraski, esto no es saludable para ti.

—¿Me estás diciendo que me echas sin darme comida ni agua? —preguntó el ruso.

—Aquí hay agua —dijo Esteban, señalando el río y la jungla está llena de comida para alguien con el suficiente valor e inteligencia para obtenerla.

—No puedes echarle así —protestó la muchacha—. Me parece imposible que seas tan cruel —y después se volvió al ruso—: Oh, Carl —exclamó—, no te vayas. ¡Sálvame! ¡Sálvame de esta bestia!

—Entonces apártate —gritó Kraski y, cuando la muchacha se liberó de las garras de Miranda, el ruso apuntó con su automática y disparó a bocajarro al español. La bala erró el blanco; la cápsula vacía bloqueó la brecha y cuando Kraski volvió a apretar el gatillo sin obtener resultados miró su arma y, al descubrir su inutilidad, la arrojó al suelo profiriendo un juramento. Mientras hacía esfuerzos frenéticos por que su rifle funcionara, Esteban echó hacia atrás la mano con la lanza corta y pesada que ya había aprendido a utilizar y, antes de que el otro pudiera apretar el gatillo de su rifle, la hoja se clavó en su pecho y corazón. Sin proferir un sonido, Carl Kraski se desplomó muerto a los pies de su enemigo y rival, mientras la

mujer a la que ambos amaban, cada uno a su manera egoísta o brutal, se arrojaba sollozando al suelo en la más absoluta desesperación.

Al ver que el otro había muerto, Esteban se acercó al cuerpo de Kraski y le arrancó su lanza; también cogió las armas y la munición de su enemigo. Al hacerlo, sus ojos tropezaron con una bolsita de pieles de animales que Kraski llevaba atada a la cintura con una cuerda de hierba que había confeccionado para sujetarse la primitiva falda.

El español palpó la bolsa y trató de imaginar la naturaleza de su contenido, y llegó a la conclusión de que era munición, pero no la examinó de cerca hasta que se llevó las armas del hombre muerto a su choza, adonde también había llevado a la chica, que estaba agazapada en un rincón, sollozando.

—¡Pobre Carl! ¡Pobre Carl! —gemía, y luego gritó al hombre que tenía delante—: ¡Bestia!

—Sí —exclamó él con una carcajada—. Soy una bestia. Soy Tarzán de los Monos y ese sucio ruso se ha atrevido a llamarme Esteban. ¡Yo soy Tarzán! ¡Soy Tarzán de los Monos! —repetía a voz en grito—. Quien se atreva a llamarme de otra manera morirá. Ya verás. Ya verás —rezongaba.

La muchacha le miraba con los ojos abiertos como platos y llenos de ira, y se estremeció.

—Loco —masculló—. ¡Estás loco! ¡Dios mío, estoy sola en la jungla con un maníaco!

Y, realmente, en cierto aspecto estaba loco Esteban Miranda: sumido en la locura del artista que vive el papel que interpreta. Hacía ya tanto tiempo que Esteban Miranda interpretaba ese papel, y tan buena había llegado a ser su interpretación del noble personaje, que se creía Tarzán y su aspecto exterior habría podido engañar al mejor amigo del auténtico hombre-mono. Pero el interior de aquella figura albergaba el corazón de un canalla y el alma de un cobarde.

—Habría robado a la compañera de Tarzán —dijo Esteban entre dientes —. ¡A Tarzán, el Señor de la Jungla! ¿Has visto cómo lo he matado, de una sola lanzada? ¿Amarías a un ser débil, cuando puedes tener el amor del gran Tarzán?

—Te odio —dijo la muchacha—. Eres en verdad una bestia. Eres peor que la peor de las bestias.

—Pero eres mía —dijo el español— y jamás serás de otro; antes te mataría. Pero veamos qué tenía el ruso en esta bolsita de piel, parece

munición para matar a un regimiento —y desató la cinta que cerraba la bolsa y vertió parte del contenido en el suelo de la choza. Cuando las centelleantes piedras rodaron ante sus atónitos ojos, la muchacha ahogó un grito de incredulidad.

—¡Virgen Santa! —exclamó el español—. Son diamantes.

—¡Centenares de diamantes! —murmuró la muchacha—. ¿De dónde los sacaría?

—No lo sé ni me importa —dijo Esteban—. Son míos. Todos son míos; soy rico, Flora. Soy rico y si eres buena chica compartiré mi riqueza contigo.

Flora Hawkes entrecerró los ojos. En su pecho se había despertado la codicia que dominaba su ser y, junto a ello, y suficientemente fuerte para dominarla, su odio hacia el español. De haberlo sabido, la posesión de los relucientes abalorios hizo cristalizar al fin en la mente de la mujer la determinación que le rondaba de matar al español mientras dormía. Hasta entonces había tenido miedo de quedarse sola en la jungla, pero ahora el deseo de poseer aquella gran riqueza superaba su terror.

Tarzán, al recorrer la jungla, captó el rastro de las diversas bandas de hombres de la costa oeste y de los esclavos fugitivos de los árabes muertos, y tras alcanzar a un grupo tras otro, prosiguió su búsqueda de Luvini, atemorizando a los negros para que le contaran la verdad y dejándoles aterrorizados al partir. Todos y cada uno le contaron la misma historia. Nadie había visto a Luvini desde la noche de la batalla y el incendio, y todos estaban seguros de que debía de haber escapado con alguna otra banda.

Tan ocupada tenía la mente el hombre-mono durante los últimos días con la tristeza y la búsqueda, que había descuidado las consideraciones de menor importancia, como no reparar en que le faltaba la bolsa que contenía los diamantes. En realidad, prácticamente los había olvidado cuando, por simple casualidad, acudieron a su mente, y entonces se dio cuenta de pronto de que le faltaban, pero cuándo los había perdido, no lo recordaba.

—Aquellos bribones de europeos —dijo entre dientes a Jad-bal-ja— debieron de cogérmelos —y de pronto, con esa idea, la cicatriz de su frente enrojeció aún más, pues le invadió la rabia ante la perfidia e ingratitud de los hombres a los que había socorrido—. Vamos —dijo a Jad-bal-ja—, mientras buscamos a Luvini buscaremos también a esos otros.

Y así ocurrió que Peebles, Throck y Bluber habían recorrido una breve

distancia hacia la costa cuando, durante un alto que realizaron a mediodía, les sorprendió ver la figura del hombre-mono que avanzaba majestuoso hacia ellos mientras, a su lado, caminaba el gran león de negra melena.

Tarzán no dijo que conocía su gran codicia, sino que se aproximó y se quedó de pie ante ellos con los brazos cruzados. En su semblante, una expresión seria y acusadora hizo estremecer de miedo el cobarde corazón de Bluber y palidecer el rostro de los dos endurecidos boxeadores ingleses.

—¿Qué ocurre? —preguntaron al unísono—. ¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido algo?

—He venido a buscar la bolsa de piedras que me quitasteis —dijo simplemente Tarzán.

Los tres se miraron entre sí con recelo.

—No *comprrrendo* a qué se *rrrefierrre, señorrr Tarrrzán* —ronroneó Blubler, frotándose las manos—. Estoy *segurrro* de que hay algún *errrorrr*, a menos que… —lanzó una mirada furtiva y sospechosa en dirección a Peebles y Throck.

—No sé nada de ninguna bolsa de piedras —dijo Peebles—, pero diré que no se puede confiar en las personas como usted.

—Yo no me fío de ninguno de vosotros —replicó Tarzán—. Os daré cinco segundos para devolverme la bolsa de piedras, y si no lo hacéis, os haré registrar a fondo.

—Claro —exclamó Bluber—, *regístrrreme, regístrrreme*, por favor. *Señorrr Tarrrzán*, yo nunca le *rrrobarrría* nada.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Tarzán.

—Ah, ¿Kraski? Desapareció la misma noche que usted nos llevó a aquella aldea. No lo hemos visto desde entonces, quiero decir; ahora lo entiendo… nos preguntábamos por qué se habría marchado, y ahora lo veo claro como el agua. Fue él quien robó esa bolsa de piedras. Esto es lo que hizo. Hemos tratado de imaginarnos desde entonces qué había robado, y ahora lo entiendo.

—Claro —exclamó Peebles—. Eso es, y ya está.

—Deberíamos *haberrrlo* sabido —coincidió Bluber.

—No obstante, voy a registraros —dijo Tarzán, y cuando el jefe se acercó y Tarzán le explicó lo que deseaba, enseguida desnudaron y registraron a los tres blancos. Incluso revisaron a fondo sus pocas pertenencias, pero no apareció ninguna bolsa de piedras.

Sin decir una sola palabra, Tarzán volvió a la jungla y, al cabo de unos

instantes, los negros y los tres europeos vieron el hojoso mar de follaje engullir al hombre-mono y al león de oro.

—¡Que Dios ayude a Kraski! —exclamó Peebles.

—¿Para qué supones que quiere una bolsa de piedras? —preguntó Throck—. Debe de estar un poco loco.

—Nada de loco —exclamó Bluber—. En *Áfrrrica* sólo hay un tipo de *piedrrras* que Kraski *robarrría* y con las que *huirrría* a la jungla solo: diamantes.

Peebles y Throck abrieron ojos como platos, sorprendidos.

—¡Maldito ruso! —exclamó el primero—. Nos engañó, esto es lo que hizo.

—Probablemente nos ha salvado la vida —dijo Throck—. Si el hombre-mono hubiera encontrado con nosotros a Kraski y a éste con los diamantes, todos habríamos corrido la misma suerte; no se hubiera creído que no sabíamos nada, y Kraski no habría hecho nada para ayudarnos.

—¡Espero que dé alcance a ese canalla! —exclamó Peebles con vehemencia.

Unos instantes después, enmudecieron al ver que Tarzán regresaba al campamento, pero no prestó atención a los blancos, sino que fue directamente al guía, con quien habló varios minutos. Después, una vez más, se volvió y se marchó.

Tarzán, con la información que le había dado el guía, se alejó en dirección a la aldea donde había dejado a los cuatro blancos a cargo del jefe, y de la que Kraski más tarde había escapado solo. Avanzaba rápidamente, dejando que Jad-bal-ja le siguiera, y cubrió la distancia que le separaba de la aldea en muy poco tiempo, ya que, se movía casi en línea recta a través de los árboles, donde no había maleza enmarañada que le impidiera avanzar.

Fuera de la aldea captó el rastro de olor de Kraski, ya casi desvaído, es cierto, pero aún discernible por las buenas facultades olfativas del hombre-mono. Lo siguió veloz, ya que Kraski se había aferrado tenazmente al sendero abierto que serpenteaba en dirección oeste.

El sol casi había desaparecido tras las copas de los árboles del oeste, cuando Tarzán llegó de pronto a un claro junto a un riachuelo que discurría despacio, cerca de cuyas orillas se elevaba una pequeña y tosca choza rodeada por una empalizada y una cerca de espinos.

El hombre-mono se paró y escuchó, oliscó el aire con su sensible nariz

y luego, sigilosamente, cruzó el claro hacia la choza. En la hierba que crecía fuera de la empalizada, yacía el cuerpo sin vida de un hombre blanco, y una sola mirada le bastó al hombre-mono para saber que se trataba del fugitivo al que buscaba. Al instante comprendió que era inútil registrar el cadáver para encontrar la bolsa de diamantes, ya que era de suponer que estaría en posesión de quien hubiera asesinado al ruso. Un somero examen le confirmó que los diamantes habían volado.

Huellas recientes en el interior de la choza y el exterior de la empalizada revelaban la presencia de un hombre y una mujer, y el rastro de olor del primero se parecía al de la criatura que había matado a Gobu, el gran simio, y dado caza a Bara, el ciervo, en las reservas del hombre-mono. Pero la mujer… ¿quién era? Era evidente que sus pasos eran cansados y los pies debían de estar llagados, ya que, en lugar de zapatos, llevaba vendas de tela.

Tarzán siguió el rastro de olor del hombre y de la mujer, que salia de la choza y se adentraba en la jungla. A medida que avanzaba, se hizo evidente que la mujer había ido rezagada y que había empezado a cojear cada vez más dolorosamente. Su avance era muy lento y Tarzán vio que el hombre no la había esperado, sino que en algunos lugares había estado a considerable distancia por delante de ella.

Y así era, en efecto: Esteban se hallaba mucho más adelante que Flora Hawkes, cuyos pies heridos y sangrantes apenas la sostenían.

—Espérame, Esteban —le había suplicado—. No me abandones. No me dejes sola en esta jungla terrible.

—Entonces sigue mis pasos —gruñó el español—. ¿Crees que con la fortuna que tengo en mi poder voy a esperar aquí eternamente, en medio de la jungla, a que alguien me dé alcance y me la quite? No, voy a ir a la costa lo más deprisa que pueda. Si puedes seguir, muy bien. Si no, es tu problema.

—Pero no puedes abandonarme. Ni siquiera tú, Esteban, podrías ser tan bestia después de todo lo que me has obligado a hacer por ti.

El español se echó a reír.

—No eres para mí —dijo— más que un guante viejo. Con esto —sostuvo ante sí la bolsa de diamantes— puedo comprar los mejores guantes en todas las capitales del mundo; guantes nuevos —y se rió porfiadamente de su pequeña broma.

—Esteban, Esteban —gritó ella—, ven, vuelve. No puedo más. No me

abandones. Por favor, vuelve y sálvame.

Pero él se limitó a soltar una carcajada, y cuando en un recodo del camino desapareció de la vista, la mujer se desplomó en el suelo, indefensa y exhausta.

CAPÍTULO XX

EL REGRESO DEL MUERTO

AQUELLA noche Esteban acampó él solo al lado de un sendero de la jungla que serpenteaba por el lecho seco de un antiguo río, junto al cual aún fluía un pequeño arroyo, el agua que el español tanto anhelaba.

Estaba tan imbuido de que era en verdad Tarzán de los Monos que se revestía de un falso valor y pensaba que podía acampar solo en el suelo sin recurrir a ningún tipo de protección; la fortuna le había favorecido en este aspecto, pues ninguna bestia de presa se le había presentado en las ocasiones en que se había atrevido a tanto. Mientras Flora Hawkes había estado con él, había construido refugios para ella, pero ahora que la había abandonado y volvía a estar solo, no podía, en el papel que había asumido, pensar siquiera en un acto tan afeminado como la construcción de una cerca de espinos para protegerse durante la oscuridad de la noche.

Sin embargo, sí preparó una fogata, pues había conseguido una presa y aún no había llegado al punto de salvajismo primitivo que le permitiera siquiera imaginar que le gustara la carne cruda.

Después de devorar cuanta carne quiso y de beber en el arroyuelo, Esteban se sentó ante el fuego, donde sacó la bolsa de diamantes de su taparrabos, la abrió y derramó un puñado de las preciosas gemas en la mano. La vacilante luz del fuego jugueteaba sobre ellas y enviaba destellos relucientes a la oscuridad de la jungla circundante, mientras el español se pasaba las piedras preciosas de una mano a otra y, en el bonito juego de luz, el español proyectaba visiones del futuro —poder, lujo, mujeres hermosas—, todo lo que aquella gran riqueza podía proporcionar a un hombre. Con los ojos entornados, soñó con que debería buscar en el mundo entero para encontrar la mujer de sus sueños que siempre había buscado, la mujer ideal que nunca había encontrado, la compañera adecuada para el Esteban Miranda que imaginaba ser. Entonces, por debajo de las pestañas oscuras que velaban sus párpados entrecerrados, el español tuvo la

impresión de ver, a la temblorosa luz de la fogata, la vaga materialización de esa figura: la imagen de una mujer, vestida con una diáfana túnica blanca, que parecía cernirse sobre él fuera del cerco de luz, en la parte más elevada de la orilla del antiguo río.

Era extraño que la visión durase tanto. Esteban cerró los ojos con fuerza y los abrió un poco, y allí seguía, donde estaba antes de cerrarlos, la visión de antes. Abrió los ojos completamente y vio que la figura de la mujer de blanco flotaba sobre él.

Esteban Miranda de pronto palideció.

—¡Madre de Dios! exclamó, Es Flora. Está muerta y ha venido a acosarme.

Con los ojos fijos se puso lentamente en pie para enfrentarse a la aparición, cuando con voz suave ésta habló.

—Dios del cielo —exclamó—, ¿eres tú de verdad?

Al instante Esteban se dio cuenta de que no se trataba de un espíritu desencarnado ni de Flora, pero ¿quién era? ¿Quién era aquella visión tan hermosa, y qué hacía sola en la salvaje África?

Muy lentamente descendió el terraplén y se aproximó a él. Esteban devolvió los diamantes a la bolsa y se la metió de nuevo en el interior del taparrabos.

La muchacha se acercaba a él con los brazos extendidos.

—Amor mío, amor mío —exclamó— no me digas que no me conoces.

El español estaba lo bastante cerca para ver cómo sus senos subían y bajaban deprisa y sus labios temblaban de amor y pasión. Una súbita oleada de ardiente deseo le invadió, así que, con los brazos abiertos, echó a correr hacia ella para recibirla y estrecharla contra su pecho.

Tarzán, siguiendo el rastro de olor del hombre y de la mujer, avanzaba despacio por el sendero de la jungla, pues no hacía falta darse prisa para llegar hasta ellos dos. Tampoco se sorprendió cuando de pronto tropezó con la figura acurrucada de una mujer que yacía en medio del camino. Se arrodilló a su lado y le puso una mano sobre el hombro, lo que provocó un grito asustado.

—¡Dios mío, esto es el fin! —exclamó.

—No corres ningún peligro dijo el hombre-mono. —No te haré daño.

Ella volvió los ojos hacia él para mirarle. Al principio creyó que era Esteban.

—¿Has venido a salvarme, Esteban? —preguntó—.

¿Esteban? ¡Yo no soy Esteban! —exclamó—. No me llamo así.

—¡Lord Greystoke! —soltó ella, reconociéndolo—. ¿De verdad es usted?

—Sí —respondió—. ¿Y tú quién eres?

—Soy Flora Hawkes. Fui doncella de lady Greystoke.

—Te recuerdo —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Me da miedo decírselo —confesó—. Tengo miedo de su ira.

—Dímelo —ordenó él—. Deberías saber, Flora, que yo no hago daño a las mujeres.

—Vinimos a coger oro de las cámaras de Opar —dijo—, pero esto ya lo sabe.

—Yo no sé nada —replicó él—. ¿Quieres decir que estabas con los europeos que me drogaron y me abandonaron en su campamento?

—Sí —admitió Flora—, cogimos el oro, pero usted llegó con sus waziri y nos lo quitó.

—Yo no llegué con ningún waziri ni os quité nada —se defendió Tarzán—. No te entiendo.

Ella alzó las cejas con sorpresa, pues sabía que Tarzán de los Monos no mentía.

—Nos separamos —explicó la muchacha— después de que nuestros hombres se volvieran contra nosotros. Esteban me raptó y después, al cabo de un tiempo, Kraski nos encontró. Él era el ruso. Llegó con una bolsa llena de diamantes y entonces Esteban lo mató y cogió los diamantes.

Y ahora le tocó a Tarzán experimentar sorpresa.

—¿Y Esteban es el hombre que está contigo? preguntó.

—Sí —respondió ella—, pero me ha abandonado. No podía andar más porque tengo los pies llagados. Se ha ido y me ha dejado aquí para que muera y se ha llevado los diamantes.

—Lo encontraremos —dijo el hombre-mono—. Vamos.

—Pero yo no puedo andar —protestó la muchacha—.

—No tiene importancia —dijo él. La levantó del suelo y se la echó al hombro.

El hombre-mono acarreaba a la exhausta muchacha con facilidad.

—No falta mucho para llegar a un sitio donde hay agua, y agua es lo que necesitas. Te ayudaré a revivir, te daré fuerzas, y quizá pronto encuentre comida para ti.

—¿Por qué es tan bueno conmigo? —preguntó la muchacha.

—Eres una mujer. No podría dejarte en la jungla para que murieras —respondió el hombre-mono. Flora Hawkes no pudo por menos de pedir entre sollozos perdón por el daño que ella le había hecho. Pronto oscureció, pero siguieron avanzando por el silencioso sendero hasta que, a lo lejos, Tarzán vislumbró el resplandor de una fogata.

—Creo que pronto encontraremos a tu amigo —susurró—. No hagas ningún ruido.

Unos instantes después, su aguzado oído captó ruido de voces. Se detuvo y dejó a la chica de pie en el suelo.

—Si no puedes seguir —dijo—, espera aquí. No quiero que escape. Volveré por ti. Si puedes seguir, despacio, adelante.

La dejó y se encaminó con cautela hacia la luz y las voces. Oyó que Flora Hawkes se movía directamente detrás de él. Era evidente que no soportaba la idea de volver a quedarse sola en la oscura jungla. Casi al mismo tiempo, Tarzán oyó un débil gemido a unos pasos a su derecha.

—Jad-bal-ja —susurró—, sígueme —y el gran león de negra melena se acercó a él, y Flora Hawkes, ahogando un grito, se precipitó a su lado y se cogió a sus brazos.

—Silencio —susurró—, Jad-bal-ja no te hará daño.

Un instante después, los tres llegaron al borde de la orilla del antiguo río y, a través de la alta hierba que allí crecía, contemplaron el pequeño campamento que había más abajo.

Tarzán, consternado, vio una réplica de sí mismo de pie ante una pequeña fogata, mientras que lentamente se acercaba a él una mujer con los brazos abiertos, vestida de blanco. Él oyó las palabras que ella pronunciaba; dulces palabras de amor y cariño y, al oír la voz y percibir el rastro de olor que un leve viento llevó de pronto a su olfato, una extraña mezcla de emociones se apoderó de él: felicidad, desesperación, rabia, amor y odio.

Vio que el hombre que estaba junto al fuego con los brazos abiertos la estrechaba contra su pecho, y entonces Tarzán separó las hierbas y se acercó al borde mismo del terraplén, donde su voz desgarró la jungla con una sola palabra.

—¡Jane! —gritó, y al instante hombre y mujer se volvieron y le miraron; una figura apenas revelada a la luz de la fogata. Al verle, el hombre giró en redondo y corrió hacia el otro lado del río, y entonces Tarzán saltó al fondo del lecho seco y corrió hacia la mujer.

—¡Jane —gritó—, eres tú, eres tú!

La mujer mostró su asombro. Primero miró la figura del hombre que huía y al que había estado a punto de abrazar y después volvió los ojos hacia Tarzán. Se frotó la frente y volvió a mirar hacia Esteban, pero éste ya no estaba a la vista. Entonces dio un paso vacilante en dirección al hombre-mono.

—Dios mío —exclamó—, ¿Qué significa esto? ¿Quién eres? Y si tú eres Tarzán, ¿quién es el otro?

—Soy Tarzán, Jane —dijo el hombre-mono.

Miró atrás y vio a Flora Hawkes que se acercaba.

—Sí —dijo—, eres Tarzán. Te vi cuando huiste a la jungla con Flora Hawkes. No lo entiendo, John. No podía creer que tú, aunque hubieras sufrido un accidente en la cabeza, me hicieras algo así.

—¿Yo huí a la jungla con Flora Hawkes? —preguntó con sincera sorpresa.

—Te vi —dijo Jane.

El hombre-mono se volvió hacia Flora.

—No lo entiendo —dijo.

—Era Esteban quien huyó a la jungla conmigo, lady Greystoke —dijo la muchacha—. Era Esteban el que estaba a punto de engañarla otra vez. Éste es el verdadero lord Greystoke. El otro es un impostor que me abandonó y me dejó en la jungla para que muriera. De no haber llegado lord Greystoke, ahora estaría muerta.

Lady Greystoke dio un paso vacilante hacia su esposo.

—Ah, John —dijo—, sabía que no podías ser tú. El corazón me lo decía, pero mis ojos me engañaron. Rápido —exclamó—, hay que capturar a ese impostor. Deprisa, John, antes de que escape.

—Déjale ir —dijo el hombre-mono—. Por mucho que quiero capturarle, por mucho que deseo recuperar lo que me robó, no volveré a dejarte sola en la jungla, Jane, ni siquiera para cogerle a él.

—Pero ¿y Jad-bal-ja? —preguntó ella.

—Ah —exclamó el hombre-mono—. Lo había olvidado —y se volvió al león y señaló en la dirección por la que el español había escapado—. Ve a buscarle, Jad-bal-ja —ordenó, y la bestia dorada dio un salto y salió tras el rastro de olor de su presa.

—¿Le matará? —preguntó Flora Hawkes con un estremecimiento. Y, sin embargo, en el fondo se alegraba del justo destino que esperaba al

español.

—No, no lo matará —respondió Tarzán de los Monos—. Tal vez le arranque un pedazo de carne, pero lo traerá vivo si es posible.

Y entonces, como si el destino del fugitivo ya estuviera olvidado, se volvió hacia su compañera.

Jane —dijo—, Usula me dijo que habías muerto. Dijo que había encontrado tu cuerpo abrasado en la aldea árabe y que lo habían enterrado allí. ¿Cómo es, pues, que estás viva y sana y salva? He estado buscando a Luvini en la jungla para vengar tu muerte. Quizá por lo mismo no le encontraba.

—Nunca le habrías encontrado —respondió Jane Clayton—, pero no entiendo por qué Usula te dijo que había encontrado mi cuerpo y lo había enterrado.

—Unos hombres a los que hizo prisioneros —respondió Tarzán— le dijeron que Luvini te había llevado, atada de manos y pies, a una de las chozas árabes que estaba junto a la puerta de la aldea, y que allí te había atado además a una estaca clavada en el suelo de la choza. Cuando la aldea quedó destruida por el fuego, Usula y los otros waziri volvieron en tu busca con algunos de los prisioneros, quienes les indicaron el lugar donde estaba la choza y donde encontraron los restos calcinados de un cuerpo humano, junto a una estaca carbonizada a la que al parecer había estado atado.

—¡Ah! —exclamó la muchacha—. Ya lo entiendo. Luvini me ató de manos y pies y después a una estaca, pero más tarde regresó a la choza y me quitó las ataduras. Intentó atacarme; cuánto rato peleamos no lo sé, pero tan enzarzados estábamos en nuestra pelea, que ninguno de los dos se dio cuenta de que la aldea se estaba incendiando. Mientras yo forcejeaba con él, vi que llevaba un cuchillo en el cinturón; dejé que me cogiera y cuando sus brazos me rodearon, agarré el cuchillo, lo saqué de su funda y se lo clavé en la espalda, debajo del hombro izquierdo, y eso fue todo. Luvini se desplomó sin vida en el suelo de la choza. Casi al mismo tiempo la parte posterior y el tejado de la estructura fueron pasto de las llamas.

»Yo estaba semidesnuda, pues él me había desgarrado toda la ropa al pelear. Colgado en la pared de la choza había este albornoz blanco, sin duda de uno de los árabes asesinados. Lo cogí, me lo eché por encima y salí corriendo. Todas las chozas estaban en llamas y el último de los nativos desaparecía por la puerta de la aldea. A mi derecha parte de la empalizada aún estaba libre de las llamas. Escapar por la puerta habría significado

echarme a los brazos de mis enemigos y, por tanto, escalé la empalizada como pude y me dejé caer a la jungla sin que nadie me viera.

»Tuve bastantes dificultades para esquivar a las diversas bandas de negros que habían huido de la aldea. Una parte del tiempo estuve cazando para los waziri y el resto, tuve que permanecer escondida. Descansaba en la horcadura de un árbol, a unos ochocientos metros de aquí, cuando he visto el resplandor del fuego de este hombre y, cuando he venido a investigar, la alegría de descubrir que, como yo imaginaba, había dado con mi Tarzán me ha dejado casi sin sentido.

—Entonces fue el cuerpo de Luvini, y no el tuyo, el que enterramos —dijo Tarzán.

—Sí —dijo Jane—, y fue este hombre que se acaba de escapar a quien vi huir a la jungla con Flora y no a ti, como yo creía.

Flora Hawkes de pronto levantó la mirada.

—Y debió de ser Esteban el que vino con los waziri y nos robó el oro. Engañó a nuestros hombres y también debió de engañar a los waziri.

—Habría podido engañar a cualquiera si ha podido engañarme a mí —observó Jane Clayton—. Habría descubierto el engaño enseguida, no me cabe duda, pero a la luz escasa de la fogata, e influida como estaba por la gran alegría de ver de nuevo a lord Greystoke, he creído lo que quería creer.

El hombre-mono se pasó los dedos por la densa cabellera, gesto que solía hacer cuando pensaba.

—No puedo entender cómo engañó a Usula a plena luz del día —dijo meneando la cabeza.

—Yo sí —replicó Jane—. Le dijo que sufrió una herida en la cabeza que le hizo perder parte de la memoria, lo que explicaba muchos de los errores de interpretación de tu personalidad que cometía.

—Era un diablo muy hábil —comentó el hombre-mono.

—Era un diablo, de acuerdo —coincidió Flora.

Más de una hora después, las hierbas de la orilla del río se separaron de pronto y Jad-bal-ja apareció en silencio. En sus fauces llevaba una piel de leopardo desgarrada y ensangrentada, que dejó a los pies de su amo.

El hombre mono recogió el objeto, lo examinó y frunció el entrecejo.

—Me parece que Jad-bal-ja lo ha matado —dijo.

—Probablemente se ha resistido —señaló Jane Clayton—, en cuyo caso Jad-bal-ja no podía hacer más que matarlo en defensa propia.

—¿Supone que se lo ha comido? —preguntó Flora Hawkes, apartándose de la bestia, asustada.

—No —respondió Tarzán—, no ha tenido tiempo. Por la mañana seguiremos el rastro de olor y encontraremos su cuerpo. Me gustaría recuperar los diamantes.

Y entonces contó a Jane la extraña historia de cómo había obtenido la gran riqueza que representaba la bolsita.

A la mañana siguiente partieron en busca del cuerpo de Esteban. El sendero atravesaba espesos arbustos y espinos, llegaba a la orilla del río un poco más abajo y luego desaparecía, y aunque el hombre-mono buscó a ambos lados del río en unos tres kilómetros a la redonda del punto en el que había perdido el rastro de olor, no encontró ninguna otra señal del español. Había sangre en las huellas de Esteban y en las hierbas del borde del agua.

Al fin, el hombre-mono regresó junto a las dos mujeres.

—Aquí se acaba el hombre que quiso ser Tarzán —anunció.

—¿Crees que ha muerto? —preguntó Jane.

—Sí, estoy seguro —respondió el hombre-mono—. Por la sangre imagino que Jad-bal-ja lo ha destrozado, pero ha conseguido alejarse y meterse en el río. No encontrar ningún rastro en la orilla, en una distancia razonable, me hace creer que ha sido devorado por los cocodrilos.

Flora Hawkes se estremeció de nuevo.

—Era un hombre perverso —dijo—, pero ni al más perverso le desearía un destino así.

El hombre-mono se encogió de hombros.

—Él se lo buscó, y no cabe duda de que el mundo está mejor sin él.

—Ha sido culpa mía —dijo Flora—. Mi maldad es lo que les trajo a él y a los otros aquí. Yo les conté lo que había oído decir del oro que había en las cámaras del tesoro de Opar; fue idea mía venir a robarlo, y encontrar a un hombre que pudiera hacerse pasar por lord Greystoke. Por culpa de mi maldad han muerto muchos hombres y usted, lord Greystoke, y su pobre señora, han estado a punto de encontrar la muerte; no me atrevo a pedir perdón.

Jane Clayton pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

—La avaricia ha sido la causa de muchos crímenes desde que el mundo es mundo —dijo—, y cuando se recurre al crimen, éste adopta su aspecto más repulsivo y casi siempre provoca su propio castigo, como tú, Flora, puedes muy bien atestiguar. Por mi parte, te perdono. Imagino que has

aprendido la lección.

—Has pagado un elevado precio por tu locura —dijo el hombre-mono —. Ya has recibido suficiente castigo. Te llevaremos con tus amigos que están camino de la costa escoltados por una tribu amiga. No pueden estar muy lejos, pues tal como se encontraban los hombres cuando los vi, su fuerza física no les permite efectuar largas marchas.

La muchacha cayó de rodillas a sus pies.

—¿Cómo puedo agradecerle su bondad? —dijo—. Pero preferiría quedarme en África con usted y lady Greystoke, y trabajar para ustedes y mostrarles mi lealtad para redimir el mal que les he causado.

Tarzán miró a su esposa interrogativamente, y Jane Clayton hizo un gesto de aprobación a la petición de la muchacha.

—Muy bien —dijo el hombre-mono—, puedes quedarte con nosotros, Flora.

—No lo lamentarán —dijo la joven—. Trabajaré como una mula para ustedes.

Los tres y Jad-bal-ja ya llevaban tres días de marcha hacia el hogar cuando Tarzán, que guiaba al grupo, se detuvo, levantó la cabeza y oliscó el aire de la jungla. Entonces se volvió a ellos con una sonrisa.

—Mis waziri son desobedientes —dijo—. Les envié a casa y todavía están aquí, vienen hacia nosotros, directamente desde nuestra casa.

Unos minutos más tarde, se toparon con la vanguardia de los waziri y grande fue el regocijo de los negros cuando vieron a sus amos sanos y salvos.

—Ahora que nos hemos encontrado —dijo Tarzán, una vez finalizados los saludos y respondidas las numerosas preguntas que se formularon—, decidme qué hicisteis con el oro que os llevasteis del campamento de los europeos.

—Lo escondimos, *bwana*, donde tú nos dijiste que lo escondiéramos —respondió Usula.

—Yo no estaba con vosotros —replicó Tarzán—. Era otro hombre, que engañó a lady Greytstoke igual que os engañó a vosotros; era un hombre malo que se hizo pasar por Tarzán de los Monos con tanta habilidad que no es de extrañar que le creyerais.

—Entonces ¿no fuiste tú quien nos dijo que habías recibido una herida en la cabeza y que no recordabas el lenguaje de los waziri? —preguntó Usula.

—No fui yo —respondió Tarzán—, pues no me han herido en la cabeza y recuerdo bien el lenguaje de mis hijos.

Ah —exclamó Usula—, entonces ¿no fue nuestro gran *bwana* el que huyó de Buto, el rinoceronte? Tarzán se echó a reír.

—¿El otro huyó de Buto?

—Eso hizo —dijo Usula—; huyó aterrorizado.

—No se lo reprocho —observó Tarzán—, porque Buto no es un compañero de juegos agradable.

—Pero nuestro gran *bwana* no habría huido de él —declaró Usula con orgullo.

—Aunque otro escondiera el oro, fuiste tú quien excavó el agujero. Guíame hasta allí, Usula.

Los waziri construyeron literas toscas, aunque confortables, para las dos mujeres blancas, y Jane Clayton se rió de la idea de que era necesario que la transportaran e insistió en caminar junto a los porteadores durante más rato del que fue en la litera. Sin embargo, Flora Hawkes, con lo débil y exhausta que estaba, no habría podido ir muy lejos de no haber sido por la litera, y se alegró de la presencia de los fornidos waziri que la llevaban con tanta facilidad por la jungla.

Era un animado grupo el que marchaba con espíritu alegre hacia el lugar donde los waziri habían escondido el oro para Esteban. Los negros rebosaban de afabilidad porque habían encontrado a sus amos, mientras que el alivio y la alegría de Tarzán y Jane eran demasiado profundos para poder expresarlos.

Cuando por fin llegaron al lugar junto al río donde los waziri habían enterrado el oro, empezaron a excavar cantando y riendo para desenterrar el tesoro, pero de pronto sus cantos cesaron y sus risas fueron sustituidas por expresiones de desconcierto y preocupación.

Tarzán les observó durante un rato en silencio y luego, lentamente, se fue formando una sonrisa en sus labios.

—Seguramente lo enterrasteis a más profundidad, Usula —dijo.

El negro se rascó la cabeza.

—No, no a tanta profundidad, *bwana* —replicó—. No lo entiendo. Ya deberíamos haber encontrado el oro. Alguien lo sacó después de que lo enterráramos.

—Otra vez el español —comentó Tarzán—. Es muy astuto.

—Pero no podía llevárselo él solo —dijo Usula—. Había muchos

lingotes.

—Es cierto —coincidió Tarzán—, no podía y, sin embargo, el oro ya no está aquí.

Los waziri y Tarzán registraron a fondo el lugar donde habían enterrado el oro, pero tan grande era la habilidad de Owaza, que había borrado incluso de los agudos sentidos del hombre-mono todo vestigio del rastro de olor que él y el español habían dejado al transportar el oro del viejo escondrijo al nuevo.

—Ha desaparecido —dijo el hombre-mono—, pero me encargaré de que no salga de África —y envió corredores en diferentes direcciones para pedir a los jefes de las tribus amistosas que rodeaban sus dominios que vigilaran con atención a todo safari que cruzara su territorio y que no dejaran pasar a nadie que transportara oro.

—Eso les impedirá avanzar —dijo cuando partieron los corredores.

Aquella noche, cuando montaron el campamento en el camino que les llevaría a su hogar, los tres blancos se sentaron en torno a una pequeña fogata con Jad-bal-ja tumbado detrás del hombre-mono, que examinaba la piel de leopardo que el león de oro había cogido en su persecución del español. Tarzán se volvió a su esposa.

—Tenías razón, Jane —dijo, Las cámaras del tesoro de Opar no son para mí. Esta vez he perdido no sólo el oro, sino también una fortuna fabulosa en diamantes, además de correr el riesgo de perder el mayor de los tesoros: tú.

—Deja correr el oro y los diamantes, John —dijo ella—, nos tenemos el uno al otro, y tenemos a Korak.

—Y una piel de leopardo ensangrentada —añadió él—, con un misterioso mapa pintado en ella con sangre.

Jad-bal-ja olisqueó la piel y se lamió los bigotes, ¿esperando con ansia o recordando?

CAPÍTULO XXI

UNA HUIDA Y UNA CAPTURA

AL VER al auténtico Tarzán, Esteban Miranda se volvió y se metió a ciegas en la jungla. Corría con el corazón paralizado por el terror. No tenía ningún objetivo. Corría sin rumbo fijo. Su único pensamiento —el pensamiento que le dominaba— se basaba únicamente en el deseo de interponer tanta distancia como pudiera entre él y el hombre-mono, y por eso avanzaba a tontas y a locas, abriéndose paso por los densos espinos que le arañaban y desgarraban la carne y dejando, a cada paso que daba, un rastro de sangre tras de sí.

En la orilla del río los espinos se le clavaron, como había ocurrido varias veces, en la preciosa piel de leopardo a la que él se aferraba casi con la misma tenacidad con que se aferraba a la vida misma; sin embargo, esta vez los espinos no se soltaron, y mientras forcejeaba para arrancar la prenda, se volvió en la dirección por la que había venido. Oyó cómo un gran cuerpo se desplazaba con rapidez por los matorrales hacia él, y un instante después vio dos relucientes manchas amarillo-verdosas. Ahogando un grito de terror, el español renunció a la piel de leopardo, se giró en redondo y se zambulló en el río.

Cuando las negras aguas se cerraron sobre su cabeza, Jad-bal-ja se acercó a la orilla y miró hacia los círculos concéntricos que señalaban el lugar donde su presa había desaparecido, pues Esteban, que era buen nadador, nadó temerariamente hacia la otra orilla manteniéndose sumergido.

Por unos instantes, el león de oro escudriñó la superficie del río, y luego se volvió, oliscó la piel de leopardo que el español se vio obligado a dejar atrás, la arrancó con las fauces del matorral al que se había prendido y la llevó a los pies de su amo.

El español por fin se vio obligado a salir a la superficie para respirar y emergió entre una masa de enmarañado follaje y ramas. Por unos instantes,

pensó que se hallaba perdido, tan estrechamente enmarañada estaba la vegetación, pero después se abrió paso corriente arriba y, cuando su cabeza apareció por encima de la superficie del agua, entre el follaje, descubrió que se hallaba directamente debajo de un árbol caído que flotaba en el centro de la corriente. Tras un considerable esfuerzo, logró subir a las ramas y ponerse a horcajadas del gran tronco. Así flotó corriente abajo con relativa seguridad.

Dio un profundo suspiro de alivio cuando se dio cuenta de con qué relativa facilidad había escapado a la justa venganza del hombre-mono. Es cierto que lamentaba la pérdida de la piel de leopardo en la que estaba indicada la ubicación exacta del oro escondido, pero conservaba en su poder un tesoro aún mayor, y al pensar en él sus manos acariciaron con codicia la bolsa de diamantes que llevaba atada a su taparrabo. Sin embargo, aunque poseía esta gran fortuna en diamantes, su mente avariciosa no dejaba de pensar en los lingotes de oro que había junto a la cascada.

—Se lo quedará Owaza —dijo para sí—. Nunca he confiado en ese negro, y cuando me abandonó supe cuáles eran sus planes.

Toda la noche Estaban Miranda flotó corriente abajo sobre el tronco del árbol, sin ver ninguna señal de vida, hasta que poco después del amanecer pasó por delante de una aldea nativa situada junto a la orilla.

Era la aldea de Obebe, el caníbal, y al ver la extraña figura del gigante blanco flotando corriente abajo sobre el tronco de un árbol, la joven que lo espiaba lanzó un grito horrorizado y los habitantes de la aldea acudieron a la orilla a verle pasar.

—Es un dios extraño —exclamó uno.

—Es el diablo del río —dijo el hechicero—. Es amigo mío. Ahora, en verdad, cogeremos muchos peces si de cada diez que cogéis me dais uno a — mí.

—No es el diablo del río —rugió la voz profunda de Obebe, el caníbal —. Te estás haciendo viejo —dijo al hechicero— y últimamente tu medicina no ha ido bien y ahora me dices que el mayor enemigo de Obebe es el diablo del río. Es Tarzán de los Monos. Obebe le conoce bien.

Y era verdad que todos los jefes caníbales de los alrededores conocían a Tarzán de los Monos y le temían y odiaban, pues la guerra del hombre-mono contra ellos había sido implacable.

—Es Tarzán de los Monos —repitió Obebe— y tiene problemas. Quizá

sea nuestra oportunidad de capturarle.

Llamó a sus guerreros y, al momento, un centenar de jóvenes fornidos partió a trote ligero por el sendero paralelo al río. Durante kilómetros siguieron en silencio el árbol que avanzaba lentamente con Esteban Miranda, hasta que al fin, en un recodo del río, el árbol quedó atrapado en el círculo exterior de un remolino lento, que lo llevó debajo de las ramas colgantes de los árboles que crecían en la orilla.

Esteban, pese a que estaba aterido de frío y hambriento, se alegró de tener la oportunidad de abandonar su embarcación improvisada y alcanzar la orilla. Y así, con esfuerzo, salió del agua entre las ramas del árbol que, momentáneamente, le permitía apartarse del río. Se arrastró hasta su tronco y bajó a tierra sin darse cuenta de que, entre las altas hierbas que le rodeaban, se agazapaban medio centenar de guerreros caníbales.

Apoyado en el tronco del árbol, el español descansó unos instantes, palpó los diamantes y comprobó que estaban a salvo.

—A pesar de todo, soy un diablo con suerte —dijo en voz alta, y casi simultáneamente los cincuenta negros se pusieron en pie alrededor de Esteban y saltaron sobre él.

El ataque fue tan rápido, tan abrumadora la fuerza, que el español no tuvo oportunidad de defenderse contra ellos, con el resultado de que se vio en el suelo y atado con firmeza casi antes de darse cuenta de lo que le había sucedido.

—Ah, Tarzán de los Monos, al fin te tengo —se relamió Obebe, el caníbal, pero Esteban no entendió ni una palabra de lo que dijo el hombre, por eso no pudo responder. Habló a Obebe en inglés, pero esta lengua no la entendía, el otro.

De una sola cosa estaba seguro Esteban: de que era prisionero y de que le llevaban hacia el interior. Las mujeres, los niños y los guerreros que se habían quedado dieron muestras de gran regocijo cuando llegaron a la aldea de Obebe; pero el hechicero hizo muecas y gestos negativos con la cabeza y lanzó horribles profecías.

—Habéis capturado al diablo del río —dijo—. No cogeremos más peces, y después una gran enfermedad se abatirá sobre la gente de Obebe y todos morirán como moscas.

Pero Obebe se rió del hechicero porque, como era anciano y rey, había acumulado mucha sabiduría y, con la adquisición de sabiduría, el hombre tiende más a ser escéptico en cuestiones de religión.

—Ahora puedes reírte, Obebe —dijo el hechicero—, pero más adelante no te reirás. Espera y verás.

—Cuando mate a Tarzán de los Monos con mis propias manos, sí que reiré —replicó el jefe—, y cuando yo y mis guerreros hayamos comido su corazón y su carne, ya no temeremos a ninguno de tus diablos.

—Espera —exclamó el hechicero con enojo— y verás.

Se llevaron al español, bien atado, y le arrojaron a una sucia choza, por cuya abertura vio a las mujeres de la aldea preparando fogatas para cocinar y ollas para el festín de la noche. Un sudor frío asomó a la frente de Esteban Miranda mientras observaba los preparativos, cuyo significado no podía malinterpretar si los sumaba a los gestos y las miradas que le dirigían los habitantes de la aldea.

Casi había transcurrido toda la tarde y el español tenía la sensación de que podía contar con los dedos de una mano las horas de vida que le quedaban cuando, procedente del río, llegaron unos gritos estridentes que quebraron la tranquilidad de la jungla y pusieron a los habitantes de la aldea en un estado de sobresaltada alerta. Un instante después, se precipitaron como locos en dirección a los aterrorizados gritos, pero cuando llegaron sólo vieron cómo un enorme cocodrilo arrastraba a una mujer bajo la superficie.

—Ah, Obebe, ¿qué te decía yo? —preguntó exultante el hechicero—. El dios malo ya ha empezado a vengarse de tu pueblo.

Los ignorantes aldeanos, que eran muy supersticiosos, miraron temerosos a su jefe. Obebe frunció el entrecejo.

—Es Tarzán de los Monos —insistió.

—Es el diablo del río que ha adoptado la forma de Tarzán de los Monos —insistió el hechicero.

—Ya lo veremos —replicó Obebe—. Si es el diablo del río, escapará de nuestras ataduras. Si es Tarzán de los Monos, no podrá hacerlo. Si es el diablo del río, no morirá de muerte natural, como mueren los hombres, sino que vivirá eternamente. Si es Tarzán de los Monos, algún día morirá. Lo retendremos, por tanto, y veremos qué ocurre, y así sabremos si es Tarzán de los Monos o el diablo del río.

—¿Cómo? —preguntó el hechicero.

—Es muy sencillo —respondió Obebe—. Si una mañana descubrimos que se ha escapado, sabremos que es el diablo del río, y como no le habremos hecho daño, sino alimentado bien mientras haya estado en

nuestra aldea, tendremos su favor y no nos perjudicará. Pero si no se escapa, sabremos que es Tarzán de los Monos, siempre que muera de muerte natural. Y así pues, si no se escapa, lo retendremos hasta que muera y entonces sabremos que era realmente Tarzán de los Monos.

—Pero ¿y si no muere? —preguntó el hechicero, rascándose la peluda cabeza.

—En este caso —exclamó Obebe con aire triunfal—, sabremos que tú tenías razón y que, en verdad, era el diablo del río.

Obebe ordenó a las mujeres que llevaran comida al español, mientras el hechicero permanecía donde Obebe le había dejado rascándose la cabeza, pensativo.

Y fue así como Esteban Miranda, poseedor de la fortuna en diamantes más fabulosa que el mundo había conocido, quedó condenado a cadena perpetua en la aldea de Obebe, el caníbal.

Mientras yacía en la choza, su traidor aliado, Owaza, desde el otro lado del río donde él y Esteban habían escondido los lingotes de oro, vio partir a Tarzán y a sus waziri en busca del oro. Y a la mañana siguiente, Owaza, con cincuenta hombres de una aldea vecina a quienes había reunido, fue y desenterró el oro, y partió hacia la costa.

Aquella noche Owaza acampó cerca de una pequeña aldea en la que escaseaban los guerreros y cuyo jefe apenas destacaba. Éste invitó a Owaza a entrar en su aldea y le alimentó y le dio cerveza del lugar, mientras su gente circulaba entre los hombres de Owaza y les acribillaba a preguntas, hasta que, al fin, la verdad salió a la luz y el jefe supo que los porteadores de Owaza transportaban una gran cantidad de oro amarillo.

Ante semejante noticia, el jefe se mostró muy inquieto, pero por fin una sonrisa asomó a su rostro mientras hablaba con Owaza, que estaba medio borracho.

—Llevas mucho oro contigo —dijo el viejo jefe— y pesa mucho. Será duro para tus hombres llevarlo hasta la costa.

—Sí —replicó Owaza—, pero les pagaré bien.

—Si no tuvieran que llevarlo tan lejos de su hogar, no tendrías que pagarles tanto, ¿verdad? —preguntó el jefe.

—Sí —respondió Owaza—, pero no puedo dejarlo a este lado de la costa.

—Conozco un lugar, que está a dos días de marcha de aquí, donde puedes dejarlo —indicó el viejo jefe.

—¿Dónde? —preguntó Owaza—. ¿Y quién lo comprará, aquí en el interior?

—Hay un hombre blanco que te dará un trozo de papel por él, y puedes llevar el papel a la costa y obtener el valor total de tu oro.

—¿Quién es ese hombre blanco y dónde está? —preguntó Owaza.

—Es amigo mío —dijo el jefe—, y si quieres te llevaré con él mañana por la mañana. Podrás llevar todo tu oro y conseguir ese papel.

—Bien —exclamó Owaza—, y después no tendré que pagar a los porteadores más que una pequeña cantidad.

Los porteadores se alegraron al enterarse de que no iban a tener que ir hasta la costa, pues ni siquiera el atractivo del pago era suficiente para vencer su desagrado ante un viaje tan largo y el miedo a alejarse tanto de su hogar. Estaban muy contentos cuando iniciaron la marcha de dos días hacia el nordeste. Y Owaza estaba contento también, así como el viejo jefe, que les acompañó en persona, sin que Owaza pudiera adivinar por qué.

Habían andado durante casi dos días cuando el jefe envió a uno de sus hombres a entregar un mensaje.

—Es para mi amigo —explicó—, para decirle que venga a reunirse con nosotros en esta aldea.

Y unas horas más tarde, cuando la pequeña caravana salió de la jungla a una gran llanura, vieron no lejos de ellos, aproximándose con rapidez, una gran banda de guerreros. Owaza se detuvo.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó.

—Son los guerreros de mi amigo —respondió el jefe— y él está con ellos. ¿Lo ves? —y señaló hacia una figura que iba a la cabeza de los negros, que se acercaban corriendo ligeramente con lanzas y plumas blancas que relucían al sol.

—Vienen en son de guerra —observó Owaza, temeroso.

—Esto depende de ti, Owaza —respondió el jefe.

—No te entiendo —dijo Owaza.

—Lo entenderás cuando llegue mi amigo.

Cuando los guerreros estuvieron más cerca, Owaza vio que los guiaba un gigante blanco, un blanco al que tomó por Esteban, el aliado al que, traidoramente, había abandonado. Se volvió al jefe.

—Me has traicionado —exclamó.

—Aguarda —dijo el viejo jefe—, nada de lo que te pertenece se te arrebatará.

—El oro no es suyo —gritó Owaza—. Él lo robó —y señaló a Tarzán, que se había acercado y detenido ante él sin prestarle atención, y se volvió al jefe.

—Ha llegado tu corredor y me ha traído tu mensaje —dijo al anciano —, y Tarzán y sus waziri han venido a ver qué podían hacer por su viejo amigo.

El jefe sonrió.

—Tu corredor llegó a mí, Tarzán, hace cuatro días, y dos días más tarde apareció este hombre con sus porteadores, que transportaban lingotes de oro hacia la costa. Le dije que tenía un amigo que se los compraría y le daría un papelito por ellos, pero eso, claro, sólo en el caso de que el oro perteneciera a Owaza.

El hombre-mono sonrió.

—Has hecho bien, amigo mío —dijo—. Este oro no pertenece a Owaza.

—Tampoco te pertenece a ti —protestó Owaza—. No eres Tarzán de los Monos. Te conozco. Viniste con los cuatro hombres blancos y la mujer blanca a robar el oro del país de Tarzán, y después se lo robaste a tus propios amigos.

El jefe y los waziri se echaron a reír. El hombre-mono esbozó una lenta sonrisa.

—El otro era un impostor, Owaza —dijo—, pero yo sí soy Tarzán de los Monos, y te agradezco que me hayas traído el oro. Ven —añadió—, hay pocos kilómetros hasta mi casa —y el hombre-mono obligó a Owaza a ordenar a sus porteadores que llevaran los lingotes de oro al bungaló de los Greystoke.

Una vez allí, Tarzán dio de comer a los porteadores y les pagó, y a la mañana siguiente los envió de nuevo a su país. Envió a Owaza con ellos, pero no sin un regalo valioso, junto con la advertencia de que el negro no debía volver jamás al país de Tarzán.

Cuando partieron, Tarzán, Jane y Korak se hallaban en el porche del bungaló con Jad-bal-ja tumbado a sus pies. El hombre-mono puso un brazo sobre los hombros de su compañera.

—Tendré que retractarme de que el oro de Opar no era para mí, pues tienes ante ti una nueva fortuna que ha venido directamente de las cámaras del tesoro de Opar sin ningún esfuerzo por mi parte.

—Ahora, si alguien te devolviera tus diamantes… —se rió Jane.

—No es probable —dijo Tarzán—. Sin duda alguna están en el fondo del río Ugogo.

Y lejos de allí, en las orillas del Ugogo, en la aldea de Obebe, el caníbal, Esteban Miranda yacía en el polvo de la choza que le habían asignado, relamiéndose de la fortuna que jamás podría utilizar, pues acababa de iniciar una vida de cautividad que la terquedad y superstición de Obebe le condenaban a sufrir.

Se giró en redondo y se zambulló en el río.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

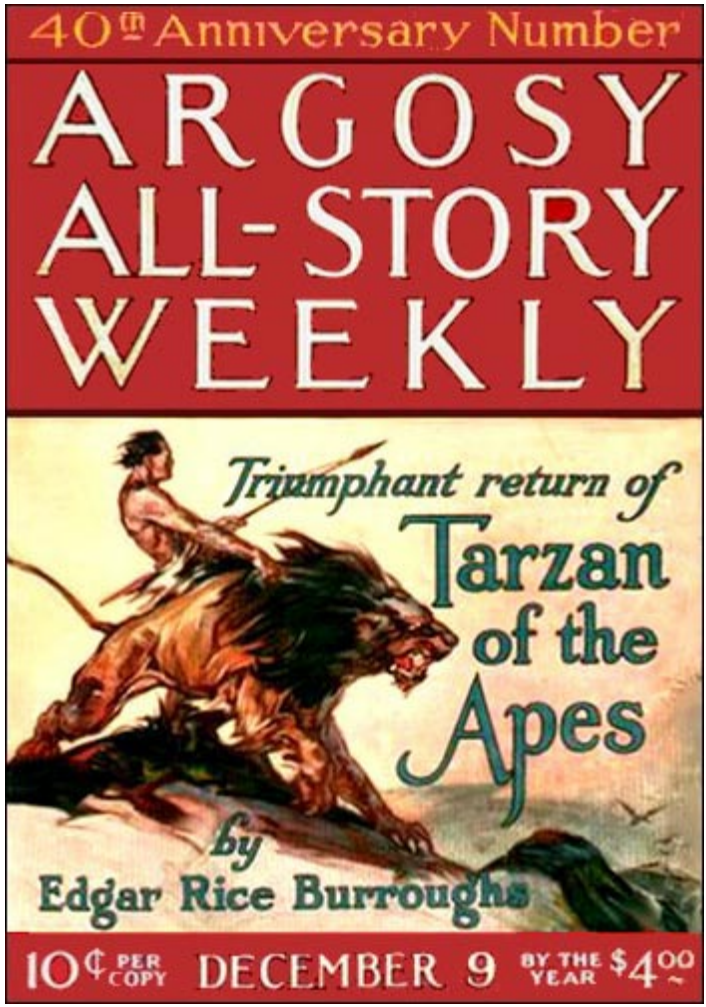
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

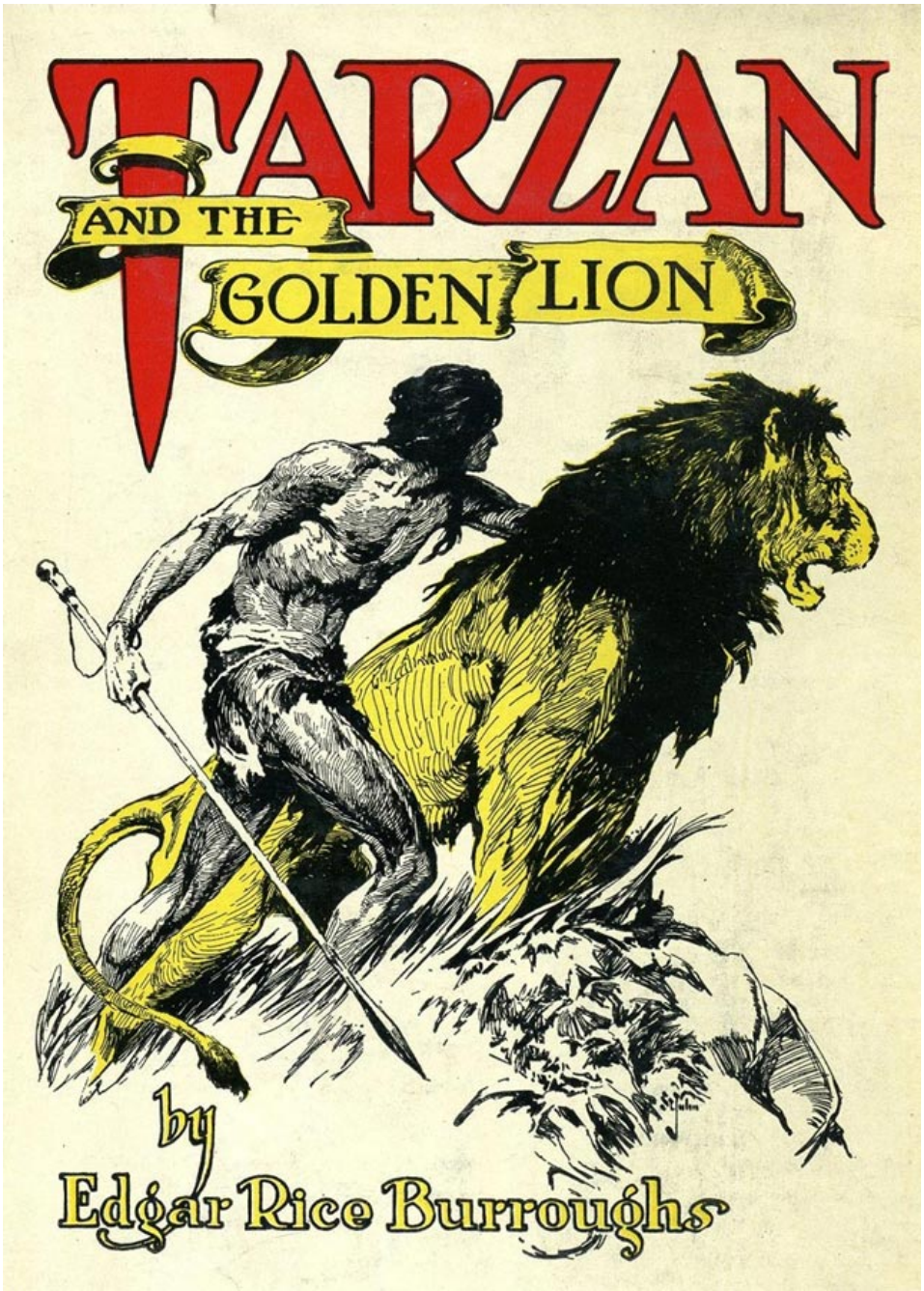
de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918., etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



Cubierta original edición en revista *pulp*, 1922, P. J. Monahan.



Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1923, J. Allen St. John.

Tarzán y el león de oro

Edgar Rice Burroughs

Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.

Ilustración original portada de J. Allen St. John.

Ilustración original portada de P. J. Monahan.